TIEMPO DE MEMORIA

Elena Kostioukovitch

KIEV

Una fortaleza sobre el abismo



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Apéndice

- Bibliografía
- Notas

Créditos

KIEV
Una fortaleza sobre el abismo

Elena Kostioukovitch

Traducción del italiano de Juan Manuel Salmerón

TUSQUETS EDITORES

Prólogo

Gran espectáculo pirotécnico - Un método para hablar de Kiev - Una mujer que cae y un misterioso tanque

La historia de Kiev, la ciudad en la que nací, es dramática. Cuando, basándome en libros y en documentos, y pensando en la historia de mi familia, quiero relacionar la situación actual con el pasado y echo la vista atrás, me doy cuenta de que hay lugares en Kiev que son como un escenario de teatro en el que puede representarse el paso de una época a otra. Ese escenario está siempre iluminado por luces grandiosas y fatales. Quizás haya más de una explosión.

Vamos a hablar de una zarina que bajaba las escaleras de su palacio, situado en una alta colina, para salvar al imperio ruso. Vamos a hablar del genial escritor que imaginó que explotaba una bomba atómica en la mismísima colina de la que bajaba la zarina, que está muy cerca de mi casa. Vamos a contar la valiente historia de una niña que, por solidaridad con un amigo ucraniano, penetra en el búnker de Putin con el propósito de acabar con la vida del dictador...

El barrio en el que nací, en el centro de Kiev, es precioso. El 10 de octubre de 2022, el primer año de guerra, cayó un misil en este tranquilo y bello barrio. El mismo ataque se repitió la Navidad de 2023 y la Navidad de 2024 (es, entre otras cosas, una muestra de la presión que ejerce el régimen de Putin para que los ucranianos celebren la Navidad como los rusos, el 7 de enero). La misma zona

de la ciudad ya explotó cien años antes en la imaginación de Mijaíl Bulgákov.

La historia rueda por la escalera de los siglos, golpeándose la cabeza con los escalones. Puertas y dinteles antiguos, cristales multicolores y columpios infantiles vuelan con estrépito a la luz deslumbrante de los incendios. Saltan por los aires costumbres y tradiciones, se rompen los equilibrios políticos, se desvanecen las fronteras entre lo normal y lo imposible. El mundo no vuelve a ser como antes.

Las puertas de la casa en la que yo vivía de niña, ribeteadas de latón y no tan pesadas como entonces me parecían, se me antojan un excelente decorado.

Vemos una mujer corriendo. Corre por la acera flanqueada de altos edificios elegantes, con fachadas color pastel y extravagantes balcones de hierro forjado: insectos, hojas. Las han restaurado hace poco. La calle no es ancha, pero tampoco estrecha como las callejuelas de la vieja Europa. Tiene proporciones amables, como las de los bulevares de la Viena de principios del siglo xx.

En la acera, a intervalos de seis o siete metros, hay parterres con árboles de rugosa corteza. Los árboles hunden sus troncos en montones de nieve sucia, cubierta de motas de carbón, como los que abundan en muchas ciudades del norte de Europa a finales de invierno. Es hora de encender las farolas, pero, por alguna razón, siguen apagadas. En las fachadas sí brillan rótulos luminosos y bombillas led. También los interfonos se ven iluminados. No es, pues, la *belle époque*. La acción se desarrolla hoy.

Los rótulos están en cirílico, pero, entre las erres invertidas, se ven íes latinas. No puede ser, pues, sino alfabeto ucraniano.

El escenario, las luces y los ruidos confirman, atestiguan, aseguran que solo puede ser mi ciudad natal, Kiev.

De pronto, la figura que corre empieza a vacilar. Parece que las piernas le flaquean. Parece que el cuerpo se le vuelve de algodón. Se tuerce el tobillo, se rompe el tacón, vuela el zapato. La mujer cae y lo último que piensa (así se imagina Lev Tolstói la muerte en algunos de sus escritos y así se la imaginan muchas películas que explotan el cliché tolstoiano del ramaje que da vueltas en el aire), lo último que se pregunta es por qué el aire la deslumbra y el vacío zumba. ¿Por qué el tronco del chopo se inclina tanto de pronto?

No, no es que el chopo caiga. Crecía y sigue creciendo —es el único ejemplar centenario que hay entre los jóvenes replantados— en el trocito de tierra que hay delante del número 23 de la calle Shota Rustaveli. Junto al cuadro de tierra hay dibujada una rayuela de tres por tres casillas y, sobre esas casillas, mi sombra sigue saltando, invisible para todos menos para la mujer que se muere. Seguramente cree que soy su hija, que hoy vive en mi casa y duerme en mi habitación.

El árbol se llama comúnmente «chopo lombardo». Yo llevo ya treinta y siete años viviendo en Lombardía. ¿No será que el chopo se agacha para ver a la niña de las trenzas que antaño saltaba junto a sus raíces?

El chopo lombardo crece recto. Es el suelo el que se tuerce. Corre calle abajo y dobla la esquina. En esa curva, el siglo pasado, el tranvía que iba al Teatro Académico frenaba bruscamente. Los frenazos del tranvía 3 son el ruido de fondo de mis primeros días de vida, cuando me llevaron a casa del hospital que hoy lleva el nombre prerrevolucionario de «Oleksandrivska», pero que creo que pronto será rebautizado, dada la aversión de la nueva sociedad ucraniana por todo lo que recuerde al imperio ruso: «Oleksandr» no es otro que el zar Alejandro III. En mi época, el hospital se llamaba, al estilo soviético, «Oktiabrski», en honor de la Revolución de Octubre. En

cualquier caso, era y sigue siendo el único hospital del antiguo imperio ruso que nunca interrumpió su actividad en siglo y medio y que mantiene su antigua reputación. En él nacieron mi abuela, en 1913, y mi madre, en 1935, y confieso que haber venido yo misma al mundo en ese venerable nosocomio en 1958 no me desagrada en absoluto.

Me pregunto cuántas mujeres de mi familia, al volver a casa, estuvieron a punto de tropezarse con las recias raíces del chopo. Unas huían de un pogromo, como mi bisabuela Lisa. Otras escapaban de los alemanes que perseguían a los judíos de Kiev: mi abuela Raya. Otras se ponían a salvo de los misiles balísticos rusos, como podrían haber hecho mi madre, Vera, mi hija y yo misma. Y le tocó a esa mujer que yace tendida sobre el dibujo de la rayuela.

Tres por tres, la forma de la rayuela.

Lo que cuento en los tres primeros capítulos de este libro viene marcado por la verticalidad de Kiev. El escenario acogerá acontecimientos de la Primera Guerra Mundial y de la segunda. Para contar la historia de la tercera guerra, la que castiga nuestro presente, seguiremos la misma lógica: arriba y abajo.

En los tres capítulos siguientes, el hilo conductor que nos llevará por las tres épocas será la luz alegre y radiante de Kiev (o su oscuridad cegadora).

En los tres últimos capítulos, los protagonistas serán los sonidos: explosiones, exclamaciones, palabras serias y dulces susurros pronunciados en las tres lenguas principales de Kiev: ruso, yidis y ucraniano.

El primer gran tema, por tanto, es la verticalidad. Kiev es uno de los escenarios más excepcionales que la naturaleza haya creado. Atacarla por el este es locura. En tiempos de las invasiones tártaras, hizo de barrera en la frontera de Europa y, tras pagar un precio enorme, esta fortaleza sobre el abismo nos protege hoy día.

En el punto más alto se encuentra el palacio Mariyinski, el palacio de los zares, sede del Gobierno. Incluso la calle Jreshchátyk parece hecha para los desfiles triunfales. Semeja un antiguo circo incrustado en la cresta de la montaña (la «espina»). Las tres colinas de la ciudad, desde las que se tienen vistas panorámicas, llevan los nombres de tres hermanos, Kii, Schek y Joriv. Muchas ciudades antiguas fueron fundadas por hermanos míticos. El hermano mayor, Kii, dio su nombre a la primera colina y a toda la población. Otros dos barrios se llaman Schekaviza y Joriviza... También había una hermana, Lýbid, que se transformó en un manso riachuelo que fluye lentamente cual hermoso cisne *(lýbid* significa «cisne» en ucraniano) y desemboca en el Dniéper, discurriendo en gran parte púdicamente bajo tierra. Solo aflora a trechos, bordeado de arbustos.

El año 988, todos los habitantes del vasto territorio boscoso que rodeaba Kiev fueron bautizados aquí, en un solo día, en grupo, por orden del príncipe Vladímir I el Grande. Los llevaban al río por el valle que, precisamente tras este episodio, fue bautizado con el nombre de Jreshchátyk («valle de la cruz»). Desde los dos palcos naturales que forman la cuenca de Jreshchátyk, desde Joriviza y Schekaviza, la milenaria historia cristiana los observaba atónita con los ojos de los embajadores de Bizancio. Valle abajo caminaba la multitud llorando, con sus queridos ídolos de madera que representaban al dios Perún. Vladímir I el Grande ordenó ajusticiar a aquellas divinidades protectoras de las familias. Los kievitas debían

destruirlas con sus propias manos. Debían hacerlas pedazos y arrojarlas al río.

En realidad, Vladímir era un nombre pagano. Al aceptar la fe cristiana, el príncipe renunció al nombre bárbaro y, como buen adepto a la fe bizantina, pasó a llamarse «Basilio». Pero los rusos pensaron que Vladímir el Cruel merecía ser santo y se añadió otro nombre a la lista de los nombres ortodoxos, un nombre cuyo inquietante significado es «el que gobierna el mundo». Su tocayo del Kremlin se refiere constantemente a su «santo predecesor», quizás porque le gusta su intimidatorio nombre, quizás porque desea repetir su misión fatal.

En el segundo milenio, la historia ha seguido observando desde lo alto las procesiones jubilosas o luctuosas que recorrían el valle de Jreshchátyk. En 1941, los nazis planearon celebrar allí el desfile de la victoria, pero no pudieron: Jreshchátyk explotó de pronto y se convirtió en un mar de fuego y en una lluvia de metralla. Los invasores rusos también quisieron celebrar allí la victoria en 2022, pero fueron los ucranianos quienes, el 24 de agosto, día en que se cumplía el primer semestre de guerra y día también de la fiesta ucraniana de la Independencia, desfilaron por el valle equipados con material militar sustraído a los rusos. Para ese día habían amenazado los rusos al país con un auténtico apocalipsis. Los ucranianos no se asustaron y los rusos no hicieron nada.

Desde las alturas de Kiev se tienen vistas tan amplias y despejadas que recuerdan algunos renglones de Nikolái Gógol, escritor que rusos y ucranianos se disputaron en el pasado y siguen disputándose en el presente. Por ejemplo, este pasaje del cuento «La terrible venganza»:

> De repente, se vieron en el horizonte todos los confines de la tierra... Allá lejos se atisbaban las aguas azules del Limán y, más allá del Limán, se extendía el mar Negro. Los que habían corrido mundo reconocieron incluso Crimea, que se

> elevaba del mar como una montaña, y el cenagoso Sivash. A la izquierda se veía la tierra de Galitzia... Hasta los montes Cárpatos, donde hay montañas de nieves perpetuas.

También Bulgákov cantaba, con la misma métrica y la misma fonética, las vistas que se tienen desde las colinas de Kiev, como en *La guardia blanca,* que se publicó por primera vez en 1925:

> ... se perdía más allá de cuanto alcanzaba a verse incluso desde los puntos más altos de la ciudad, allá donde se hallan los rápidos del río, el Sich de Zaporiyia, el Quersoneso y el mar lejano.

Kiev está dotada de valiosos baluartes naturales, como son los peñascos de la orilla derecha del Dniéper, y es, pues, muy difícil de conquistar para quienes avanzan por este y norte, que, históricamente, fueron los nómadas de las estepas tártaras y los enemigos que llegaban de Moscovia. En cambio, para quienes avanzaban por el oeste, desde Europa, que en su día fue el Estado lituano-polaco y después el imperio austrohúngaro, no hay problemas técnicos. Europa siempre se ha sentido como en casa en Kiev.

Aquí se fundó la primera «Universitas studiorum» en forma de escuela palatina, aunque con un específico «colorido local»: a los alumnos los llevaban a la fuerza, en medio de los gritos desesperados de sus familias. La *Crónica de Néstor o Relato de los años pasados* lo menciona cuando habla del año 988, el del bautismo de masas:

> El príncipe construyó una iglesia dedicada a san Basilio en la colina, de donde fue deportado el ídolo de Perún. Mandó venir a los mejores mozos del campo para que se formaran con los libros en dicha iglesia. Las madres lloraban a estos mozos como si hubieran muerto.

Mil años después, también a mí me llevaban a dar paseos «educativos» las ancianas pedagogas del instituto Froebel: íbamos al

antiguo parque de Shevchenko, al pie de los muros de la universidad. A la sombra de las columnas rojas, puestas muy juntas, como púas de peine, me decían: «Cuando seas mayor, vendrás a estudiar a este edificio».

El parque Shevchenko se llamaba antiguamente «Universitetski». Lo inauguraron en el siglo XIX en un terreno baldío lleno de charcos fangosos en los que chapoteaban vacas y cerdos. Quisieron los paisajistas que uno de aquellos charcos se convirtiera en un bonito estanque con forma de mar Negro. En 1896, el parque fue dedicado a su majestad el zar Nicolás I (en el poder estaba su tocayo Nicolás II) y en 1898 se erigió el monumento al soberano. En 1920, los bolcheviques lo rebautizaron con el nombre de «Parque Rojo» y pintaron de este color, al estilo revolucionario, el edificio de la universidad. Pero este color lo han interpretado secretamente muchos como una alusión a la sangre derramada de los estudiantes que defendían la independencia del Estado ucraniano y que fueron masacrados en enero de 1918: los torturaron y los asesinaron en la estación de trenes de Kruty, cerca de Kiev. En el lugar del martirio se erige hoy una columna que formaba parte del pórtico de la universidad. Los restos de cien héroes fueron trasladados a Kiev y enterrados en la colina de San Vladímir, que ofrece una vista espectacular del Dniéper.

En 1939, tras la conquista por los soviéticos de algunos territorios de Ucrania occidental, hubo una rápida ola de «ucranización» y en el pedestal en el que se erigía la derribada estatua de Nicolás I colocaron a un corpulento Tarás Shevchenko con su bigote de morsa. El Tarás Shevchenko de bronce disfruta viendo la Universidad de Kiev que él mismo diseñó en 1846 y que se erigió en medio de un descampado. El poeta parece contento de ocupar el lugar del emperador que lo odiaba, lo persiguió, lo mandó al exilio al árido

Kazajistán y lo obligó a alistarse en su ejército. Pero los rusos no lo dejan en paz ni muerto. Desde febrero de 2022, el vate ucraniano vive dentro de una caseta de gruesas tablas grises que lo protegen de los ataques aéreos que el Kremlin ordena.

El 10 de octubre de 2022 vi caer casi en la cabeza de Tarás Shevchenko un misil de crucero ruso ZM 14 Kalibr que lanzaron desde el mar Caspio. La trayectoria la calculó durante toda una semana, del 2 al 9 de octubre, un equipo que trabaja para el Estado Mayor de la Federación Rusa, con sede en la calle Znamenka, 19, de Moscú, bajo la dirección del coronel Ígor Bagniuk. Nacido en 1982 en Riga, Bagniuk estaba al mando de una unidad especial del Main Computing Centre formada por treinta y dos jóvenes informáticos, la mayoría de los cuales se dedicaban a crear videojuegos antes de la guerra, como demuestran las detalladas pesquisas llevadas a cabo por el grupo de investigación internacional Bellingcat y por Christo Grozev, en colaboración con el canal The Insider y el periódico alemán *Der Spiegel,* y publicadas el 24 de octubre de 2022.

Mejor dicho, no vi el misil, sino los efectos de su explosión. Después de recorrer ochocientos kilómetros en una hora y treinta y dos minutos, el misil cayó en el parque infantil, junto a los columpios del color del arcoíris y al banco de madera en el que los domingos se sientan los padres a mirar el móvil mientras sus hijos disfrutan.

Pero era lunes, eran las 8:19 de la mañana y no había nadie sentado en el banco. No había niños jugando. No había estudiantes haciendo *jogging* en torno al estanque con forma de mar Negro. Ni siquiera alcanzaron al fantasma de mí misma con cinco años, que corría alrededor de la fuente recogiendo las castañas que habían llovido con la sacudida. Octubre es el mes de las castañas. Las esquirlas de metal echaron a perder muchas. Ya no podrán los niños

usarlas para hacer muñecos clavándoles sendas cerillas a modo de piernas y brazos.

Seguramente los que lanzaron el misil erraron los cálculos o la hora. Aquel proyectil costó seis millones y medio de euros, más el combustible. Hizo un buen agujero. No mató a nadie. No acertó al edificio rojo de la universidad. También el monumento a Tarás Shevchenko quedó intacto. Imaginemos la frustración que debió de sentir Gerasimov, el jefe del Estado Mayor, y el mismísimo Putin, comandante en jefe, al ver que los treinta y dos técnicos, al cargo de semejante inversión económica, no fueron capaces más que de despachurrar unas sesenta hormigas y un par de caracoles en estado de letargo.

La onda expansiva causó, eso sí, un gran estropicio en las aulas del departamento de lengua y literatura rusas e hizo añicos las vitrinas del museo de arte ruso, en el que se exponen obras de Repin y Malévich. También resultó dañado el museo de arte occidental, en el que se exponen pinturas de Giovanni Bellini, Rubens, Tintoretto, Durero y Cranach. Es la casa en la que vivió el matrimonio Janenko, que en 1918 la donó, junto con la colección de arte, al Estado ucraniano independiente; los bolcheviques se apoderaron de ella y añadieron nuevas piezas, confiscadas a las víctimas del régimen soviético.

En el primer capítulo de nuestro libro, la madre del emperador que está destinado a morir asiste desde la colina al nacimiento de la Ucrania independiente. La independencia fue suprimida por los bolcheviques rusos, que llegaron en gran número del este. En el segundo capítulo, las tropas soviéticas asaltan Kiev por abajo y por el este, en 1943, y dejan cuarenta mil cadáveres en las gélidas aguas del Dniéper. En el tercer capítulo, el asalto de 2022. ¿Qué

juramento, hecho solemnemente ante el palacio Mariyinski, transformó a una nación pacífica en un ejército de defensores?

Pasemos a las luces. Las explosiones en las alturas de Kiev pueden emitir destellos «potentísimos y espantosos», más luminosos que «todas las luces que la mente humana pueda imaginar». Así las describe Mijaíl Bulgákov en *La guardia blanca*. Aún más se habla de explosiones mortíferas en un texto casi desconocido del mismo Bulgákov, el ensayo *La ciudad de Kiev,* escrito en la primavera de 1923, que a todos los efectos merece considerarse el germen de *La guardia blanca*. En este ensayo propone Bulgákov, ni más ni menos, detonar una bomba atómica en una alta colina que domina el Dniéper:

> Y empezó algo que duró cuatro años. Lo que sucedió en la famosa ciudad ese tiempo no es posible describirlo. Fue como si una bomba anatomística de Wells hubiera explotado bajo las tumbas de Askold y Dir y durante mil días hubiera retumbado, burbujeado y alumbrado con llamas no solo Kiev, sino también las afueras, las zonas de veraneo, en un radio de veinte verstas.

Es imposible leer este pasaje sin asombro. ¿De dónde surgió la idea de la bomba «anatomística» (anatómica y mística) en 1923? Descubrimos así que esta idea existía ya entonces en la imaginación del novelista británico H. G. Wells.

Askold y Dir fueron unos príncipes boyardos del siglo IX descendientes de Kii, fundador y epónimo de Kiev. Cuenta la leyenda que fueron asesinados a traición por un rival, el «vate» Oleg, y enterrados en la misma colina en la que yacen los estudiantes mártires de Kruty. En 1809 se erigió una capilla sobre la tumba de Dir y de Askold, que el Gobierno bolchevique demolió en 1936 y sustituyó por una rotonda pseudoclásica, típica decoración de

parque. Bulgákov, al sugerir volar la capilla con la bomba «anatomística» (aunque Wells utiliza el término correcto: *atomic),* quiere, jugando con las palabras, hacer saltar por los aires terrones de tierra, pedazos de estatua, fragmentos de latón pseudobizantinos, y sacar así del subsuelo las tragedias, los sufrimientos, las injusticias y el heroísmo de Kiev.

La bomba, dice Bulgákov, alumbra con llamas Kiev y sus alrededores. La luz puede ser un instrumento de tortura despiadado, como sabían bien los hombres de la policía política. Pero para encubrir los crímenes del régimen, los verdugos preferían la oscuridad; el olvido, el silenciar testigos, el eliminar documentos, la oscuridad en la que se celebraban los juicios secretos. Solo después del Maidán, el acontecimiento símbolo de la revolución ucraniana de 2014, solo después de las llamas de los incendios, de las estelas de las balas trazadoras y del resplandor de los fuegos nocturnos, se disipó la oscuridad de la mentira y de la falsedad. Solo después del Maidán, cuando cambió la legislación sobre los archivos de Ucrania, salió a la luz la verdad. Por eso pude, en 2017, conocer la historia del asesinato de mi bisabuelo.

En el cuarto capítulo, la llamarada de luz que destruye Ucrania la simboliza la detonación de una bomba atómica real. En el quinto capítulo, la luz es el arma de los verdugos estalinistas que se llevaron a mi bisabuelo de mi casa ancestral y lo mataron, junto con decenas de miles de otros intelectuales de Kiev. En el sexto capítulo, Ucrania está a oscuras, los misiles de Putin han bombardeado los centros de suministro eléctrico. Solo brillan, como pequeñas luciérnagas, las pantallas de los teléfonos móviles en esa fría noche, proporcionando lo que más necesita la gente: destellos de información, chispas de simpatía, cálidos focos de comunicación.

Y, por último, la banda sonora. Yo solo recuerdo oír un idioma en Kiev: el ruso. Ruso por todas partes. En conversaciones, en la universidad, en hospitales, teatros y cines, en la escuela. En la mayoría de las familias y por supuesto en la mía. Un poquito de polaco en las elegantes sastrerías a las que acompañaba a mi abuela. No siempre era el ruso correcto de las personas cultas: en las paradas de tranvía, en los mercados, dondequiera que uno se acercara a la vida de los campesinos, solía oírse una curiosa mezcla de ruso y de ucraniano. Pero el ucraniano puro, en la Kiev de mi infancia, se oía muy poco.

Es paradójico (y me causa a la vez rabia y malestar) que fuera precisamente Bulgákov, con *La guardia blanca,* quien legitimó la actitud de asco y desprecio de los rusoparlantes para con todo lo que tenía que ver con la lengua ucraniana. Ahora que el ucraniano se ha convertido en un símbolo y suena a victoria en todas partes, los que no saben hablarlo siguen utilizando el ruso, pero evitan hacerlo ostentosamente.

Esto me llama mucho la atención. El ucraniano domina ahora el ámbito académico, los discursos políticos, los programas televisivos y, sobre todo, las comunicaciones del ejército... cuando me consta que hasta hace muy poco los militares utilizaban el ruso, herencia del sistema soviético. También se ve mucho inglés en los letreros de las tiendas, en el trabajo cooperativo, en los restaurantes de moda y en la música que sale a todo volumen de los coches que pasan volando por las avenidas arboladas. Esta es la amalgama lingüística de Kiev.

Sobre el «ruso imperial» de Kiev de Bulgákov reflexionaremos en el capítulo siete. En el capítulo ocho hablaremos de la memoria de la cultura yidis y reflexionaremos sobre la desaparición de la

comunidad judía de Kiev tras la Segunda Guerra Mundial. Por último, en el capítulo nueve, trataremos el auge imparable de la lengua ucraniana.

El relieve vertical, la luz y el sonido nos ayudarán a comprender las características más importantes de la Ucrania actual y los valores de este mundo. Pero, por encima de los aspectos históricos y políticos, por encima de los intentos que hagamos de describir el gran vuelco histórico que estamos viviendo, está, en mi opinión, el destino de una persona, de una vida cualquiera, estadísticamente insignificante, pero que podría ser la vida alternativa de todos y cada uno de nosotros.

Basta con que nos pongamos en el lugar de una joven de Kiev que, la mañana del 26 de febrero de 2022, se despierta en su apartamento. En mi apartamento. En la casa en la que nací y de la que me fui para siempre cuando apenas era una adolescente, pero en la que seguramente mi sombra sigue viviendo y cualquier lector podría vivir, empezar el día, encender la cafetera, atender a su hija a la que han despertado las bombas...

A la mujer que se cayó en los escalones de mi portal no la traicionaron los pies, sino un repentino mareo. La cabeza le dolía y le daba vueltas ya por la mañana, cuando, como el año anterior, con motivo del cumpleaños de su hija, iba a llevarla al «tren infantil» y pasarse luego por el zoo a saludar al gorila *Tony*. Hacerse un selfi con la locomotora, otro con los animales más curiosos. A mediodía, los niños pueden dar de comer a los animales: a los bisontes, a las llamas, a los caballos de Przewalski...

Pero la mujer piensa que mejor es olvidar lo del tren: en las calles no paran de sonar las sirenas. Llama al zoo para preguntar, pero o la

línea no funciona o el que le contesta parece tonto. A las 10:30 una voz le responde: «¿Estáis locos o qué? Aquí, en la Beresteyska... animales en los sótanos».

Los rusos han invadido Ucrania. En la televisión hablan de que Moscú ha declarado la guerra de verdad. Moscú, la ciudad en la que ella ha estudiado y vivido hasta hace tres años. La ciudad en la que, tras el divorcio, se ha quedado a vivir su exmarido. ¿Qué dice aquel hombre? ¿Cómo va su exmarido a bombardearlas a ella y a su hija?

Se acerca a la ventana y observa atentamente el cielo. Se oye un ruido casi imperceptible a lo lejos. Pero sus ojos no ven nada especial.

No debe dejarse llevar por el pánico. Todo acabará mañana o pasado mañana.

Salir e ir a ver los animales. Mejor que estén en sótanos, porque el ulular de las sirenas significa que hay que esconderse. Pero ¿dónde? En su edificio, la puerta que da al sótano, en el que se enmarañan las polvorientas cañerías del agua y de la calefacción, está cerrada con un viejísimo candado. También están cerradas las dependencias en las que vive el portero, por las que se puede pasar. A ella, claro está, el portero le da igual. Su nombre, Tijon, sin embargo, se conserva en algunos documentos. También se sabe que le gustan los pianos de cola.

Aún más le repugna la idea de buscar refugio en el barrio. Un horrible cuchitril, que seguramente llevará abandonado desde la época soviética, todo lleno de hollín y con bancos podridos. Es mucho mejor ir al zoo. Eso puede hacerlo perfectamente. Ya es algo. Que parezca un día de fiesta. Tranquilizar y divertir a la pequeña. En el zoo está el querido gorila, un animalucho robusto, arisco, que convive en su jardincito privado con una docena de cacareantes gallinas. Lleva allí cuarenta y dos años y los kievitas, sobre todo los

niños, lo adoran. En internet aseguran que el zoo está abierto como siempre. Se venden entradas en la página web y la mujer compra unas viendo al mismo tiempo una breve entrevista que le hacen al director, Kirill Trantin, al que se ve en un pequeño recuadro de la pantalla («¿A él también lo han metido en una jaula, como a *Tony?»,* le pregunta su hija y las dos se echan a reír): han trasladado a los animales a zonas donde estén tranquilos. Al elefante *Horace,* por ejemplo, lo han llevado a la tercera planta del sótano, un espacio insonorizado, porque se pone nervioso cuando oye ruidos muy fuertes y un elefante al que la alarma antiaérea asustara sería difícil de controlar. Al público se le ofrece, pues, visitar la «isla de las bestias».

¡Sí! ¡Así se llamaban en mi infancia los lugares donde pasaban el invierno los animales salvajes! Eran espacios climatizados, con un microclima apto para cada especie. Me llevaban mis abuelos en las vacaciones de Navidad. Eran enormes cuevas medio a oscuras, en las que olía a orina, a estiércol, a comida y a sudor.

La hija se echa a llorar. Tres días lleva encaprichándose con cualquier cosa. Ahora protesta porque no pueden ir al trenecito infantil. Pues entonces quiere ir al zoo, ya, ahora mismo, deprisa. Su madre hace al menos que se ponga un gorro de lana con orejeras, evitando regañarla para no aguarle la fiesta. Y vaya si se necesita el gorro con orejeras; la temperatura empieza a subir, es verdad, pero no deja de ser febrero y a saber qué viento sopla en el zoo.

Esa misma noche llega de Leópolis su suegro, que lleva viajando setenta horas, duerme a ratos en el coche, acurrucado en el asiento, y espera en las gasolineras a que lleguen los camiones cisterna con combustible. Pobrecito. Pero ha sido idea de ellos, de la familia del exmarido de Moscú, que suplicó que evacuaran a las «chicas» de

Kiev y las trasladaran al oeste. Esos días mucha gente busca refugio en el oeste. En el oeste no habría bombardeos.

De viajar en tren ni hablar. Las fotos de andenes llenos de gente publicadas en Instagram no dejan lugar a dudas.

Pobre abuelo, lo cansado que estará. Cuando llegue, tendrá que descansar un poco. Luego nos marchamos tranquilamente, mañana, no nos vamos a ir de noche...

La madre, que intenta controlar el pánico, es presa de una grandísima confusión. Coge cosas y las deja. Empieza a hacer las maletas. Mete en un baúl juguetes y varios cargadores. Luego lo pone todo en una mochila. ¿Y qué ropa se lleva? Ni idea. Cero concentración. Menos mal que tiene lista en el pasillo, debajo del perchero, la llamada «maleta de emergencia», según han recomendado las autoridades en previsión de una huida repentina.

Pero ellos no huyen. Van a visitar a los suegros a Leópolis, para que vean a la nieta, como han hecho otras veces. Es un viaje normal, bien organizado, que nada tiene de extraño.

¿De qué quiere convencerse? Lo que más nerviosa la pone es esperar. Dos noches lleva la niña sin dormir por culpa de la alarma antiaérea. Una y otra vez pasan aviones volando a baja altura. Ellas viven (yo vivía) en la cuarta planta, la última.

Son sin duda expediciones militares que salen de Hostómel y van a combatir a cielos lejanos, a alguna tierra remota, donde se empeñan los combates... que, eso sí, terminarán pronto, en unos días.

«¿Dónde está la guerra? ¿En Rusia? ¿Cerca de donde vive papá?»

En la entrada del zoológico, al otro lado de la empalizada, hay una alegre jirafa de polipropileno que se asoma a la calle. Pero en la caseta del guardián se lee un aviso: el zoológico permanecerá cerrado hasta nuevo aviso. Quien quiera llevar animales domésticos

para que estén protegidos allí, que llame a Trantin, el director, cuyo número de móvil figura al pie. Quien necesite información sobre comida animal porque se vea en la necesidad de sustituir los productos habituales por otros improvisados, que pida consejo a los voluntarios del centro veterinario. El número de teléfono figura al pie. Lo mismo ocurre con los tranquilizantes para animales.

No ha terminado la madre de leer cuando empieza a sonar otra vez la alarma y un fuerte estruendo, como si hubiera caído una roca, se oye en la calle Dejtyarivska. «Hay unos tanques combatiendo en la calle Dejtyarivska», lee en el móvil. Vuelve a leer esas palabras dos veces. ¿En la calle Dejtyarivska? ¿En la misma calle en la que están ellas? ¿Combatiendo? ¿Quiénes? ¿Los rusos, en Kiev? ¿Tanques? ¿Qué disparates dicen?

La calle en la que están tiembla. Por el cielo se expande como un manto oscuro. Por todas partes corren hombres cubiertos de polvo, avanzan las tortugas de metal. Saltan las ventanas hechas añicos, el suelo se cubre de cristalitos brillantes.

La niña se le echa en brazos, gimiendo, y le tira con fuerza del cuello del abrigo. ¿O sea, que sí, que el enemigo ha entrado en Kiev?

Algo las derriba. La niña deja de gemir y no se mueve. La madre la zarandea. La niña se echa a llorar: está, pues, viva.

Ha tenido suerte de caer de espaldas y de que su hija le haya caído encima. El abrigo habrá quedado hecho un colador, pero no se han cortado con los cristales.

La coge en brazos y echa a correr hacia el metro. Los cristales crujen bajo sus pies. El aire quema, le falta el aliento. Un soldado viene corriendo, no sabe de qué ejército es. Lleva una cinta azul en el casco. Seguramente ucraniano. Suelta un improperio y de un codazo la tira al suelo. Algo que huele a hierro candente pasa

volando y destroza la valla del jardín. Ella sigue preguntándose si el soldado es ruso o ucraniano. Aunque ¿cómo saberlo? Todos blasfeman en ruso.

Hoy sabemos que eran grupos de alborotadores enviados por los rusos para causar disturbios en el centro de Kiev; iban vestidos con ropa no identificable y dejaron de comunicarse con sus mandos, por lo que disparaban y lanzaban granadas al azar.

«La 101 brigada ha destruido un convoy: dos vehículos blindados, dos camiones acorazados, un tanque. Todo está tranquilo, todos han sido abatidos.» Es el informe que aparece en la pantalla del móvil, firmado: «Cuartel general de las fuerzas terrestres ucranianas». «Se hace saber», dice otro comunicado del comité de defensa de la ciudad, «que, debido a los combates que se libran en la zona, se ha cerrado la entrada a la estación de metro Politécnico por la avenida Peremohy (de la Victoria). La estación se ha habilitado como refugio. Se ruega que usen las demás entradas.»

La madre respira el aire cargado y quiere gritar, pero se contiene: lo que menos necesita la niña, que sigue abrazada a ella, es una madre que pierda los nervios.

Quiere oír respirar a la hija. Silencio sepulcral. De pronto reina una extraña paz en el mundo. La hija respira sin hacer ruido, pero la madre la ciñe contra sí y nota su aliento. La nieve sobre la que yacen empieza a derretirse. Se les empapan los zapatos y el abrigo. Ponerse a cuatro patas no resolvería el problema. Tienen que levantarse e intentar llegar al metro. La otra entrada.

La batalla ha terminado. Silencio y paz. El miedo ha pasado. Ya no se oyen disparos. Tiene que llevar a la niña a casa, lavarla, darle de comer y acostarla.

¡No! Donde tiene que llevarla es al hospital. En el vestíbulo del metro se da cuenta de que su hija sangra por los oídos. Lleva todo el

cuello manchado y, debajo del gorro, el pelo se le apelmaza. Menos mal, piensa la madre, que llevaba orejeras, porque seguro que han amortiguado la onda expansiva que la ha herido.

¡Herido! De nuevo la madre quiere gritar y se reprime. El pánico la paraliza. Los dedos no responden, parecen de hielo. La cabeza empieza a zumbarle como si fuera un televisor averiado. No consigue ponerle el gorro a la niña y tampoco sabe de qué sirve ponérselo.

Una desconocida se les acerca, saca unos pañuelos de papel y le limpia las orejas a la niña. Seguramente, explica, se ha dañado los oídos, pero la madre no la oye ni la entiende, porque también ella tiene los oídos lastimados. La simpática mujer sigue hablando: los médicos hacen milagros, hay que llevarla enseguida a que la vea uno, ellos saben aliviar los males, hacen milagros. Aunque la madre no la oye, la otra sigue explicándose por señas.

Con los andenes llenos de gente, esterillas de goma tendidas en el suelo y camas hechas con colchas y mantas muy vistosas (la gente quiere causar buena impresión hasta en la desgracia), el metro sigue circulando. Dejará de hacerlo, por orden del alcalde Klichko, esa misma noche y por muchos días. Pero esa tarde circula. Llega a la estación Universidad con una frecuencia de uno o dos trenes por hora. Y la gente los usa: se apiña en los vagones, jadea, maldice y ruega a Dios que lleguen pronto a la estación. Pero los trenes circulan a paso de tortuga.

La siguiente media hora de espera y todo el trayecto hasta la nueva terminal, y luego cuando camina lentamente por el parque Shevchenko (el parque de mi infancia, en el que aún no había agujeros hechos por misiles Kalibr) y hasta que llega al hospital pediátrico número 6 de la calle Tereschinkivska (¡mi hospital! ¡Aún recuerdo el miedo que me entraba cuando iba!), la mujer va siempre

acompañada por alguien. Varios hombres se turnan para llevar en brazos a la hija.

Ella no sabe quiénes son ni, claro está, oye lo que le dicen. Solo oye el zumbar cada vez más intenso del televisor que lleva en la cabeza. Y la gente le pregunta más y más preocupada: ¿quién le ha hecho eso? ¿Tanques? ¿Dónde? ¿Tanques rusos en la avenida Peremohy? ¿Quién iba a imaginarse que ese día, 26 de febrero de 2022, habría bandas de traidores encapuchados operando en el corazón de Kiev?

Llegan por fin al hospital y en la sala de espera no hay asientos libres. Los acompañantes le hacen sitio en el suelo. Pasa el tiempo, los enfermeros van y vienen sin hacer caso. La mujer les pregunta algo en voz baja, pero todos los presentes se vuelven. Los enfermeros entonces cambian de actitud y enseguida ponen a la niña en una camilla. Escriben en un papel: «Aquí solo se admiten menores de edad»; le dicen que para hacerse un TAC hay que esperar tres o cuatro horas y que ella, que es una adulta, haría bien en ir a que la vea un médico, pero a otro hospital en el que admitan adultos.

—Tendríais que haber ido al Instituto de Neurocirugía de la calle Lukyanivka, que está cerca del zoo.

—¿Neurocirugía? ¿Por qué? ¿Qué le pasa a la niña?

—Lo sabremos cuando hagamos las pruebas. Aquí todos los niños presentan síntomas. Muchos caen enfermos con los ataques aéreos. Conmoción cerebral, ataques epilépticos, desmayos... La sala de espera de la unidad del TAC está llena. Los padres no pueden entrar. Están en vigor las medidas contra el covid. Tenga, el formulario de admisión de la niña. Yo soy enfermera, me llamo Olha, Olha Mlynnik. Me ocuparé de su hija. Tendrá usted que esperar tres horas o cuatro. Nos vemos luego.

Tiene, pues, tres horas de espera por delante: puede por fin, para empezar, dar rienda suelta al llanto. Se va al parque, se sienta en un banco que hay junto a la zona de juegos infantil, la cabeza le da cada vez más vueltas y tiene cuidado de no caerse. No hay nadie jugando.

Llora, pero no oye sus sollozos.

Al poco se levanta y va a buscar algo de beber. Una cafetería. Tiene la boca seca. Llorar deshidrata mucho. No puede ser la cafetería de la plaza Tolstói que recuerdo de niña, por la sencilla razón de que dejó de existir hace cuarenta años y la mujer que el 26 de febrero de 2022 llora y se retuerce en el banco del parque no hallará un lugar donde comer algo y reponer fuerzas, pedir agua para tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza y encender tranquilamente el móvil.

Entra por un pórtico protegido, como los escaparates de las tiendas de la plaza, por sacos de arena y viejos neumáticos. Es una entrada privada de la casa, suya y mía, de la calle Shota Rustaveli, 23. Antes ha mirado hacia arriba, como sin duda haría yo. Ha mirado los dos balcones de la izquierda de la última planta, los de nuestra casa. Aunque hubiera luz, sería difícil verla, porque la taparían los balcones. Pero todas las ventanas están oscuras. Se dice que los inquilinos se habrán ido, habrán huido al oeste o decidido dormir en el metro.

Pero también se ven oscuras las ventanas de los rellanos, señal clara de que todo el edificio está sin luz.

De todas maneras tenía que volver a casa. Ver si ha llegado su suegro. Subir al cuarto piso. El ascensor no funciona, subirá a pie.

El vestíbulo, en cambio, parece bien alumbrado. Siguen encendidas las plaquitas luminosas de la puerta, algunos letreros de

neón y los carteles publicitarios de la tienda de vinos. Ah, claro, esas cosas están conectadas a la red eléctrica municipal...

Fue uno de los últimos días en los que funcionó el alumbrado público. A partir del quinto día de guerra, no hubo electricidad, las farolas se apagaron y se impuso el toque de queda. No podía encenderse ni un mechero en las calles a oscuras.

Quiero decir que esa noche no tropieza la mujer porque esté oscuro. Son sus piernas las que ceden ya cuando pisa el primer escalón del portal. Antes de desplomarse, cuando ya empiezan a nublársele los ojos y antes de fijarse en las ramas nudosas del chopo lombardo, su mirada se pasea por la placa, debidamente iluminada, en la que se lee que mi bisabuelo, el ingeniero Hersh Konstantinovski, vivió en ese edificio hasta el 31 de diciembre de 1937, día en el que lo arrestaron y lo fusilaron acusándolo de cosas absurdas.

De él, de la débil luz de la placa que lo recuerda, hablaremos luego. Ahora, digamos lo que le pasa a la mujer que corre ese 26 de febrero de 2022, prototipo imaginario de todos nosotros: la hemorragia provocada por la onda expansiva se convierte a media tarde en un coágulo de sangre que le cuesta la vida.

Solo había un tanque ese día en Kiev. La gigantesca operación que las fuerzas especiales rusas llevaron a cabo los días 24 y 25 de febrero de 2022 fracasó ante la encarnizada resistencia de los ucranianos. Los otros carros armados no pudieron llegar a la ciudad. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que ese tanque fuera ruso y no ucraniano. En el caos del tercer día de guerra no pudo ser identificado y al final el episodio ha quedado como un pequeño enigma de la saga del asalto de esa colosal fortaleza que es la ciudad de Kiev.

Capítulo 1

La emperatriz madre María Fiódorovna - Las dos estatuas de san Vladímir - Abdicación de Nicolás II - Digresión sobre los trenes - El escenario de una entrevista

Otra mujer camina por Kiev con paso vacilante. Está bajando con su hija la escalera con forma de tenaza del palacio Mariyinski. La hija la lleva firmemente del brazo. Parece incluso que la aúpa. La hija es una mujer decidida, aunque ya no es joven. La madre es una mujer anciana, deprimida y apática.

La hija quiere salvarla, quiere salvar a la gran dama que fue emperatriz de todas las Rusias. De «todas» las Rusias, es decir, de la Gran Rusia, de la Pequeña Rusia y de la Rusia Blanca. Por entonces el adjetivo «pequeña» se refería a Ucrania, y «Rusia Blanca» es la traducción de *Belarus,* Bielorrusia.

La exemperatriz ha perdido su título. Ya no tiene ni el de emperatriz madre. Ella, que adoptó el nombre de María Fiódorovna el día que se convirtió a la fe ortodoxa, el 12 de octubre de 1866, vuelve a llamarse Dagmar de Dinamarca (Dagmar de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg). Su hijo ya no tiene derecho a llamarse Nicolás II. A partir de cierto momento pasa a ser simplemente el coronel Nikolái Románov.

Olga, hermana de Nikolái, ayuda a su madre a bajar la escalera y le pide que no discuta, porque teme las iras de la escolta. Es la misma escolta que antes tenía la prestigiosa misión de servir a la

augusta familia. La guardia real ha decidido pasarse al bando del proletariado insurrecto. Ha empezado a comportarse de manera irrespetuosa. Su actitud deja ver la violencia del nuevo orden social.

Y, sin embargo, solo un año antes, María Fiódorovna era la única y respetada propietaria del lujoso palacio. El edificio lo construyó en el siglo XVIII Bartolomeo Rastrelli en la majestuosa colina sobre el Dniéper para poner de manifiesto el poder y la supremacía sobre Ucrania que tenían los soberanos absolutos del imperio. Los zares tenían palacios de ese tipo en las cincuenta y una provincias que formaban el imperio. Normalmente estaban deshabitados. Los gobernadores (que venían de San Petersburgo) ocupaban otras residencias. El palacio solo se utilizaba para las ceremonias oficiales.

Hoy, el palacio Mariyinski es un edificio oficial que usan las máximas autoridades para recepciones y ceremonias de Estado. En él recibió Zelenski al presidente francés Emmanuel Macron, al canciller alemán Olaf Scholz y al primer ministro italiano Mario Draghi el 16 de junio de 2022, y al presidente de Estados Unidos Joseph Biden el 20 de febrero de 2023. Todo el mundo pudo admirar por televisión la rica arquitectura barroca y la ornamentación de estucos y dorados, en el suntuoso marco natural que prestaba la colina que se eleva sobre la orilla derecha del Dniéper. Claro que desde el salón de recepciones no se podía ver lo de fuera, por la obligación impuesta en tiempos de guerra de tener todo cerrado para que no se vea luz.

En febrero de 1917, cuando la zarina madre aún residía en él, las puertas y ventanas del palacio Mariyinski no estaban cerradas como hoy. Cuando volvía a casa del trabajo, rodeada de camareros y sirvientes, la emperatriz se asomaba a la ventana y contemplaba el paseo del Dniéper, alumbrado por farolas. En 1917, el suministro eléctrico de Kiev era constante, no como en los inviernos de 2023 y

2024. María observaba los trenes que entraban en la ciudad por el puente que comunicaba la orilla alta con la baja y se reflejaba en el río helado. Ese puente, construido hacía apenas un año, llevaba su nombre: puente de María Fiódorovna, aunque la gente lo llamaba como el palacio, puente Mariyinski.

¿Cuando volvía del trabajo? Sí, porque la zarina trabajaba todos los días. Siempre tenía algo que hacer. No quería perder el tiempo. Nervios, tensión, guerra. Dagmar-María procedía de una familia danesa y odiaba el militarismo alemán. No hizo menos obras benéficas, sobre todo en el ámbito de la medicina militar, que su difunta suegra, que también fue una princesa extranjera. Esta (María Aleksándrovna, nacida Maximiliane Wilhelmine Auguste Sophie Marie von Hessen und bei Rhein) había fundado en 1870 la Cruz Roja rusa y María Fiódorovna la sucedió al frente de la institución. Por eso se trasladó a Kiev en 1915: para dirigir personalmente varios hospitales de sangre, en uno de los cuales (el de Kamenets-Podolski) se estrenó en 1916 un joven médico, de nombre Mijaíl Bulgákov.

María Fiódorovna dirigió también el famoso hospital Aleksandrovska u Oleksandrivska, en el que nacimos mi abuela, mi madre y yo, fundado en 1874 en honor del entonces heredero al trono, Alejandro.

La última semana de febrero de 1917 (muchos de los grandes vuelcos políticos de Ucrania se producen a finales de febrero), María Fiódorovna, mujer decidida y enérgica, se paraba largo rato delante de la ventana y contemplaba distraída los árboles de la ladera. Miraba hacia abajo. El hielo del río empezaba a romperse. Grandes témpanos brillantes flotaban en la superficie oscura del agua y se alejaban hacia los cálidos mares del sur. En esos momentos, la exemperatriz meditaba y se afirmaba en la decisión que había tomado. La decisión más importante que jamás había adoptado. La

decisión de impedir que se produjera un cambio histórico en el imperio y en el destino de las provincias que controlaba.

La madre del zar pensaba marchar al frente y visitar el cuartel general. Quería hablar con su hijo, que iba a abdicar. Su hijo iba a rendirse, iba a renunciar a las grandes responsabilidades que tenía como soberano. Había que hacerle cambiar de idea.

Es cierto que el ejército ya casi no obedecía a sus mandos y empezaba a no querer la guerra. Pero Nicolás aún tenía muchos recursos. Como comandante en jefe, debía empuñar las riendas de la guerra. Su resistencia a hacer frente a los nuevos retos sería sin duda nefasta para la campaña militar y para el país.

Pilar del movimiento antiprusiano en Rusia, la emperatriz María aún confiaba en la monarquía inglesa. Como tía materna del soberano británico, procuraría por todos los medios que los ingleses apoyaran a su hijo, a lo que estaban obligados por los acuerdos de la Triple Entente. Pero, para ello, era necesario preservar la composición y las fronteras de los estados firmantes, así como el poder dentro de cada estado. Que el zar abdicara anularía los compromisos contraídos por los aliados con el imperio ruso y este se desintegraría en una miríada de países con los que ya nadie tendría ninguna obligación.

En cambio, si el zar seguía en su puesto y se negaba a abdicar, el imperio sobreviviría y podría dedicarse a combatir las tendencias independentistas que en ese momento se extendían por todas partes, en el Báltico, en el Cáucaso, en Asia central y, sobre todo, en provincias ucranianas como Járkov, Poltava, Kiev, parte de Podolia, Jersón, Yekaterinoslav, Volinia, Chernígov y Táurida, a las que el Gobierno central llevaba siglos impidiendo que se unieran. Si el plan de la emperatriz salía bien, Ucrania se olvidaría de la independencia por mucho tiempo.

Pero el plan de la emperatriz fracasó, Nicolás II abdicó el 3 de marzo de 1917 y aquellas nueve provincias pudieron independizarse y unirse a otras que hasta ese momento habían formado parte de Polonia o del imperio austrohúngaro: Galitzia, Bucovina y Transcarpacia, más lo que quedaba de Podolia. La Unión *(Sobornost)* de todas estas regiones, en 1919, es lo que celebra Ucrania todos los años el día 22 de enero.

La historia de Ucrania, como dijo uno de sus protagonistas, el padre fundador (con Hrushevski) de la independencia ucraniana, el escritor Volodymyr Vinnichenko, «no debe leerse sin tomar bromuro de potasio». Mijaíl Bulgákov, en su ensayo *La ciudad de Kiev,* dice que el poder cambió de manos nada menos que catorce veces en poco más de tres años, entre 1917 y 1920. Intento resumir lo que creo que quería decir Bulgákov:

1. Febrero de 1917: en Petrogrado llega al poder el Gobierno provisional; el 17 de marzo, Kiev proclama la formación de la Rada («Consejo») Central, que reconoce la autoridad del Gobierno provisional ruso;
2. Finales de octubre-principios de noviembre de 1917: en Petrogrado, el Gobierno provisional cede el poder a los sóviets bolcheviques; en Kiev, los líderes de la Rada proclaman la República Popular Ucraniana (RPU), que ya no reconoce la autoridad de los rusos;
3. 9 de febrero de 1918: en virtud del acuerdo de paz entre las potencias centrales y la república ucraniana que precedió al tratado de Brest-Litovsk, Alemania y sus aliados (Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) prometen su apoyo a la república

ucraniana contra la Rusia bolchevique; ese mismo día, tropas bolcheviques al mando del despiadado comandante Muraviov asaltan y conquistan Kiev por primera vez;

4. 1-2 de marzo de 1918: el Estado ucraniano, apoyado por tropas austro-alemanas, recupera la ciudad y expulsa a los bolcheviques;
5. 29 de abril de 1918: los representantes del pueblo, reunidos en el circo de Kiev, eligen democráticamente a Pavló Skoropadski como hetman del Estado ucraniano;
6. 14 de diciembre de 1918: Rusia ataca de nuevo y los alemanes, obligados por el armisticio de Compiègne y por la revolución que ha estallado en su país, se retiran, lo que debilita al hetman Skoropadski, que huye secretamente en tren; en Kiev se establece un «Directorio» encabezado por Volodymyr Vinnichenko y por Simon Petliura. Según Bulgákov, la violencia de los «petliurianos» es tan intolerable que la población de la ciudad empieza a desear que vuelvan los bolcheviques;
7. 5 de febrero de 1919: los bolcheviques, al mando del célebre Mikola Shchors, toman Kiev por segunda vez, derrocan el Directorio y cantan victoria, pero estalla una revuelta popular en el barrio de Kurenivka, que es reprimida sin piedad;
8. 30 de agosto de 1919: las tropas ucranianas del Directorio vuelven a Kiev, aunque por un solo día;
9. 31 de agosto de 1919: entra en la ciudad el Ejército Voluntario Blanco Ruso del general Antón Denikin y las tropas del Directorio huyen de nuevo;
10. 14 de octubre de 1919: el ejército bolchevique toma la ciudad por tercera vez y los blancos se retiran a uno de los suburbios

(el «éxodo de Dárnytsia»);

11. 16 de octubre de 1919: el Ejército Rojo se retira de Kiev y regresa el Ejército Voluntario Blanco de Denikin;
12. 16 de diciembre de 1919: el Ejército Rojo de los bolcheviques ocupa Kiev por cuarta vez;
13. 7 de mayo de 1920: fuerzas ucranianas y polacas expulsan a los rojos y conquistan la ciudad;
14. 12 de junio de 1920: el Ejército Rojo toma Kiev por quinta y definitiva vez.

La guerra de liberación ucraniana se perdió por falta de cohesión de las fuerzas antibolcheviques. Tras la derrota, Ucrania saboreó todas las alegrías del siglo XX soviético: el gulag, el exilio, la colectivización, la cancelación de la cultura nacional. Con la caída de la Unión Soviética en 1991, la recién nacida república de Ucrania cedió gran parte de su armamento, incluido el nuclear, por la fortísima presión ejercida por Estados Unidos y por el mismísimo presidente Clinton, a cambio de la promesa de que, en caso de peligro, Ucrania recibiría protección militar tanto de Rusia como de Estados Unidos. Pero cuando, en 2014, Rusia atacó el Dombás y Crimea, nada se hizo por ayudar a Ucrania, que se encontró en una situación de bancarrota militar y tuvo que ceder en todos los frentes.

En 2022, Ucrania fue nuevamente atacada. Pero esta vez el espíritu combativo, la preparación logística y la conciencia de que Ucrania no solo se defendía a sí misma, sino que defendía también los valores democráticos de toda Europa, crearon una situación muy diferente.

Cuando la independencia de Ucrania apenas empezaba a vislumbrarse, la emperatriz, sumida en sus pensamientos, paseaba por el parque que ella misma había diseñado. Para calmarse, pasaba revista a las especies raras de árboles que allí había: ailanto, alcornoque de Amur, dalia de Laponia, arce de Schwedler, alcanforero japonés... María Fiódorovna cultivaba también una planta, *Erythroxylum novogranatense*, de la que se extraía la cocaína que se administraba a los pacientes del hospital que dirigía.

Paseaba por la colina más alta de Kiev, se detenía en un punto que estaba a medio camino entre la estatua de san Vladímir y el monumento a los derechos de Magdeburgo y contemplaba el río que discurría a lo lejos.

En 1843, Vasili Demut-Malinovski, rector de la academia imperial de las artes de San Petersburgo, presentó a Nicolás I el «proyecto de construcción de una estatua del santo príncipe Vladímir en la ciudad de Kiev, en el lugar en el que fue bautizado el pueblo ruso». La estatua de bronce de san Vladímir, obra del famoso escultor Piotr Klodt, fue fundida en 1847 en San Petersburgo. Las placas de hierro del pedestal se fabricaron en 1851 en los altos hornos Dugnenski, en la provincia de Kaluga. Es decir, que la estatua se fabricó íntegramente en Rusia y encima la pagó el magnate ruso Novikov. San Vladímir sostiene en alto, como si fuera una espada, «una cruz de fuego»: en 1895 se le añadieron unas pequeñas antorchas de gas, que luego se sustituyeron por bombillas eléctricas. Con la toma del poder por los anticlericales soviéticos en 1920, se cortó la corriente. Desde 2022 el monumento se alumbra a menudo con luces amarillas y azules, los colores de Ucrania. Así es hoy; Bulgákov, en *La guardia blanca,* describe la luz blanquecina que se ve desde lejos:

> Todas las noches, cuando las sombras envuelven los bancos de nieve, las pendientes y las terrazas, la cruz se enciende y arde toda la noche. Se ve desde muy lejos, a más de cuarenta verstas, desde las negras lontananzas que llevan a Moscú. Pero allí mismo, en la colina, alumbra muy poco: la pálida luz eléctrica se desliza por los costados verdinegros del pedestal y saca de las tinieblas la balaustrada y un tramo de la verja que rodea la terraza de en medio.

El monumento, hecho por rusos por encargo de rusos, mira a Moscú, como señalando el camino espiritual que todos deben seguir. El hecho de que ya en 1895 la estatua se alumbrara con luz eléctrica demuestra lo muy avanzada que estaba Kiev tecnológicamente. De nuevo Bulgákov:

> Pero nada brillaba más que la cruz blanca, eléctricamente iluminada, que el enorme san Vladímir sostenía en la colina que lleva su nombre. Se veía desde muy lejos y muchas veces, en verano, en medio de las negras tinieblas, en las confusas vueltas y recodos del viejo río, por entre las ramas de los sauces, los barcos la veían y por su luz se guiaban hasta la ciudad, hasta los embarcaderos. En invierno, la cruz brillaba en medio de la densa oscuridad del cielo y, fría y apacible, dominaba las oscuras y suaves lejanías de la orilla opuesta, desde la que se habían tendido dos grandes puentes. Uno, pesado y colgante, el de Nicolás, llevaba a los arrabales de aquella orilla; por el otro, ligero y alargado como una flecha, circulaban trenes que venían de lejos, de muy lejos, de donde extendía su gorro multicolor la misteriosa ciudad de Moscú.

Este «gorro multicolor» no figura por casualidad en el texto de Bulgákov. Parece una metáfora con la que describe las luces que rodean Moscú. Pero esa misma expresión se utilizaba para designar el «sombrero de Monómaco», la antigua corona de Rusia. Es la corona que Borís Godunov elogia y maldice al final del tercer acto de la tragedia de Pushkin y de la ópera de Músorgski: «¡Oh, cuánto me pesas, gorro de Monómaco!». Según la leyenda, san Vladímir, como fundador de la «Tercera Roma», la heredó de su abuelo, el emperador bizantino Constantino IX Monómaco, y él la legó a su vez a los sucesivos soberanos rusos.

En 2002, con motivo del quincuagésimo cumpleaños del presidente ruso Vladímir Putin, un grupo de joyeros rusos fabricaron para él una réplica exacta del gorro de Monómaco. En 2016 se erigió frente al Kremlin una enorme estatua de san Vladímir, de dieciocho metros de altura, cuyo tremendo peso amenaza con aplastar la estación de metro que hay debajo. El antiguo monumento de Kiev, de solo cuatro metros de altura (aunque el pedestal mide dieciséis), parece, comparado con el nuevo, un dechado de refinamiento histórico y religioso. Curiosamente, el Vladímir de Kiev no lleva «sombrero de Monómaco»: es visto como un líder religioso. En cambio, el de Moscú lleva bien visible, sobre su altísima cabeza, el «gorro multicolor», poderoso símbolo de dominio político.

Allí, en aquel lugar fatal, entre la estatua de san Vladímir y el monumento a los derechos de Magdeburgo, la zarina, mirando fijamente el puente Mariyinski, procuraba tranquilizarse y discurrir qué hacer después de leer el último telegrama que le habían enviado de Petrogrado, el del 2 de marzo de 1917. Se lo mandaba su hija mayor, Xenia, y le decía que no sabía dónde estaba su hermano «Nicky». Pues ¿dónde podía estar sino en el frente, en el cuartel general de Moguilov, como comandante en jefe que era de todos los ejércitos?

La emperatriz madre recordó que era la jefa del regimiento de caballería. Podía, pues, preguntarle a algún oficial de la guardia, esperando «que le contestara cumplidamente», como anota en su diario. Convocó a los guardias de caballería de más confianza: Shipov, Obolenski, Becker. «De nada ha servido. Todos me han asegurado que nada saben del emperador... ¿Nos habrán traicionado?» Si así fuera, no tardarían en detener y seguramente ejecutar a Nicky. De momento, ella había concebido un excelente plan para que el soberano huyera: llevarlo al extranjero y ponerlo

bajo la protección del Gobierno inglés. La monarquía británica no podía menos de ayudar a la rusa, enviar tropas, armas y municiones. ¡Pero el emperador tenía que dejar de decir que iba a abdicar!

Había que convencerlo de que ya habría «tiempo de ocuparse de su familia». Con todo, la emperatriz no podía ignorar, aunque quisiera engañarse a sí misma y engañar a los demás, que su plan de salvar a Nicky (¿y con él al heredero de trece años, Alekséi? ¿O ya los habían separado?), con toda probabilidad condenaba a muerte a la familia de su hijo. Los familiares que se hallaban en Petrogrado seguramente eran ya rehenes de los rebeldes. Pero no menos cierto era que, si Nicky se reunía con su mujer y sus hijos, correría la misma suerte que ellos y su martirio no salvaría a nadie.

Es lo que diría cualquier persona pragmática, realista, que no tenga corazón, susurraba la emperatriz María, dirigiéndose a los árboles del parque. No se deja con vida a un monarca ungido por el cielo que rechaza el poder y, por tanto, el carisma. Quien deje de matarlo y de mostrar su cadáver a la multitud no podrá esperar sino insurrecciones lideradas por impostores, aventureros...

Toda la noche del 2 al 3 de marzo de 1917 se la pasó la emperatriz yendo y viniendo de aquí para allá, sin acostarse. Por la mañana temprano, su yerno, el gran duque Alejandro Mijáilovich Románov, Sandro para los parientes, volvió de la oficina de telégrafos, donde había pasado la noche tratando de conseguir línea, y contó cosas que causaban pavor: parece ser que Nicky se había declarado dispuesto a abdicar en favor de Mischa, el otro hijo de la emperatriz, Mijaíl. Eso los condenaba a muerte a los dos. «¿Merecía la pena vivir para asistir a semejante horror?»

Veamos la escena con los ojos de Sandro. Leemos en su *Libro de recuerdos,* lleno de agudas observaciones:

La oficina central de telégrafos, desde la que hablé con Serguéi, bullía de rumores. El rostro de los empleados, enemigos todos, claro está, del sistema vigente, delataba sin palabras lo que el cuartel general y la prensa no se atrevían a decir... Pasé todo el día en el palacio de la emperatriz viuda. No tengo palabras para describir su agitación y su dolor. A cada momento entraban unos cortesanos y le transmitían rumores y noticias no contrastadas sobre los últimos acontecimientos de la capital...

A las seis de la tarde del 2 de marzo me llamaron a la oficina central de telégrafos para hablar con Serguéi por línea directa. «Nicky salió ayer para Petrogrado», me dijo mi hermano. «Pero los funcionarios de ferrocarriles, siguiendo órdenes del comité especial de la Duma Estatal, detuvieron el tren imperial en la estación de Dno y lo desviaron hacia Pskov. Nicky sigue allí, en el tren, completamente solo. Va a ir a verlo una delegación de la Duma Estatal y le presentarán un ultimátum. Lo mandarán de vuelta a Moguilov. Las tropas de Petrogrado se han unido a los rebeldes.» Esta era la noticia del día.

Borís Pasternak escribió versos memorables en «Una enfermedad sublime», en los que habla justamente de esto, del fin del imperio y de la huida frustrada de Nicolás II:

Y el águila bicéfala, cansada,
sobrevolaba la región de Pskov,
perseguida por cazadores
poseídos de furia subversiva.
¡Ay, si hubiera encontrado
una vía que no estuviera en los mapas!
Pero la provisión de traviesas y raíles
inexorablemente se agotaba.[1]

Es difícil contar mejor que Pasternak la historia de cómo el tren real, que se dirigía a Petrogrado, no pudo, aquel 2 de marzo de 1917, traspasar las numerosas barreras que le puso el personal del Ministerio de Transportes, y «el águila bicéfala» se vio obligada a posarse donde «los cazadores» la esperaban.

¿Fue, pues, el departamento de ferrocarriles el verdadero responsable de la caída del imperio ruso? No debería sorprendernos. El ferrocarril y las comunicaciones eran la clave de la gestión del país.

Tras el cambio de poder en Petrogrado, hubo un apagón informativo en todo el imperio. Ni una sola noticia revolucionaria trascendía a la prensa. Los oficiales de la guardia zarista vigilaban las oficinas de correos y secuestraban los telegramas en los que se hablaba de la revolución. Los kievitas habrían seguido muchos días a oscuras si el Ministerio de Transportes no hubiera dispuesto de su propia red de comunicación. Aleksandr Bublikov, miembro de la cuarta Duma Estatal y perteneciente a la facción progresista, dirigía precisamente ese ministerio. (Era el superior directo de mi bisabuelo Hersh Konstantinovski.) Bublikov usó su línea telegráfica personal para ordenar a los ferrocarriles del suroeste que se prepararan para la insurrección que, según creía él, iba a producirse en Kiev como consecuencia de la revolución que había estallado en la capital.

En *La ciudad de Kiev* leemos:

> Aquellos tiempos legendarios se acabaron y, repentina, aciagamente, se presentó la historia. Puedo identificar el momento exacto en el que apareció: fue a las 10 de la mañana del 2 de marzo de 1917, cuando a Kiev llegó un telegrama firmado con dos enigmáticas palabras: «Diputado Bublikov». Ni una sola persona en Kiev, puedo asegurar, sabía qué significaban esas misteriosas dieciséis letras. Pero una cosa sí sé: eran la señal que la historia enviaba a Kiev de que algo nuevo iba a empezar... Era solo el comienzo, pero todos los oficiales de la ciudad, cuando llegaban noticias de Petrogrado, se ponían rojos y se escondían en lugares oscuros donde nadie los viera.

Ahora sabemos lo que significaban aquellas dieciséis letras, que suenan cómicas, pues *bublikov,* en ruso, significa «rosquillas». El senador Bublikov, jefe del departamento de ferrocarriles, albergaba ambiciones napoleónicas. Sabemos que fue él quien, el 8 de marzo,

detuvo al emperador Nicolás II en Moguilov. Parecía muy decidido a ocupar el poder supremo.

Los ferrocarriles del Estado tenían un estatus especial, porque los trenes contaban con vagones blindados y cómodos, podían moverse sigilosamente y, al mismo tiempo, trasladar a cualquier persona de un extremo a otro del inmenso país. Tenían, por así decirlo, inmunidad diplomática, no solo en el imperio ruso, sino en toda Europa. El 11 de noviembre de 1918, el armisticio de Compiègne, que pactaron el imperio alemán y las potencias aliadas y puso fin a la Primera Guerra Mundial, se firmó en un vagón de tren, en una vía muerta, en medio de un bosque, en Francia. Y en otro vagón de tren, que se desplazaba constantemente entre las actuales Rusia, Ucrania y Bielorrusia, firmó el zar ruso su abdicación el 2 de marzo de 1917. Este acontecimiento no figura expuesto en ningún museo. Solo hay un pequeño monumento conmemorativo del acto de la abdicación en un viejo vagón de la estación de Pamyatne, en Borznyansk, en la región ucraniana de Chernígov. Para palpar el ambiente de aquellos acontecimientos, en 2015 viajé a Moguilov, que hoy pertenece a Bielorrusia. Lo más curioso es que el Dniéper nace allí y es un simple arroyuelo. Del cuartel general del imperio nada queda. Lo único histórico que hay (que había antes de los recientes bombardeos rusos) es el edificio de la estación.

El gran duque Alejandro Mijáilovich, Sandro, nos cuenta lo que ocurrió aquellos días:

> Mi ayudante me despertó al amanecer y me entregó un papel impreso. Era el documento de abdicación del soberano. Nicky se negaba a separarse de su hijo Alexéi y abdicaba en favor de su hermano Mijaíl. Me senté y lo releí. Nicky debía de haber perdido la cabeza. ¿Cómo era posible que el soberano de todas las Rusias renunciara a su poder divino por una revuelta que la falta de pan había provocado en la capital, o aunque la guarnición de Petrogrado se hubiera rebelado? Daba igual: ¡Nicolás II seguía contando con un ejército de quince millones de soldados! Todavía hoy me parece mentira.

A todo esto, la emperatriz María Fiódorovna había recuperado la calma. Lo primero que tenía que hacer, como hacía todos los días desde hacía cincuenta años, los que llevaba en Rusia, era escribirle una carta a su hermana Alix, es decir, a su majestad Alejandra de Dinamarca, madre del rey inglés Jorge V. En aquel momento todas sus esperanzas estaban depositadas en ella.

Dirigió de nuevo la mirada al puente del tren. Por ese puente discurrían las vías que iban a Chernígov. Pasado Chernígov, las vías se bifurcaban y las menos utilizadas, las de la línea especial Orsha-Vorozhbá, conducían al cuartel general del imperio, situado cerca de la estación de Moguilov.

El 3 de marzo de 1917, la emperatriz, acompañada de su yerno Sandro, del jefe del séquito (el príncipe Serguéi Dolgorukov) y de la dama de honor Zinaida Mengden, subió al tren. En Moguilov, el centro de mando de todo el gigantesco ejército estaba situado en la plaza que ahora se llama de la Gloria. Todos los edificios públicos de la ciudad, ayuntamiento incluido, se habían habilitado para aposento de los oficiales del cuartel general. Los mandos, entre ellos el jefe del Estado Mayor Alekséyev, y el zar Nicolás II se alojaban en la casa del gobernador (que no se ha conservado). La familia del emperador, a excepción del heredero Alexéi, no podía acceder a los cuarteles. Para ellos se habían dispuesto varios vagones cama en la estación.

Hacía mucho frío. Como escribe Zinaida Mengden en sus memorias, el zar los esperaba de pie en el andén, solo. El séquito se mantenía a distancia. Nicolás parecía tranquilo y digno, pero «estaba mortalmente pálido».

«Yo tenía la cámara fotográfica preparada encima de la mesa del compartimento», escribe Mengden. «Mi intención era inmortalizar el encuentro. Pero al final no me vi capaz... No podía fotografiar al zar en un momento de tanta desdicha.»

«El tren de la emperatriz se detuvo», cuenta uno de los oficiales. «Dos cosacos y dos oficiales se acercaron a la puerta del vagón de María Fiódorovna. Esta se dirigió a su hijo, que iba a su encuentro lentamente. Se abrazaron. Los que estaban cerca los saludaban inclinando la cabeza. Acto seguido madre e hijo entraron en una caseta de madera, una especie de cobertizo... Cuando, una hora después, la emperatriz madre y el emperador salieron, sus rostros estaban serenos y nada en su actitud delataba el profundo dolor que sentían.»

Sandro lo cuenta de otra manera:

> Cuando me dejaron entrar, vi a María Fiódorovna llorando a lágrima vida, y a él, inmóvil, mirando el suelo y, cómo no, fumando. Nicky y yo nos abrazamos. No sabía qué decirle. Su pasividad demostraba que no cambiaría de idea, pese a que ya se sabía que su hermano Mijaíl Aleksándrovich rechazaba la corona.

La emperatriz madre suplicó entonces a Nicolás que le permitiera mover los resortes diplomáticos y que se salvara huyendo al Reino Unido. Pero, en aquel momento, el exemperador no quiso recurrir a los monarcas británicos. Más adelante, tampoco el primer ministro inglés David Lloyd George le ofreció ayuda.

Y allí mismo, en Moguilov, entre el 4 y el 8 de marzo, ayudantes y asistentes abandonaron a Nicolás. Los cortesanos huyeron. Los que pudieron marcharon al extranjero. Solo se quedaron dos oficiales, dos damas de honor y dos médicos, Botkin y Derevenko, que acompañaron a la familia imperial a Siberia; Botkin compartió el destino de los Románov hasta el final y fue también ejecutado.

«En la estación», recordaba la condesa Mengden, «el zar pronunció su último adiós y subió los escalones del tren. Su capitán de bandera quiso subir con él, pero los funcionarios de la Duma se lo impidieron. Besó la mano del zar y dijo con amargura: "No me permiten acompañaros".»

Al otro lado del andén, sigue contando la dama de honor, asomada a la ventana de su compartimento, estaba María Fiódorovna, que veía a su hijo por última vez.

Aunque había perdido el título de emperatriz, Dagmar no quería renunciar a sus funciones ni, pese a la revolución, abandonar Kiev. Así lo dice en sus apuntes el 9 de marzo de 1917, nada más regresar de Moguilov.

Tenemos también las notas de Zinaida Mengden:

> En Kiev había cambiado todo. No vino nadie a recogernos a la estación, ni el gobernador ni los cosacos, que siempre se ponían delante de las puertas de los vagones. El tren se detuvo al entrar en el pabellón real, como siempre. Pero esta vez no habían extendido la alfombra roja que siempre aparecía al pie de los vagones y conducía al pabellón. Estaba, sí, pero enrollada y puesta en medio para que tuviéramos que pasar por encima. También habían quitado el escudo real de la puerta de los vagones. Cuando llegamos al palacio, vimos que habían arriado la bandera. En el vestíbulo nos esperaban el mayordomo y varios sirvientes. Pero vi que se habían quitado los bonitos y brillantes botones del uniforme y se habían cosido otros negros.

En sus memorias, Dagmar-María y su doncella recuerdan los últimos meses que pasaron en Kiev, en el palacio Mariyinski. Nos damos cuenta de lo inquietante, incierta y comprometida que era su situación. Al fin y al cabo, era la madre de un emperador al que acababan de arrestar e iban a ejecutar. Se había desatado una oleada incontrolable de violencia social, pero, según se desprende de sus diarios, a ella Kiev aún le parecía una ciudad grata y los modales en sociedad seguían siendo «suaves, incluso amables».

La emperatriz siguió yendo a inspeccionar el hospital, dando órdenes y consejos, para gran contrariedad del personal. Solo cuando, un día, se encontró la puerta del hospital cerrada y el director le dijo abiertamente: «La presencia de su majestad no es

bienvenida», se dio cuenta la emperatriz de que no podría seguir llevando la misma vida. Y, en general, de que tampoco podría seguir viviendo en Kiev.

«Vino a vernos un comisario y nos transmitió la orden de que partiéramos inmediatamente para Crimea, diciendo que la presencia allí, tan cerca del frente y en plena revolución, de los enemigos del pueblo representaba un gran peligro para Rusia. Tuvimos que arrastrar a la emperatriz a la estación. Ella luchó hasta el último momento: quería quedarse y decía que prefería que la arrestaran y la encarcelaran», escribe su hija Olga. Llevaron a la emperatriz casi a la fuerza desde palacio al tren, que rodó cientos de verstas rumbo al sur, al mar, a aquella Crimea que ya no amaba, que percibía como una prisión.

En Crimea permaneció muchos meses, hasta que, en abril de 1919, el buque de guerra *Marlborough* zarpó de Yalta, con la zarina a bordo, rumbo a las islas Británicas.

Ya en tiempos de la Primera Guerra Mundial estaba Ucrania surcada por una red de vías férreas, puentes, raíles, durmientes, traviesas, agujas y demás dispositivos, lo que no pasaba en la Rusia «continental», que se extendía a lo largo y ancho de veintitrés millones de kilómetros cuadrados, pero tenía pocas vías de comunicación. A muchas partes de Siberia solo se podía llegar por río. Barcazas en verano y trineos en invierno por «autopistas de hielo». En gran medida, Rusia sigue siendo un mundo sin carreteras. Pero, aunque no abunden, los ferrocarriles en Rusia siempre han estado rodeados de una atmósfera romántica y teatral, que permite que muchas historias emocionantes se desarrollen en estaciones y trenes, cosa de la que, como es sabido, se ha aprovechado la

literatura rusa, con novelas como *Ana Karenina* y *La sonata a Kreutzer* de Lev Tolstói, *Doctor Zhivago* de Borís Pasternak y *La casa de Matriona* de Aleksandr Solzhenitsyn.

En Kiev, los trenes y las vías férreas son de vital importancia. Ciudad vanguardista y avanzada, ya en 1868 contaba con las vías férreas más modernas de Europa. La fábrica cuyo nombre me recuerda a mi adolescencia —la «Fragua de Lenin» (Leninska Kuznya)— existía desde 1895 y fue la empresa metalúrgica más importante del sur de Rusia. Originalmente, claro está, no se llamaba «Fragua de Lenin», sino «Fragua de Rybalski».

Los ingenieros ferroviarios, empleados de ese departamento que llevó a Kiev la noticia de la revolución, eran las personas más informadas de su tiempo, verdaderos protagonistas de la carrera hacia el progreso... Ahora que lo pienso, yo podría haber escuchado con mis propios oídos algunas de sus historias personales: no me habría sido imposible conversar con mi bisabuelo Hersh, dado que nací solo setenta y dos años después que él... si en 1938 no lo hubieran fusilado los verdugos de Stalin.

En el archivo de mi familia he encontrado un certificado que demuestra que, desde mayo de 1916 hasta, al menos, enero de 1918, mi bisabuelo trabajó en la línea Orsha-Vorozhbá como jefe de mantenimiento (renovación de vías, juntas, agujas, raíles), exactamente en el sector diez, donde se hallaba el cuartel general del emperador.

Los ferrocarriles de Ucrania conservan el fascinante estilo de *Ana Karenina:* un tren de estos, atemporal, se expuso en la Exposición Universal de Milán de 2015. Los antiguos vagones que recuerdo de mi infancia no se diferencian en nada de aquellos en los que primeros ministros y presidentes van ahora a visitar a Zelenski, bajo el cielo ucraniano cargado de bombas. El itinerario de los políticos es

secreto, claro está, y se protege con operaciones especiales. Con el máximo secreto (aunque con las agencias de inteligencia de su país muy preocupadas por su vida, como admitió en una de las últimas entrevistas de su mandato, en enero de 2025) llegó también en tren el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, en febrero de 2023. Unos meses antes, el 25 de octubre de 2022, el presidente alemán Frank-Walter Steinmeier vivió toda una odisea en otro tren: quiso el azar que el convoy en el que viajaba se viera amenazado por drones y misiles, lo que lo obligó a apearse en la estación de Koriúkivka, localidad próxima a Chernígov, y refugiarse en un sótano con los habitantes del lugar.

Las vías funcionan estoicamente, pese al tiempo y al desgaste. Puede que, en algún lugar, sigan funcionando hoy vías que mi bisabuelo diseñó hace cien años. Vías como aquellas por las que erraba el último emperador ruso en su intento de salvarse. ¿Dónde estará ahora el vagón de ganado en el que, en 1941, mi abuela y mi madre se libraron de ser fusiladas por los nazis en Babi Yar? ¿Estará acaso abandonado en alguna vía muerta aquel viejo trasto, desvencijado, convertido en un montón de hierros y de tablas? ¿Dónde estará ese cacharro sin el cual yo no existiría?

Hoy, pasados tantos meses de la invasión rusa, cuando el cielo de Ucrania está completamente cerrado al tráfico aéreo, los ferrocarriles siguen funcionando. Día y noche abastecen los trenes al país de medicamentos, alimentos y armas. Y en sentido contrario, bajo las bombas, esos mismos trenes ponen a salvo a madres y niños de Járkov, Jersón y Kiev.

Así cuenta en Telegram su odisea de marzo de 2022 Anastasia Haridzhuk, una anciana que, en lugar de ser un problema, ayudó a los jóvenes durante la evacuación:

Los trenes salían de Kiev llenos hasta los topes, en medio de la tensión y el silencio: niños asustados, animales nerviosos, personas agotadas... Los que tenían suerte iban sentados en los asientos, los demás se acomodaban en el suelo, en los pasillos, junto a las puertas. Aunque llevan muy poco equipaje, los bultos ocupan todo el espacio. Y entre tantas maletas y bolsos, se ven trasportines con gatos y perros pequeños.

El tren se aleja de la estación. Se apagan las luces del vagón. Todos estamos advertidos: no usar móviles, ni encender luces potentes, ni conectarnos a internet, ni, menos aún, intentar geolocalizar nada. ¡Ojo! Todo eso puede atraer misiles y, por lo tanto, resultar mortal.

Todos obedecemos y apagamos las pantallas. Viajamos en silencio. El tren se desliza suavemente por entre campos y pueblos, a veces se detiene, arranca bruscamente.

Los niños empiezan a lloriquear: quieren ver un vídeo, ir al baño, que les den una chocolatina, moverse. Pero no hay espacio. La única manera de ir al baño sería volando. La gente lo comprende y no se queja. Encogemos las piernas para dejar libres unos centímetros de espacio. Los padres hacen lo que pueden para que sus hijos se callen... Pero cuando los de una parte del vagón se calman, los de otra se agitan.

Pasan las horas. Según calculamos, el tren debería haber llegado ya a Vínnitsa. ¡Qué va! Resulta que aún faltan dos horas o más. Y encima puede que no pare en Vínnitsa.

Los niños se duermen. Hace calor y nos falta el aire. Tenemos sed, pero recordamos que no es fácil llegar al baño. Algunos niños se despiertan y todo vuelve a empezar. En la oscuridad, empezamos a ver unas farolas por las ventanillas. Se encienden las luces del vagón. Parpadeamos, sacamos el móvil y miramos noticias. Alguien de fuera se asoma al vagón. Por el altavoz de la estación dicen que paramos cinco minutos. Algunos pasajeros cogen equipaje, niños, gatos y corren a apearse. Sorprendentemente, no parece que quede más espacio.

De repente, arrojan una enorme bolsa de plástico a cuadros al vagón desde el andén, y después otras dos, y dos mujeres suben arrastrando una cuarta. Los pasajeros protestan porque no cabe nadie más: «¿Cómo se os ocurre subir con esas bolsas?». Y empezamos a quejarnos.

Pero las mujeres de las bolsas no hacen caso. Con movimientos rápidos y precisos, abren las cremalleras de las bolsas y empiezan a repartir paquetes entre los que tienen más cerca. «¡Id pasándolos, rápido, que solo tenemos tres minutos!» La gente se pasa los paquetes. Las bolsas se vacían. Los pasajeros que están más lejos estiran el cuello, quieren saber qué está pasando. Una de las mujeres que acaban de subir pregunta a todo el vagón:

—¿Hay niños pequeños?

—¡Sí!

—¿Cuántos?

—Unos veinte.

Abre la última bolsa y la vacía en el suelo.

—¡Pasadles esto a las madres!

Y es como una ola que recorre todo el vagón:

—Pásaselo a las madres, pásaselo a las madres...

El tren da una sacudida.

Cogen rápidamente las bolsas vacías y saltan al andén.

—¡Atención, agua!

Un gran paquete de botellas de agua entra volando por la ventanilla abierta, seguido de otro.

El tren arranca.

Los viajeros abren los paquetes y encuentran galletas de avena, un bocadillo de queso, un bocadillo de salchicha con mantequilla, una manzana, dos bombones, caramelos. En los paquetes de las madres hay pañales y frascos de comida de bebé.

Las luces del vagón se apagan de nuevo. Se hace el silencio, pero se oye el crujir de los envoltorios de los caramelos. Alguien pide agua.

Dicen que la próxima parada es Ternópil, pero puede que no haya ninguna más.

El tren se desliza por entre campos y pueblos azules.

Anastasia salió de Kiev después de esperar tres días en la estación. Al cuarto día pudo subir a un tren con su hija y su nieta. Lo que cuenta parece una copia de lo que mi abuela Raya, en unas páginas preciosas que se conservan en el archivo de la Universidad de Columbia, refiere de la evacuación de Kiev en agosto de 1941: los mismos detalles y la misma atmósfera, con la diferencia de que entonces no podían llevar animales.

Otras diferencias: en 1941 se huía de Kiev hacia el este. Entre 2022 y 2024, se huye de Kiev hacia el oeste. Entonces, los «inhumanos» venían de Europa, hablaban una lengua extranjera. Hoy, los «inhumanos» hablan el mismo idioma que las víctimas, les gusta la misma comida. Son excompañeros de escuela, estudiaban con los mismos libros y veían los mismos dibujos animados.

Kiev, el solemne escenario, es una ciudad llena de cuestas, pendientes y desniveles vertiginosos. La gente se desplaza en tranvías y funiculares por calles que a veces se empinan tanto como las de San Francisco. Y está el tren infantil, que al principio pensaron instalar en el barranco de Babi Yar, lugar de la matanza de judíos y principal memorial del Holocausto, pero que al final llevaron al parque Siretskii. Aquí precisamente quería celebrar su cumpleaños la hija de la mujer que cayó el 26 de febrero de 2022 en los escalones de mi casa. El tren infantil es muy gracioso y hay una maqueta a escala de la estación central de Kiev, con su famosa fachada modernista. El trenecito funcionó incluso en la Navidad de 2022, cuando misiles rusos destruyeron las centrales eléctricas del país. En los vagones se leía «¡Victoria!».

Y está, por último, el metro. El tren subterráneo de Kiev se ha convertido en un gran refugio y en ningún momento ha dejado de transportar ciudadanos. En diciembre de 2022, David Letterman, de Netflix, entrevistó a Volodymyr Zelenski en la estación de metro Maidan Nezalezhnosti («plaza de la Independencia»), frente a una gran multitud de personas, con el ruido de los trenes de fondo. La entrevista fue toda una puesta en escena, cuya simbología espacial debemos entender: el metro es el lugar más recóndito de la ciudad. El máximo representante de Ucrania, que elige estar con su pueblo y seguir trabajando, demuestra su «altura» moral cuando, físicamente, tiene que bajar a las profundidades de un agujero excavado en la plaza de la Independencia de Kiev.

Capítulo 2

Con mi abuelo Leonid Volinski en el parque Vatutin - La reconquista de Kiev - Monuments men - *En 1941 - La obsesión de la recreación histórica*

Un día, no muy lejos del palacio Mariyinski, en un lugar lleno ahora de árboles que forman una barrera e impiden ver el río, mi abuelo Leonid Volinski, director de escenografía del Teatro Académico de Ópera y Ballet de Kiev, me contó historias de su vida y de la Segunda Guerra Mundial.

Era 1968.

Me llevaba a menudo ya antes, cuando yo tenía cuatro o cinco años y solo me interesaban los triciclos que allí alquilaban, que eran preciosos. Quince cópecs la media hora. Eran réplicas de coches de lujo, descapotables, con radiadores relucientes y faros. En la época soviética solo los niños tenían derecho a disfrutar de estas cosas burguesas. ¡Ay del adulto que pecara de consumista! Y por veinte cópecs podía uno montar un caballo mecánico, enganchado a un cabriolé. Ya no eran los bolcheviques de la brutal *Caballería roja* de Isaac Babel, sino nuestros corceles de hojalata los que golpeaban con sus diminutos cascos el empedrado del parque Mariyinski.

En tiempos del zar la gente se paseaba en carroza por las avenidas del parque. Según la prensa de la época, los meses de la Exposición Nacional de 1913 hasta podían alquilarse camellos y llamas. Allí estaba la famosa sala de conciertos conocida como la

Casa del Mercader, que construyó en 1881 el gran arquitecto Nikolayev. Cuando había música, la lujosa finca real se abría al ciudadano de a pie. La tradición de organizar conciertos en el parque duró varias décadas. Ósip Mandelstam la menciona en 1919:

> *Ya no hay gitanas que echen las cartas a las damas.*
> *Ya no se oyen violines en el parque del Mercante,*
> *sembrada de caballos muertos está la calle Jreshchátyk*
> *y huele a muerte el elegante barrio de Lipki.*[1]

En febrero de 1918, cerca del mirador del parque Mariyinski, fueron enterrados unos setecientos cincuenta obreros bolcheviques de la fábrica Arsenal muertos durante el levantamiento contra el Estado ucraniano de enero de ese año (el monumento que se erigió en su honor fue desmantelado en diciembre de 2023 junto con otros vestigios de la estatuaria soviética). Pero al mismo lugar llevaron también, de febrero a septiembre de 1919, los cadáveres de las personas ejecutadas por la Checa, el servicio secreto que tenía su sede en el antiguo Instituto de Nobles Doncellas de la calle Institutska (hoy Heroyiv Nebesnoyi Sotni, 1), en el barrio rico de Lipki.

Esta cámara de tortura, el Instituto de Nobles Doncellas, era un bonito edificio construido en 1838 por el arquitecto Vincenzo Beretti, autor también del edificio de la Universidad Shevchenko, el que está pintado de rojo. Cuando no cupieron en él todos los detenidos y torturados, la Checa empezó a llevar a sus víctimas a los sótanos del cercano palacio de la condesa Uvarova, en la calle Ekaterininska (hoy Lipska, 16). Estas cárceles subterráneas forman hoy parte del Museo de la Memoria. También de este edificio salían muchos cadáveres con destino a las fosas del parque Mariyinski. Y en los años treinta, en sus sótanos, se ejecutaba a las personas que el

tribunal Troika del NKVD, la antigua Checa, condenaba a muerte (¿entre ellas mi bisabuelo? No he podido saberlo).

En 1968, como digo, mi abuelo me habló allí, en el mismo lugar en el que estuvieron las fosas comunes, hoy cubiertas de asfalto. Para comprender lo que hay debajo del asfalto, leamos lo que escribió entonces una estudiante universitaria («Diario de una estudiante de Kiev, 1918», publicado en el *Archivo de la Revolución rusa* de 1924):

> Agosto de 1919. El parque Mariyinski es un cementerio. Sacan a la gente de sus casas, no les permiten llevarse nada. Requisan edificios enteros y los convierten en cuarteles y oficinas... Han empezado las detenciones... Nos han metido en casa a dos soldados rojos... Están destruyendo las bibliotecas particulares. A los particulares no se les permite tener libros... Los bolcheviques han rebautizado las calles y los kievitas no se orientan en su ciudad... Ya el verano pasado todo el barrio de Lipki apestaba a cadáver.
>
> 31 de agosto, siete de la tarde. ¡Los bolcheviques se van! La ciudad tiene un aspecto aterrador. Todo está muerto, todo está cerrado, por la calle no se ven más que soldados que corren y disparan al aire... Esta mañana ha sido una pesadilla: la prensa publicaba la lista de las personas ejecutadas por la noche. Había varios conocidos...
>
> En Lipki, las sedes de la Checa se han abierto y están rodeadas de gente... Las mujeres se agarran a las vallas, miran por las rendijas. Parece que en ellas ocurrían verdaderos horrores... Yo entré en el jardín del Instituto de Nobles Doncellas, donde fueron fusiladas y enterradas las últimas sesenta y siete víctimas. El cobertizo se usaba como cárcel; incluso excavaron un desagüe para que corriera la sangre. Los cadáveres estaban desnudos.

En la época de la conversación con mi abuelo ya no vivíamos en Kiev. Habíamos vuelto de visita, él por última vez. Nos detuvimos en el mirador. En ese momento el parque se llamaba parque Vatutin. Cuando los bolcheviques conquistaron definitivamente Kiev en 1920, el parque del Mercante (antiguo parque Mariyinski, antiguo parque de los Zares) se llamó parque de los Mártires Revolucionarios. Y tras

la Segunda Guerra Mundial (en 1949) volvió a llamarse parque del general Vatutin.

Aquel parque era para mí una grata alternativa al parque Shevchenko. En el Shevchenko reinaban el otoño, una vaga somnolencia, la anciana preceptora, cuya pedagogía pestalozziana me tenía hasta el moño, y la mastodóntica mole roja de la universidad. Lo único que me gustaba eran las castañas que caían de pronto (¡qué susto!), se abrían y de la cáscara rota salían disparados unos como proyectiles lacados que eran puro chocolate.

En cambio, del parque Vatutin guardo recuerdos veraniegos, resplandecientes. El canto de oropéndolas y gorriones resonaba con el susurro de las ruedas. Con cuatro o cinco años, pedaleaba subida a mi cochecito entre el verdor, las alegres lilas y las lápidas que brotaban por todas partes.

La estatua de Vatutin se alzaba orgullosa en medio del mirador y, como en los circos romanos, hacía las veces de meta de nuestras carreras. Mi abuelo no me decía —¿cómo iba a decírselo a una niña tan pequeña?— que Vatutin había sido uno de los asesinos más sanguinarios de la tormentosa historia de Ucrania.

Él organizó, entre finales de octubre y principios de noviembre de 1943, el cruce del Dniéper por parte del ejército soviético, una operación que querían llevar a cabo con éxito antes del aniversario de la Revolución de Octubre, el 7 de noviembre. A Stalin, como a tantos tiranos, le gustaban las fechas simbólicas y creía, con razón, que le granjeaban el apoyo de la gente.

(Pero los planes de guerra tenían también en cuenta la política internacional: se esperaba que en Europa se abriera otro frente, cosa que debía decidirse en la conferencia de Teherán del 28 de noviembre de 1943. El 22 de noviembre, cuando Stalin subía al «tren especial número 501» Moscú-Stalingrado-Bakú, Kiev fue

tomada, como quería el dictador. Esta conquista reforzó la posición de Stalin y le permitió chantajear a los presentes en la reunión de Teherán: «O abrís un segundo frente o nuestros tanques entrarán en Europa y no se detendrán mientras tengamos combustible, y tenemos mucho». Por eso se decidió en Teherán la operación Overlord, es decir, el desembarco del 6 de junio de 1944.)

En Ucrania, las fortalezas se han construido siempre en la orilla derecha del río, que es la más alta. Kiev se desarrolló en torno a una ciudadela llamada Ditinets, tan grande que, en caso de peligro, podía acoger a los habitantes de toda la zona. La fortaleza los protegía del ataque de los nómadas de la estepa mongola y tártara y, en general, de los enemigos que vinieran de los infinitos espacios del este. El Dniéper es una muy buena defensa natural: una fuerte corriente de agua de un kilómetro y pico de anchura. Los generales soviéticos tenían la difícil misión de asaltar Kiev avanzando de la orilla baja a la orilla alta, la de la derecha, defendida por artillería y ocupada por fuerzas alemanas numéricamente superiores. Tenían que cruzar un río ancho, rápido y helado. Muchos historiadores afirman que fue una masacre de proporciones inauditas. Vatutin obligó a los soldados a cruzar el ancho río en crecida, bajo el fuego de las ametralladoras enemigas. De las cincuenta mil personas que salieron de la orilla, solo entre seis mil y diez mil llegaron a la otra.

Hoy los expertos creen que se podían haber evitado muchas bajas. Con una planificación diferente, no habrían caído tantos soldados. Pero estos análisis se han censurado siempre y siguen censurándose. Solo se publicaron algunos testimonios en los años noventa de personas que estuvieron «en primera línea». Estos libros, claro está, no podían ni mencionarse en la Unión Soviética. Yo los he leído, he conseguido que algunos se publiquen en países extranjeros. Uno de los más famosos es *El batallón de los chaquetas*

negras (1967), de Dmytro Mischenko. Muchos civiles, cuya única culpa era la de hallarse en las zonas ocupadas, fueron reclutados a la fuerza por el ejército soviético y enviados a combatir sin que se les suministrara siquiera ropa militar, directamente vestidos de civil. De ahí el nombre de «chaquetas negras». Mischenko participó en los hechos y los cuenta de primera mano; sobrevivió porque comandaba una batería de artillería.

«Coged barcas, barriles, tablas, puertas, troncos, lo que sirva para construir balsas. Al caer la noche el ejército se lanzará al ataque y que Dios nos proteja, porque todos somos pobres pecadores.» Esto les dijeron a los soldados, escribe Mischenko.

Siguieron tres días de exterminio. Nidos de ametralladoras alemanas cómodamente emplazadas en lo alto de la montaña acribillaron con toda tranquilidad a los soldados de Vatutin. El espectáculo que ofrecía el río, en medio de un caos de maderos usados como embarcaciones, de cuerpos flotantes, de cadáveres vestidos de civil y de caballos que agonizaban aterrorizados impresionó hasta a los alemanes que lo observaban desde lo alto. Erich von Manstein, el mariscal de campo que antes de llegar a Kiev se cubrió de gloria al evitar la derrota del flanco sur del frente oriental hitleriano, cuenta en su libro de memorias *Las victorias perdidas* cómo, desde la orilla alta, observaba con prismáticos las maniobras del Ejército Rojo y se daba cuenta de que todos aquellos hombres habían sido condenados a una carnicería:

> Dos ejércitos, compuestos por unas doce divisiones de infantería, dos cuerpos de tanques y un cuerpo mecanizado, y tras ellos un ejército de tanques, compuesto también de tres cuerpos, se desplazaron por el Dniéper entre Cherkasy y Rzhyshchiv. Marchando hacia Kiev río adelante, al este de la ciudad, avistamos tres cuerpos de infantería y un cuerpo mecanizado. Parecer ser que el enemigo quería lanzar una gran ofensiva allí... En unas aguas heladas que discurrían a toda velocidad arrastrando árboles y rocas.

En el libro de Dmytro Mischenko leemos un característico diálogo entre un coronel y un comisario político. El pasaje es un ejemplo perfecto de enfrentamiento entre mandos del Ejército Rojo por cuestiones operativas. El coronel, que ha ascendido desde los rangos inferiores, reconoce la dificultad de la misión y se identifica con la condición humana de los soldados. Discute con un típico controlador ideológico («comisario»), que solo piensa en sus objetivos y está convencido de que solo él puede decidir quién muere y quién vive:

—Una pregunta: ¿el plan para romper la defensa alemana en nuestra zona se lo han transmitido ya hecho o lo ha pensado usted?

—¿No le gusta mi plan?

—No, no me gusta.

—¿Puede ser más preciso?

El comandante del regimiento frunció el ceño.

—Sí, puedo serlo, incluso estoy obligado a serlo. Para empezar, no me gusta que quiera romper la defensa enemiga con fuerzas que no serán capaces de abrir una brecha.

—Usted perdone, pero el tercer batallón es el más numeroso del regimiento.

—Ya, pero es sabido que es el menos preparado para el combate.

—¿Y qué quiere que haga? No hay tiempo para entrenar a los reclutas. Ni tengo tiempo ni ganas. Esto es el frente, que aprendan a combatir luchando.

—Vale, que aprendan. Pero ¿de quién van a aprender? ¿Por qué no los pone con soldados experimentados? ¿Por qué los aísla?

—¿Se ha preguntado qué clase de gente son?

—Sí, me lo he preguntado. Y por eso no estoy de acuerdo con usted, no entiendo la actitud que tiene con esas personas.

—¿A quién quiere proteger? ¿A los que nos traicionaron en 1941 y se pasaron a territorio ocupado?

—¡No diga tonterías, camarada comisario! Creo que usted combatió en 1941 y sabe a cuánta gente abandonamos en manos del enemigo.

Otra cita del libro de Mischenko:

—Se ve bien, camarada mayor general —dijo Desiatinnikov—, qué tipo de fuego están recibiendo nuestras embarcaciones. No es de noche.

—¡¿Qué?! —Obrubski, al parecer, no esperaba objeciones—. ¿Va usted a enseñarnos cuándo y cómo debemos cruzar el Dniéper? ¡Son órdenes del

comandante del ejército, camarada coronel! Ejecútelas y calle, si no quiere acabar ante un consejo de guerra.

¿Quién iba a imaginarse, pregunto, que, en 2022, el ejército ruso de Putin haría la guerra de la misma manera? ¿Acaso no parece lo ocurrido en Bajmut, Avdiyivka y Máriyinka una recreación teatral de lo ocurrido en la operación del Dniéper de 1943? Es la misma actitud con los soldados o, mejor dicho, con los civiles que, sin instrucción militar, son enviados a combatir como simple carne de cañón. Una vez más vemos innumerables cadáveres anónimos tirados por los campos, devorados por las alimañas o arrojados a las aguas del Dniéper, cuya vertiginosa corriente arrastra lejos a las víctimas para que nunca se las encuentre ni identifique. La inhumanidad de los mandos del ejército para con sus soldados es, hoy, la misma que durante los cuatro años de guerra contra Hitler.

Hay otra característica que la guerra actual tiene en común con la de hace ochenta años: el uso de «material sacrificable», de «hombres de segunda clase». Sirven para atraer el fuego del enemigo, para obligar a este a gastar munición. Infligen daños al enemigo y lo obligan a matarlos hasta que no quede ni uno.

Estos «hombres de segunda clase» son de varias categorías: en primer lugar, reclusos liberados de las cárceles a este efecto; luego, vagabundos reclutados en la calle; y, por último, enfermos inútiles, incluidos los heridos convalecientes que son enviados urgentemente al frente. También se manda a morir a las personas «políticamente comprometidas», como aquellas de las que hablan los dos oficiales en el libro de Mischenko.

Hace ochenta años, esas personas eran las que, sin culpa alguna, se hallaban en los territorios ocupados por los nazis y a las que, al volver, el Ejército Rojo acusó de traición y envió a combatir para que expiaran sus culpas (inexistentes) con sangre: a las que daban «un

fusil por cada cinco hombres» y mandaban a primera línea. «Ya conseguirás armas en combate.» Superviviente de aquella batalla, Grígori Klímov (nombre real: Ígor Kalmykov) cuenta en su libro *El Kremlin en Berlín* de 1954 que, durante la liberación de Kiev, «las orillas del río Dniéper estaban sembradas de cadáveres de civiles vestidos con ropas de colores, como flores de primavera». No solo había, pues, «chaquetas negras», sino también ropas de colores; es decir, civiles. Hoy vemos estas «flores de primavera» en las fotos de Donetsk y alrededores, en Zaporiyia, en Mariúpol. Hoy desempeñan esta función civiles de nacionalidad ucraniana que el ejército ruso captura, detiene, hace prisioneros en los territorios que se anexiona: todas estas personas son declaradas traidoras y puestas a la cabeza de las columnas militares para que hagan de escudos humanos contra las tropas ucranianas.

No parece sino que alguien quiere recrear hoy lo que cuenta Anatoli Dimarov, que combatió en la Segunda Guerra Mundial, en su libro *Sobrevivir para contar,* publicado por primera vez sin censura en 2017. Dimarov, que fue un «chaqueta negra», refiere que el comandante ordenó a los «movilizados» que cogieran ladrillos y los lanzaran para que los alemanes creyeran que lanzaban granadas.

Otro episodio que nos cuenta Dimarov: cuando su regimiento cumplió la misión y llegó a la orilla derecha solo quedaban vivos doce de los cuatrocientos hombres que lo formaban. El comandante quiso premiar a los héroes póstumamente y pidió la lista de los nombres de los chaquetas negras. Pero el regimiento no disponía de ella. Nadie se había tomado la molestia de hacerla.

La estatua del sanguinario general fue por fin retirada del parque de mi infancia con motivo del primer aniversario del inicio de la guerra, en febrero de 2023.

En esta colina se han tomado decisiones que han marcado el destino del país y del mundo entero: la de la emperatriz de huir ella y toda la familia Románov, en 1917; la del hetman Pavló Skoropadski de huir también, disfrazado de oficial alemán herido, después de enviar a morir a sus voluntarios sin preparación contra las tropas de Petliura, superiores en número, suministros y armas; la del presidente Zelenski, el 24 de febrero de 2022, de no huir bajo ningún concepto, de no abandonar al pueblo ni el país.

Aquí me contó Leonid Volinski algunos hechos de su pasado y, sin ánimo pedagógico, empezó a inculcarme el sentido de la historia y la costumbre de no fiarme de las versiones oficiales.

Una de las cosas que heredé de él y de mi abuela es su archivo. En nuestro apartamento de la calle Shota Rustaveli, 23, conservaron papeles, grabados y documentos varios, todo cuanto podía tener un valor simbólico, pero también ser una prueba, un testimonio, por pequeño que fuera, de la gran historia. Guardaban certificados, carnés, postales, sobres, cartas, recortes de prensa... Tras la muerte de Volinski en 1969 (lo mató un cáncer con solo cincuenta y seis años), este archivo lo custodió y conservó cuarenta años su viuda, Raya Konstantinovski/Rabinowich/Volinski (1913-2010). Raya se llevó el archivo a Moscú y, tras su muerte, yo me lo llevé a Milán. Ahora se encuentra en la colección Bakhmeteff de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Mi abuelo no solo contó sus vivencias en los artículos y libros que escribió, sino que también ha permitido a los investigadores comprobarlas póstumamente con los documentos y todo el material que él conservó.

Cuando mi abuelo creó su archivo, yo tenía diez años. Ya no jugaba a la rayuela, ni montaba en triciclos de alquiler. Había crecido rápidamente, leía todo lo que caía en mis manos, procuraba

quedarme en casa cuando volvía de la escuela y hablaba todo lo que podía con los adultos.

Aquel día, en el mirador, lo escuché con atención, comprendiendo que quería contarme cosas prohibidas y peligrosas, en aquella Unión Soviética que nos obligaba a todos a vivir con la boca cerrada y los oídos tapados. ¿Por qué decidió mi abuelo contarme historias tan comprometedoras? Quizás porque yo era su única nieta y me habían criado él y mi abuela. Quizás porque empezaba a presentir su final. Sabía que podía confiar en mí, que no me iría de la lengua. Porque yo ya llevaba mucho tiempo escuchando conversaciones de adultos, leyendo los libros que había en casa, incluso los que tenían escondidos. También conocía los que él había escrito. Unos los había hojeado, otros los había leído. Leí primero las obras divulgativas escritas para adolescentes, en las que se alternaban historias de intriga, casi de suspense, con capítulos dedicados al arte o a la ciencia. Así compuso el libro que dedicó a los impresionistas franceses, *El árbol verde de la vid,* y *El rostro del tiempo,* una monografía ilustrada sobre los pintores naturalistas.

Ya había leído su última obra, *Crónicas de piedra,* un estudio sobre la arquitectura rusa antigua, olvidada o desaparecida, ilustrado con exquisitos *gouaches*. La moda de la época eran los grandes edificios soviéticos y el desprecio de la «vetustez» prerrevolucionaria. De muchos edificios antiguos no quedaban más que dos o tres postales amarillentas, algún dibujo técnico, algún proyecto arquitectónico. Hoy comprendo la amargura con la que mi abuelo estudiaba los vestigios de aquellas construcciones perdidas.

En 1934, en los albores del terror estalinista, los gobernantes de la Unión Soviética decidieron devolver a Kiev la capitalidad de Ucrania, que tras la revolución habían trasladado a Járkov. Al parecer, el poder soviético no se fiaba de Kiev, muchos de cuyos habitantes

eran partidarios de la independencia. Por eso le negaron quince años la capitalidad de la república. Cuando por fin decidieron devolvérsela, lo hicieron arrasando la ciudad vieja. Con el pretexto de construir nuevos edificios oficiales, destruyeron otros de valor incalculable. Fue como si un pogromo colosal o una serie de bombardeos hubieran destruido los edificios más bellos del casco antiguo. Se demolieron un centenar de iglesias de los siglos XII, XV y XVIII. No dejaron ni fotos. En el libro de mi abuelo, las únicas ilustraciones son los dibujos a lápiz y los *gouaches* que hizo, en un estilo romántico y libre, con mucha imaginación y verdadera gracia, el artista y arquitecto kievita Yuri Jimich.

También leí la obra más famosa de mi abuelo, *Siete días,* en la que cuenta cómo, entre el 5 y el 12 de mayo de 1945, cuando el ejército soviético llegó a Dresde, se encargó de buscar y rescatar los famosos cuadros de la Gemäldegalerie Alte Meister, la galería de pinturas de los maestros antiguos y los incalculables tesoros del museo Grünes Gewölbe, obras que, para protegerlas de los bombardeos, escondieron en distintos refugios, cuya ubicación muy pocos conocían. Fue una aventura del estilo de *La isla del tesoro:* cuevas y escondites repartidos por toda Sajonia; cuadros en minas inundadas; estatuas del Albertinum en un túnel lleno de escombros bajo el Elba; un mapa cifrado...

Hoy, aunque la cuestión del «arte robado» ha sido objeto de numerosos congresos y estudios, la actividad de los *monuments men* sigue rodeada de leyendas, según las cuales existen, por un lado, cazadores de tesoros ingleses y estadounidenses cuyo espíritu es noble y libre (como los de la película protagonizada por George Clooney), y, por otro, oficiales soviéticos «mercenarios de Stalin», hombres siniestros y astutos adiestrados al efecto cuyas acciones

eran puro bandidaje y no tenían otro fin que el de apoderarse de cuanto podían.

Pero no, las cosas no fueron así. La situación era sin duda caótica y hubo mucha improvisación. Pero Leonid, por ejemplo, no formaba parte de ninguna brigada especialmente entrenada. Servía en una división de ingenieros, era un exprisionero de guerra y nunca había ocupado cargos de prestigio ni recibido medallas al valor. En aquellos momentos era completamente impensable que encomendaran ninguna tarea de responsabilidad a un exprisionero pariente de «enemigos del pueblo».

Su deseo de encontrar y devolver a su sitio pinturas que se guardaban en malas condiciones y sin la debida documentación —obras de Rubens, Van Dyck, Rafael, Rembrandt y Tiziano— estaba dictado por un sano sentido común que correspondía a su carácter y a su profesión: pintor, escenógrafo teatral e historiador del arte.

Antes de la guerra, Leonid trabajaba de escenógrafo en Kiev. Con solo veintiséis años, ya era utilero jefe del Teatro Judío y subdirector artístico del Teatro Académico de Ópera y Ballet. Su carácter fue siempre el de un pintor y decorador. Se expresaba dibujando. Iba a los parques Mariyinski y Shevchenko a hacer bocetos y me enseñaba a mí a pintar. Los años de antisemitismo oficial de la Unión Soviética (1949-1953), en los que los judíos tenían prohibido desempeñar cualquier trabajo que estuviera mínimamente relacionado con algo ideológico (y el teatro y la edición eran, como es natural, bastiones del frente ideológico), Leonid mantenía a la familia trabajando de diseñador industrial: diseñaba envoltorios de chocolate, etiquetas para botellas de licor, sellos...

Él, experto en arte, antes de aquella gloriosa semana pasada en Dresde, la más emocionante de su vida, nunca había visto directamente las obras de los pintores europeos, aparte de las que

había en el Hermitage. Salir de la Unión Soviética estaba prohibido. Las ideas que tenía sobre la colección de Dresde se las había formado a partir de monografías que consultaba en bibliotecas. Se imaginaba que el edificio Zwinger (la sede de la pinacoteca de Dresde) era un palacio parecido al Mariyinski, delante del cual, por cierto, estábamos. Creía que el arquitecto del palacio kievita, Bartolomeo Rastrelli, no había hecho sino reinterpretar algunas formas de aquel barroco tardío que se estilaba en el centro de Europa: la escalinata en forma de tenaza, las proporciones, la balaustrada, el frontón con figuras, las ventanas de arco...

Cuando llegó a la ansiada Dresde, no pudo comparar la estampa que se había imaginado con la real. El Zwinger y todo el centro de Dresde habían sido reducidos a escombros carbonizados y solo se veían cascotes, polvo de cemento y alitas y piernecitas de querubín aquí y allá. ¿Cómo reconocer el Zwinger en medio de aquellas ruinas polvorientas y negras de hollín? Gracias a Dios, parte de la fachada seguía en pie y un fotógrafo militar le hizo una foto a Leonid, posando, lógicamente, de espaldas, delante del Zwinger medio en ruinas.

¿Y los cuadros? No se veía rastro de ellos; ni un pedazo de marco, ni un jirón, aunque fuera quemado, de lienzo.

¡Bien!, pensó mi abuelo el 7 de mayo de 1945: era una buena señal. Aquello dejaba entrever un rayo de esperanza.

Efectivamente: por orden del Gobierno alemán, las obras de la Alte Pinakothek habían sido puestas a salvo de las bombas y del saqueo. Habían escapado al bombardeo y al incendio de Dresde. Pero ahora había que trasladarlas a un lugar seguro y hacerlo rápido, luchando contra el tiempo, contra la codicia de los hombres y contra los efectos de la naturaleza.

Nadie sabía dónde habían escondido los cuadros. Con gran dificultad, Volinski logró convencer a sus superiores de que le dieran un coche, combustible y cinco ingenieros durante una semana. El motor funcionaba veinte horas al día: el del coche y el de sus corazones. Recalaban muertos de cansancio en alguna casa en ruinas de las afueras a medianoche y se levantaban a las cuatro de la mañana, antes de que amaneciera. Había que actuar deprisa y con el mayor sigilo. En mayo amanecía pronto.

Inspeccionaban los sótanos con la esperanza de encontrar mapas o escondrijos. Era impresionante lo bien equipados que estaban los refugios de las ciudades e incluso de los pueblos. Había señales luminosas por todas partes, puestas con mucha inteligencia. Pero en el interior de los sótanos no había cuadros. Solo se veían, tirados por el suelo, envoltorios de calentadores químicos y sobres de polvos contra piojos.

Mi abuelo dejó descripciones. Hizo dibujos de los refugios. ¡Quién iba a decir que hoy, ochenta años después, los kievitas tendrían que aprender también defensa antiaérea pasiva... y necesitarían calentadores! Hoy hacen cola para acceder a los «refugios de los invencibles», como llaman a quioscos y casetas equipados con generadores de gasolina que instalan voluntarios para que los ucranianos se calienten al menos dos o tres horas al día. Voluntarios de Kazajistán han enviado yurtas hechas de pelo de camello, que son calentísimas. En mi querido parque Shevchenko montaron una. En el centro de una espléndida ciudad con rascacielos, barrios modernistas, tres millones de habitantes, treinta y seis teatros, la gente sobrevive guareciéndose en tiendas de nómadas.

Tiziano y Velázquez, Rembrandt y Rafael se refugiaron en unos sótanos de Dresde que son como los sótanos en los que hoy se refugian mis amigos y familiares de Ucrania, en Leópolis, en Odesa,

en Kiev. En uno parecido, a la luz de una linterna, pasó largas jornadas trabajando en unas pruebas de imprenta Raya Panchenko, mi editora. Eran las pruebas de mi nuevo libro, que estaba preparando para publicar en ucraniano. Con el frío, bajo las bombas. No pudo acabar de editarlo. Murió el 15 de noviembre de 2022, en uno de los *dies irae,* durante un ataque masivo con misiles lanzados en todo el territorio ucraniano.

Desde el primer día de bombardeo, el Gobierno ucraniano envía al móvil de los ciudadanos mapas electrónicos en los que se les indica dónde pueden esconderse durante los ataques. Del mismo modo, desde el primer día de «terrorismo energético», se publica el horario de interrupción del suministro eléctrico de hogares, escuelas y hospitales, de suspensión del servicio de internet y de cortes de agua.

Pero, en Dresde, ¿cómo descubrió Leonid el paradero de los cuadros si no tenía mapas electrónicos, ni Facebook, ni Instagram, ni Telegram, ni Twitter, ni Wiber, ni Signal, ni nada de lo que hoy es fundamental para nuestra supervivencia? Bueno, sí, tenía un mapa, por suerte. Parece mentira, pero Leonid dispuso del mapa secreto en el que se indicaba la ubicación de las colecciones del Zwinger, que estaban repartidas por veintiséis escondites de toda Sajonia.

Durante una audiencia con el mariscal Kónev, supo que el mando soviético había decidido conservar los cuadros en un lugar seguro (el castillo de Pillnitz). Al mismo tiempo, le concedieron el título oficial de «salvador de la *Madonna Sixtina»* y lo nombraron superintendente del convoy en el que este cuadro y varios cientos más fueron transportados a Moscú, donde pudo hacerse un primer análisis y aseguramiento de la capa pictórica. La colección permaneció diez años en los sótanos del museo estatal de bellas artes Pushkin, sin ser expuesta, descrita ni publicada (lo que levantó

una tempestad de protestas en todo el mundo). Por fin, tras la muerte de Stalin, en 1954, como Volinski esperaba, Nikita Jrushchov devolvió solemnemente la colección a los camaradas alemanes, que la repusieron en el restaurado Zwinger.

Yo me crie bajo el retrato —y digo bien: «retrato»— de la *Madonna Sixtina*. Mi abuelo la fotografió nada más sacarla a la luz.

En 2013 visité uno de los escondites en los que ocultaron los cuadros, la mina de Kalkwerk Lengefeld. Llevaba años cerrada, pero nos la abrieron a mí y a mi madre y vinieron periodistas de toda Sajonia. En uno de los túneles vimos una placa dedicada a mi abuelo. Fue una velada en recuerdo de Volinski y del decisivo papel que desempeñó en la salvación de los cuadros de Dresde.

A esta historia se han dedicado muchos libros, artículos, monografías y películas. Me gusta citar el documental que se estrenó en Italia en 2020 en Sky Arte, *La Madonna Sistina di Raffaello,* dirigido por Didi Gnocchi. La vida de Volinski y la aventura de los cuadros forman parte de la trama de mi novela de suspense *Sette notti,* que la editorial Bompiani publicó en 2014.

Digamos, eso sí, que la propaganda rusa no desaprovechó la ocasión de instrumentalizar el caso. Durante los primeros años de la posguerra se habló poco de mi abuelo, que, en plena campaña antisemita, fue marginado. A partir de Jrushchov, los soviéticos se aferraron a cualquier menudencia que pudiera servir para crear el mito de un Ejército Rojo que salvó el arte mundial. Quisieron convencer a la opinión pública de que los alemanes habían dispuesto trampas explosivas en los escondites de Sajonia y preferían destruir las obras a que cayeran en manos soviéticas. El colmo fue la taquillera *Fünf Tage, Fünf Nächte* (Cinco días, cinco noches) de Lev Arnshtam, en la que se indica: «La película se basa en el libro *Siete días* de Leonid Volinski». Como era de esperar, la película distorsiona

y simplifica la realidad, y hasta se inventa un vergonzoso amorío entre una diva de la RDA y el capitán Leonov, al parecer el doble de mi abuelo, con el apellido judío cambiado a ario. Perdonamos, con todo, este barniz *kitsch* y falso porque la música de la película es de Dmitri Shostakóvich, que compuso su *Cuarteto para cuerdas n.º 8* en aquel momento, en Dresde, en solo tres días. El mismo compositor dijo que era «mi propia necrológica».

Tras aquellos tres días pasados en Dresde (del 12 al 14 de julio de 1960), Shostakóvich escribió a su amigo Glickman: «Lo compuse derramando tantas lágrimas como orina expelemos después de bebernos diez o doce cervezas. De vuelta en casa, lo toqué dos veces y también lloré». La muerte de los padres del héroe de la película (de mis bisabuelos) en Babi Yar impresionó tanto a Shostakóvich que incorporó motivos judíos a la música. Luego desarrolló estos apuntes en una de sus obras más famosas: el primer movimiento de la *Sinfonía n.º 13*. En 1962, Shostakóvich quiso hacer ese manifiesto abiertamente, recordar el Holocausto, y usó el texto del poema de Yevtushenko «Babi Yar».

Aparte de la banda sonora, la película suscitó cierta aversión en mi abuelo y en su círculo profesional. No gustó que simplificara la realidad. En la película parece que los malvados nazis querían destruir los cuadros y que el heroico ejército soviético los salvó. De hecho, mi abuelo no figura como autor de los diálogos, sino solo como autor del libro adaptado.

Hay que decir que mi abuelo y sus colegas eran muy exigentes consigo mismos y con los demás. Tras el fin de la tiranía estalinista, se abrió una nueva etapa en el arte y en la literatura que duró un tiempo. Inspiradas en la «nueva verdad», empezaron a crearse

obras llenas de realismo con un toque romántico. Se buscaba reproducir frases que se hubieran dicho y sentido de verdad, contar historias de personas reales, con sus rarezas y defectos. La idea era liberarse del estilo «artificial», de la impronta ideológica estalinista.

Es el caso sobre todo de los autores de la llamada «prosa de trinchera»: Vasil Bikov, Grígori Baklanov, Viacheslav Kondratiev, Víktor Astáfiev, Vladímir Bogomólov, el prohibido Vasili Grossman, mi tía abuela Elena Rzhevskaya (que trabajó de intérprete en el cuartel general soviético de Berlín y escribió libros sobre Goebbels y Hitler). El más carismático del grupo era el legendario Víktor Nekrásov, amigo de mi tía abuela y de mi abuelo, que vivía también en Kiev y era huésped habitual nuestro.

Estos escritores detestaban la mentira y la autocensura, amaban a Ernest Hemingway, amaban a Erich Maria Remarque. Amaban a Kurt Vonnegut, que odiaba el militarismo, y a Heinrich Böll, que condenaba la guerra. Trabajaban lenta, minuciosamente, forjaban relatos y novelas cortas con la idea de que cada párrafo fuera un ejemplo perfecto de veracidad y sutileza. La amenaza de la censura y del veto ideológico contribuyeron, paradójicamente, a que esta prosa fuera más profunda e inteligente.

En este estilo más o menos me hablaba mi abuelo de la guerra allí, en el parque Mariyinski, en lo alto de la colina, desde la que la mirada se explayaba por las orillas y el lecho del Dniéper. Me resumía cuestiones espinosas que estaban estrechamente relacionadas. La primera era, como queda dicho, el cruce del Dniéper. La segunda, la tragedia de las tropas soviéticas abandonadas por sus comandantes y su Gobierno en el verano de 1941, cuando los nazis empezaron a invadir Ucrania: entre julio y septiembre de 1941 quedaron atrapados un millón de soldados soviéticos. La página italiana de Wikipedia dice que algunos

historiadores consideran la batalla de Kiev «la mayor batalla de cerco de la historia militar». Trescientas mil personas perdieron la vida y otras setecientas mil fueron hechas prisioneras. En el minucioso informe que hizo el alto mando alemán se hace constar la captura de 665.000 prisioneros, 3.718 cañones y 884 tanques. Estas cifras las recoge el general Kurt von Tippelskirch, que participó en la batalla, en su *Historia de la Segunda Guerra Mundial*.

Mi abuelo Leonid me contó todo esto porque fue uno de los combatientes a los que apresaron. La experiencia, claro está, le causó un trauma que solo pudo superar gracias a la profesión altamente terapéutica que decidió ejercer tras la guerra y que me transmitió a mí: la escritura. En cuanto le fue posible, publicó su libro *A través de la noche*. «Para los cientos de miles de personas que aquellas noches y aquellos días huían, caminando fatigosamente, por los bosques y pantanos de Órzhytsia bajo una lluvia de bombas, bajo el fuego de lanzagranadas, morteros y cañones de tanques, para esas personas lo ocurrido fue una tragedia enorme e inexplicable.»

Leonid fue uno de los que, entre agosto y septiembre de 1941, erraron durante meses, arriesgándose de cuando en cuando a pedir ayuda a la gente de los pueblos, a menudo traicionados y entregados a los alemanes o, al contrario, acogidos por las campesinas como trabajadores y «novios» temporales. Si el enemigo los capturaba, los trataba sin piedad: los metía en fosas excavadas en medio del campo, sin abrigo, calefacción, comida, agua ni atención médica. La Unión Soviética no había firmado la Convención de Ginebra del 27 de junio de 1929 sobre derechos de prisioneros de guerra («¡No os rindáis!») y Hitler había dado la orden de mantener a los prisioneros de guerra soviéticos en condiciones muy diferentes de las que tenían los prisioneros estadounidenses y británicos.

Si, hoy, todo lo relacionado con la Segunda Guerra Mundial me perturba tanto, es porque veo que los mismos dramas siguen ocurriendo en mi tierra natal. He aquí otras reflexiones que, a raíz de las conversaciones con mi abuelo, me hago sobre el destino de aquellos que, como él, tuvieron la mala suerte de caer temporalmente en manos de los alemanes.

¿Qué les esperaba cuando, milagrosamente, se salvaban y regresaban a su ejército? «¿Cómo es que estás vivo? ¿Por qué no te suicidaste?» Así, los que habían sobrevivido al horror de verse abandonados en 1941, de ser hechos prisioneros y de escapar —los que, como Leonid, tras repetidos intentos, pudieron por fin cruzar la línea del frente—, en lugar de ser recompensados por su heroísmo y su sufrimiento, eran arrojados a un vagón de prisioneros o fusilados en el acto.

Todavía en los años sesenta, en la Unión Soviética, no se podía hablar de cautiverio alemán. Mi abuelo había logrado escapar del campo de concentración nazi, había conseguido eludir los controles y reintegrarse en el ejército soviético como teniente del cuerpo de ingenieros. Su paso primero por el campo de prisioneros alemán y luego por las brigadas partisanas duró veintiséis meses. Pero no sabemos qué pasó cuando volvió. Sobre esto no escribió ni una palabra.

Intento imaginarme la breve estancia de Leonid en Kiev el 7 de noviembre de 1943, cuando la ciudad fue reconquistada por los soviéticos. Antes de entregarse al SMERSH (unidades especiales que seguían a las tropas y disparaban a quienes intentaban sustraerse a los combates), fue, creo, a la casa de sus padres, en la calle Reitarska, 32. Y luego a la suya propia, en la calle Rustaveli, 23. Buscaba información sobre su padre, madre, hermano, mujer, hija.

Seguramente el portero de la calle Rustaveli solo pudo decirle que Raya y Vera llevaban desaparecidas desde septiembre de 1941. Los vecinos de la calle Reitarska le dieron noticias espeluznantes del destino de los judíos de Kiev, a los que en septiembre de 1941 llevaron a Babi Yar, donde los ametrallaron, traspasaron con bayonetas y enterraron vivos. Lo que la gente decía le bastó para hacerse una idea de lo que les había ocurrido a sus seres queridos, a los que, como a decenas de miles de personas más, los verdugos obligaron a desnudarse, golpearon con la culata de los fusiles en el estómago, en la cara, en los costados, insultaron e hirieron, antes de empujarlos a la fosa en la que ya yacían montones de cadáveres y acribillarlos con ametralladoras. Los lectores de *Las benévolas,* de Jonathan Littell, saben cómo se organizó técnicamente la matanza de Babi Yar.

Puede que Leonid quisiera revivir el víacrucis de aquellos judíos y fuera también a Babi Yar. Le costaba sin duda reconocer las calles que tan bien conocía. Solo había ruinas. Luego, entre los escombros de Dresde, tuvo el mismo problema para orientarse con un mapa.

Ni siquiera me contó que, al entrar en la casa de la calle Rustaveli, la encontró vacía, sin muebles, y ocupada por desconocidos que dormían en el suelo, sobre el parqué cubierto de basura y tiras del empapelado de las paredes, en medio del frío, porque habían tapado las ventanas sin cristales con tablas de madera. Ni el portero Tijon podía decir quién había robado los libros, los cuadros, los muebles y demás.

A través de la noche está considerado uno de los mejores libros sobre la guerra. Esto se debe en parte a la increíble audacia que supuso en su momento. Volinski no tenía miedo de decir que, el 16 de septiembre de 1941, los soviéticos entregaron Kiev a los alemanes sin disparar un solo tiro y a espaldas de sus habitantes,

entre ellos la numerosísima comunidad judía. Al día siguiente, las columnas de Hitler entraban en la capital ucraniana.

Cuando, sin avisar, las tropas soviéticas abandonaban Kiev, recibieron la orden de volar los puentes sobre el Dniéper, destruir las embarcaciones e inutilizar la red ferroviaria que comunicaba la orilla alta con la orilla baja, una red técnicamente muy elegante, sobre todo por el puente Petrovski, que antes se llamaba Mariyinski y en el que, por cierto, trabajó mi bisabuelo Hersh Konstantinovski. Este bisabuelo mío fue torturado en 1938 en la prisión del NKVD de Kiev, acusado, entre otras cosas, de, haciendo como que lo reforzaba, dañar deliberadamente el puente, de manera que se hundiera a las primeras de cambio. Concluido el juicio, Konstantinovski fue fusilado por «sabotear» el puente Mariyinski. Tres años más tarde, en 1941, cuando los ingenieros soviéticos intentaron volarlo, vieron, ¡oh, sorpresa!, que el puente era (y sigue siendo) tan resistente que tuvieron que pegarle fuego.

En las oficinas abandonadas había archivos del NKVD en los que figuraba la dirección de todos los funcionarios públicos, profesores, periodistas, empresarios... En esos archivos había también información sobre muchos judíos, con indicación de su pertenencia étnica. Nadie sabe cómo consiguió mi abuela, que entonces tenía veintiocho años, huir con su hija, mi futura madre, en brazos y con su anciana madre; cómo pudo subir al último tren de mercancías que salía de Kiev y llegar al Volga, cuando el resto de mi familia era exterminada por los alemanes.

Lo más característico de esta guerra es la manipulación constante del lenguaje. En Rusia no está permitido llamarla «guerra», sino «operación militar estratégica». El ejército no es un ejército, sino el

«contingente limitado de una operación militar especial» o «un conjunto de milicias privadas» compuestas por presos liberados al efecto, como el «grupo Wagner», que, tras su disolución oficial (en 2023), sigue operativo y simplemente ha cambiado de nombre: ahora se llama Redoute. A Ucrania tampoco hay que llamarla Ucrania, sino «nuevos territorios rusos», ni a los ucranianos hay que llamarlos ucranianos, sino «rusos equivocados».

La realidad se sustituye por la apariencia. Al «victorioso contingente ruso» se lo envía a combatir mediante la fuerza bruta. Es lo que hacen los chechenos de Kadírov: persiguen a los que se niegan a combatir o lo hacen tímidamente, los torturan y hasta los fusilan. Hoy también hay gulags para los indecisos: el de Brianka (provincia de Lugansk), el de Perevalsk y el famoso de Olénivka.

En esta guerra de apariencias, una de las herramientas que más se utiliza es la recreación de momentos históricos que el régimen de Putin considera «ideológicamente valiosos». El método consiste en reproducir, a efectos propagandísticos, escenas y episodios de la guerra de 1941-1945, en lo que es una especie de macabro *remake*. Putin lleva tiempo presentándose como un nuevo san Vladímir, un nuevo Iván el Terrible, un nuevo Pedro el Grande, un nuevo Stalin. Rusia está montando una guerra en gran parte fantástica, teatral, que no se basa en cálculos estratégicos y cuyo principal móvil parece ser de orden emocional. Están formándose milicias «retro»: falta equipamiento adecuado, faltan armas modernas, pero «así lucharon nuestros mayores».

Por grotescos y tragicómicos que puedan parecer estos procedimientos, no debemos tomarlos a la ligera. Los regímenes dictatoriales siempre han recurrido a la recreación histórica. En la dictadura de la Rusia actual, este recurso es fundamental. En todas partes se conmemoran batallas de la Segunda Guerra Mundial y se

organizan marchas en honor de los antepasados muertos en combate, cuyos retratos se portan como si fueran iconos. La invasión de Ucrania, pues, puede parecer a los rusos no solo justificada, sino más parecida a una reconstrucción nostálgica que a una guerra real. Una simple puesta en escena casi divertida. Este es el gran secreto de las conmemoraciones históricas: aunque nos vemos interpretando a Herodes, en realidad no sentimos ningún remordimiento.

La costumbre de «recrear» la historia permite a los dirigentes exculparse de las derrotas. Los propagandistas del Kremlin les recuerdan a los descontentos lo ocurrido en 1812, la rendición de Moscú a los franceses y el vergonzoso inicio de la guerra contra Hitler. El 21 de diciembre de 2022, en una reunión con la plana mayor del Ministerio de Defensa ruso, Putin declaró: «Estáis luchando, y no dudo en hacer estas comparaciones, no son palabras grandilocuentes, como los héroes de la guerra de 1812, de la Primera Guerra Mundial y de la Gran Guerra Patria». Y a los parlamentarios rusos se les dieron una serie de consignas de carácter retórico, que conocemos porque se han publicado en internet.

«El partido Rusia Unida recomienda a los diputados de la Duma que, cuando hablen en público, digan: "Como en la batalla de Stalingrado, esta es la línea de la que no podemos retroceder". Debe decirse: "Defendimos Stalingrado ocho meses, defenderemos el Dombás ocho años". Por apurada que sea nuestra situación en el frente, repitamos que sucederá lo mismo que sucedió en la Gran Guerra Patria: detendremos al enemigo y caminaremos hacia la victoria.» Frases como estas alimentan el mito de la invencibilidad de Rusia. Es un mito sin fundamento histórico, claro está: Rusia no siempre ha ganado. El imperio ruso perdió la guerra de Crimea en 1856 y la guerra con Japón en 1905. La Unión Soviética perdió la

guerra de Finlandia en 1940, en la que sacrificó 130.000 soldados frente a 25.000 finlandeses, y también perdió la guerra de Afganistán (1979-1989).

Cuando, en otoño de 2022, era indiscutible que Rusia estaba perdiendo la guerra en Ucrania y se retiraba de Járkov y de Izium, se recordó insistentemente a la población lo que ocurrió en la plaza Roja el 7 de noviembre de 1941: el triste desfile militar del día de la Revolución, tras el cual los voluntarios partieron directamente al frente. Por eso, la noche del 7 de noviembre de 2022, recorrió Putin en su Aurus blindado los cien metros que lo separaban de la torre del Kremlin y se presentó solo en la plaza Roja. Rodeando la plaza había cientos de guardias de seguridad y, detrás de las almenas de la muralla del Kremlin, francotiradores. Dispuestos en la plaza había tanques (sin armas) y demás material militar de la Segunda Guerra Mundial. De pie sobre unas cajas de granadas (vacías), un coro de hombres con uniforme de los años treinta cantó *La guerra santa* para un único oyente. La presencia de Olga Rodionova, representante de la productora cinematográfica Voenfilm, acentuaba el carácter postizo del acto. «Con eso aprendí a disparar», declaró Putin señalando un viejo cañón antitanque. El público interpretó todo aquello como un intento surrealista de Putin de aludir a su participación ideal en batallas de la Segunda Guerra Mundial.

Una «recreación» aún más terrible, que revive un mortífero pasado, fue la decisión de Putin de empezar la guerra exactamente a las cuatro de la madrugada de un día 22. Todos los habitantes de la Federación Rusa recuerdan la famosa canción que clamaba venganza:

El veintidós de junio,
a las cuatro en punto,
bombardearon Kiev

y se nos anunció
que la guerra había empezado.

En efecto, Hitler lanzó la operación Barbarroja en 1941 siguiendo unos cálculos esotéricos que sugerían que lo hiciera «al amanecer del día del solsticio de verano», es decir, el 22 de junio a las cuatro de la madrugada.

Y a las cuatro de la mañana del 22 de junio de 1941 despertaron las bombas a Leonid y a Raya en la calle Rustaveli. Mi madre, que tenía cinco años, rompió a llorar en la habitación de los niños, que luego fue también la mía. Leonid se vistió y fue al cuartel a alistarse voluntario.

Volviendo a nuestros días, la fecha prevista por Putin, esotéricamente perfecta (22/02/2022), se pospuso dos días porque el líder chino Xi Jinping le pidió que no le estropeara los Juegos Olímpicos. Por eso Putin se replanteó la fecha: no sería el 22, sino el 24. Pero la hora fatídica se mantuvo igual. «A las cuatro de la mañana.» Mis amigos Miro y Olena también se despertaron a las cuatro de la mañana de ese día de febrero de 2022. Su hijo Yuri se vistió y fue a alistarse voluntario. El 4 de noviembre de ese mismo año murió en Vuhledar.

Las bombas silbaban horriblemente, todo el mundo notaba la boca seca y los oídos taponados. A nadie le entraba el desayuno. Algunos empezaron ya a pegar tiras anchas de papel en las ventanas: cuando el cristal se refuerza así, con tiras a lo ancho y a lo largo, aguanta mejor la onda expansiva.

En 2022, como en 1941.

Volodymyr Zelenski, en el primer discurso que dirigió a Ucrania y al mundo la mañana de ese día, dijo: «Han empezado a las cuatro de la mañana... Se ve que tienen un gran sentido del humor».

En YouTube hay un vídeo impresionante del diputado Zhirinovski, ya fallecido, en el que, hablando en la Duma en 2021 *(¡sic!),* dice literalmente: «Siempre y cuando acepten nuestro ultimátum. ¿Qué pasará si no lo hacen? ¡Pues que el año que viene, 2022, no habrá paz! Entenderéis por qué lo digo a las cuatro de la madrugada del 22 de febrero». Zhirinovski falleció el 6 de abril de 2022. Enfermo de covid desde principios de febrero, estaba ingresado en la unidad de cuidados intensivos: entró en coma, pero luego recuperó la conciencia y pudo usar el teléfono para comunicarse con sus ayudantes. Podemos imaginar la sensación de triunfo que debió de experimentar cuando vio que su monstruoso presagio se cumplía. Solo que no fue clarividencia, sino buen conocimiento de la psique de Putin. Zhirinovski sabía que Putin no resistiría la tentación de dar un golpe teatral: «El 22... a las cuatro... bombardearon Kiev...».

Capítulo 3

El «estar juntos» de Zelenski y la soledad de Putin - Entre Shakespeare y Walt Disney - La isla de las Serpientes y el humor de los cosacos - Algunos discursos y otra cita de Shakespeare

A la mujer y a los hijos se los llevaron escoltados de la colina más alta de Kiev, en la que se halla el extraordinario palacio de los zares, el Mariyinski, y después su marido la vio varias veces, no, claro está, tantas como él desearía ni en la casa en la que vivían en Kiev. Los primeros meses se citaron en lugares secretos y a horas que ni ellos mismos sabían. Oscuridad total casi en todas las habitaciones y pasillos. Por todas partes, guardaespaldas armados.

En el reportaje fotográfico que le hizo Annie Leibovitz en julio de 2022 para la revista *Vogue,* vemos a Zelenski abrazando a su esposa como si fuera un icono de la libertad de su país. «Los dos cuerpos, el del líder y el de la esposa-nación, se funden o, mejor dicho, uno es la continuación del otro. Pero las miradas son diferentes, como se ha dicho, porque deben transmitir dos pasiones diferentes, la de la confianza y la de la determinación de la lucha», escribe la semióloga boloñesa Maria Pia Pozzato en la página web de Rai News.

Por la postura que adopta y el maquillaje que lleva, por las cejas y los ojos, Olena Zelenska se parece a la protagonista de uno de los cuadros más famosos del arte mundial, la *Madonna Sixtina*. Es posible que yo vea por todas partes parecidos con este cuadro de Rafael, que mi abuelo salvó, pero es comprensible: en la Unión

Soviética lo reproducían por doquier: en salones, en cocinas, en la tele, en bombones...

Zelenski personifica la idea de la defensa, es el que protege tanto a su mujer como a su pueblo. En cambio, al comenzar la guerra, fueron los adversarios de Zelenski, la Rusia de Putin, quienes se ofrecieron a «defender» a los ucranianos. No por casualidad, pues, dijo el presidente ucraniano, en el discurso que pronunció con motivo del sexto mes de guerra, el día de la Independencia de Ucrania, el 24 de agosto de 2022: «En cuanto a la población rusófona, dijisteis que la protegeríais. Habéis matado a miles de personas a las que decíais que veníais a liberar».

En la mayoría de las imágenes que tenemos de Zelenski el primer año de guerra, y gracias a la labor de sus *image makers,* vemos una clara tendencia a formar grupo, a «estar juntos», tendencia que contrasta claramente con el «estar solo» de Putin. Cuando se reunía tanto con sus homólogos internacionales como con sus propios colaboradores, Putin se sentaba al extremo de una mesa interminable. En las conversaciones que tuvo con los líderes europeos Emmanuel Macron y Olaf Scholz, que querían convencerlo de que renunciara a la guerra, sentó a estos a seis metros de distancia. El Kremlin alegó que lo hacía por las restricciones del covid, aunque esas medidas exigían como máximo una distancia de un metro y medio. Incluso con Serguéi Lavrov y Serguéi Shoigú se relacionaba Putin a una distancia de seis metros. La longitud de la mesa que separaba al presidente de sus colaboradores fue motivo de montones de bromas irreverentes en las redes sociales.

Zelenski enseguida caló este carácter paranoico de Putin y lo aprovechó a su favor. «¡Siéntate a la mesa de negociaciones conmigo, pero no a treinta metros, como con Macron, con Scholz! Soy tu vecino. No hace falta que me tengas a treinta metros. No

muerdo. Soy un hombre normal, siéntate conmigo, habla. ¿De qué tienes miedo?», le dijo, pasando del ucraniano al ruso, en la rueda de prensa del 3 de marzo de 2022.

Por otro lado, es escalofriante y tiene su punta macabra la soledad de la que se rodea Putin en sus apariciones públicas. El 7 de noviembre de 2022, como recordaba antes, vimos a Putin en la plaza Roja delante de un coro de hombres disfrazados que le cantaba «La guerra santa», una marcha poderosa, capaz de inflamar grandes multitudes. Pero allí estaba el presidente escuchándola solo. En vísperas de la Navidad de 2022, Putin ordenó que dieran una misa solo para él en la catedral de la Anunciación del Kremlin. La iglesia estaba completamente desierta. No había un alma. Estaban solos el sacerdote y Putin, en una iglesia *(ecclesia* significa «reunión de fieles», «asamblea») capaz para cuatro mil personas.

Zelenski, en cambio, hace girar toda su retórica en torno a la idea del grupo compacto, de la comunidad unida. Ha usado el concepto de «estar juntos» en numerosos discursos, como en el mensaje a la nación que pronunció con motivo del Año Nuevo de 2023: «Nuestro sentido de la unidad vence al miedo, que es el sentimiento principal de los líderes y los habitantes de Rusia». Y en el del Año Nuevo de 2025, pone en primer plano, pese a esta guerra inhumana, la humanidad y la idea del «estar juntos». Habla de la liberación de los prisioneros de guerra: «Todos lloramos. Una madre conmovida, un niño que esperaba a su padre, el presidente de Ucrania: todos lloramos porque somos seres humanos y conservamos la luz en nuestro interior».

«El mundo, especialmente el mundo occidental, es consciente de que está produciéndose un vuelco histórico», dijo Olaf Scholz al

empezar la guerra en el discurso conocido como *Zeitenwende* que pronunció en el Bundestag el 27 de febrero de 2022. *Zeitenwende* en alemán significa «cambio de tiempos», «punto de inflexión histórico». Muy pocos captaron la alusión a Hamlet, acto I, escena 5: *«The time is out of joint; O cursed spite, / that ever I was born to set it right!»* (el tiempo está desquiciado; Oh, maldita venganza / ¡Que yo haya nacido para enderezarlo!).

¡Ay, las dudas hamletianas de los líderes europeos! Ser hamletiano está muy bien; de hecho, dudar es la condición natural de todo ser humano que piensa. El único que no tiene derecho a ser hamletiano es el hombre al que un bárbaro aporrea. Entonces no puede recrearse en la duda. En ese momento, todo debe empujarlo a la acción. Zelenski, el guerrero, el comandante, el presidente, se presenta como aquel que *«was born to set it right»*, que nació para actuar.

Lo favorece la puesta en escena, lo ayudan las luces, la fuerza de los textos. No por casualidad es Zelenski un excelente actor. Lucha con su oficio, con la capacidad interpretativa que tiene. Los ucranianos oyen todas las noches sin excepción, desde hace tres años, el discurso del presidente, en el que expone los principales asuntos políticos y hechos del día. Lo hace con una oratoria siempre divertida y bien elaborada.

Zelenski basa su trabajo (gran parte del cual consiste en dar discursos) no solo en la idea de la unidad de todos los ucranianos, sino, sobre todo, en la necesidad de estrechar y reforzar lazos con otros países, con el mundo entero, con los territorios más diversos. El 13 de marzo de 2023, dio, por Zoom, una conferencia a los pingüinos con un equipo de investigación ucraniano en la Antártida.

En torno a la idea de «estar juntos aquí», Zelenski y sus hombres han creado un modelo de relaciones excelente, gracias al cual han

sabido ganarse el favor de Europa y de gran parte del mundo. El lema de «estar juntos aquí» nació en el lugar en el que tantas veces se ha decidido el destino de Ucrania: en la colina Mariyinski de Kiev, el día que Zelenski y los suyos, saltándose las prohibiciones de los guardaespaldas, aparecieron en público y juntos pronunciaron una palabra brevísima que en adelante se convirtió en una especie de mantra.

La palabra era *tut*.

En ucraniano significa «aquí».

A partir del 26 de febrero de 2022, los canales de propaganda rusos empezaron a decir que Zelenski había huido de Kiev. El presidente ucraniano decidió hacer un llamamiento junto a cuatro colaboradores delante del pórtico de la residencia presidencial. Era el día de mayor riesgo. Ni aun el búnker era seguro. «Se decía que podían bloquear las salidas e inyectar gas», dijo Oleksiy Arestóvych, asesor del presidente, al corresponsal de *The Washington Post* Paul Sonne. Había tiroteos en el barrio gubernamental, saboteadores por todas partes. En cualquier momento podía caer un misil. Todo el barrio podía saltar por los aires. El objetivo era el presidente y se habían distribuido fotos del equipo de este a las fuerzas especiales rusas. Pero Zelenski salió con su gente a la plaza que domina el río.

«Aquí estamos todos defendiendo nuestra independencia, nuestro país», proclamó el presidente. «Vivan los hombres y las mujeres que defienden Ucrania. Aquí está el jefe del partido, aquí está el jefe de la oficina presidencial, aquí está el primer ministro, aquí está el consejero Podolyak, aquí está el presidente. Así será de ahora en adelante. ¡Vivan los héroes de Ucrania!»

Vemos a esos cinco hombres unidos como los dedos de una mano. Todos juntos y todos iguales. No llevan distintivos de rango. Visten camisetas y chalecos con varios bolsillos. No exhiben insignias como

las que los combatientes del ejército ucraniano llevan cosidas en el pecho. Tiene la manera como visten algo de futurista y de progresista, que recuerda esa homogeneidad casi franciscana que Steve Jobs buscaba cuando quiso obligar a los empleados de Apple a ponerse jerséis de cuello alto negros... de una forma bastante antidemocrática, por cierto, y los informáticos se rebelaron. A diferencia de lo de Steve Jobs, la sobriedad indumentaria del grupo de Zelenski simbolizaba la perfecta igualdad frente a la guerra. Zelenski no renunció a vestir ese «traje de la hermandad» ni cuando acudió el 22 de diciembre de 2022 al Congreso de Estados Unidos y el 8 de febrero de 2023 al palacio de Buckingham, donde fue recibido por Carlos III de Inglaterra.

El 26 de febrero, la embajada ucraniana en Gran Bretaña tuiteó: *«The fight is here; I need ammunition, not a ride. @ZelenskiyUa on the US evacuation offer. Ukrainians are proud of their President»* (la lucha es aquí. Necesito munición, no una huida. @ZelenskiUa sobre la oferta de evacuación. Los ucranianos están orgullosos de su presidente).

La frase con la que Volodymyr Zelenski salió al escenario en el primer acto de este drama tiene una fuerza digna de Shakespeare. Que efectivamente la pronunciara o no es secundario. En un momento decisivo, Zelenski se presentó como la antítesis del zar Nicolás, que abdicó en 1917, o del hetman Pavló Skoropadski, el comandante que huyó en 1918. La cobardía del hetman truncó la idea de la independencia ucraniana. La valentía de Zelenski, en cambio, ha dado a Ucrania las ganas de luchar por la independencia. Creo que el presidente ucraniano tenía presente, quizás en parte sin saberlo (aunque se dirigía a los ingleses), el recuerdo de otro rey

que, derrotado, huye del campo de batalla: *«A horse, a horse! My kingdom for a horse!».(Ricardo III,* V, 4.) Zelenski invierte heroicamente la idea: *«The fight is here; I need ammunition, not a ride».*

El filósofo francés Bernard-Henri Lévy vio a Zelenski al tercer día de guerra y dijo:

> Hay un vídeo en el que lo vemos con la cabeza descubierta, por la calle, como un Churchill (joven) que se paseara por los barrios de Londres durante los bombardeos alemanes de septiembre de 1940.

Y más adelante:

> No sé si, cuando se publiquen estas líneas, Volodymyr Zelenski seguirá vivo. Sabemos que está en Kiev, rodeado de sus generales, en un búnker que los Sujóis rusos buscan... Encabeza la *«kill list»* que, según la prensa británica, ha confeccionado el Kremlin. Me vienen a la mente las palabras con las que, el viernes 25 de febrero, se despidió por videoconferencia de sus homólogos con motivo de la cumbre extraordinaria de la Unión Europea: «Puede que sea la última vez que me veis con vida»... ¿Qué es la grandeza, la verdadera grandeza, la que nos mostró la caballería europea? Seguramente esto, este heroísmo tranquilo y orgulloso, este parecido con Allende en vísperas del asalto a la Moneda de los escuadrones de la muerte de Pinochet, esa manera de decirle a Biden, que le ofrecía sacarlo del país: «Necesito armas, no un taxi». Y a Putin, este Pinochet de nuestros días: «Podéis matarme, estoy preparado, porque sé que una idea que vive en mí me sobrevivirá».

Gracias al vasto material que, después de catorce meses de investigación, publicaron en Semana Santa de 2023 dos periodistas de *Ukrainska Pravda,* Roman Romaniuk y Fedir Popadiuk, sabemos que el primer día de guerra Zelenski mantuvo ocho conversaciones telefónicas con líderes mundiales: Joe Biden, Olaf Scholz, Boris Johnson, el canciller austriaco Karl Nehammer, Recep Tayyip Erdogan, la primera ministra sueca Magdalena Andersson, el presidente del Consejo Europeo Charles Michel y Emmanuel Macron. En tiempos de paz, se tardaría semanas en organizar una ronda de

contactos de este tipo, pero ese día el «tiempo diplomático» se redujo a unos pocos minutos. A Boris Johnson lo llamó Zelenski por WhatsApp a las 6:40, hora de Kiev (las 4:40 de la madrugada en Londres). Zelenski, rodeado de los miembros de su equipo, puso el altavoz y dijo en inglés: «Lucharemos, Boris, no vamos a rendirnos».

La agencia Adnkronos informaba el 26 de julio de 2022: «Volodymyr Zelenski ha recibido el premio Winston Churchill al liderazgo concedido por la International Winston Churchill Society». Lo que tienen en común ambos líderes es la habilidad con la que han sabido usar la herramienta más precisa, potente y flexible que hay en el mundo para motivar a las masas: el lenguaje. En el audio que grabó para la Universidad de Columbia en 1945, el corresponsal de guerra estadounidense Edward R. Murrow acuñó una famosa frase sobre Churchill, que luego repitió J. F. Kennedy: «Churchill movilizó el idioma inglés y lo envió al frente». El milagro de Zelenski ha sido aún más extraordinario: ha usado un idioma que ni él ni la mitad de su pueblo conocían bien. Pero este idioma, el ucraniano, aprendido sobre la marcha, se convirtió en la columna vertebral de la nación, un arma con la que se lucha en las trincheras y se refuerza el frente interno. Tras su viaje a Estados Unidos la semana de Navidad de 2022, muchos comentaristas lo compararon con Churchill, que voló a Washington la semana de Navidad de 1941. El 26 de diciembre de 1941, el líder británico pronunció un discurso ante el Congreso de Estados Unidos; el discurso solo duró treinta minutos, pero causó tal impresión que la visita sigue considerándose una de las más importantes de la historia. Uno de los congresistas presentes aquel día fue el padre de Nancy Pelosi, Thomas D'Alesandro Jr. (como leemos en el artículo de la sección rusa de la BBC del 22 de diciembre de 2022). «Otro líder histórico se dirige al Congreso en un momento de guerra en el que está en juego la

democracia misma», proclamó su hija, la presidenta de la cámara, Nancy Pelosi, a quien, ochenta años después, correspondió anunciar el discurso del presidente ucraniano ante los miembros del Congreso.

En su novela *La casa de los espíritus,* Isabel Allende recoge el último discurso de Salvador Allende. Ella, la nieta, no olvidaba, naturalmente, la voz del presidente que se dirigía por radio al país:

> Me dirijo a aquellos que serán perseguidos, para decirles que yo no voy a renunciar: pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Siempre estaré junto a ustedes. Tengo fe en la patria y su destino. Otros hombres superarán este momento y mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pasará el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas serán mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano.

El cielo comenzó a nublarse. Se oían algunos disparos aislados y lejanos. En ese momento el presidente estaba hablando por teléfono con el jefe de los sublevados, quien le ofreció un avión militar para salir del país con toda su familia. Pero él no estaba dispuesto a exiliarse en algún lugar lejano donde podría pasar el resto de su vida vegetando con otros mandatarios derrocados, que habían salido de su patria entre gallos y medianoche. «Se equivocaron conmigo, traidores. Aquí me puso el pueblo y solo saldré muerto», respondió serenamente.

Para todos los cronistas, y para quienquiera al que emocionen las muestras de dignidad y rectitud moral, el escenario en el que se pronuncian estas frases históricas tiene una importancia enorme. En el caso de Salvador Allende, fue el palacio de la Moneda. En el caso del actual Gobierno ucraniano, es el vasto barrio gubernamental que rodea la curiosa Casa de las Quimeras. Está este edificio adornado

de criaturas mitológicas y animales africanos y los habitantes de Kiev lo llaman «el palacio del ingeniero Horodetski»: hay cabezas de rinocerontes, jirafas, leones, cocodrilos y antílopes. Hay un lago, hecho de cemento, en lo alto del palacio; una cascada que cae por la fachada; trompas de elefante que hacen las veces de canalones... Cuenta la leyenda que Vladislav Horodetski apostó con los famosos arquitectos Aleksandr Kobelev y Vladímir Leontovich que sería capaz de construir el edificio en dos años, utilizando materiales nuevos para la época: cemento y hormigón. En el proyecto participaba una empresa cementera que quería demostrar que el nuevo material podía usarse para decoraciones complejas. En Milán, esta misión le fue encomendada a Giuseppe Sommaruga, que construyó el palacio Castiglioni de la avenida Venezia, 47 (entre 1901 y 1904), en cuyo suntuoso portal colocó dos cariátides de formas tan exuberantes que los ciudadanos, escandalizados, pidieron que las retiraran. Curiosamente, también las esculturas que decoran el palacio del presidente ucraniano son de origen milanés. Son obra del escultor milanés Elio Sala, cuya firma, «E. Sala. 1902», puede verse debajo del grupo de la leona y el águila luchando.

La casa de Horodetski fue concebida para que pareciera una montaña africana. Seguramente por eso, desde los primeros días de la guerra, usan el término «montaña» los miembros del equipo de Zelenski para referirse a la oficina del presidente. «Todos los de la montaña *(na gore)* se reunieron con Danilov», les dice el asesor Podolyak a los periodistas cuando habla de una reunión que tuvo lugar en el despacho de Oleksiy Danilov, que hasta el 26 de marzo de 2024 fue secretario del Consejo de Seguridad y Defensa Nacional.

La montaña, por supuesto, tiene entrañas misteriosas. La misma conformación del terreno invita a aprovechar las cavidades naturales. Por algo se halla no muy lejos el famoso monasterio de

las Cuevas (Pecherska Lavra). La profundidad y longitud de los túneles del búnker son tales que, casi con toda seguridad, salvarán de cualquier bomba al fiel equipo del presidente.

William Burns, que hasta el 20 de enero de 2025 fue el director de la CIA, permaneció en ese búnker todo el día 15 de noviembre de 2022 y pudo experimentar personalmente lo que sintieron los líderes de Ucrania los meses que pasaron bajo tierra. En la entrevista del 20 de abril de 2022, Anne Applebaum y Jeffrey Goldberg cuentan lo siguiente:

> Nos reunimos con Zelenski en su complejo a última hora de la tarde. Las calles estaban cortadas y desiertas, el edificio casi completamente a oscuras. Soldados con linternas nos condujeron por un laberinto de pasillos llenos de sacos de arena hasta una sala sin ventanas, fuertemente iluminada, sin más decoración que unas banderas ucranianas. No hubo formalidades ni largas esperas, ni nos dijeron que nos sentáramos al extremo de una larga mesa. Zelenski, el actor que se ha convertido en un icono mundial de la libertad y del valor, entró en la sala sin ceremonias... Empezamos la entrevista recordándole a Zelenski, el presidente judío de un país de mayoría cristiana ortodoxa y católica, que la entrevista iba a publicarse el Viernes Santo y antes del primer séder de la Pascua judía, festividad que conmemora la liberación de un pueblo al que un malvado dictador tenía esclavizado. «Tenemos faraones en los países vecinos», dijo Zelenski, sonriendo. (El presidente bielorruso, Alexander Lukashenko, es, para muchos ucranianos, una especie de faraón segundo de Putin.) Pero Zelenski no tiene intención de errar cuarenta años por el desierto. «Ya llevamos treinta años de independencia. No querría tener que luchar por nuestra independencia otros diez.»

Llama la atención el lenguaje de Zelenski, a la vez irónico y erudito; su espontaneidad. Al fin y al cabo, en su vida anterior, no solo fue un actor clarividente, que previó su inminente ascenso a la presidencia de la República y plasmó ese sueño en cine (me refiero a la serie de televisión *Servidor del pueblo,* de 2015), sino también el líder del equipo de eruditos del concurso televisivo KVN («Concurso de eruditos ingeniosos») que se celebra en Ucrania y en otros países y en el que varios equipos compiten cantando, bailando,

improvisando y respondiendo preguntas. Impresiona la cantidad de habilidades que Zelenski adquirió en aquellos concursos y ha sabido utilizar en su profesión actual: capacidad de comunicación, de imponerse en la cultura de masas y, sobre todo, de organizar el trabajo en equipo.

Putin parece un personaje cada vez más vago, más esquivo, más alejado de la exigente luz de los focos; Zelenski estaba y está siempre en contacto con la prensa y con todo tipo de medios de comunicación. Habla todas las noches. Se hace selfis, deliberadamente torpes, en los que se lo ve con unas enormes manos en primer plano y unos brazos larguísimos, lo que sin duda no es casual y hace que su presencia resulte más creíble. ¡Gran recurso mediático este de aprovechar incluso los defectos!

La editorial Folio de Járkov ha publicado varios volúmenes de sus discursos, acompañados de cronologías y comentarios. Gracias a este proyecto editorial, nos damos cuenta de la constante labor de imagen que hace Zelenski y de la importancia que esa labor tiene. Estos volúmenes permiten también apreciar la excelente calidad de los textos, producto, obviamente, del trabajo en equipo. La expresión verbal y los ejemplos los elaboran Dmitro Litvin, Yuri Kostiuk y Andrii Sibiga. En 2024, Sibiga fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Probablemente no haya vuelto a escribir discursos presidenciales desde entonces, pero los escribió durante los cruciales dos primeros años de guerra. Los primeros discursos ejemplares los redactaron Kostiuk y Daria Zarivna (mujer de treinta y cinco años, licenciada en Stanford y doctora por el instituto Aspen, jefa del gabinete de prensa del presidente) con la participación de Andrii Ermak, siguiendo estrictamente las pautas marcadas por el presidente Zelenski. Todos los discursos los revisa y controla el omnipresente asesor jefe Mijailo Podoliak. Llama la atención la

energía y la empatía que comunican todos esos discursos. Para cada situación tienen palabras especiales. «Con el mismo valor con el que vosotros salvasteis vuestra nación de la invasión estalinista, salvaremos nosotros la nuestra de esta invasión», dijo Zelenski en el discurso que pronunció en el Parlamento finlandés el 8 de abril de 2022. «Hay que evitar que se levante otro muro en Europa», les dijo el 18 de marzo a los alemanes en el Bundestag.

Con quienquiera que hable, el presidente ucraniano sabe trazar paralelismos históricos para que lo entiendan mejor: «Ucrania está viviendo lo que vivisteis vosotros». Ese es su trabajo. Su pueblo necesita armas, el «servidor del pueblo» obtiene lo que se necesita.

El 24 de febrero de 2022, a las 4:35 de la madrugada, la artillería de la Federación Rusa empezó a bombardear las regiones de Donetsk y de Lugansk. Tormentas de fuego en muchas ciudades del centro de Ucrania. Misiles en Kiev, Járkov, Nikolaev, Yitómir. Tanques, columnas de infantería rusa por autopistas y carreteras. Muchos muertos, muchos heridos con quemaduras graves. Destrucción de edificios residenciales. Bombas en los aeropuertos civiles de Ivano-Frankivsk y Kolomia.

Una de las acciones repugnantes que los rusos cometieron el primer día de la invasión fue atacar la isla de las Serpientes, frente al delta del Danubio. Según la mitología griega, a esta isla (la única grande del mar Negro, la isla Blanca; Lefkada, por su nombre griego) lleva Tetis el cadáver de su hijo Aquiles, al que Paris mata de un flechazo en Troya, como cuenta Arctino de Mileto en su *Etiópida*. Durante el ataque del ejército ruso, en la isla se hallaba un pequeño destacamento de guardia de frontera. El buque insignia de la flota rusa del mar Negro, el crucero lanzamisiles *Moskva,* se acercó: «Isla

de las Serpientes. Somos un buque de guerra ruso. Para evitar derramamientos de sangre, les instamos a que depongan las armas y se rindan. De lo contrario, atacaremos. ¿Me oyen, isla de las Serpientes? Cambio».

La respuesta, atribuida al marino Roman Gribov (aunque hoy se cree que fue un guardia fronterizo cuyo nombre se mantiene en secreto), recuerda la de ciertos héroes espartanos: «Isla de las Serpientes al barco ruso: ¡iros a la mierda!».

Al principio se creyó que los trece guardias fronterizos que guarnecían la isla fueron asesinados. Naturalmente, quedaba una pregunta (Umberto Eco le preguntó lo mismo a Pietro Micca en el programa de radio *Las entrevistas imposibles):* si todos murieron, ¿quién difundió la famosa última frase? Pero luego se dio otra versión. Los trece guardias, capitaneados por Roman Gribov, fueron hechos prisioneros.

Los dos protagonistas de este teatro aparecen en un sello que se ha hecho famoso. Vemos a Roman Gribov, o quien fuera, en primer plano, metralleta en mano, haciéndole un gesto irreverente al crucero que se ve al fondo. Roman fue uno de los primeros prisioneros que se intercambiaron el 23 de marzo de 2022 y fue condecorado. Cuando el sello se emitió, el 12 de abril de 2022, en toda Ucrania se formaron colas kilométricas para comprarlo. Tres años después, el que lleva el autógrafo se vende por mil dólares en eBay.

Al día siguiente, 13 de abril de 2022, saltó la noticia de que un misil Neptun había alcanzado el crucero *Moskva,* que se había ido justamente a donde lo mandaban.

El director general de Correos de Ucrania, Ígor Smelianski, comentó irónicamente el hecho en el portal Current Time el 20 de abril: «¿Cómo se sabe si un servicio postal es bueno? Por su rapidez

y eficacia. Lanzamos el sello el 12 de abril. Y el 13 de abril ya había llegado el mensaje a su destino. Esto significa que nuestro correo funciona bien».

De hecho, Correos emitió otro sello el 23 de mayo en el que se ve al mismo agente de fronteras con el mar de fondo, sin buque, y en el que pone, en inglés: *«Done!»,* o sea, misión cumplida.

La risa terapéutica forma parte de la vida en tiempos de guerra. ¡No podemos solo llorar! Pero parece que ningún otro ejército ha desarrollado tanto como el ucraniano la capacidad de ridiculizar al enemigo, reinterpretando los hechos, incluso los trágicos, con sentido del humor.

Desde el siglo XIX es conocido y admirado el cuadro en el que vemos a unos individuos vestidos con harapos de colores, que más parecen una banda de piratas, escribiendo algo y revolcándose de risa. Es obra de Iliá Repin y se titula *Cosacos zapórogos escribiendo una carta al sultán de Turquía* (1891, Museo Estatal Ruso, San Petersburgo).

El mito del cosaco indomable se asocia a un ambiente de juerga. Como los napolitanos y los gascones, los cosacos jamás desaprovechan la ocasión de hacer un chiste. El cuadro de Repin representa el momento en que el pueblo de la «República de Zaporiyia» redacta una respuesta injuriosa al sultán otomano, probablemente Mehmed IV, que en 1672 ordenó a los cosacos que se rindieran. Es más o menos como la que el Kremlin envió a la OTAN en diciembre de 2022.

> Yo, sultán y señor de la Sublime Puerta, hermano del Sol y de la Luna, vicario de Alá en la Tierra, señor de los reinos de Macedonia, Babilonia, Jerusalén, del Alto y Bajo Egipto, rey de reyes, soberano de soberanos, sin par caballero y guerrero invencible, guardián del árbol de la vida y custodio del Santo Sepulcro, ejecutor de la voluntad de Dios, esperanza y consuelo de los musulmanes, amenaza y gran defensor de los cristianos, os ordeno, cosacos zapórogos, que os rindáis

voluntariamente y sin resistencia alguna y dejéis de molestarme con vuestros ataques.

La historia ha conservado el texto de la respuesta que dieron los cosacos ucranianos al sultán:

Tú, sultán, demonio turco, hermano maldito del demonio, amigo y secretario de Lucifer, caballero de pacotilla que no eres capaz de aplastar un erizo con el culo, vete a la mierda, hijo de perra. Jamás podrás someter a los cristianos. No tememos a tu ejército. Te combatiremos por tierra y por mar, pobre diablo. ¡Sollastre babilónico, loco macedonio, cantinero de Jerusalén, follacabras de Alejandría, porquero del Alto y del Bajo Egipto, cerdo armenio, ladrón de Podolia, verdugo de Kamianets, nieto de la serpiente y cabeza de polla, morro de cerdo, culo de yegua, perro de matadero, rostro del Anticristo, pedazo de cabrón. Así te respondemos los cosacos: que sepas que no dejaremos ni que cuides cerdos de cristianos. Aquí concluimos, porque no sabemos qué día es ni tenemos calendario; la luna está en el cielo, el año es el del Señor, el mismo día es aquí que allá, ¡bésanos el culo!

Cito a partir de las innumerables variantes que circulan en los libros y en internet. Se cree que esta carta es una recreación hecha en el siglo XIX para uso propagandístico en diversas coyunturas políticas en Rusia y fuera de Rusia. En internet podemos seguir la historia del texto. Lo que ahora importa subrayar es que este «meme» está presente en la literatura mundial gracias al poema *«Réponse des cosaques zaporogues au sultan de Constantinople»,* de Guillaume Apollinaire, de 1913.

Los cosacos eran el ejército nacional ucraniano. Antiguamente, los europeos llamaban «cosaco» a los conquistadores rusos. Es el caso del «Himno de Mameli» cuando habla del águila de Austria: «La sangre de Italia, / la sangre polaca, / con el cosaco bebió / mas el corazón le quemó». En realidad, «cosacos» quiere decir «ucranianos», aunque hay que reconocer que considerar a todos los ucranianos cosacos, sobre todo al presidente Zelenski, que viene de una familia intelectual judía, sería una gran exageración.

«Zaporiyia» es «lo que se encuentra más allá *(za porig)* de los rápidos del Dniéper»: un conjunto de islas e islotes cubiertos de vegetación, en los que habitaban gentes libres que vivían de la pesca, de la caza, de la guerra, del robo y del trueque, y que controlaban las zonas de paso entre las fértiles tierras del norte y los mares y océanos del sur. Pasados los rápidos, empezaba una especie de tierra prometida cuya frontera natural era, claro está, la costa del mar Negro, puerta de lejanas costas llenas de tesoros y aventuras. Guerreros profesionales o aficionados llegaron a Zaporiyia procedentes de toda Ucrania, Moscovia, Polonia, la Gran Lituania y el imperio otomano. Se llamaban entre sí «paladines» y «compañeros». En aquella república, el poder era electivo, casi no existían jerarquías, las relaciones eran horizontales. La clase social de los recién llegados era de lo más diversa: había campesinos, aristócratas, siervos. Pasados los rápidos del Dniéper, las distinciones sociales desaparecían. Desde el punto de vista étnico, según el censo de 1649 (cito del ensayo de Dmitri Yavornitski, famoso historiador, arqueólogo, etnógrafo, folclorista y lexicólogo que asesoró a Repin para el famoso cuadro), en Zaporiyia había polacos, eslovacos, bielorrusos, checos, ucranianos, rumanos y moldavos, así como cientos de eslovenos, croatas, búlgaros, musulmanes bosnios, albaneses, griegos, turcos, tártaros, húngaros, alemanes, letones, albaneses, judíos, gitanos, armenios, georgianos e incluso maris o chemerises. No sé quiénes eran estos chemerises, solo sé que eran distintos de los cheremisianos y que, sea como sea, debemos estarles agradecidos, porque de su cultura provienen los motivos de los bordados de las camisas tradicionales ucranianas. La tierra de Zaporiyia, una poderosa formación paraestatal, fue el núcleo de esa

identidad nacional que ahora, frente a una agresión externa, está consolidándose.

El imperio ruso, con su pueblo de siervos, tenía un sistema de gobierno que se basaba en la coacción y contrastaba fuertemente con la república de Zaporiyia, que ya en el siglo XVI había abolido los privilegios de clase y se fundaba en el sufragio universal. Como es lógico, se convirtió en destino de los fugitivos rusos. Todavía hoy, como en el siglo XVII, hay rusos que se van a vivir a Ucrania. O mejor dicho, se iban: desde que empezó la guerra ya no es posible. Entre los que lograron emigrar a Ucrania hay personajes notables: el presentador de televisión Yevgueni Kiseliov, el periodista Matvei Ganapolski, el abogado y columnista Iliá Novikov, así como Iliá Ponomarev, creador del mito de los «partisanos anti-Putin», toda una milicia rusa que lucha contra el ejército de Putin y que, según dice, él lidera.

Todos estos «ucranianos de adopción» son personalidades de la televisión y comentaristas. En la Ucrania actual, que libra una guerra real y cruenta sobre el terreno, no solo el ruido de los cañones, sino también la voz de los comentaristas televisivos, influye en el desarrollo del conflicto. En el siglo XXI, todo lo que se publica en internet y se tuitea puede convertirse en un arma.

El 24 de febrero de 2022, el ministro de Defensa ruso, Serguéi Shoigú, envió al ministro de Defensa ucraniano, Oleksii Réznikov, un ultimátum para que se rindiera. Réznikov respondió declarándose «dispuesto a aceptar la rendición de Rusia».

El perro *Patron* trabaja detectando minas y siempre aparece en programas de televisión dedicados al ejército. Es un Jack Russell Terrier y un excavador incansable; las minas antipersona no reaccionan al ligero peso de su cuerpecillo, de solo tres kilos y medio. *Patron* ha sido condecorado con toda una medalla al mérito

militar. Con su dueño, Mijailo Ivliv, va allí donde más lo necesitan, a saber, hospitales y escuelas; por ejemplo, el 1 de septiembre de 2022, día que empieza el año escolar, fue a una escuela y no a una cualquiera: a una escuela de la castigada Irpín. A su encuentro con los niños lo acompañó el presidente Zelenski.

La popularidad de *Patron* ha contribuido a llamar la atención sobre el problema de desminar las tierras ucranianas. El perro tiene varias cuentas en redes sociales y más de un millón de seguidores. Su gran presencia mediática, unida a la publicación de dibujos animados y viñetas cómicas, forma parte de la estrategia de comunicación que se ha adoptado para hacer frente a la invasión rusa, y que contempla la publicación de vídeos «virales» con historias dramáticas que creen un relato emocional de la guerra e involucren a partidarios dentro y fuera de Ucrania.

Así es como se compacta en torno a la figura de Zelenski una amalgama de emociones. A veces es un grave héroe romántico, un Allende que se dirige al pueblo desde el último reducto de la libertad y arriesga su vida hasta el punto de que la gente cree casi automáticamente que la colina desde la que habla es un nuevo Gólgota. Otras veces es un *trickster* jovial, ligero, como el insuperable *Patron,* rápido, que va y viene como si danzara cual Cyrano de Bergerac en la obra maestra de Edmond Rostand.

Zelenski aparece de pronto en Bajmut bajo el fuego de la artillería. Ya ha ido diez o doce veces. O se presenta, con la camiseta verde reglamentaria, en Zaporiyia en el momento en el que parecía inminente un ataque nuclear, y luego arriesga su vida en Jersón, donde las balas zumban en el aire como moscas insidiosas. El 29 de diciembre de 2023 visitó el puesto de observación avanzado de la 110 brigada mecanizada, que lleva el nombre del general Marko Bezruchko y se situaba en Avdiyivka, en primerísima línea del frente.

La visita se organizó tras una noche de intensos bombardeos, los más intensos desde que empezó la guerra..., récord que, lamentablemente, después se superó varias veces.

Así como el Robin Hood de Disney lleva siempre a su lado al fiel y corpulento Little John, así Zelenski se acompaña del enorme y taciturno Andrii Ermak, su leal consejero, jefe del gabinete y redactor de los discursos del presidente, al que los envidiosos llaman «eminencia gris» y que, hay que decirlo, a muchos cae antipático. Las camisetas verdes que llevan los miembros del gabinete del presidente se parecen a las que llevan los personajes de la película de dibujos animados.

Zelenski es el presidente de los gatos que espantan a los ratones de las trincheras de los soldados ucranianos, es el presidente de los perros exploradores y rescatadores de las unidades caninas, que son los primeros que entran en las casas bombardeadas, es el presidente de los rinocerontes y de los sapos, de la leona y del águila de cemento que saludan a los líderes extranjeros desde la excéntrica fachada del edificio Horodetski.

De un tiempo a esta parte, el jefe del gabinete presidencial, Andrii Ermak, no emplea más que emojis. Una raja de sandía significa Jersón: con este breve acertijo informaba a la nación, el 11 de noviembre de 2022, de que, tras la feliz contraofensiva ucraniana, habían reconquistado esta importante ciudad, famosa por sus sandías. Cuatro días después, el equipo de investigadores ucraniano que trabaja en el polo Norte instalaba una señal de tráfico en la que ponía: «Jersón, 4.900 km», con la consabida raja de sandía.

Chistes y juegos de palabras hacen que muchas noticias relacionadas con Ucrania suenen ligeras y divertidas. Pero los comentaristas ucranianos, y en concreto el presidente Zelenski,

también pueden tornar lo jocoso en serio, tocar nuestra fibra sensible y darnos una idea de la verdadera tragedia.

El 24 de agosto de 2022, el día de la Independencia, pronunció estas palabras:

> En estos seis meses hemos cambiado la historia. Hemos cambiado el mundo y nos hemos cambiado a nosotros mismos. Ahora sabemos quién es realmente hermano y amigo nuestro y quién no es ni siquiera un conocido... Hemos empezado a respetarnos a nosotros mismos. Nos hemos dado cuenta de que, por mucho que nos ayuden y nos apoyen, nadie defenderá nuestra independencia mejor que nosotros.

Y añadió:

> No podíamos proteger nuestro país de los ataques aéreos, pero entre nosotros había quien estaba dispuesto a proteger la tierra con su cuerpo. El valor del pueblo ucraniano ha maravillado al mundo, ha dado a la humanidad nuevas esperanzas de que la justicia no ha dejado al mundo a merced del cinismo; de que no es la fuerza la que vence en este mundo nuestro, sino la verdad; no el dinero, sino los valores; no el petróleo, sino las personas...
>
> Y no nos sentaremos a negociar por miedo, porque nos apunten con una pistola. El metal más temible no es el de los misiles, el de los cazabombarderos ni el de los tanques, sino el metal de los grilletes. No nos asusta el castigo, sino las cadenas...
>
> ¿No queréis que mueran vuestros soldados? Liberad nuestras tierras. ¿No queréis que lloren vuestras madres? Liberad nuestras tierras. Estas son las reglas del juego. Son sencillas y claras.

Sorprendentemente, a veces también sabe utilizar el silencio. El 15 de julio de 2022 publicó un vídeo mudo de treinta y un segundos de la sesión del pleno del ayuntamiento de su ciudad natal, Krivói Rog, que causó una gran impresión. No pudieron grabar el sonido. Pero, con la ayuda del cámara, Zelenski consiguió contar una historia sin palabras. La cámara recorría el rostro tenso de los presentes, agotados y pensativos. La escena estaba iluminada de tal manera que la cara de los concejales, rendidos por la guerra y la enorme responsabilidad, adquiría la intensidad de ciertos cuadros flamencos.

Otras veces, en lugar de al silencio, Zelenski recurre al susurro. En el vídeo del 21 de enero de 2023, el día del funeral del ministro del Interior Denís Monastirski, del vicepresidente y del secretario de Estado del ministerio, fallecidos en un accidente de helicóptero, Zelenski murmuró, titubeando, entre lágrimas, unas pocas palabras llenas de dolor.

Y, por último, otra de sus magníficas actuaciones: el 11 de septiembre, una fecha que recuerda el profundo sufrimiento que los terroristas infligieron a Nueva York en 2001, a propósito de las heridas que los terroristas rusos infieren al cuerpo ya destrozado de Ucrania, publicó un vídeo en su canal de Telegram de los incendios que se declararon tras el bombardeo ruso de las centrales eléctricas de las regiones de Járkov y Donetsk, seguido de las fotos del apagón total que se produjo después. Zelenski acompañó las imágenes de unas palabras dichas en voz baja, moviendo los labios, como hacen los intérpretes de las personas sordas. «Fíjense en mis labios», dijo.

> ¿Seguís pensando que somos un único pueblo? ¿Que podéis asustarnos, doblegarnos, obligarnos a hacer concesiones? No habéis entendido nada, ¿verdad? ¿No entendéis quiénes somos, por qué luchamos, qué buscamos?
>
> Leed mis labios:
>
> ¿Sin gas o sin vosotros? Sin vosotros.
>
> ¿Sin luz o sin vosotros? Sin vosotros.
>
> ¿Sin agua o sin vosotros? Sin vosotros.
>
> ¿Sin comida o sin vosotros? Sin vosotros.
>
> Ni el frío, ni el hambre, ni la oscuridad, ni la sed son tan aterradores y letales para nosotros como vuestra «amistad y hermandad».
>
> Pero la historia pondrá cada cosa en su sitio.
>
> Tendremos gas, electricidad, agua y comida. ¡Sin vosotros!
>
> Os hablamos, pero no escucháis. Hablar con vosotros es como hablar con sordomudos. Miradme los labios. Estoy hablando muy en serio.

El entonces ministro de Asuntos Exteriores, Dmitro Kuleba, en una entrevista concedida al periodista Dmitro Gordon el 15 de agosto de 2022, acuñó una bonita definición de Zelenski cuando dijo que es

una figura mediática «rompehielos». El ministro dio gracias a Dios: el país no podía esperar arma más poderosa que el presidente Zelenski en un momento tan difícil. «Es la marca más reconocible de Ucrania.»

La marca «Presidente Zelenski en combate» la creó el mismo Zelenski las primeras veinticuatro horas de la invasión rusa, cuando el mundo contuvo la respiración y se quedó paralizado delante del ordenador o del teléfono. Su primer discurso a la nación lo dio ese día a las 5:42 de la mañana, luego dio otro a las 8 y fue la última vez que se lo vio con chaqueta y camisa. En adelante apareció siempre con una camiseta del ejército que se ha convertido en parte de su imagen: «Vamos a imponer la ley marcial en toda Ucrania. Es necesario que todos mantengáis la calma y, si es posible, no salgáis de casa. Estamos trabajando. El ejército está trabajando. Todo el sector de la defensa está trabajando. El Consejo de Seguridad y Defensa Nacional, el gabinete de ministros y yo estaremos en contacto permanente con vosotros», dijo Zelenski.

Los libros que Oleksandr Krasovitski publicó en Ucrania de los discursos del presidente, que incluyen una cronología minuto a minuto de las acciones militares y de las medidas que el Gobierno adoptó, son muy útiles para seguir los discursos y relacionarlos con los hechos. A las 18:01, Zelenski volvió a hablar, sin apelar a la compasión:

> Ciudadanos de Ucrania:
>
> Lo que hoy oímos no son solo explosiones de misiles, combates y aviones. Es el ruido de un nuevo telón de acero que cae y separa Rusia del mundo civilizado. La tarea de nuestra nación consiste en garantizar que ese telón no pase por territorio ucraniano, sino por las casas de los rusos.

Así podría hablar un héroe del mundo antiguo. Es un exordio perfecto. Y eso que Zelenski tuvo muy poco tiempo para prepararse

el discurso.

El cuarto discurso lo pronunció a la 1:10 de la noche del 25 de febrero. El quinto, a las 7:26. El sexto, a las 13:07 del mismo día. Seis discursos muy buenos, originales, todos distintos, dados en las primeras horas de una coyuntura terrible.

Siguieron muchos más discursos, dirigidos a todos los parlamentos y a todos los pueblos del mundo: tras la masacre de Bucha (discurso del 3-5 de abril de 2022), en marzo de 2022; en el centésimo día de guerra... En todos se advierte algún interesante recurso retórico que da fuerza a las palabras (sin duda sinceras) del orador.

Así se dirige Zelenski a los soldados cuando se cumplen doscientos días del comienzo de la guerra:

> Estamos seguros de que la guerra solo puede tener un desenlace: vuestra victoria. No hay que leer predicciones para saberlo. Basta con leer vuestro juramento. El juramento de quienes han frustrado los planes del enemigo, porque no habéis permitido que frustrara los vuestros. Vosotros que habéis defendido Kiev... Que estos doscientos días habéis dado el doscientos por cien de vuestras energías.

Por desgracia, los doscientos días de guerra iban a convertirse en quinientos, y en mil, y en muchos más de mil.

Los discursos de Zelenski los estudiarán seguramente en el futuro especialistas en retórica y comunicación como ejemplo de alternancia eficaz de estilo elevado y llano, de tragedia y de ironía. Al fin y al cabo, es teatro. *«All the world's a stage, and all the men and women merely players...»* En el soberbio escenario de Kiev.

Capítulo 4

Una entrevista valiente - La Kiev de Bulgákov - De la bomba atómica a la atomística - Recuerdo de Chernóbil

Con el parque Mariyinski de fondo, un escenario que confiere grandiosidad a cuanto en él ocurre, escuchamos historias de los primeros días de la agresión. El entonces ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania, el joven y brillante Dmytro Kuleba, las cuenta en una entrevista que el periodista Dmytro Gordon le hizo el 15 de agosto de 2022.

Lo escuchamos dos horas una templada tarde de verano, paseando con él por el parque, por los mismos lugares a los que me llevaba mi abuelo, por los que mis caballitos de lata trotaban sobre el asfalto. Dejamos atrás el patio del Ministerio de Asuntos Exteriores, que se construyó sobre las ruinas de la antigua iglesia de los Tres Santos, destruida en los años treinta, recorremos la calle Desyatinna, llegamos a la plaza Myjáilivska y entramos en el parque Mariyinski por la avenida conmemorativa flanqueada de lápidas y siguiendo el Muro de los Héroes erigido en memoria de las víctimas de la invasión rusa.

Kuleba dobla la esquina del edificio del Instituto de Estado y Derecho, se dirige al mirador de la colina de San Vladímir y, de camino, se compra un helado de vainilla por treinta grivnas. Llega al mirador, en el que se erige la estatua de san Vladímir, pasa por delante del parque infantil y se detiene a la entrada del funicular. La

entrevista concluye en la plaza Myjáilivska, donde se exponen, como trofeos de guerra, unos vehículos militares rusos.

Muy valiente debe de ser el ministro Kuleba para pasear así. En Kiev, en el tejado, en el árbol, en la farola que menos se espera, puede haber un agente, un francotirador ruso...

En verano el sol brilla hasta tarde. Como dice Bulgákov en la primera línea de su ensayo *La ciudad de Kiev:* «La ciudad es bella, la ciudad es feliz. A orillas del río Dniéper, entre castaños y manchas de sol». Al atardecer, una luz suave y tenue se difunde de los faroles que cuelgan en los parques en los que Mandelstam y Pasternak se extasiaban escuchando la música que resonaba en la Casa del Mercante. En otro tiempo, la música resonaba todas las tardes por los paseos de la colina de San Vladímir. Y, en agosto, miles de rosas florecían en los arriates del parque del Mercante. Borís Pasternak cuenta en su «Balada» que, en este parque, en 1930, él y su familia escucharon el *Concierto en mi menor* de Frédéric Chopin interpretado por el pianista Heinrich Neuhaus:

Diluvio de rayos, recia tormenta,
Dniéper inmóvil, Podil de noche.

Suena un acorde, otro, un pasaje... y de pronto,
entre los halos blancuzcos de los faroles,
echa a volar, nerviosa, cual águila enferma,
la frase trágica de Chopin.

A nuestros pies, jolgorio de araucarias,
pero más allá, al fondo, valle abajo,
donde se alzan los acantilados,

fluye el Dniéper inmóvil,
parpadea Podil en la oscuridad.[1]

Bulgákov supo transmitir mejor que nadie la atmósfera que se respiraba a principios del siglo pasado en Kiev. La imagen de la Ucrania de Bulgákov es tan convincente, tan vívida, que nadie, después de leer *La guardia blanca* o *La ciudad de Kiev,* podrá imaginarla diferente: su luz, su música, sus atrocidades. Volvamos a citar el breve ensayo de 1923: «En primavera, los jardines se ven cuajados de flores blancas, el jardín de los zares se viste de verde, el sol se cuela por todas las ventanas y las incendia. ¡Y el Dniéper! ¡Y las puestas de sol! ¡Y el monasterio de Vydubichi en la ladera! Noches negras, color azul oscuro del agua, la cruz eléctricamente iluminada de san Vladímir que se eleva en lo alto».

Pues en este escenario de paz y belleza ve Bulgákov, como buen dramaturgo, las primeras señales de la tragedia: «Pero aquellos eran tiempos legendarios, tiempos en los que una generación joven y despreocupada vivía en los jardines de la ciudad más bella de nuestra patria; una generación que creía de todo corazón que siempre viviría en paz y tranquilidad, entre blancas flores, amaneceres, atardeceres, el Dniéper, la avenida Jreshchátyk, calles soleadas en verano y, en invierno, una nieve cálida, suave y esponjosa... Y sucedió todo lo contrario».

¿Y qué es «todo lo contrario» que sucedió, según Bulgákov? Pues nada menos que la explosión de una bomba atómica. La idea, como ya he dicho, la sacó de la novela de H. G. Wells *El mundo se libera*. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Wells se imagina la era atómica:

> Nunca antes en la historia de la guerra había habido un explosivo continuo; de hecho, hasta mediados del siglo XX, los únicos explosivos que se conocían eran combustibles cuyo poder explosivo dependía únicamente de su instantaneidad;

> y las bombas atómicas que aquella noche lanzó la ciencia sobre el mundo les eran desconocidas incluso a los hombres que las usaron. Las que los aliados usaban eran masas de carolino puro recubiertas de una capa de inductor de cidonator no oxidado y metidas en una caja de membranio herméticamente cerrada.

Wells predijo incluso, con un margen de error muy pequeño, el momento en el que iba a detonarse la primera bomba atómica: «a mediados del siglo XX».

Inspirándose en la física de Ernest Rutherford y otros, Wells imagina una bomba de uranio que se lanza desde los aviones y la describe con tanta precisión que Winston Churchill, tras leer dos veces la novela, quiso hacerla realidad. Wells cuenta también las consecuencias que tiene lanzar la bomba o, mejor dicho, los miles de bombas: las hostilidades cesan de repente y, sobre montones de ceniza y escombros, la humanidad decide replantearse los principios que gobiernan su existencia. Enseguida se entablan negociaciones de paz. Los pueblos deciden rehacer el mundo por completo y unir todos los países en un único Estado. Con este fin, se celebra un congreso mundial en una pintoresca localidad termal de Suiza, Brissago, en el lago Mayor, cerca de la frontera italiana.

El organizador, administrador y verdadera alma del congreso es el embajador francés Leblanc, cuyo programa político incluye todos los ideales y espejismos de las utopías famosas. Expertos urbanistas rediseñarán las ciudades del mundo para evitar que se desarrollen caóticamente y segreguen a ricos y pobres. Se desactivarán y eliminarán todas las bombas atómicas y la energía nuclear se empleará con fines pacíficos: alimentará motores, aviones y automóviles que contribuirán a la recuperación económica del planeta. Las granjas y los campos serán sustituidos por huertos comunitarios que producirán materias primas con las que se sintetizarán todos los alimentos. Se reformará la instrucción pública

y se educará a las generaciones futuras en los ideales del progreso y la libertad, sin falsos mitos ni prejuicios.

Todo sería de color de rosa si un terrible malhechor no conspirara en solitario contra este plan. Mientras las naciones se esfuerzan por cooperar y trabajar juntas en nombre de la democracia, un poderoso personaje que tiene esclavizada a su nación se opone con feroz tesón. Es un loco con complejo de superioridad. Es el «rey eslavo». De rostro pálido, flácido e hinchado y ojos grises, pequeños y muy juntos, el rey eslavo está dispuesto a hacer lo que sea para impedir la tranquilidad y prosperidad de Europa... y envía un avión armado con la última bomba atómica para que mate a los aliados europeos que se han reunido en el lago Mayor. Por suerte, entran en acción unos valientes aviadores de las fuerzas aliadas, que se enfrentan al piloto asesino, lo abaten en pleno vuelo y desactivan la bomba atómica.

Esto es lo que escribió H. G. Wells en 1914. Bulgákov leyó sin duda *El mundo se libera* en la traducción rusa de 1919 que se publicó en Moscú en la colección Universalnaya Biblioteca que dirigía Maksim Gorki. El libro de Wells fue uno de los primeros que se tradujeron tras la revolución, quizás debido a la amistad que tenían Gorki y Wells.

Bulgákov no podía menos de sentirse atraído por este caso literario ni de sentir curiosidad por la visita que Wells hizo a Rusia en 1920, de la que surgió otro libro, lleno de angustia y amargura, *Rusia en las tinieblas*. Creo que a Bulgákov también le interesó mucho la figura del traductor, de nombre exótico: era un personaje excéntrico que se llamaba Mijaíl Likiardopulo, amigo y agente literario de Oscar Wilde, pero también agente de los servicios secretos rusos. Hablaba seis idiomas. A Bulgákov le interesaban

enormemente este tipo de individuos y es probable que el diabólico Woland de *El maestro y Margarita* tuviera algo de Likiardopulo.

En la traducción de Likiardopulo, la bomba atómica se convirtió en «atomística» y en el texto de Bulgákov en «anatomística», jocosa fusión de átomo, anatomía y mística. No por casualidad incluye, en el mismo párrafo de *La ciudad de Kiev* en el que habla de la bomba «anatomística», una segunda gran explosión, mística, que un Dios iracundo envía: «Un rayo fulminará a quienes se atrevan a hablar de lo ocurrido en Kiev en 1918», porque nadie tiene genio suficiente para hacerlo: los escritores son poco fidedignos, superficiales, oportunistas, descuidados o simplemente frívolos, y no deberían atreverse a tratar un tema sagrado. «Cuando los rayos del cielo hayan acabado con todos los escritores del día (pues hasta la paciencia divina tiene un límite) y pasen cincuenta años, aparecerá un nuevo Lev Tolstói y se escribirá un gran libro sobre las grandes batallas de Kiev. Y los editores harán su agosto con esta soberbia crónica de los años de 1917 a 1920.»

Naturalmente, Bulgákov hacía un guiño a los lectores: él, no ningún «nuevo Lev Tolstói», escribiría esa novela fundamental.

Pero ¿por qué Bulgákov, mientras esperaba la segunda venida de Tolstói y después de leer con pasión a Wells, decide lanzar una bomba atómica sobre Kiev? Porque vivía con los nervios a flor de piel y tenía la muerte grabada en la retina. Había visto tantas explosiones que no podía dejar de describirlas. Disparos, explosiones, rayos...: en todos sus libros abundan, seguramente porque era una manera de conjurar el miedo. Estaba tan traumatizado por lo que había vivido y sufrido que, a veces, le parecía que lo mejor era mandarlo todo al diablo (literalmente) y pegarle fuego al mundo. En sus libros, incendios y diablos desempeñan un papel fundamental.

Bulgákov procuraba salvarse no solo inventando explosiones apocalípticas, sino también huyendo. Una de sus obras más famosas se titula *La huida*. Más de una vez tuvo que escapar de la guerra, esconderse e incluso buscar consuelo en las drogas. En 1917 huyó de un hospital de Moscú en el que lo ingresaron por su adicción a la morfina. El 31 de diciembre de 1917 le escribió a su hermana Nadia: «He visto gente rompiendo ventanas de trenes, he visto golpear a personas. En Moscú vimos casas destruidas e incendiadas. He visto gente hambrienta haciendo cola en las tiendas, oficiales perseguidos, humillados... Leo a autores de otro tiempo (todo lo que cae en mis manos, porque no hay muchos libros) y me gusta la vida de antes. ¡Ay!, ¿por qué he nacido tan tarde? ¿Por qué no nací hace cien años?».

A Bulgákov le habría gustado huir a otra época. Es lo que hace el protagonista de su obra de teatro *Iván Vasílievich:* inventa una máquina del tiempo y viaja a la corte de Iván el Terrible. Las máquinas del tiempo y demás artilugios tecnológicos abundan en la mitología popular de la Kiev del siglo xx. Los habitantes de la ciudad se inventaban todo tipo de cosas: armas mágicas que venían de Europa, bombas potentísimas, rayos de origen desconocido...

Los rayos de colores que tornan «fatales» los huevos de Bulgákov son los mismos que se vieron en el cielo de Kiev. Porque Bulgákov no sacó esos rayos mortíferos de su fértil imaginación. El día de finales de enero de 1919 en el que Kiev despertó y vio que el ejército de Petliura abandonaba la ciudad, se extendió el rumor de que este había aprestado unos mortíferos «rayos morados» que iban a fulminar a los bolcheviques e instaba a la población a no salir de casa. El ejército de Petliura se batía en retirada y quería que la

ciudad estuviera desierta para llevarse a heridos, carros y demás impedimenta con total tranquilidad y sin que nadie los persiguiera.

«Por la mañana no quedaba ni rastro de Petliura en la ciudad. Los habitantes estaban avisados de los rayos morados y no se atrevieron a salir hasta la noche siguiente», escribió Konstantín Paustovski en sus memorias.

En una de las salas del museo Bulgákov hay, sobre una mesa y protegida por un cristal, una pieza interesante, una hoja de papel amarillento:

> Aviso
>
> Se hace saber a los habitantes de la región de Chernígov que, el 28 de enero del corriente, caerá una tormenta de rayos morados sobre los bolcheviques que marchan a Ucrania, la saquean y la despojan de sus riquezas nacionales. Dichos rayos morados ciegan incluso a quienes alcanzan por detrás. Para evitar víctimas innecesarias, se recomienda encarecidamente a la población que se refugie en sótanos, subterráneos o cualquier lugar al que no lleguen los susodichos rayos. Con este anuncio se quiere evitar que haya víctimas inocentes entre la población.
>
> Firmado:
>
> El comandante en jefe

El texto de este aviso se cita en la biografía de Bulgákov de Marietta Chudakova, que también recoge una conversación que tuvo en 1983 con un viejo kievita, Yevgueni Bukréyev: «Recuerdo que, cuando los bolcheviques atacaron, en 1918, pegaron bandos por toda la ciudad en los que avisaban a los ciudadanos de que iban a lanzar unos rayos mortales contra los atacantes. En el puente de las Cadenas instalaron unos focos con placas de cristal azul y, cuando los encendieron, las tropas que avanzaban por la otra orilla del Dniéper se detuvieron... La luz de aquellos reflectores era muy potente, pero aún podía más el miedo de quienes habían oído hablar de sus fatales consecuencias».

Otra cosa que influyó en la imaginación de Bulgákov y de los habitantes de Kiev fue la historia de la potente explosión que se produjo en los almacenes de armas de Zverinets el 6 de junio de 1918. Refiere el periódico *Kievskaya Mysl* en junio de 1918:

> La onda expansiva es tan fuerte que las altas vallas de madera de las calles de Zverinets, los tejados de las casas, los graneros y demás pequeñas construcciones vuelan por los aires como astillas y caen a gran distancia. La iglesia de Zverinets, situada en una colina bajo cuya pesada masa hay antiguas grutas, se derrumba como un castillo de naipes... El lugar de la explosión parece un volcán en erupción y vacas, caballos, gatos, perros y aves de corral muertos yacen diseminados por solares y descampados. Casas y chalés, entre verdes jardines, caen destruidos delante de nuestros ojos. Las calles de Zverinets se ven cubiertas de vallas caídas, árboles, escombros y objetos calcinados.

Esta tragedia le causó a Bulgákov una impresión tan fuerte que vemos huellas evidentes de ella en *La guardia blanca:*

> Un día de mayo, cuando la ciudad se despertaba resplandeciente como una perla y el sol empezaba a iluminar el reino del hetman, cuando las gentes, activas ya, se ocupaban como hormiguitas de sus asuntillos y los dependientes, medio dormidos, levantaban con estrépito la persiana de las tiendas, un estampido terrible y siniestro resonó por toda la ciudad. Fue un ruido nunca oído, ni de cañón ni de trueno, pero tan fuerte que muchas ventanas se abrieron por sí solas y los cristales temblaron. El estruendo se repitió, recorrió toda la ciudad alta, descendió en oleadas a la ciudad baja, a Podol, y, cruzando el hermoso y azul Dniéper, se perdió a lo lejos, en dirección a Moscú. La gente, alarmada, se echó a la calle y enseguida una gran confusión reinó por todas partes, pues de la ciudad alta, de Pechersk, bajaban corriendo, entre gritos y chillidos, hombres y mujeres cubiertos de sangre. Sonó un tercer estampido... Muchos vieron entonces a mujeres que, en camisón, corrían angustiadas profiriendo horribles gritos.

Como el lector recordará, también por las páginas de *El maestro y Margarita* corren mujeres presa del pánico y en ropa interior: es al acabar el concierto diabólico dado en el teatro Variedades, con reparto de ropa y calzado francés.

Exactamente dos años después de la explosión de Zverinets, la misma suerte corrió el puente de las Cadenas, puerta de entrada solemne de la carretera de Moscú: por algo se inauguró el 28 de septiembre de 1853, es decir, el mismo día en el que se consagró el pomposo monumento del evangelizador san Vladímir. Lo volaron los polacos cuando abandonaron Kiev ante los ataques de las tropas bolcheviques, el 12 de junio de 1920. Así cuenta Bulgákov este episodio en *La ciudad de Kiev:*

> Pero aquí debemos hacer una pequeña precisión. Todos los que visitaron Kiev hasta ese momento se marcharon tranquilamente, limitándose a lanzar alguna que otra bomba de seis pulgadas, relativamente inofensiva, desde los altos de Svyatoshin. En cambio, nuestros europeizados primos, los polacos, quisieron alardear de su poder destructor e hicieron pedazos tres puentes sobre el Dniéper, entre ellos el de las Cadenas.
>
> Hoy, de esta magnífica estructura que era el orgullo de Kiev, solo quedan los tristes pilares grises que sobresalen del agua. ¡Ay, ay, ay, estos polacos!...
>
> Pero no desesperéis, queridos ciudadanos de Kiev... Algún día, esos mismos polacos dejarán de enfadarse con nosotros y nos construirán un puente nuevo, incluso mejor que el antiguo. A su costa.
>
> Estad tranquilos. Tened un poco de paciencia.

Es verdad que ucranianos y polacos no siempre han hecho buenas migas y ha habido terribles matanzas, la última de las cuales fue la de Volinia (1943-1944). Pero en 2022 los polacos, como predijo Bulgákov, «dejaron de enfadarse» y, generosísimamente, echaron una mano a la nación ucraniana.

El plan de Bulgákov, recordemos, era lanzar una bomba atómica no solo en el centro de Kiev, sino también en las poblaciones de alrededor. Bellas y vastas poblaciones de alrededor: Irpín ocupa más superficie que París (110,83 kilómetros cuadrados frente a 105,4). En Vorzel, Bucha y Borodianka también había cómodas dachas burguesas a orillas de frescos arroyos. El mismo Bulgákov tenía una en Bucha. Cuando los bolcheviques ocuparon Kiev (en el verano de

1918), Bulgákov y su esposa quisieron retirarse a esa dacha, que estaba rodeada de pinos centenarios, pero la habían asaltado: en medio de la sala se veían restos de una hoguera que los bolcheviques habían encendido directamente sobre el suelo de parqué. Marietta Chudakova supo esto por la primera esposa del escritor, Tatiana Lappa. La pareja, consternada, huyó también de allí. ¿Fueron estos tristes episodios los que alumbraron en la imaginación de Bulgákov la idea de una explosión atómica que destruyera toda Kiev y el magnífico mundo que la rodeaba?

Recuerdo muy bien el club de campo que tenían los pintores en Irpín. Mi abuelo iba a menudo. Pasternak mitificó Irpín en sus poemas. Allí se enamoró de su futura esposa Zinaida y allí decidieron casarse. De allí partió a Kiev la noche en la que escuchó el maravilloso concierto de Neuhaus en el parque Mariyinski («el Dniéper inmóvil, Podol de noche»).

Sobre mi escritorio cuelga un cuadro de mi abuelo Leonid Volinski: «Irpín, 1947. De tu abuelo, 1964». Conservo también una bonita foto de un verano en Irpín: 1958. Tres personas yacen al pie de unos pinos. Es la primera foto en la que yo salgo: estoy en el vientre de mi madre. Esta bromea con sus padres (Leonid Volinski y Raya), estamos en nuestra dacha de Irpín. Junto a esta foto, tengo otra: también hay personas tumbadas al pie de los pinos de Irpín, pero, por desgracia, esas personas se toparon con el «mundo ruso». Son cadáveres desfigurados, harapos de colores como flores de primavera.

La frase de Bulgákov sobre la bomba atómica desencadenó en mi mente tal torbellino de asociaciones que casi se me olvida una cosa: en realidad, Kiev ya tuvo su bomba atómica, Chernóbil.

Seguía en vigor el régimen soviético. Todos los desastres se ocultaban. El Gobierno (lamento decirlo, era el Gobierno de Gorbachov, el más simpático de todos los secretarios generales), intentó pasar en silencio el desastre de la central nuclear. Corría el año 1986. La gente nada hizo por protegerse, porque nada sabía. No cancelaron el desfile del 1 de mayo en la avenida Jreshchátyk y muchos llevaron a sus hijos. La Unión Soviética cayó poco después.

Y ahora, de nuevo, el Kremlin viola las leyes de la seguridad y el sentido común.

El 25 de febrero de 2022, el ejército de Putin marchó de Bielorrusia al centro de Ucrania pisando suelo de Chernóbil y saltándose las medidas de seguridad de los residuos. Esa misma noche, la Inspección Ucraniana para la Regulación Nuclear informaba en su página web de un aumento del nivel de contaminación en las proximidades de la central de Chernóbil. Según los expertos, este aumento lo causó el paso de vehículos militares por la zona protegida: levantaron polvo radiactivo.

El 5 de agosto cayó una granada rusa cerca de la central nuclear de Zaporiyia. El 11 de agosto volvieron a bombardear las inmediaciones de la planta y dañaron el sistema de bombeo. Salió un humo sospechoso. Las fuentes de radiación se hallaban a poca distancia. Varios detectores resultaron dañados. El 21 de agosto, se hizo una inspección que demostró que se habían infringido las normas de seguridad.

En octubre de 2022, los rusos lanzaron una campaña propagandística acusando al Gobierno ucraniano de querer convertir Zaporiyia en una «bomba sucia». El 3 de noviembre de 2022, la situación aún era más peligrosa: las tropas rusas ocuparon la central, tomaron a los técnicos ucranianos como rehenes y los obligaron a trabajar sin descanso, llevaron municiones a las naves de

la central, introdujeron camiones cargados de explosivos en el sector de máximo control, construyeron estructuras incomprensibles en zonas de almacenamiento de combustible nuclear gastado y crearon una sensación general de caos. En junio de 2023, el ejército ruso voló la presa de Kahovka: además de los enormes daños medioambientales, inundaciones y víctimas humanas que causó, puso en serio peligro la central nuclear.

Según el *Financial Times,* en junio de 2024, las fuerzas armadas rusas habían ocupado o destruido el cincuenta por ciento de las centrales eléctricas ucranianas, provocando apagones generalizados. Se ha creado un enorme problema de seguridad nuclear en las cuatro centrales nucleares que hay en Ucrania. Pese al riesgo de que se produzcan graves accidentes causados por cortes de electricidad, en los tres años pasados desde que empezó la guerra, el régimen de Putin no ha cesado de bombardear las instalaciones que suministran electricidad a las centrales nucleares, especialmente la de Zaporiyia (que es la más grande de Europa).

Aunque la AIEA (Agencia Internacional de Energía Atómica) trate de intervenir y representantes de organizaciones internacionales visiten una y otra vez Zaporiyia, no podemos menos de preguntarnos cómo acabarán estos juegos con el átomo. Esto no es ciencia ficción ni imaginaciones de un genio neurótico e incendiario. Esperemos que ni por el aire, ni pegado a las botas de los invasores, ni, en definitiva, de ninguna otra forma, llegue jamás el polvo anatomístico de Bulgákov al suelo de mi Kiev natal.

Capítulo 5

Ventanas iluminadas - Un registro y una detención - El destino de Hersh Konstantinovski - Víktor Nekrásov - Estrategias de fuga

«¿Se ve luz en casa?» La mujer que llevaba a su hija al zoo levantó la vista para ver si las ventanas estaban iluminadas cuando volvió al portal de su edificio y del mío, en el número 23 de la calle Shota Rustaveli, calle que, cuando arrestaron a mi bisabuelo, se llamaba Ber Borojov.

Yo también miraba siempre a las ventanas cuando volvíamos a casa de noche. Recuerdo que no veía muy bien: era pequeña y ya miope. Estoy segura de que también mi abuela Raya, cuando era joven, echaba un rápido vistazo a las ventanas cuando volvía corriendo a casa de la escuela politécnica o del conservatorio, y seguramente también mi madre miraba si había luz en los cuartos cuando regresaba tranquilamente a casa por la calle de los chopos, después de pasar un rato, al salir de la escuela, en casa de una amiga, estudiando o charlando.

Y seguro que mi abuelo Leonid Volinski, que huyó del campo de concentración alemán y pasó interminables meses en el bosque con los partisanos, miró asimismo esas ventanas desde lejos aquel día de noviembre de 1943 en el que, reconquistada Kiev por el Ejército Rojo, pudo acercarse a la casa en la que había dejado a su familia.

La encontró patas arriba, su familia había desaparecido, no se sabía dónde estaba... Como dos años antes, nadie pudo darle

noticias de su esposa ni de su hija. Tampoco supo nada de sus padres. Se enteró, eso sí, de que Tijon, el viejo portero, había conseguido, no se sabe cómo, rescatar nuestro piano de cola Becker, que en otro tiempo se erguía, solitario y desesperado, en medio de la sala, que, por lo demás, los ladrones habían desvalijado. Tijon lo había bajado del cuarto piso a su garita. Tras la guerra, costó un esfuerzo titánico y el trabajo de seis mozos volver a subirlo.

También yo alzo la vista desde la acera de la calle Rustaveli, donde está dibujada la rayuela... Curiosamente, todas las ventanas están iluminadas. ¿Cómo pueden disponer de tantos vatios? ¿Es que han abolido las normas que se impusieron para ahorrar electricidad? El presidente Zelenski habla siempre del tema. Hay toque de queda. Pasan patrullas que controlan.

Pero es que no es el invierno de 2022, ni de 2023, ni de 2024. Es el año 1937. Los faros de un Gaz Molotov-1 (copia soviética del Ford Model B de 1932) que hay aparcado en la puerta me deslumbran, el motor ruge. Por entonces pasaban muy pocos coches por nuestra calle. Solo circulaba el tranvía, que chirriaba cuando tomaba la curva. Los del coche habían ido a arrestar a mi bisabuelo, el ingeniero ferroviario Hersh Konstantinovski, que en 1917 era el responsable del tráfico de la línea Orsha-Vorozhbá. En su honor, en 2017, pusimos una placa en la fachada de la casa.

Si, de noche, las ventanas de una casa estaban iluminadas y había un coche negro con el motor en marcha aparcado en la puerta, más valía no subir, dejarse ver ni, a ser posible, interesarse nunca más por quienes allí vivían.

«¡No le quitéis nunca la pantalla a una lámpara!», dice Bulgákov en *La guardia blanca*. «Daba asco ver la habitación, como lo dan todas las habitaciones en las que reina el caos... y encima le han

quitado la pantalla a la lámpara. ¡No se la quitéis nunca! ¡Nunca! La pantalla de las lámparas es sagrada.»

Bulgákov tenía una razón personal para odiar la luz intensa que venía de arriba: estaba empezando a sentir la enfermedad que lo dejaría casi ciego al final de su vida. Pero, en diciembre de 1937, que hubiera una lámpara encendida sin pantalla significaba que agentes de la policía política habían ido a registrar esa casa y a arrestar a sus ocupantes.

A mi bisabuelo lo detuvieron y se lo llevaron el 31 de diciembre de 1937, el peor año del terror estalinista.

Es en mitad de la noche. La luz de la lámpara cae de lo alto. Los visitantes indeseados se mueven a duras penas por la estancia, porque son muchos. La atmósfera se carga enseguida de malos olores: a sudor, a botas, al cuerpo mal lavado de los «testigos» a los que se han traído (a Tijon, el portero, le han hecho subir de su semisótano).

Mi madre tenía dos años y dormía en el mismo rincón en el que antes había dormido Raya de pequeña, y en el que luego colocaron mi cuna: un rinconcito acogedor, a la izquierda de la ventana.

En 1937, Raya tenía veinticuatro años. Intentaba proteger con su cuerpo la cuna de la niña. Pero un cabo la apartó, quitó la manta y registró también la cuna. ¿Qué tesoros encontraron después de revolver toda la casa? He aquí la lista, tengo una copia con sello oficial:

1. Una máquina de escribir con número de identificación 44509.
2. Un espejo de 2 m × 70 cm.
3. Un armario.
4. Un aparador.

5. Una máquina de coser.
6. Una estantería.
7. Un escritorio de roble.
8. Un reloj de pared.
9. Un biombo.

He aquí un extracto de los recuerdos manuscritos de Raya:

> Es Nochevieja y hemos puesto un árbol de Navidad (mi hija acaba de cumplir dos años). Es 30, mejor dicho, ya 31 de diciembre. Mañana nos sentaremos a la mesa y celebraremos el Año Nuevo de 1938. A las 3 de la madrugada llaman a la puerta. Lo hacen con golpes fuertes, insistentes. Nuestro apartamento tenía siete habitaciones, que después de la revolución tuvimos que compartir con otras familias enviadas por el Gobierno soviético. Todos saltamos de la cama. Yo también. La puerta del apartamento se hallaba al final de un largo pasillo. Uno de los inquilinos fue a abrir y todos esperamos en silencio que dijeran un apellido... El apellido de mi padre. Era lo que yo temía. Allí solo había una familia de intelectuales, que eran los únicos a los que arrestaban. Por entonces no se hablaba de que detuvieran a obreros ni a campesinos.

Esta última frase delata la condición social de mi abuela, una mujer que vivía en el ambiente intelectual (laico) de una gran ciudad. Creo que simplemente no tenía conocimiento de la persecución que sufrían personas de todos los estratos sociales por motivos religiosos. No sabía que detenían a sacerdotes, que destruían iglesias. Probablemente tampoco sabía lo que fue el *holodomor,* la hambruna provocada que entre 1932 y 1933 mató de hambre a más de cinco millones de campesinos ucranianos. Los amigos de nuestra familia eran intelectuales, profesionales y artistas. Raya veía cómo muchos de ellos eran perseguidos y detenidos. Para ella era una tragedia que afectaba especialmente a su ambiente. Las paredes de los museos se quedaban de pronto vacías porque retiraban los cuadros de los artistas considerados «enemigos del pueblo». Las obras de teatro se sustituían sin previo aviso porque

detenían a directores y actores «antirrevolucionarios». Muchos artículos y libros aprobados por la censura al final no se imprimían. En los periódicos aparecían páginas en blanco. Y nadie hacía preguntas.

Otro párrafo de las memorias de Raya sobre la detención de su padre:

> Mientras «ellos» llegan al cuarto en el que mi padre duerme, yo entro en él por la puerta interior, lo despierto, le digo lo que ocurre y vuelvo corriendo a mi habitación. En eso abren la puerta. Oigo voces. Empiezan a registrar el cuarto. Tengo mucho miedo, temo también por mi marido, temo que se lo lleven también. Salgo al pasillo y corro al cuarto de mis padres. Los otros lo tiran todo al suelo, lo revuelven todo. Rebuscan en el escritorio y entre los libros. Encuentran unos dibujos técnicos. Son copias de planos. Al parecer, esas son las principales «pruebas». Confiscan la máquina de escribir. Le quitan la bata, el reloj de muñeca. El anillo de boda se lo quitó él y me lo dio. Aún lo guardo de recuerdo.

El anillo de boda de mi bisabuelo, con el nombre «Lisa» grabado por dentro, lo tengo yo ahora. Es el único objeto de oro que no trocaron por pan en la Segunda Guerra Mundial. También los utensilios de dibujo técnico de mi bisabuelo los tengo en Milán. «Hay dos cosas que nunca presto: mi mujer y mis brújulas.» Los instrumentos de precisión E. O. Richter & Co. le fueron devueltos a mi familia tras la muerte de Stalin, en 1957. Estuvieron veinte años metidos en una caja fuerte de los servicios secretos como prueba de un delito que nunca se cometió.

Raya escribió sus apuntes cuando ya era muy vieja. Toda su vida guardó sus recuerdos para sí. En la época soviética se tenía miedo de poner por escrito lo que uno pensaba. Solo la historia oral podía alumbrar la oscuridad de los años pasados y guardar noticia de los asesinatos no declarados. Los asesinatos de nuestros seres queridos. Menos mal que la convencí de que escribiera lo que recordaba.

Conservo celosamente su cuaderno. Son rayos de luz arrojados sobre los misterios de nuestra historia familiar.

Muchos parientes de víctimas del terror estalinista hablan de la «tortura de la oscuridad». Los maridos y las mujeres, los padres y los hijos de las personas a las que se llevaban en aquellos malditos coches negros no volvían a saber nada de sus seres queridos y seguían esperándolos. Los pasajes más conmovedores de los libros de memorias son seguramente los que hablan de esta espera sin noticias, que duraba muchos años. Esto cuenta Irina Khoroshunova, autora de un valioso diario de aquellos años:

> Llevo todo el día pensando en mi madre. Un día como hoy de hace exactamente cuatro años, a las seis de la mañana, se la llevaron en un coche negro. Fue la última vez que la vimos. No nos admiten ningún paquete para ella ni nos dan información de su paradero. Solo nos dicen que ha sido condenada a «diez años de riguroso aislamiento». ¡Cómo la he buscado! ¡Como loca! En las cárceles, en los campos de prisioneros, en los campos de concentración. Todo me vuelve a la mente con renovada fuerza. ¿Está viva mi madre? Saco del cajón la lista de los campos que me dieron unas mujeres tan desdichadas como nosotras. Tengo noventa y ocho direcciones. Se decía que si uno enviaba dinero a un campo y no se lo devolvían, era que la persona estaba allí. He enviado dinero a los noventa y ocho campos y ninguno me ha devuelto nada. ¡Ay, madre, madre! ¿Volveremos a vernos algún día?

Hoy sabemos que la fórmula «diez años de riguroso aislamiento» (otra variante: «sin derecho a correspondencia») significaba que a la persona la fusilaban casi en el acto, o como mucho unas semanas después de que la detuvieran.

Mi abuela Raya conservó copias de muchas de las peticiones de información que mi bisabuela Lisa envió a las autoridades judiciales. Tras la muerte de Stalin, en ese periodo de liberalización parcial conocido como «deshielo», se dio una situación paradójica: eran los

familiares de los detenidos quienes tenían que demostrar la inocencia de estos, cuando no sabían siquiera de qué los acusaron, pues no les dejaban ver los expedientes. En los años cincuenta, para que «rehabilitaran» a una persona asesinada veinte años antes por la NKVD, la familia tenía que presentar pruebas de su buena conducta, su seriedad en el trabajo, testimonios de conocidos, referencias... A la mayoría de los conocidos seguramente los había triturado la misma máquina infernal. Recuperar documentos veinte años después de los hechos, cuando había habido una guerra, ocupación alemana, desplazamientos, huidas, bombas e incendios, era como mínimo una tarea ardua.

Raya y Lisa lucharon, buscaron a colegas y conocidos que hubieran sobrevivido, reunieron un sinfín de documentos y consiguieron que lo rehabilitaran. El registro civil expidió el correspondiente certificado de defunción: «I-JR 219604, número de registro 2954. Konstantinovski falleció a causa de un paro cardiaco el 4 de marzo de 1943». Así, veinte años después de que detuvieran a Hersh, mi bisabuela Lisa supo con certeza que era viuda. Nadie de mi familia supo nunca que ese certificado era falso.

Solo en la Ucrania independiente ha empezado a arrojarse luz sobre los crímenes de Stalin. Lógicamente, los archivos que poco a poco van abriéndose son los del Estado ucraniano; los rusos siguen cerrados a los investigadores. Yo, como miembro de la asociación Memorial, que recibió el premio Nobel de la Paz en 2022, pedí, a través de la sede local, ver el expediente de Hersh Konstantinovski y me fue concedido, por lo que de repente me vi con el expediente en las manos.

En 2017, merced a los documentos recuperados por mediación de Memorial, mi hija Margherita y yo fuimos invitadas a participar en una ceremonia conmemorativa que se organizó en Kiev. Mi

asociación, Memorial, siguiendo el ejemplo de iniciativas como la de las «piedras de tropezar» de Alemania y otras parecidas de otros países europeos, puso en marcha el proyecto «La última dirección», que consiste en colocar placas conmemorativas en la puerta de las casas en las que vivieron las personas asesinadas por la NKVD.

Había intelectuales, periodistas y reporteros de la televisión local. Margherita subió a la escalera de mano y atornilló a la pared la placa en la que se dice que su tatarabuelo fue detenido en esa casa la noche del 31 de diciembre de 1937, fusilado el 16 de febrero de 1938 y rehabilitado en 1957.

En el expediente que obtuve por conducto de Memorial había un papel en el que figuraba la fecha real de la muerte de mi bisabuelo: día, año e incluso hora (16 de febrero de 1938, a las 24:00); la verdadera causa de su muerte («fusilamiento»); la firma del jefe del pelotón de ejecución. Y, grapado a esta hoja, otro papel en el que se prohibía expresamente que se difundieran, aunque fuera rehabilitado, la fecha exacta y las circunstancias de la muerte del acusado. La mentira debía perpetuarse por los siglos de los siglos.

Por estos documentos supe más cosas de la vida de mi bisabuelo. He releído muchas veces su ficha. Estudios que cursó, idiomas que estudió. Estudió mucho, eso sin duda: lenguas antiguas, lenguas europeas, eslavo antiguo y hebreo antiguo, eso en el instituto; luego, cinco años de universidad, carrera de Ingeniería, matrícula de honor. Primer empleo: en la misma línea ferroviaria, la Orsha-Vorozhbá, en la que estaba el cuartel general del comandante en jefe, es decir, del emperador Nicolás II.

Esos primeros años de su vida profesional, Hersh Konstantinovski fue responsable de los cambios de agujas y de los cruces: ¡la

seguridad de los trenes del zar! Fue uno de los técnicos encargados de una línea ferroviaria por la que pululaban generales, duques y, suponemos, potenciales terroristas, amén de simples imbéciles que podían cometer un error en cualquier momento. Le tocaba supervisar las instalaciones para prevenir sabotajes y atentados. ¿Cómo podía soportar un estrés tan grande? Podría habérmelo contado él mismo, si no lo hubieran fusilado a los cincuenta y dos años, veinte años antes de que yo naciera.

Pienso mucho en el último mes de vida de Hersh, trato de imaginarlo esposado en aquel coche negro que esperaba delante de su casa, en medio de un silencio lúgubre. Sé con seguridad que lo llevaron a la prisión de Lukiánivska; está escrito con letra retorcida en el papel de la sentencia de la «troika».

Seguramente, lo primero que oyó al llegar fueron unos gritos rabiosos que, entre insultos obscenos, le ordenaban que se desnudara y esperara nuevas órdenes. No podía creerse que los gritos y las imprecaciones fueran dirigidos a él, ingeniero jefe de una gran empresa, hombre respetado en la comunidad, que no había hecho nada malo, y por eso miraba a un lado y otro.

Al principio lo encerraron, así, desnudo, en una especie de estuche de madera que seguramente le recordó una caja de puros, en el que era casi imposible sentarse —había un travesaño de bordes cortantes— y de todo punto imposible estar de pie, porque tenía un metro y cuarenta centímetros de altura. Hersh se esforzaba por mantener la calma, quizás recurría al humor. La espera duró unas cinco horas, según calculó luego, al repasar lo que estaba ocurriéndole, diciéndose, al mismo tiempo, que no merecía la pena recordarlo, que su vida no valía ya nada y que resistirse no tenía ningún sentido.

Cuando la caja de puros se abrió por fin, vio a un hombre de aspecto huraño vestido de uniforme que, con unas tijeras, cortaba los botones, las hebillas y los ganchos de su ropa, llevándose de paso trozos enteros de tela. Cuando terminó, el carcelero le arrojó a la cara aquellos harapos y le ordenó que se los pusiera. Era casi imposible, porque todo se le caía. Intentó sujetarse los pantalones, pero le gritaron: «¡Las manos detrás de la espalda!». Pensó que vestirse con aquellas prendas era peor que ir desnudo.

También le arrojaron la toalla que le había dado Raya, con la que él hizo un hatillo en el que metió las pocas cosas que les permitían tener: el tabaco desmenuzado que sacaron de un cigarrillo, dos panecillos y un poco de queso, unos diez caramelos, que habían desenvuelto y estaban pegajosos y cubiertos de briznas de tabaco...

Lo condujeron por largos pasillos, subieron y bajaron de un sótano a otro, franquearon, tras la debida espera, innumerables puertas de malla metálica que cortaban el paso. Su inveterada costumbre de juzgar lo racional de las soluciones técnicas lo transportaba al reino feliz de su profesión de ingeniero. De exingeniero. De pronto se dijo a sí mismo: «¡Exingeniero!» y le horrorizó la enormidad de la catástrofe que lo había golpeado, que lo apartaba de lo que más le importaba en la vida: su trabajo.

No pudo pensar mucho en ello porque lo distraía el molesto tintineo de las llaves. El que lo conducía golpeaba rítmicamente con las llaves todos los barrotes metálicos por los que pasaban. Poco le costó a Konstantinovski comprender que lo hacía para anunciar a los demás carceleros que pasaban presos, que no debían verse. De camino, pinchaban y aguijoneaban sin cesar a los detenidos y de cuando en cuando les ordenaban que pararan y los ponían bruscamente de cara a la pared. Era que pasaban arrastrando a alguien, que gemía de dolor.

Así más o menos se había imaginado siempre Hersh a los pecadores entrando en el infierno. No era creyente, pero, como arquitecto de formación, había visto frescos del juicio final en muchas iglesias.

Al fin, llegaron a una puerta descascarillada, que el carcelero abrió girando tres llaves en sendas cerraduras. A empujones, obligó al detenido a entrar en la celda, que tendría unos cuatro metros por dos. Hersh la midió a ojo. El único lugar donde quedaba un poco de espacio era junto a la puerta. Le dieron otro empujón por la espalda y cerraron la puerta haciendo fuerza. Konstantinovski se vio aplastado contra una masa de personas malolientes.

Algunas estaban tendidas en el suelo exactamente como sardinas en lata, unas pegadas a otras, y, al cabo de un rato, Hersh vio que, cada hora, a una señal, se giraban a la vez. Otras esperaban de pie su turno para tumbarse. Al recién llegado, según las reglas de la prisión, le tocaba el peor sitio, el que estaba junto a la letrina. No había alternativa y, venciendo el asco, Hersh intentó calmarse.

Pasó en aquella celda las cinco semanas que duró la investigación, sin poder lavarse y sin más alimento que un caldo que les llevaban una vez al día, fue sometido, según mandaba el protocolo, a seis interrogatorios, con privación del sueño dos o más días en cada uno de ellos, y al final fue condenado a muerte sin que lo informaran de la sentencia. El mismo día, el 4 de febrero de 1938, lo trasladaron al corredor de la muerte, donde esperó a que lo ejecutaran, el 16 de febrero.

Por los documentos que he leído y por la idea que me he formado del carácter de mi bisabuelo, que a veces reconozco en mí misma, reconstruyo los días en los que se llevó a cabo la investigación. Konstantinovski solo podía desear una cosa: que lo mataran cuanto antes. Raya me contó que, al marcharse, Hersh le susurró al oído:

«A los que se llevan allí más les vale no gastar fuerzas. Sucumbir pronto y sin resistirse».

Como es natural, mi reconstrucción se basa en el testimonio escrito de víctimas que estuvieron encerradas en esas prisiones, como «La pantalla naranja», de Georgy Demidov, publicado en 1962. También me ha sido útil la experiencia de editar las memorias de Yevfrosíniya Kersnóvskaya, *Quanto vale un uomo* (Lo que vale un hombre): hay dibujos suyos hechos con lápices de colores que nos ayudan a hacernos una idea del aspecto «teatral» de la historia, la puesta en escena de la NKVD/KGB.

En el primer interrogatorio, cuando Konstantinovski entró, una potente lámpara eléctrica iluminaba el cuarto, cuyas dos ventanas estaban atrancadas. Konstantinovski cerró los ojos con fuerza: no podía tapárselos con las manos porque dos guardias se las sujetaban por las muñecas. ¿Por qué lo retenían? ¿Y por qué tenían aquella luz insoportable?

A aquella luz torturaban a las personas dos o tres días seguidos, obligándolas a permanecer de pie.

Para empezar, el interrogador le dio un puñetazo en la mandíbula y otro en la nuca. Konstantinovski escupió sangre y trozos de una costosa corona dental, que le hirió la lengua y las encías.

¿Y qué descubrieron los investigadores? ¿Qué vieron en sus documentos? Las actas del proceso no solo se refieren a mi bisabuelo, sino a todo un grupo de ingenieros encargados de obras de Kiev. Según los documentos, otro pobre hombre declaró al fiscal, evidentemente bajo tortura, que el ingeniero Konstantinovski era un espía polaco y que, «deliberadamente», había boicoteado determinados edificios para que se derrumbaran. (Como ya he dicho, las construcciones que se le encomendaron a Konstantinovski han permanecido en pie hasta la invasión de Ucrania por la Federación

Rusa: ¿quién sabe lo que quedará de la arquitectura de Kiev cuando acabe esta guerra?)

Cuando Kaloshin, el fiscal, le preguntó, mi bisabuelo confirmó todos y cada uno de los cargos que se le imputaban para que dejaran de torturarlo. Desde el primer día estaba dispuesto a firmar cualquier cosa con tal que lo mataran rápidamente y no tener que pasar más días de pie en el despacho del investigador ni en la celda junto al cubo que usaban de retrete. Pero descubrió que acusarse a sí mismo no era tan fácil. Los torturadores querían pruebas. Pruebas de su inexistente culpabilidad. Pero ¿qué pruebas, por todos los diablos? Su mente lógica y analítica se quedaba bloqueada en este problema. No sabía qué detalles podía dar que demostraran que el sabotaje era premeditado.

Pero en el séptimo interrogatorio, en el que lo golpearon tan duramente que perdió el conocimiento, Dios tuvo a bien iluminarlo. Se dio cuenta de que sus torturadores no iban a comprobar nada. No entendían nada y ni siquiera creían que existieran las pruebas, que hubiera vida fuera de aquella lúgubre prisión, en la que también ellos estaban encerrados, como los presos. Y Hersh empezó a decir cosas sin sentido, absurdas e incoherentes, que ellos anotaban rigurosamente. Por suerte, evitó dar nombres y no acusó a nadie. Los interrogatorios terminaron. Ellos seguramente también se cansaron.

Tengo delante el protocolo número 905 del 4 de febrero de 1938. Los acusados no asistían a la sesión de la troika. Esta solía condenar a muerte a grupos enteros, sin hacer distinciones. Si mi bisabuelo es el número 905, significa que solo en el mes de enero fueron juzgados unos 900 «conspiradores» del mismo tipo. Los procedimientos eran sumarios. Todos concluían a los quince o veinte minutos con condena de muerte. No había abogados, ni fiscales, ni

lectura de cargos. Se hacía un breve resumen del resultado de los interrogatorios y de las confesiones sonsacadas. Todos los acusados se declaraban culpables de espionaje.

Tras el veredicto, no volvió a ser interrogado ni golpeado. En qué condiciones tenían a los condenados en el corredor de la muerte es algo que nunca sabremos. No hay testimonios de supervivientes. De las celdas en las que los hacinaban, de las cámaras de tortura, de las jaulas de alambre, alguien, de cuando en cuando, salía. Pero de la celda en la que metían a los condenados a los que iban a ejecutar no salió nadie para contarlo.

Conozco el nombre de los miembros de la troika que decidieron que mi bisabuelo debía morir. He encontrado incluso, gracias a la gran oportunidad que nos brindan las bases de datos electrónicas, datos biográficos de los miembros de la troika del GUGB (Dirección General de Seguridad del Estado) de Kiev y del pelotón de ejecución. No sé si me consuela realmente, pero sé una cosa: casi todos acabaron mal. No pocas veces los verdugos de Stalin corrían una suerte no mejor que la de sus víctimas.

A mi bisabuelo lo fusilaron por una sentencia que firmaron tres fiscales: Zhutov, Rogol y Babich. El subteniente Zhutov, fiscal del tercer departamento del NKVD, fue fusilado al año siguiente. El segundo, Mark Rogol, fue arrestado en 1938 y condenado a muerte en 1939 por un tribunal militar, pero durante la instrucción perdió el juicio (¿por las torturas? o ¿se hizo el loco?) y fue enviado a una prisión psiquiátrica especial. En septiembre de 1941, el manicomio, deliberadamente o no, fue dejado a merced de los nazis. Los alemanes pasaron revista a los internos, pues toda la documentación seguía en los despachos del personal. Descubrieron que Rogol era judío y lo llevaron a Babi Yar, donde, paradójicamente, corrió la misma suerte que gran parte de mi familia.

No sé nada de Babich. Pero conozco la historia de Aleksandr Shashkov, que era el comandante del pelotón de ejecución. En Wikipedia se dice que fue «el verdugo de la ciudad de Stálino», la actual Donetsk. Shashkov torturó y asesinó con sus propias manos al metropolita de la Iglesia ortodoxa ucraniana. Mató también sádicamente al sacerdote Aleksandr Glagolev, que en 1913 casó a Mijaíl Bulgákov con su primera esposa, Tatiana Lappa. Parece ser que el tal Shashkov se hizo muchos enemigos entre sus colegas verdugos. No sabemos exactamente por qué, pero, según los documentos, fue enviado a primera línea del frente como comisario político. En septiembre de 1941 participó en la batalla de Kiev, combatiendo en Piriatin, cerca de Poltava, donde también estuvo mi abuelo Volinski. Shashkov se salvó; los miembros de los servicios secretos podían escapar de varias maneras, es posible que dispusiera de un coche y de combustible, o que tuviera comunicación por radio o telégrafo con el alto mando. El caso es que el 25 de junio de 1942 volvió al frente, fue herido en un brazo y en una pierna y, como no quiso ser una carga para sus compañeros o ser hecho prisionero, se suicidó. Esto dice la versión oficial. Pero a muchos comisarios políticos los asesinaron simples soldados, soldados soviéticos, que los odiaban. Está enterrado en el llamado Valle de la Muerte, cerca del santuario militar de Myasnoi Bor.

Otro miembro del pelotón de ejecución de Shashkov fue juzgado porque obligaba a las víctimas a desnudarse antes de ejecutarlas y vendía la ropa a un comerciante de la calle Prorizna, 7, de Kiev. Seguramente no era ropa como la de mi bisabuelo, harapos sucios llenos de rotos y agujeros. Los servicios secretos detenían y mataban a todo tipo de personas, que podían ser damas y caballeros de categoría. En este caso, lo más seguro es que los verdugos tuvieran mucho cuidado con los lindos trajes que serían su botín.

He encontrado testimonios de otro profesional de la muerte, también ejecutor de sentencias. He copiado algunas frases. Seguramente todos los verdugos guardaban recuerdos parecidos. Cito del expediente del interrogatorio del jefe de la prisión interna de la región NKVD de Yitómir, Félix Ignatenko, incluido en la recopilación *Chequistas en el banquillo de los acusados* de Marc Junge:

> Cuando empezó la operación masiva, trabajé todo el tiempo ejecutando a gente. No puedo dar cifras, pero yo personalmente maté a miles de personas. Mi salud empezó a resentirse. Llegué a estar tan mal que intenté suicidarme dos veces. Iba por la calle y de pronto echaba a correr: me parecía que me perseguían las personas a las que había fusilado. Cuando no podía trabajar, para darme ánimos, mataba un pájaro o un gato y listo, ya podía volver al trabajo... En la época de las ejecuciones masivas, dormí en el trabajo como un año y medio. Me acostaba sin quitarme la ropa. Dormía un par de horas y vuelta al trabajo.

He localizado en el mapa todas las direcciones que figuran en el expediente, he buscado incluso las que aparecen en letra pequeñísima en los sellos de los documentos, pero no he podido averiguar dónde ejecutaron exactamente a mi bisabuelo. A mis otros bisabuelos, los padres de Leonid, sé exactamente adónde los llevaron, dónde los golpearon, los desnudaron y los fusilaron por ser judíos: en el barranco de Babi Yar. Al menos ahí puedo ir, recordarlos, saludarlos. Pero ¿dónde mataron a Konstantinovski? Había tres posibilidades: en los sótanos de la checa, en la casa de la condesa Uvarova, cerca de la sede principal de la calle Institutska, 40 (hoy Heroyiv Nebesnoyi Sotni, 1); en los sótanos de la misma prisión de Lukiánivska, y en los bosques de Bikivniá, en la carretera de Brovarí.

Esto es lo que me han revelado los archivos ucranianos. En los archivos rusos, como ya digo, nadie puede entrar.

Los grandes nombres de la literatura rusa, cuyas obras estuvieron décadas prohibidas y guardadas en salas de bibliotecas inaccesibles —Brodski, Ajmátova, Tsvetáyeva, Mandelstam, Pasternak, Solzhenitsyn, Bulgákov—, hoy son instrumentalizados sin empacho por el Kremlin.

Justo cuando en Kiev se celebraba el triunfo del Euromaidán o Revolución de la Dignidad, entre el 21 y el 24 de febrero de 2014, en Sochi tenía lugar la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos, cuyo número estrella era un ballet dedicado a la literatura, la pintura y el arte, la famosa «gran cultura rusa», que sigue siendo el último refugio de los putinistas: en la pista de hielo de los Juegos Olímpicos, figuras con trajes extravagantes evolucionaban incansablemente, reproducidas en pantallas gigantes. Daban volteretas y saltos personas que habían sido perseguidas, torturadas, encarceladas, ejecutadas o, en el mejor de los casos, expulsadas de la Unión Soviética y privadas de su ciudadanía. Un actor vestido de Brodski «componía poesía» ante una foto de Ósip Mandelstam, sin pensar en lo que habrían dicho ambos poetas de ese espectáculo cutrísimo.

Al fin y al cabo, Rusia lleva tiempo siendo un país en el que los registros, las lámparas de quinientos vatios dirigidas a los ojos y las torturas en las cárceles han vuelto a estar a la orden del día. Por publicar algo o darle al «me gusta» en las redes sociales, puede uno ser condenado a nueve, doce, catorce años de cárcel. La casa de las personas que expresan una idea mínimamente libre son allanadas, en Moscú, en San Petersburgo y en las pequeñas ciudades de provincia. Sin un papel, sin un pretexto legal, la policía fuerza las puertas con palancas y descerraja las cerraduras con sierras eléctricas sin hacer caso de los gritos de las personas que hay

dentro. Cuando irrumpen en una casa y encuentran dentro a los habitantes, muchas veces los golpean. Les ordenan que se tiren al suelo boca abajo y con las manos en la nuca, y los obligan a quedarse así horas mientras la policía política de Putin registra cajones y revuelve documentos. Al final, se llevan ordenadores, móviles, televisores y demás dispositivos que nunca devuelven.

Conocemos casos de personas que se han suicidado, que se han prendido fuego en la calle después de que las despojaran de sus medios de subsistencia. La tarde del 2 de octubre de 2020, Irina Slavina, de cuarenta y siete años, redactora jefe del periódico *KozaPress* de Nizhni Nóvgorod, escribió en su página de Facebook: «Culpen a la Federación Rusa de mi muerte» (le habían confiscado todos los aparatos electrónicos) y se prendió fuego delante del edificio del Ministerio del Interior de dicha ciudad. Murió allí mismo a consecuencia de las quemaduras.

Cuando yo vivía en Kiev, en la época soviética, constantemente oía la palabra «registro» porque estaba en boca de todos. El registro de la casa de nuestro amigo más querido, el famoso escritor Víktor Nekrásov, en 1974, me causó una fortísima impresión.

Nekrásov era el autor más venerado de Kiev. Era uno de los pocos afortunados que viajaban al extranjero y se codeaba incluso con intelectuales de otro países, en particular con escritores italianos. Carlo Levi, Pietro Zveteremich y Vittorio Strada vinieron por primera vez a Kiev expresamente para conocerlo, en 1958. Siguieron otros: Danilo Dolci, Guido Piovene y Giulio Einaudi. Mi abuelo también estaba presente en los encuentros. Cuenta Marco Sabbatini en *Viktor Nekrasov e l'Italia:* «Carlo Levi muestra especial interés por la historia de Leonid Volinski... autor al que Víktor Nekrásov cuenta entre sus amigos más íntimos y entre los escritores de más talento. El rescate de las obras de arte de la galería de Dresde por parte de

Volinski tras los bombardeos aliados de febrero de 1945 da pie a hablar de la experiencia bélica común, que ha marcado a toda una generación de personas y de escritores».

De pronto ocurrió una cosa extraña: Nekrásov, el niño mimado del Partido Comunista, pasó, literalmente de la noche a la mañana, de ser un privilegiado a ser un peligroso disidente a ojos del régimen. La causa del cambio fue el polémico discurso que pronunció el 29 de septiembre de 1966 en Babi Yar. En el artículo de la famosa disidente Raya Orlova «El registro que me abrió los ojos, o Nekrásov ríe», leemos:

> La insoportable presión empezó mucho antes de enero de 1974. Nekrásov llevaba tiempo molestando a las autoridades con su comportamiento independiente. El apartamento del escritor era uno de los pocos oasis del libre pensamiento que había en Kiev. Innumerables personas visitaban la casa abierta de Nekrásov. El escritor no se calló, no ocultó su actitud crítica y burlona con la realidad soviética de la época. En casa de Nekrásov siempre había mucho material *samizdat* y *tamizdat* (que el escritor no imponía a nadie, pero que dejaba leer de buen grado a todo el mundo).

Yo no estaba cuando registraron su casa. Vivía ya en Moscú, pero nunca olvidaré lo que nos contó cuando vino a visitarnos a Moscú unos días después: con un nudo en la garganta nos habló de lo humillado que se había sentido, de que habían destrozado los sofás y arrancado los tacones de los zapatos de su mujer, seguramente porque buscaban microfilmes.

Mark Raygorodetski, que la noche del 17 de enero de 1974 cayó en las garras de la policía y pagó con dos años de cárcel su visita a Nekrásov, cuenta lo ocurrido empezando por un detalle concreto: la luz de la escalera, luz que mi memoria asocia siempre con la violencia chequista (la conversación con Mark Raygorodetski del 11 de marzo de 2021 la recoge Raya Orlova en el mismo artículo):

> Advertí que en el portal ... había una luz intensa que venía de arriba. Me sorprendió mucho, porque normalmente eran bombillas de poca potencia. Subí ... y vi que la puerta del piso estaba entreabierta y que la luz salía de dentro, una luz intensa. Me detuve y pensé que algo pasaba ... En el umbral apareció un hombre de aspecto distinguido, con un lujoso gorro de castor y un abrigo gris de paño, sin duda importado. Llevaba también unos zapatos elegantes. Parecía que acababa de salir de la peluquería. Tendría unos cincuenta años. Se dirigió a mí con mucha cortesía: «¿Viene usted a ver a Víktor Nekrásov?». «Sí», le respondí. «Pues pase usted, haga el favor. El señor Nekrásov está en casa.» En ese momento comprendí que estaba en apuros. «No, no quisiera molestar, volveré otro día.» «No, no, no molesta usted, pase, por favor.» Supe que estaba perdido... Entré, la puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco y aquel hombre «amable», cambiando bruscamente de actitud, sacó una tarjeta, me la enseñó y dijo que era coronel de la seguridad del Estado, que estaba practicando un registro en el apartamento de Víktor Nekrásov y que, según el código de procedimiento penal, los ciudadanos que entren en una casa en la que esté llevándose a cabo un registro han de ser también registrados. Y me quitaron el maletín.

En el maletín llevaba libros prohibidos. Lo detuvieron y lo encarcelaron.

El libro indeseado que le costó dos años de cárcel era la distopía *Nosotros,* de Yevgueni Zamiatin. Por conducto de esa misma maleta se habían intercambiado sus amigos otros grandes libros de la cultura mundial: *El doctor Zhivago,* de Borís Pasternak; *El primer círculo,* de Aleksandr Solzhenitsyn y el ensayo histórico y político *La nueva clase,* del pensador montenegrino Milovan Djilas.

En respuesta al registro policial y a la detención de sus conocidos, Nekrásov publicó en Radio Liberty un artículo titulado «¿Qué necesidad había?», con fecha de 5 de marzo de 1974 y que entregó a los corresponsales extranjeros cuando vino a visitarnos a Moscú.

> El 17 de enero de este año, 1974, nueve hombres entraron en mi apartamento y estuvieron cuarenta y dos horas registrándolo. Inspeccionaron mi correspondencia privada. Quitaron las fotos de las paredes. Registraron a todo el que venía... Actuaron con una seriedad que daba risa, como si, en lugar de la casa de un escritor, fuera el escondite de un espía...

> Pasados los dos días, se marcharon llevándose siete bolsas de manuscritos, libros, revistas, periódicos, cartas, fotografías, una máquina de escribir, una grabadora con casetes, dos cámaras fotográficas y hasta tres cuchillos, dos de caza y un bisturí de mi madre.

Víktor Nekrásov emigró al extranjero ese mismo año, desilusionado y humillado, cuando llevaba un cuarto de siglo siendo el escritor más famoso de Kiev. Ahora vuelve a ser una especie de símbolo de la ciudad. Se ha colocado una placa en su honor en la puerta de su casa. En 2022 se le puso su nombre a una calle de Kiev. Y no importa que sea un escritor rusófono. Lo que importa es que arrojó la luz de la verdad y de la sinceridad sobre lo que las autoridades soviéticas querían ocultar. Hoy, en el clima de una Ucrania libre, Nekrásov ha pasado de ser un paria a ser un símbolo nacional de Kiev.

Estos detalles dicen mucho de la Ucrania actual. En Kiev ha habido un gran cambio de escenario. Durante todo el siglo xx, la policía ucraniana era famosa por su brutalidad, se comportaba peor que el KGB de Moscú. Los que querían vivir dignamente, más libres, huían de Kiev. Muchos emigraban a Moscú. Es lo que hizo mi familia para no tener más problemas, registros ni detenciones. Por mediación de personalidades destacadas de la Unión de Escritores (Konstantín Símonov, Aleksándr Tvardovski, Iliá Ehrenburg), que respetaban a mi abuelo por el papel desempeñado en la guerra y por su libro *A través de la noche,* mi familia obtuvo un permiso especial y nos marchamos.

También Bulgákov, cincuenta años antes, había huido de Kiev a Moscú. Asustado por lo ocurrido el verano de 1918 y por el brutal registro del apartamento del vecino de abajo, Bulgákov se apresuró a escapar y nunca más volvió a Kiev, salvo para hacer tres rápidas visitas de pocos días. Tampoco Nekrásov volvió a Kiev ni yo lo hice en cuarenta años (1974-2014).

Pero, para quienes la conocían, Moscú no era una ciudad mucho más democrática que Kiev. Lo que casi todos queríamos en la vida era salir de la Unión Soviética, entrar en el mundo libre, ir a un sitio al que los tentáculos del KGB no pudieran llegar. Era el sueño de todos los amigos que conocí cuando estudiaba en la universidad. Algunos conseguían el visado casándose con extranjeros. Otros se acogían al programa de visados israelí, proceso no fácil, pero que era la única forma real de salir de la Unión Soviética.

Yo viví mi salida de la Unión Soviética y mi llegada a Italia en 1987 como un vuelo hacia la libertad, el segundo después del de Kiev a Moscú. Me recuerda la emoción que sentí de niña leyendo *La cabaña del tío Tom*. Hay una escena en la que una joven negra, huyendo de Kentucky a los estados del norte, cruza el río helado llevando a su hijo en brazos: el hielo cruje y ella salta de témpano en témpano. ¡Cuántas veces he releído ese pasaje con la respiración contenida! Y cada vez que pasaba la página, me encontraba al otro lado del río, en Ohio, a salvo.

> La enorme placa de hielo verdusco en la que cayó se movía y crujía, pero Elise no se esperó. Gritando desesperada, saltó a otra placa, a otra y a otra, tropezando, resbalando, cayendo, levantándose de nuevo... Perdió los zapatos, se le rompieron las medias, dejaba huellas de sangre en el hielo, pero no notaba nada, no sentía dolor, seguía adelante hasta que, borrosamente, como en un sueño, vio la orilla de Ohio y a un hombre que le tendía la mano.

Sí, esta mujer, pese al aturdimiento del dolor de cabeza, pese a las heridas sangrantes de sus piernas que casi no la sostenían (como la protagonista de nuestro Prólogo) fue más afortunada. Logró salvarse y salvar a su hijo.

También hoy mucha gente intenta huir de Rusia. Las personas cuyas vidas estaban ligadas a Ucrania tienen muchos problemas para volver a su patria. Y no hablo solo de prisioneros de guerra, por cuyo regreso no pocos políticos trabajan organizando intercambios.

También sabemos que han secuestrado a muchos niños ucranianos y que muchos adultos ucranianos se ven obligados a vivir en la Federación Rusa. Lamentablemente, en muchos casos, los intentos de regresar terminan mal.

El 20 de marzo de 2022, el matemático de veintiséis años Konstantín Olmezov se suicidó en Moscú. Olmezov había nacido en Donetsk y estaba en Rusia estudiando «Combinatoria Aditiva y Aritmética», sea eso lo que sea, una materia que solo podía estudiar en un prestigioso centro de Moscú. Cuando Rusia invadió Ucrania, Konstantín quiso volver a Kiev, pero no se lo permitieron. Incluso lo tuvieron detenido unos días. Cuando lo soltaron, se quitó la vida.

En el mensaje de despedida que publicó en Telegram, Konstantín decía: «Amo mucho, aunque con un amor extraño, Donetsk. Aunque pasé una infancia horrible, sigue siendo la ciudad en la que escribí mi primer programa y los bancos de su parque están marcados por el recuerdo de algún problema que resolví, por nombres, rostros, sucesos simpáticos o terribles». Tras la conquista rusa de Donetsk en 2014, Konstantín se mudó a Kiev y de aquí a Moscú a hacer el doctorado. Continúa el mensaje: «Pero aún amo más la ciudad de Kiev, en la que por primera vez viví una vida independiente, experimenté el hambre y la soledad, me enamoré y escribí mis mejores poemas. Si me impiden elegir, prefiero no vivir. Lo hago porque me impiden volver a Kiev».

Capítulo 6

Masyanya - Bucha e Irpín - La guerra de las noticias - Una mancha negra en el corazón de Europa

Masyanya se nos cuela en la cama de noche, espanta el sueño e ilumina las sábanas arrugadas, los periódicos revueltos de la mesita, las pastillas contra el insomnio. Está con nosotros desde el primer mes de guerra. Tiene la cabeza apepinada, seis pelos tiesos, expresión burlona, piernas flacas, dos brazos como alambres. Se parece a los monigotes que hacía yo con castañas y cerillas cuando mi tutora me llevaba a pasear al parque de la Universidad de Kiev. Masyanya es una especie de jáquer (o editor de bases de datos, o *webmaster,* o todo eso a la vez). Vive en un apartamento pequeño y medio vacío, tiene dos o tres ordenadores portátiles y otros artilugios electrónicos: un rúter, una impresora, un *subwoofer*. Tiene la voz ronca, un sentido del humor impertinente, una manera de hablar que a veces sorprende, entre otras cosas porque está llena de citas cultas. Tiene un marcado acento de San Petersburgo. Su marido, también informático hípster, está siempre dispuesto a charlar: su función es hacer preguntas que estimulen las ocurrencias hilarantes de Masyanya. Veinte años de gobierno de Putin son comentados, analizados, ridiculizados por la pareja y transformados en numerosas anécdotas populares.

El autor de *Masyanya* se llama Oleg Kuvaev. Nacido en 1967 en Leningrado, vive en Israel desde 2006. En octubre de 2023, el

comité de investigación de la Federación Rusa incoó un proceso penal contra él por «promover actividades contra la seguridad del Estado» (artículo 280.4 del Código Penal). El 22 de diciembre de 2023, el Ministerio de Justicia ruso lo inscribió en el registro de agentes extranjeros y, el 26 de diciembre de 2023, el Ministerio del Interior ruso lo incluyó en la lista de las personas en busca y captura.

¿Por qué prestan tanta atención las fuerzas del orden rusas a un inofensivo dibujante satírico y a su irreverente criatura? Muchos rusos piensan que una manera muy esclarecedora de comprender la catástrofe de la invasión rusa de Ucrania es ver algunos episodios de la serie.

El episodio número 160, que se publicó en marzo de 2022, se titula «Wakizashi: la espada del samurái». Al comienzo de la guerra, Masyanya va al búnker de Putin y lo convence de que se haga el harakiri, poniendo así fin al conflicto. En el episodio se incluyen imágenes reales: edificios arrasados por las bombas que se lanzaron el 24 de febrero a las cuatro de la madrugada, obras de arte quemadas, personas asesinadas... La idea es que estas imágenes las vea un personaje (llamado Greñas) que no sabe que la guerra ha empezado, al que le han ocultado lo que pasa. Él creía que la vida seguía como siempre, que la mañana del 24 de febrero era una mañana como cualquier otra. ¡Pero qué intenso dolor, descubrimos, pueden causarnos unas imágenes que ya conocemos cuando se insertan en un marco de «normalidad sin guerra»! Este simple artificio nos causa una tremenda impresión.

En julio del mismo año se publicó el episodio número 162, «San Mariuburgo», el más aterrador de todos: Masyanya es víctima de los ataques de los invasores y sus dos hijos pequeños son asesinados; por todas partes se amontonan cadáveres y corren ríos de sangre;

en San Petersburgo falta electricidad, calefacción y comida, y los edificios se derrumban. El objetivo del director, Kuvaev, es, claramente, despertar la empatía del pueblo ruso. Muchas personas, en las redes sociales, después de intentar convencer a sus amigos y conocidos rusos de que estaba sucediendo algo insoportable, después de mostrarles fotos de Bucha, de Mariúpol, de niños muertos y heridos, sin resultados apreciables, acababan enviándoles el enlace del episodio 162 y diciéndoles: «Esto os convencerá».

Es, pues, comprensible que la policía rusa haya declarado al creador de *Masyanya* un criminal y lo haya incluido en la lista de las personas en busca y captura. Kuvaev ha logrado asestar a la propaganda rusa un golpe mortal que perfora la coraza de la indiferencia.

Otras luces nocturnas. Enormes pantallas brillan en la oscuridad del bosque. Los guardias fronterizos ucranianos instalan gigantescos proyectores en la frontera con Bielorrusia y muestran a sus «colegas» militares del país vecino vídeos de la guerra: muertos, heridos, casas destruidas, ciudades incendiadas...; son los efectos de los misiles que se lanzan directamente desde territorio bielorruso. Los ucranianos quieren que los bielorrusos sepan en qué están participando. Quieren disuadirlos y les muestran imágenes como las incluidas en el episodio 160 de *Masyanya*.

En los primeros momentos, el brutal ataque ruso fue recibido en territorio ucraniano con contrariedad mezclada de desprecio, pero casi sin rabia. Hay vídeos filmados las dos primeras semanas de guerra en los que vemos a campesinos ucranianos poniéndose delante de columnas motorizadas rusas, ondeando banderas de su país e intentando parar los tanques marcados con la letra «Z»: estos

se dejaban convencer y retrocedían. Lo hemos visto en Berdiansk y Enerjodar. Los ciudadanos expulsaban a los rusos de las calles con amenazas y gritos que nos recuerdan los insultos que los cosacos ucranianos (los del cuadro de Repin) dirigían al sultán de Turquía.

Está claro que en aquel momento ninguna de las dos partes era consciente de la verdadera dimensión de la tragedia que estaba viviéndose. Los ucranianos simplemente no podían creer que Rusia hubiera pasado de las amenazas a lo que era un auténtico exterminio. Los soldados rusos (y los ucranianos) aún no se habían convertido en las despiadadas máquinas de guerra que luego hemos visto matarse entre sí en Bajmut, pulverizando piedras, ladrillos, cemento, hierro y carne humana.

En febrero de 2022, el tono de los ucranianos aún tenía cierto matiz amable y, sobre todo, la omnipresente ironía. Les decían a los tripulantes de un tanque cuyas orugas acababan de destrozar: «¿Qué pasa, chavales, que habéis pinchado? Nada, ahora mismo os empujamos a la frontera, ¿os parece?».

Internet bullía de consejos. «Vendedles combustible a los ocupantes, pero sin olvidar echarle un poco de azúcar.» En cuanto a la comida, las administraciones locales daban a entender lo que había que hacer: «No os decimos nada, ya sabéis».

Todo esto —intentos de persuasión, bromas, canciones románticas y humorísticas, incluso chistes— se acabó cuando se supo lo ocurrido en Bucha y en Irpín. En abril, el estado de ánimo de Ucrania cambió, como cambió el de los simpatizantes que seguíamos la actualidad a distancia, con los ojos clavados en el móvil, noche tras noche. La rabia empezó a anidar en el alma de la gente y a degenerar en odio.

El 25 de febrero de 2022 destruyeron la primera ciudad, que se llamaba Shchastia, «felicidad» en ucraniano. El 26 de febrero se

difundió la noticia de que el enemigo había entrado en Kiev: habían detenido a una columna rusa en la avenida Beresteiska. Fue entonces cuando la mujer que llevaba a su hija al zoológico recibió la onda expansiva que la mataría unas horas después. Tras el bombardeo de los campos de aviación y la destrucción del enorme avión Mriya, el más grande del mundo, los rusos fueron expulsados de Kiev. En marzo se liberaron también los alrededores de la capital, que los rusos habían tomado. La prensa pudo entonces entrar en Bucha y en Irpín. La sonrisa burlona dio paso a una terrible mueca de dolor. Lo que resonó entonces en nuestros dormitorios no fue la risilla de Masyanya, sino un grito inhumano. Nadie esperaba ver lo que veíamos: civiles asesinados como animales, en la calle, con las manos atadas. Nunca habíamos vivido momentos así y ninguna lectura de Solzhenitsyn nos había preparado para ver aquello.

Por la noche me pongo el móvil junto a la almohada. La pantalla ilumina parte de la habitación. Desde el covid tenemos esta ansiedad, la costumbre de mirar el móvil continuamente, de buscar canales de información fiable, pero, con la guerra, nuestra dependencia de las noticias de actualidad, desgraciadamente, se ha multiplicado por diez.

En un artículo escrito para *Time* el 28 de abril de 2022, el periodista estadounidense Simon Shuster cuenta que el presidente Zelenski pasa las noches exactamente como nosotros:

> 6:00 hora local. Las noches son pesadas: las pasa tumbado en la litera, con las sirenas antiaéreas zumbándole en los oídos y el teléfono ronroneando a su lado. Iluminado por la pantalla, su rostro parece el de un fantasma en la oscuridad y sus ojos escrutan los mensajes que no ha tenido tiempo de leer por el día. Algunos son de su esposa y de sus hijos. Muchos son de sus asesores, algunos de sus tropas que, sitiadas en las trincheras, le piden más armas para romper el cerco ruso.

La pantalla emite un resplandor plateado. Es de noche, pero no enciendo ni una linterna. El móvil basta para iluminar todo lo que quiero ver y lo que no quiero ver. En el escritorio tengo dos ordenadores encendidos hablando en voz baja al mismo tiempo. En otro tengo abiertos más canales, pero sin sonido, solo con subtítulos. He resucitado también una vieja tableta de mis hijos, que llevaba siglos metida en un cajón. Por el teléfono veo las noticias de Telegram. Sigo todas las fuentes de información a la vez: en ucraniano, en ruso, en inglés y en polaco. Las agencias italianas siempre van con retraso.

Era la noche del 24 de febrero de 2022, las tres de la mañana en Europa. En el Canal 1 de la Federación Rusa se veía el rostro de Putin sobre un fondo azul claro. «He decidido lanzar una operación especial.»

Después de esa noche, el intercambio de mensajes con amigos y colegas se vuelve incesante y pierdo la noción del día y de la noche. Un típico emigrante ruso, por lo demás, dedica las noches a socializar frenéticamente. La diferencia horaria entre quien escribe y quien responde puede ser de hasta diez horas. Luego amanece, hay que ocuparse de la casa, ganarse la vida. Los *expats* van por ahí tambaleándose, con los ojos rojos, beben mucho café.

A los que siguen en Rusia, en cambio... parece que la cosa les importe poco o nada. Se ha cerrado toda la prensa de oposición. Cárcel para quien hable, para quien escriba y casi para quien piense. La noche del 4 de marzo de 2022 se prohibieron Facebook, Instagram, Twitter, la BBC, Radio Liberty, Deutsche Welle, Apple Store y Google Pay. Las autoridades rusas empezaron a restringir YouTube en el verano de 2024: en julio redujeron el servicio en las redes domésticas y a mediados de diciembre casi lo bloquearon también en los dispositivos móviles. Ahora, las familias separadas

que viven en diferentes países y continentes temen con angustia el inminente cierre de WhatsApp. Solo los que sepan utilizar una VPN, o red privada virtual, podrán acceder a este servicio, aunque no sin miedo a que los denuncien. Uno se arriesga a que lo multen e incluso lo metan en la cárcel. El 1 de marzo de 2024 entró en vigor en Rusia una ley que prohíbe la publicidad y promoción de medios que permitan eludir el bloqueo, es decir, de las VPN.

Puede decirse que Rusia ya casi ha alcanzado el nivel del gran cortafuegos chino.

Para quienes se hallan físicamente en el país, ya solo hablar en sitios web no prohibidos todavía es peligroso, todo puede crear graves problemas: publicar, comentar algo, darle al «me gusta». El control digital es una realidad cotidiana, el FSB (el servicio federal de seguridad) señala a quien da un «me gusta» a la foto de un cielo azul y unos campos amarillos, o a un cuadrado negro sin sonido, que también se ha convertido en un símbolo de protesta pacífica. Y eso no es todo: ahora hasta censuran los sueños. En diciembre de 2022, Iván Losev escribió desde la ciudad de Chitá que había soñado con Zelenski. Corrieron a arrestarlo.

Al principio, todo el mundo temió que cerraran las fronteras. Miles de personas abandonaron Rusia. Lo hicieron en parte por repulsa de la mezquindad y agresividad del régimen del Kremlin, en parte simplemente porque ya habían ordenado detenerlos y les habían pintado una «Z» (el símbolo de los militaristas rusos) en la puerta de su casa. Fue el caso de algunas personalidades del canal Dozhd, como Tijon Dziadko, Ekaterina Kotrikadze, Anna Nemzer y Anna Mongayt, que el 3 de marzo compraban los últimos billetes de avión para los destinos disponibles. Y Anton Dolin, director editorial de la revista *Art of Cinema,* con sus hijos, su perro y unas cuantas maletas, tuvo que cruzar, a pie y en medio de una intensa nevada, la

frontera de un país báltico. Muchas figuras del espectáculo, entre ellas la legendaria cantante Alla Pugacheva, artistas de teatro y de cine, escritores, médicos y profesores han optado por emigrar. Una entrevista de Alla Pugacheva grabada en vídeo en 2025 con declaraciones contra la guerra de Putin ha superado recientemente los 22 millones de visualizaciones.

Quienes no piensan como Putin necesitaban urgentemente un espacio informático común dedicado al análisis y a las noticias en ruso. Ese espacio global se creó con la misma rapidez con la que los encargados de las comunicaciones del frente reconectan, bajo el fuego, los cables dañados. YouTube les salvó la vida a las emisoras de radio y televisión que fueron bruscamente prohibidas: en tres días se reciclaron como canales web de la oposición. La emisora de radio Eco de Moscú, cerrada el 3 de marzo de 2022, reanudó sus transmisiones con periodistas que aparecen a la vez, como si estuvieran en una sala virtual, desde los seis o siete países diferentes a los que huyeron.

Yo estoy suscrita a canales ucranianos de Telegram y de YouTube que transmiten ininterrumpidamente desde primera hora de la mañana a última de la noche. Lo bueno es que muchos presentadores ucranianos, sabiendo cuántos opositores rusos siguen sus programas, piden a sus invitados que hablen en ruso, pese a la aversión que cada vez más ucranianos sienten por la lengua rusa. Gracias a esta sabia estrategia, oyentes de todo el mundo siguen a expertos como Yigal Levin, Serguéi Auslender y Agil Rustamzadeh, a quienes la brillante Ludmila Nemyria invita desde terceros países y que hablan con ella en ruso. En la plataforma United24 se publican noticias de primera mano. En Freedom, además de noticias, Serguéi Grabski da opiniones que siempre se esperan y se agradecen. Con Espreso colabora el periodista ucraniano más brillante, Vitali

Portnikov. En sus canales privados, el experto político Iván Yakovina y el experto militar coronel Oleg Zhdanov emiten todos los días uno o dos programas de dos horas. El público internacional también sigue atentamente a Natasha Vlaschenko, que conversa a menudo con el agudo Stanislav Belkovski. Políticos ucranianos como Mijailo Podolyak y Oleksii Goncharenko hablan en las «salas de estar» de Vadim Radionov (el canal Grem de Riga) y de Yevgueni Kiseliov, si no todos los días, al menos uno de cada dos.

Es difícil entender algo de «kremlinología» si no se escucha a Abbas Galliamov, ni de economía militar si no se siguen, por los mismos canales ucranianos, las ideas del profesor Ígor Lipsits. Para el público joven, todas las noches se emite el programa de la divertida y alegre, aunque también profunda presentadora y entrevistadora Olena Kurbanova, a la que acompaña el carismático Mark Feygin, que también tiene sus propios canales con varios millones de seguidores.

Por otra parte, se comprende que los periodistas rusos no sepan muchas veces qué decir de lo que ocurre en Kiev. ¿Poniendo qué cara pueden describir un país sumido en la oscuridad, en el que la gente vive en casas heladas porque sus compatriotas han destruido los sistemas de calefacción y suministro de agua (fría y caliente) y de electricidad? Esos periodistas rusos, luchando contra la vergüenza que sienten, intentaron entrevistar a varios habitantes de Kiev que el invierno de 2022-2023 pasaron semanas y meses en la oscuridad, muchos de ellos con el móvil descargado.

Recuerdo la impresión que me causó ver el rostro de Zelenski en el búnker, débilmente iluminado por la luz del teléfono. Circularon también imágenes del metro de Kiev, convertido en un refugio, y fotos de las catacumbas del monasterio de las Cuevas de Lavra. En ese mismo metro, el 25 de febrero de 2022, un día antes de que la

mujer que corría a refugiarse y descansar en mi (nuestra) casa perdiera la vida, otro ser vino al mundo en la cálida oscuridad subterránea. Así lo contó la periodista Olha Ohrimenko:

> En Kiev, las estaciones de metro son refugios antiaéreos desde el primer día de la agresión militar rusa. Con el primer ataque aéreo de la ciudad, la población se refugió en el metro. Lo hicieron también el personal y los pacientes de los centros médicos cercanos. La noche del 25 de febrero, en aquellos subterráneos, nació una niña. Propusieron llamarla Metropolitana, pero la madre prefirió Mia.

Estos búnkeres subterráneos se construyeron en los años treinta, en las criptas y sótanos de las iglesias que los bolcheviques demolieron por considerarlas «lugares inútiles de superstición». Se creó así el que quizás sea el sistema de refugios más grande y complejo de todos los tiempos, que se usó en la Segunda Guerra Mundial y sigue siendo útil hoy día. En 1934 los bolcheviques demolieron la iglesia de San Jorge el Guerrero y, en su lugar, el famoso arquitecto Iósip Karakis construyó un enorme edificio de lujo para alojar a los generales del Ejército Rojo, obra que ha pasado a la historia de la arquitectura soviética como un auténtico *non plus ultra*. Y bajo ese enorme cuartel se excavó la estación de metro más profunda del mundo, Arsenal, que está a unos 100 o 120 metros bajo tierra y que debía servirles de búnker antiaéreo a esos generales. Hoy día, todo ese complejo forma parte del barrio gubernamental de Kiev. Con escaleras mecánicas se tarda más de cinco minutos en bajar a la estación.

Las demás estaciones de metro de Kiev también forman parte de este laberinto de refugios: en todas hay infraestructuras esenciales, servicios higiénicos y fuentes de agua potable en los pasillos. «Los trabajadores del metro llevan años manteniendo en buen estado estos refugios antiaéreos», aseguró Natalia Makohon, subdirectora

del metro de Kiev. «Hay un equipo técnico que todas las semanas revisa el estado de los servicios. La guerra nos pilló preparados.»

En los hipogeos del monasterio de las Cuevas de Kiev (Pecherska Lavra), en cambio, según leemos en la página web del Gobierno ucraniano, parece ser que se escondían objetos y personas hostiles a Kiev. Se habla de registros, incautación de objetos, detención de personas... No es casualidad que el monasterio ortodoxo lo administraran desde hacía muchos años sacerdotes del Patriarcado de Moscú y que en Ucrania se esté llevando a cabo una reforma de la Iglesia que arrebatará el monasterio a este patriarcado (cuya actividad, según decidió el Parlamento ucraniano el 20 de agosto de 2024, se considera clausurada) y lo entregará al Patriarcado de Kiev.

Ucrania estuvo sometida a toque de queda todo el verano de 2022. Las ventanas se tapaban con grandes cortinas. Todo estaba a oscuras. Sin contaminación lumínica, el paisaje urbano tomaba un carácter teatral, escenográfico. Los ciudadanos de Kiev publicaban en Instagram imágenes asombrosas de estrellas, luna, nieve, puestas de sol y amaneceres.

Pero a partir del otoño de 2022, cuando empezó a faltar la electricidad a causa de los bombardeos, y hospitales, maternidades y cuarteles se quedaron repentinamente sin luz, los ciudadanos de Kiev dejaron de recrearse en las bellas vistas y empezaron a preocuparse por el funcionamiento de los sistemas de defensa de las centrales nucleares, la seguridad, las comunicaciones. En la ciudad escaseaba la comida. Nadie podía cocinar platos calientes. Los ascensores de los rascacielos no funcionaban. La oscuridad dejó de ser una protección y se convirtió en un cruel enemigo.

La mañana del 23 de noviembre de 2022, el Parlamento Europeo aprobó una resolución en la que califica a Rusia como país promotor del terrorismo, que destruye infraestructuras civiles y comete crímenes de guerra que pueden equipararse a actos terroristas. Unas horas después, en represalia, la Federación Rusa lanzó un ataque masivo contra infraestructuras civiles de Kiev: setenta y ocho misiles y veintitrés ataques aéreos. Todas las centrales nucleares de Ucrania estaban, al parecer, en el punto de mira. Es fácil imaginar las consecuencias que habría tenido para Ucrania y Europa que los misiles hubieran alcanzado ya solo una de ellas. El Gobierno ucraniano decidió apagar temporalmente los reactores de las centrales de Rivne, Pivdenne y Jmelnitski. En consecuencia, Kiev y la región de Kiev, Járkov y la región de Járkov, Odesa, Leópolis, Nicolaev, Zaporiyia, Chernígov y Dnipró, así como la mayor parte de los distritos de la región de Jmelnitski (¡ay, cuánta geografía de Ucrania han aprendido los que leen noticias estos tres años!), se quedaron sin electricidad. Ucrania se vio privada de luz, comunicaciones, suministro de agua y calefacción. Por Google Earth vemos, en medio de Europa, entre una miríada de localidades iluminadas, una mancha negra y vacía.

Unas semanas después, el 31 de diciembre de 2022, los rusos intentaron aguarles el Año Nuevo a los ucranianos. Según las Naciones Unidas, lanzaron 110 misiles balísticos que causaron 58 muertos y 158 heridos. Rusia lanzó ataques parecidos contra Kiev el día de Año Nuevo de los años siguientes, 2024 y 2025. La Nochevieja de 2024, los misiles derribaron e incendiaron dos edificios históricos situados a cincuenta metros del despacho del presidente. Dos personas perdieron la vida y diecisiete resultaron gravemente heridas. La población pasó la noche en refugios y en el metro, y yo estaba en Milán viendo por el móvil, en páginas web

ucranianas, la trayectoria de los misiles. Sobre Milán estallaban y resonaban fuegos artificiales festivos y a mí cada cohete me parecía que explotaba en el cielo de Kiev.

En todos los países de la antigua Unión Soviética, Año Nuevo es una de las fiestas más importantes, quizás más que Pascua y Navidad. Familias y amigos se reúnen toda la noche en torno a la mesa, ven programas de televisión, cantan y bailan. La gente sale a los balcones cubiertos de nieve para ver los fuegos artificiales. Así habrían celebrado Año Nuevo los habitantes de Kiev en condiciones normales. Pero no: con todo esto dio al traste, la noche del 31 de diciembre de 2022, el lanzamiento de ciento treinta misiles rusos de largo alcance; como regalo de Año Nuevo, Rusia quiso inutilizar el sistema de suministro energético de Ucrania. Las ciudades quedaron sumidas en la más absoluta oscuridad. Sin semáforos, solo Dios sabe cómo los coches lograron no tener accidentes. En todas las carreteras, hubiera o no señales, las personas que iban en bicicleta tenían que llevar chalecos reflectantes.

También el fantasma que se paseaba en triciclo por el parque llevaba uno, claro. El parque Mariyinski es ahora una zona prohibida: rodea el palacio del presidente y forma parte del barrio gubernamental. Parece mentira que los guardias dejen entrar y salir a ese duendecillo sin pedirle la documentación.

Personas que vivieron la Segunda Guerra Mundial cuentan que, en el invierno de 1941, la gente que se movía por las ciudades a oscuras llevaba prendidas unas insignias luminosas que llamaban «luciérnagas». Eran insignias fosforescentes recubiertas de un compuesto de sales de radio y fósforo (naturalmente, los daños que pudieran causar a la salud les preocupaban poco).

La doctora Tatiana Fabritsyeva-Andryevski recuerda detalles de aquel lejano pasado:

De noche se veían moverse por las calles oscuras unas lucecitas fosforescentes fantasmales, que la gente llevaba prendidas en la ropa para no chocar. Recuerdo que el día que cumplí diez años, un 15 de noviembre, me puse uno de esos distintivos. Eran unos discos luminosos que nos fabricábamos con materiales que no servían en la industria bélica, materiales de desecho: latas, chapa oxidada, celuloide, chatarra metálica, incluso fieltro, cuero, cartón, papel, lo que tuviéramos a mano. Esas luces no se veían desde el cielo, pero los demás transeúntes sí las veían perfectamente. Para cargarlas, bastaba con exponerlas un rato al sol o a la luz de una lámpara. Aquellos discos absorbían la energía de otras fuentes y luego daban luz unas cinco o seis horas. Ni el viento, ni el frío, ni la lluvia, ni la nieve apagaban aquellos pequeños faros, que eran nuestros compañeros cuando salíamos por la noche. También se utilizaban en el frente, en las trincheras. En las marchas nocturnas, los soldados las llevaban pegadas a la espalda para marcar el camino a los que los seguían.

En realidad, el fatal teatro de la historia es capaz de poner en escena obras de lo más extravagante. Voluntarios de todo el mundo se apresuraron a organizar en sus países actos solidarios que contrastaban con la lúgubre oscuridad de Ucrania y parecían fantasmagóricos derroches de luz, lo que confirma una vez más que vivimos una época híbrida compuesta de muchas realidades que no se comunican, como si fueran de planetas diferentes.

Decoradores, electricistas, técnicos que saben que toda gran ciudad se presta al efecto teatral, que cualquier calle puede convertirse en un escenario, han traducido el tema de la guerra de Kiev en un brillante espectáculo pirotécnico. Música y colores: amarillo y azul. Fuegos artificiales. Los que montan estos espectáculos llegan con sus furgonetas y sus camiones, sacan grandes focos y los dirigen a los edificios más emblemáticos de la ciudad y del país en cuestión. El Coliseo lucía de azul y amarillo, el Louvre lucía de amarillo y azul. Había luces de colores en las fachadas de la sede de la OTAN, del teatro de la Ópera de Sídney, en

las cataratas del Niágara, en el ayuntamiento de París y en los edificios de la Unión Europea.

El famoso artista Gerry Hofstetter y su equipo renunciaron a celebrar la Navidad de 2022 con la familia por solidaridad con Ucrania. Las imágenes que proyectaron sobre los edificios más importantes de Kiev se retransmitieron por internet y pudieron verse en todos los rincones del mundo. Símbolos del Estado ucraniano, objetos navideños, bordados, girasoles, espigas de trigo y muchas otras imágenes luminosas y alegres se vieron en la fachada de la iglesia de San Andrés, en la del Museo Nacional de Historia de Ucrania, en el campanario de San Miguel y en el de la catedral de Santa Sofía. «En un momento en el que Rusia quiere dejarnos sin luz, nosotros y nuestros amigos europeos devolvemos esa luz en forma de arte luminoso», declaró Oleksandr Tkachenko, ministro de Cultura y Política de Información de Ucrania, hablando con los autores del material que se publicó en inglés en la página web del ministerio. Las imágenes que Hofstetter proyectó se convirtieron en NFT y se pusieron a la venta en la plataforma OpenSea.

En diciembre de 2022, con ocasión de la Janucá o fiesta de las luminarias, el gran rabino de Ucrania, Moshe Reuven Asman, colocó en las calles de Kiev enormes *menorás* o candelabros de nueve brazos alimentados por generadores. Como Zelenski, Asman tiene talento para crear espectáculos. Canta muy bien, sobre todo canciones ucranianas. Acudieron gentes de todas partes; muchos no sabían lo que era la Janucá, pero celebraron con la comunidad judía, en una Kiev completamente a oscuras, la fiesta que celebra la luz que disipa las tinieblas.

Otra forma de mostrar solidaridad con Ucrania fue apagando las luces de muchos edificios de Europa. El 22 de diciembre, la noche más larga del año, todas las sedes de instituciones de Bruselas se

quedaron a oscuras. Se apagaron las luces del Berlaymont, sede de la Comisión Europea, del Palacio de Europa, sede del Consejo, y del Parlamento Europeo. «Esta noche haremos lo que nos ha pedido el presidente ucraniano Volodymyr Zelenski y apagaremos las luces del Berlaymont y de los edificios oficiales de toda la Unión Europea por solidaridad con el pueblo ucraniano, que sufre apagones provocados por los rusos», escribió en Twitter la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen.

Aquellos días de 2022, solo las luces del árbol de Navidad de la estación central de Kiev estuvieron siempre encendidas, porque las alimentaba la energía física de los ciudadanos que se turnaban para pedalear y hacer funcionar la dinamo del generador. Pedalearon día y noche, sin parar. Las luces parpadeaban, pero no se apagaban. Cuando le tocó, también el pequeño fantasma que yo era hizo su parte y, resoplando, movió las piernecitas subida a su triciclo con forma de Cadillac. El espectro de mi bisabuelo Hersh, ingeniero ferroviario, se aseguraba de que el trabajo se hiciera con arreglo a las normas.

Miles de pequeñas velas iluminaban los puestos del mercado de Bessarabski, verdadero monumento de la arquitectura ucraniana de finales del siglo XIX y principios del XX. Sobre las pirámides de fruta, la llama oscilante de las velas traía recuerdos de Caravaggio y de Gerard van Honthorst. El mismísimo pincel de estos artistas habría podido pintar a una joven trompetista, Marta Kravchishin, alumna del instituto Krushelnytska de Leópolis, que tocaba a Frescobaldi en el concierto de Navidad y se alumbraba la partitura con una linterna de minero puesta en la frente. En mi parque universitario, los jugadores de ajedrez se desafiaban en medio de un frío de varios grados bajo cero a la luz de los móviles.

Pero los inviernos sin luz no solo estaban llenos de manifestaciones simbólicas. Muchos europeos de buena voluntad, organizaciones, asociaciones, gobiernos, partidos e instituciones de todo el mundo se comprometieron concretamente a dar, enviar e instalar luz y calor a todo lo largo y ancho de Ucrania.

El 2 de enero de 2023, Ursula von der Leyen pronunció un discurso en el que aseguró que la Unión Europea estaba trabajando para aumentar el flujo de energía eléctrica entre Ucrania, Moldavia y el resto de Europa. De Europa salieron inmediatamente miles de generadores, sobre todo para hospitales. Y se enviaron millones de bombillas de bajo consumo. «Juntos venceremos las tinieblas», fue el nuevo lema que acuñó Zelenski.

Lo primero que se necesitaba para volver a poner en marcha las centrales eléctricas eran transformadores. Lo primero que se necesitaba para que las casas volvieran a ser habitables eran generadores. Ambas cosas le suministraron a Ucrania países de todo el mundo: de Europa, Estados Unidos, Kazajistán, los Emiratos Árabes e incluso Nueva Zelanda. Los últimos meses de 2022 se llevaron a Ucrania 354.000 generadores, capaces de generar en total un gigavatio, lo mismo que produce un reactor nuclear.

También en Milán organizamos una colecta. Caravanas enteras de camiones cargados con generadores de todos los tamaños y marcas y enchufes europeos de tipo C y F salían de Cernusco sul Naviglio y de otros puntos.

Ese invierno, los ucranianos mostraron grandes deseos de compartir y mucho altruismo. Algunas personas publicaron en internet mensajes muy curiosos: «Decidme a quién debo dirigirme. Tenemos luz eléctrica desde hace más de veinte horas. Hemos lavado la ropa, limpiado, cocinado, recargado dispositivos, fregado,

tomado el ascensor tres veces y hasta visto el *Movimiento de Kiev* por la tele. ¿No es hora de que otros tengan esta suerte? Hemos llamado al servicio técnico para pedir que nos corten la electricidad, pero no nos la cortan. ¿A quién podemos llamar?».

El 16 de enero de 2023 se creó una aplicación con un nombre maravilloso: «¿Hay?». La aplicación permite que los vecinos de un edificio se comuniquen para decirse si tienen o no suministro eléctrico: uno puede ir a casa del vecino a enchufar el hervidor y el vecino ir a la de uno a secarse el pelo con el secador.

Así transcurrió la vida el invierno de 2022 a 2023, como un extraño sueño, un conmovedor hechizo.

Lo de la oscuridad y la luz, por cierto, ya había inspirado la portada de la revista *Time* del 3 de marzo de 2022, en la que también se publicó una larga entrevista que Simon Shuster le hizo a Zelenski: en este caso, el amarillo no alude al color de la bandera ucraniana, sino a la idea de luz, de algo ligero y seductor. En la portada figura asimismo un eslogan en cirílico, en lengua ucraniana: «La vida triunfará sobre la muerte y la luz sobre la oscuridad». Está sacado del discurso que Zelenski pronunció en el Parlamento Europeo el 1 de marzo. Y las oscuras noches del invierno siguiente, conforme se acercaba la Navidad, el presidente siguió deseando buenas noches sobre un fondo negro y con el verso de una canción del grupo Lyapis Trubetskoy: *«Dobra nochi, voiny svita!»* («¡Buenas noches, guerreros de la luz!»).

El 27 de octubre de 2022, el presidente se dejó ver no de noche, sino en pleno día, aunque esto lo supimos por lo que él mismo dijo cuando explicó los motivos por los que decidía dirigirse a los ciudadanos en aquel momento: la gran devastación que el intenso

bombardeo de misiles rusos había causado. Se lo veía rodeado de una oscuridad total. Estaba en su despacho del búnker, sin electricidad. No había ni una bombilla encendida. El propósito del vídeo era transmitir la idea de que el presidente estaba pasando frío y a oscuras como el resto del país. Se dirigía a sus conciudadanos, y cito literalmente, para «tenderles la mano un momento». Hablaba con el tono del padre que da un telefonazo a casa para decir que saldrá tarde del trabajo.

«Volveré con vosotros para hacer balance del día y daros las buenas noches. Aquí no hemos terminado todavía lo que estamos haciendo. Pero de momento quería hablaros unos segundos. Hoy es un día difícil. Los bárbaros están atacando nuestro sector energético. Pero estoy seguro de que superaremos esta oscuridad con valentía y dignidad. Lo principal es que tengamos luz en nuestro corazón.»

«Cada cual tiene su propia luz: el padre que combate en el frente, un conmilitón al que se recuerda con cariño, la novia, un ser querido, en fin.» La cámara se mueve y enfoca unos segundos la foto que tiene en la mesa del despacho: el dulce rostro de Olena y la carita de los dos hijos. El objetivo vuelve al punto de partida. «¡Eso es lo que ilumina mi vida!»

«Mañana es 28 de octubre, aniversario de la liberación de Ucrania del invasor nazi.» Fue un discurso breve, habida cuenta de los problemas de conexión que tenían los kievitas.

Capítulo 7

A favor y en contra de Bulgákov - Reconsideración de un héroe burgués - Los bolcheviques de Kiev y los emigrantes de Moscú – Fantasmas

En los tres capítulos anteriores hemos dejado que el genial dramaturgo Bulgákov ilumine los dramas históricos que se desarrollaron en el escenario de Kiev. Ahora, en los tres siguientes, escucharemos la voz de la ciudad. Hasta los sonidos de Kiev los oigo yo con los oídos de Bulgákov. O mejor dicho, los oía. Desde que empezó la guerra, ya no me fío tanto de él, sobre todo en lo que respecta al idioma, que es como la banda sonora de la ciudad.

Uno de los protagonistas de *La guardia blanca* es el idioma ruso. Los personajes de Bulgákov están obsesionados con la pureza lingüística. Recuerdo que también nosotros queríamos preservar la riqueza y pureza de nuestra lengua rusa y evitábamos la menor contaminación del ucraniano tanto en la vida pública como en la privada. Considerábamos el ucraniano poco más que un elemento cómico que solo servía para fines paródicos. Nos identificábamos por completo con la cultura de San Petersburgo/Petrogrado/Leningrado y de Moscú, las capitales del enorme imperio. Esta visión del mundo, fruto de siglo y medio de hegemonía imperial (de Catalina II a Nicolás II) y de setenta años de dominio de la Unión Soviética, era difícil de erradicar.

Lo que, cuando de adolescente leí esta novela, no sabía era que, para crear su personaje más repugnante, el avaro y pusilánime Vasilisa, Bulgákov se había inspirado en el propietario del apartamento en el que vivía alquilado, el ingeniero Vasil Pávlovich Listovnichi. En realidad, Listovnichi era un hombre muy culto y digno. La conocida historiadora y escritora ucraniana Oksana Zabuzhko, indignada, llamó la atención del público sobre esta circunstancia. Zabuzhko se muestra muchas veces dura e intransigente: daré por buenos muchos de sus argumentos porque se basan en hechos y dan pie a nuevas reflexiones.

Según Oksana Zabuzhko, Bulgákov rechazaba, «por principio», la cultura y la lengua ucranianas y por eso se burló de Vasil Listovnichi, el propietario del edificio sito en la cuesta de San Andrés (Andriyivski Uzviz en ucraniano, Andreevsky Spusk en ruso), número 13, que construyó en 1888 el arquitecto Gordenin. Entre 1906 y 1923, la familia Bulgákov vivía de alquiler en la planta principal. En la novela, la familia Turbín vive en esta planta y Vasilisa y su esposa Vanda viven en la planta baja.

Bulgákov describe a Vasil Listovnichi sin compasión. La cobardía, la avaricia, la calenturienta imaginación erótica del personaje repugnan al lector. «Vasilisa dormía con su mujer en la húmeda y fría alcoba. Olía a ratón, a moho, a tedio soñoliento y gruñón.» Admirador de las apetitosas carnes de la lechera Yavdoja, cobarde y miedoso, un hombre astuto que no consigue ocultar sus tesoros a los ladrones, Vasilisa es una típica caricatura del «burgués», como las que publicaba la prensa «proletaria y campesina» de aquellos años.

Recordemos que, para Bulgákov, la luz débil significa superficialidad e insignificancia, mientras que la luz intensa transmite nobleza y elevación moral. «En el piso de abajo brillaban las débiles

y amarillentas lámparas de Vasili Ivánovich Lisóvich, ingeniero y cobarde, burgués y antipático, mientras que, en el de arriba, por las ventanas de los Turbín, salía una luz viva y alegre.»

En realidad, esto no era así, escribe Zabuzhko. Vasil Listovnichi era un caballero digno de la mayor estimación, un hombre atractivo, típico representante de la intelectualidad culta ucraniana. Arquitecto, ingeniero y profesor, era un hombre fuera de lo común, que tenía talento y cultura libresca y musical. Dos de sus últimos cargos fueron el de arquitecto jefe del departamento de educación de Kiev y director de cursos de técnica y construcción. Se conservan proyectos suyos con los correspondientes dibujos. «Fue nombrado ciudadano honorario de Kiev. Era un digno representante de nuestra elite: era de ascendencia noble y tenía antepasados cosacos. La administración colonial rusa no sabía muy bien qué hacer con personas como él... Tras la derrota del Estado independiente en 1920, los ucranianos estuvieron más de un siglo privados del derecho a tener su historia, sencillamente los privaron de voz (¡y muchas veces de la cabeza!)», escribe Oksana Zabuzhko.

Zabuzhko cree que, en realidad, Bulgákov, un típico advenedizo, envidiaba al aristócrata ucraniano. El miedo a que «la sociedad no lo aceptara» nació en Bulgákov cuando a su padre, Afanasi Bulgákov, profesor de historia de la religión ortodoxa, oriundo de una provincia pobre de Oriol, Rusia, lo trasladaron de pronto a Kiev. A él, un profesor de teología de provincias, debió de parecerle una suerte fabulosa. Pero en Kiev nadie los esperaba con los brazos abiertos. A Afanasi Bulgákov no lo admitieron ni en los salones de los nobles, terratenientes de origen ucraniano y polaco, ni en los círculos de profesores, muchos de los cuales eran ucranófilos y se oponían a la monarquía rusa. Personas como el padre del escritor, subraya Oksana Zabuzhko, no podían aspirar a comprarse una casa en el

centro, en un barrio como el de San Andrés, que está a dos pasos de la iglesia más importante y querida de Kiev, la de San Andrés, obra maestra del famoso arquitecto Bartolomeo Rastrelli. El padre de Bulgákov podía, como mucho, alquilar un apartamento en un buen edificio de dos plantas propiedad de Vasil Listovnichi, quien descendía de una rica familia ucraniana.

Los Listovnichi tenían también una gran biblioteca, símbolo de pertenencia a la elite académica, el tesoro supremo que, como dice Bulgákov en *Corazón de perro,* es prerrogativa de los profesores, de los literatos, de gente con clase, en definitiva. Por lo mismo, en *El maestro y Margarita,* el maestro recibe en el más allá «una casa llena de libros». Él, Bulgákov, nunca poseyó una biblioteca así y en Moscú tuvo que vivir muchos años de alquiler en casas compartidas, en las que solo tenía una habitación para sí mismo y para su mujer y cuyo baño estaba en el pasillo y compartía con otras familias. Cuando se casó con su segunda esposa (tuvo tres), a falta de otras soluciones, propuso que la nueva cónyuge se alojara con la primera, Tatiana Lappa, en la misma habitación.

Todos estos hechos, y sobre todo los matices, han quedado olvidados, se han evaporado y son desconocidos para la mayoría de los lectores. Hoy día, Mijaíl Bulgákov es, en el imaginario colectivo, una especie de sibarita refinado que, desde lo alto del Olimpo literario, juzga a los demás y decide quién debe «formar parte de la flor y nata cultural», como si fuera un Nabokov. Pero Bulgákov no tuvo la infancia de Nabokov, la riqueza de Nabokov, ni el origen aristocrático de Nabokov. Ni siquiera tuvo, aunque parezca extraño, el origen y la biblioteca de Vasilisa, de este personaje del que tanto se burla en su inolvidable novela. En el Moscú de los años veinte y treinta, el autor de *El maestro y Margarita* tenía fama de provinciano. Quería parecer un hombre de mundo, pero en realidad

era un ignorante. No sabía vestir. Compraba muebles rococó de malísimo gusto. Por alguna razón, gastaba monóculo.

Leyendo a Zabuzhko entendemos por qué la figura de Bulgákov es cada vez menos querida en Ucrania y por qué se habla de su casa-museo en términos cada vez más negativos y hasta se propone que la cierren definitivamente. Leemos en la página web de la secretaría de la Unión Nacional de Escritores Ucranianos en 2022: «Nuestra organización pide el cierre del museo del escritor Mijaíl Bulgákov de Kiev. Ante el horror de muerte y destrucción que Rusia está causando en Ucrania, ante los actos genocidas y los intentos de destruir el Estado ucraniano, ¿puede el museo del escritor que odiaba rabiosamente Ucrania y la independencia de Ucrania y la difamaba en sus obras seguir ocupando un lugar destacado en el centro de Kiev?». A lo que la dirección del museo, representada por todo el personal y por la directora Liudmila Gubainuri, respondió en 2023 declarando su firme adhesión a la causa ucraniana y la necesidad de reconsiderar el legado del pasado ruso-soviético, del que, como admiten los conservadores del museo, ahora debemos considerar que forma parte el escritor al que está dedicado el museo: Bulgákov.

El sindicato de escritores ucranianos dice también que Bulgákov fue «uno de los precursores del llamado *ruski mir* o mundo ruso». Y citan un fragmento de la novela *La guardia blanca* en el que uno de los personajes se burla del hetman Pavló Skoropadski, que lideró Ucrania en 1918. Señalemos, por cierto, que el pasaje citado no aparece en la edición italiana de la editorial Rizzoli de 1990, aunque también podría ser que las autoridades rusas lo hubieran suprimido «en origen». Dice el pasaje:

> —¡Pues yo al primero que ahorcaría —gritaba Alexéi Turbín— sería a vuestro hetman! Seis meses lleva burlándose de los oficiales rusos, burlándose de nosotros. ¿Quién ha castigado al pueblo ruso introduciendo esa lengua innoble

que no se habla en ningún lugar? El hetman. ¿Quién ha protegido a esa escoria humana que lleva coleta? El hetman. ¿Quién ha impedido que se forme un ejército ruso? El hetman.

Algunos escritores ucranianos piden que, por lo menos, el museo albergue una muestra «paralela» dedicada al compositor ucraniano Oleksandr Koshytz, uno de los fundadores de la famosa Capilla Coral Ucraniana y que ha dado nombre al Coro Folclórico Estatal de Canadá. La familia Koshytz vivía en la misma calle que los Bulgákov, en el número 23.

En espera de saber si la cerrarán, la historia del «descubrimiento» de la casa de Bulgákov merece ser contada, porque me concierne.

«¿Es la casa de la calle Andriyivsky? ¿El museo?», exclaman mis amigos cuando les enseño el cuadro de Luba Rappoport que tengo colgado en mi apartamento de Milán. «¿De verdad fue tu abuelo Leonid Volinski quien, con Víktor Nekrásov, descubrió la famosa casa-museo de Bulgákov?»

Sí, fueron ellos quienes, en 1966, localizaron el edificio en el que vivía Bulgákov. Este edificio fue luego una de las principales atracciones de Kiev y cambió (a peor) el aspecto de la vieja y empinada calle que desciende de la iglesia de San Andrés a Podil. La calle está ahora llena de turistas, de tiendas de recuerdos, de guías ruidosos y de restaurantes *kitsch* que quieren imitar los de Montmartre.

Nekrásov y Volinski venían interesándose por lo que Bulgákov contaba en la única obra de este que ellos conocían, *Los días de los Turbín,* desde los años treinta. Esta obra de teatro, basada en *La guardia blanca,* estaba permitida y era apreciada, pero la novela seguía prohibida, no podía nombrarse. Las ediciones abreviadas que

se imprimieron entre 1926 y 1929 en Riga, Berlín y París eran «frutos prohibidos» para los soviéticos. Solo en los años sesenta se volvió el clima político algo menos opresivo. En 1966, textos y autores que habían sido censurados pudieron por fin publicarse. *La guardia blanca* vio así la luz también en la Unión Soviética, tras varias décadas de prohibición explícita. Bulgákov había fallecido en 1940. De su nueva suerte se aprovecharon los editores, como él mismo predijo en *La ciudad de Kiev:* «Y los editores harán su agosto con esta soberbia crónica de los años de 1917 a 1920».

Nekrásov y Volinski se sabían *Los días de los Turbín* casi de memoria. Por algo habían trabajado ambos en el teatro. Además, en los lejanos años treinta habían tenido en sus manos por breve tiempo un ejemplar de *La guardia blanca* publicado en el extranjero y recordaban que la calle donde vivía la familia Turbín era «la cuesta Alekseevski». Estaba bastante claro que «la cuesta Alekseevski» podía ser «la cuesta Andriyivski». Pero ninguno de los dos recordaba el número. No podían saber en qué edificio concreto había decidido Bulgákov que vivieran sus héroes. Pero en 1966, cuando *La guardia blanca* se publicó por fin en la Unión Soviética, supieron que era el número 13. Nekrásov y mi abuelo, pues, se dirigieron al número 13 de la cuesta Andriyivski. Cuenta Nekrásov en un número de la revista *Novy Mir* de 1967:

> Entramos en el patio, tocamos el timbre de una de las dos puertas que daban al porche y preguntamos a la señora rubia que nos abrió si había vivido allí alguien que se llamara Turbín o Bulgákov.
>
> La señora abrió mucho los ojos y dijo que sí, que habían vivido allí hacía mucho tiempo y que por qué lo preguntábamos.
>
> —Porque Mijaíl Bulgákov es un famoso escritor ruso y nos interesa todo lo que tenga que ver con él...
>
> La mujer se mostró aún más asombrada.
>
> —¿Cómo? ¿Mishka Bulgákov famoso? ¿Ese mal venereólogo es un escritor famoso?

Lo curioso es que la mujer se sorprendiera no de que el venereólogo sin talento fuera escritor (eso ya lo sabía), sino de que fuera famoso.

La mujer (¡sorpresa!) era hija del difunto propietario del edificio, la hija de Vasilisa.

Nekrásov la describe como una pequeñoburguesa mediocre y poco comunicativa. En realidad, Inna Vasilyevna Konchakovski era una persona inteligente, dotada de una memoria excelente y pródiga en detalles. Mucho después supe que, en 1994, tras su muerte, le concedieron el título de «Justa de Babi Yar» porque, durante la ocupación alemana, ella y su marido, arriesgando la vida, salvaron a cuatro judíos, a los que escondieron precisamente en aquella casa.

Inna tuvo con Nekrásov y con mi abuelo una conversación rica y profunda en la que repasaron la vida de Bulgákov. Aquella noche, en casa, cenando, Volinski y Nekrásov, excitados, comentaron varios puntos de esa conversación.

Siguieron otras visitas, que hicieron juntos o por separado. A una de ellas me llevaron. Recuerdo claramente la casa y a las personas que allí había. Los interiores eran muy distintos de como se ven ahora, con esos espectaculares muebles pintados de blanco brillante.

Pero la crónica de Nekrásov no revela en absoluto la verdadera personalidad de Listovnichi. Parece ser que al visitante no se le ocurrió hacerle a la señora Inna la pregunta más importante: ¿cómo murió su padre?

No me creo que esta omisión sea casual. Lo más seguro es que Nekrásov conociera, de alguna manera, la tragedia de este hombre y la monstruosa muerte que tuvo. Pero en aquel breve periodo de «deshielo» no había verdadera libertad de expresión y Víktor Nekrásov elude sencillamente el tema: «Nada supimos de la suerte que corrió Vasilisa... Quizás sea mejor así. Después de todo no somos periodistas. Y siempre puedo fotografiar la casa —por

delante, por los lados, desde la montaña— confiando en que el edificio siga mucho tiempo en pie. Nos despedimos de la señora y nos fuimos. Prometimos que volveríamos. Pero no es necesario».

Solo ahora que se han desclasificado los archivos sabemos que Vasil Listovnichi fue asesinado justo después del periodo en el que se desarrolla la acción de la novela. Bulgákov aún vivía en Kiev y no podía ignorarlo.

Bulgákov prefirió pasar por alto la tragedia de su vecino porque a Listovnichi lo arrestaron y ejecutaron los bolcheviques, con quienes había llegado a entenderse cuando redactaba la novela (escrita en 1923 tras su traslado a Moscú) y había hecho que sus personajes se reconciliaran. Listovnichi estaba escribiendo una historia de Polonia y lo acusaron de ser un «nacionalista ucraniano que luchaba por la restauración del Estado ucraniano».

En la Unión Soviética no se podía hablar del tema. Jrushchov permitió que se publicaran los escritos de Solzhenitsyn, vale; en el famoso XX congreso se reconoció que Stalin era un verdugo y un bandido, vale; pero todo lo que tenía que ver con la idea de un Estado-nación ucraniano seguía silenciándose y era tabú, y daba igual que hubiera o no «deshielo».

A Vasil Listovnichi lo arrestaron los bolcheviques la noche del 7 de junio de 1919. Los bolcheviques estaban llenando las cárceles de presuntos simpatizantes del Estado ucraniano. Al famoso pedagogo, estudioso y literato Volodymyr Naumenko lo fusilaron ellos. El ministro de Asuntos Territoriales de la República Popular Ucraniana, Nikita Shapoval, publicista, sociólogo, poeta y uno de los autores, junto con Vinnichenko y Hrushevski, de la Declaración de Independencia de Ucrania (22 de enero de 1918), al no poder salir de la ciudad, se refugió, con documentos falsos, precisamente en el número 23 de Mala Vasylkivska (antiguo nombre de la calle

Rustaveli), es decir, en el edificio en el que yo vivía. En la planta baja había una lechería (hoy es una licorería) y en esta tienda se hacía pasar el ministro por dependiente. A principios de octubre de 1919, mi bisabuela Lisa bajaba a comprar allí cubriéndose el rostro con una gruesa bufanda y esperando no encontrarse con soldados bolcheviques, partidarios de Petliura ni antisemitas furibundos soliviantados por la idea de inminentes pogromos. En diciembre de 1919 mi familia logró salir de la ciudad e instalarse en un pueblecito, en el que Hersh siguió inspeccionando ferrocarriles. Regresaron a la ciudad en 1921, cuando ya los bolcheviques gobernaban Ucrania. Ya no había robos ni pogromos y la pequeña Raya empezó a ir a la escuela, al salir de la cual podía jugar tranquilamente a la rayuela delante de casa.

Listovnichi tuvo menos suerte. El 7 de junio de 1919 oyó que llamaban a la puerta del número 13 de la calle Andriyivski. Uno, dos, tres timbrazos. Echan abajo la puerta. Era la hora de los registros, las cuatro de la madrugada. Lo amenazan con armas. Profieren palabrotas hirientes, como ladridos. Tiran libros de las estanterías, rasgan colchones y almohadas, les quitan la pantalla a las lámparas. Ataron a Listovnichi, lo arrastraron por la calle, le dieron patadas. Ahora sabemos que lo llevaron a la prisión de Lukiánivska, la misma a la que condujeron a mi bisabuelo Hersh Konstantinovski el 31 de diciembre de 1937.

En una nota biográfica que escribió en 1988 para Marietta Chudakova, el nieto de Listovnichi, Valery, contó que al ingeniero lo llevaron tres veces al paredón. Por alguna razón, aquellas semanas los fusilamientos tenían lugar lejos de la prisión de Lukiánivska. A los condenados los llevaban al barrio de Pechersk, a unas lúgubres mazmorras llamadas «establos de ladrillo» que había en la calle Institutska (hoy Heroyiv Nebesnoyi Sotni, 1).

Allí llevaron tres veces a Listovnichi, pero no lo mataron. Siempre lo devolvían a la prisión de Lukiánivska. Y es que los bolcheviques estaban perdiendo por enésima vez el control de la ciudad y se disponían a retirarse. Decidieron llevarse consigo, como rehenes, a algunas personalidades de la cultura ucraniana. Para embarcarlos en barcazas, los llevaron por la avenida Jreshchátyk en dirección al río.

Inna caminaba junto a la comitiva. Y, como los antiguos kievitas a los que bautizaban a la fuerza, no paró de llorar. Vio que, en la cárcel, su padre habían encanecido, le había crecido la barba y el bigote se le había vuelto blanco.

Listovnichi intentó escapar del barco por la noche, según un plan que había ideado con Nivin, un compañero de prisión. Él saltó al agua por la ventanilla del baño por un lado del barco y el ingeniero Nivin saltó por el otro. Los carceleros empezaron a disparar. Nivin sobrevivió. Regresó a Kiev, que las tropas blancas ya habían ocupado. Fue a ver a Yadwiga Viktorovna, la esposa de Listovnichi, y le contó lo de la fuga. Fue él quien dijo que llevaron al ingeniero al paredón tres veces.

En la pared de una celda de la prisión de Lukiánivska, Inna vio una inscripción: «La noche del 31 de agosto de 1919, el ingeniero civil V. P. Listovnichi fue fusilado sin acusación ni juicio. Este es el último rastro que dejó en la Tierra».

Con este relato, Oksana Zabuzhko me ha hecho cambiar de idea sobre muchas cosas: sobre Listovnichi, sobre Mijaíl Bulgákov como hombre y escritor y, en general, sobre el entorno cultural en el que nací y crecí, el de la intelectualidad rusófona de Kiev.

Me pregunto: ¿cómo pudo Bulgákov difamar en su novela a un hombre que murió con dignidad y como un verdadero mártir?

La gran experta en la obra de Bulgákov, Marietta Chudakova, afirmó que Bulgákov nada sabía de las circunstancias en las que murió Listovnichi. La tercera esposa de Bulgákov, Elena Shilovski (en la que se inspira el personaje de Margarita), contó a Chudakova que en los años sesenta conoció a la hija de Listovnichi y esta le dijo: «Si Mijaíl Bulgákov hubiera sabido el terrible destino de mi padre, no habría descrito así a su Lisóvich».

Pero yo querría saber cómo puede uno no preguntarse por su casero desaparecido, su único vecino, con el que ha compartido trece años la leñera, el patio, el jardín, que le presta libros y al que debería seguir pagando el alquiler.

Tenemos también el testimonio de la primera esposa de Bulgákov, Tatiana Lappa, que cuenta otro episodio y de nuevo me quedo perpleja. En la novela se narra la escena de un robo en casa de Vasilisa. Unos individuos de aspecto aterrador «que hablan una lengua horrible» amenazan a Vasilisa con armas y le roban dinero y joyas. Tatiana le contó a Chudakova un episodio que ocurrió en esa casa y podría haber inspirado la página de la novela: un día de invierno, entraron unos ladrones vestidos con casacas azules. Calzaban, curiosamente, zapatos de mujer y llevaban espuelas. Dejaban tras de sí un rastro de Coeur de Jeannette. «¿Se esconde alguien aquí?» Miraron debajo de la mesa, debajo de la cama, y dijeron: «Vámonos, esta gente es pobre, no tiene alfombras. Hay otro apartamento en la planta baja, a ver si nos va mejor». Bajaron a casa del casero. «¡Qué jaleo! ¡Qué gritos! El arquitecto y su mujer nos pedían ayuda, nos pedían que bajáramos, que los ayudáramos...»

A Bulgákov ni se le ocurrió bajar a ayudar a los Listovnichi. Tatiana cuenta el episodio en un tono casi de chanza, el mismo con el que los vecinos describían a veces los pogromos judíos. ¿Tan divertido

acaso es oír los gritos de los desesperados? ¿Qué tenía de gracioso el ambiente de terror que reinaba en Kiev tras la llegada de las tropas bolcheviques? Sobre todo si recordamos cómo terminó la irrupción de otros desconocidos en el apartamento y en la vida del ingeniero Listovnichi.

Lo que más temía Bulgákov, tras los famosos catorce cambios de poder que vivió en Kiev, era la violencia. Comprendió que estaba destinado a vivir en el Estado bolchevique ruso y a escribir expuesto a la censura, y elaboró —omitiendo, sabiamente, algunos aspectos de la verdad y enfatizando otros— una visión clara del destino de Ucrania, que veía condenada a la sumisión.

Tras conquistar Kiev en enero de 1918, los rojos de Muraviov sembraron el terror en la ciudad. Los primeros a los que exterminaron fueron oficiales, intelectuales y estudiantes. Según los residentes de Kiev de la época, las autoridades de ocupación perseguían activamente a quienquiera que expresara opiniones a favor de Ucrania. Así lo atestigua Mykola Skrypnyk, jefe del Comité Ejecutivo Central Panucraniano (el «parlamento» de la Ucrania soviética):

> A los que pillaban en posesión de documentos escritos en ucraniano los fusilaban. A mí estuvieron a punto de ejecutarme porque les enseñé mi carné de identidad ucraniano. Me salvé porque uno de los soldados me conocía.

Escribe el famoso etnógrafo ruso Nikolái Mogillanski, testigo ocular de los hechos:

> La población carecía de comida, que tenía que buscar a riesgo de su vida, de luz y de agua. No me consta que nadie haya calculado nunca el número de víctimas que causó el bombardeo de Kiev, pero fueron centenares. Por la noche, cuando los bombardeos cesaban, empezaban otros horrores. Los soldados se daban al pillaje. A la portera de mi bloque le robaron el pan. Los soldados irrumpían una

y otra vez en mi casa. Arramblaban con todo y dejaban las viviendas destrozadas y hechas un asco. Yo vi cómo, una noche, los mismos soldados que entraron en mi casa saqueaban una tiendecita que había enfrente y se llevaban tabaco, chocolate, té y azúcar en cantidad mucho mayor de la necesaria. No tenían fe, no comprendían el objeto de la lucha, actuaban solo por una maldad ciega... Las milicias bolcheviques, que más bien parecían bandas de saqueadores, entraron en la ciudad el 26 de enero y se dedicaron a «actividades» que hicieron palidecer la pesadilla y el horror que habían sido los nueve días de bombardeos. En el rostro verde, demacrado e insomne de los habitantes de la ciudad solo se pintaba el miedo. Cometieron una matanza repugnante, un exterminio, sin juicio ni investigación, de los oficiales del ejército que se quedaron en la ciudad y no se unieron a la lucha ucraniana contra los bolcheviques. Se suponía que eran leales a los bolcheviques, pero no se libraron: los sacaron de los hoteles y de las viviendas particulares y los asesinaron.

Los bolcheviques «ejecutaban» a transeúntes sin preguntarles cómo se llamaban, sin averiguar quiénes eran, solo por quitarles los zapatos. Entraban a robar y registrar casas de «burgueses» a quienes extorsionaban y pegaban si no se mostraban suficientemente serviles o sumisos.

La mayoría de los comisarios y demás agentes bolcheviques eran rusos, aunque también había ucranianos, como el hijo del escritor Kotsiubinski. Los bolcheviques judíos no desempeñaban un papel destacado ni eran más numerosos que los de otras nacionalidades. Hay que desmentir categóricamente la leyenda de que las filas del bolchevismo se nutrieron principalmente de judíos. Esta leyenda se debe a un prejuicio general, así como al deseo simplista de buscar culpables de las terribles e intolerables desgracias que han azotado Ucrania.

Dicen otros testigos: «En el parque Mariyinski, donde se alzaba el solitario palacio de los zares, tenía su sede el cuartel general de Muraviov y de la Checa, que dirigía el chequista Polupanov, siempre borracho. Allí llevaban y asesinaban a los ciudadanos de Kiev que detenían. El número de víctimas del terror ascendió a al menos cinco mil o seis mil. Kiev pagó un precio muy alto por este primer encuentro con los bolcheviques».

El Ejército Rojo no solo se ensañaba con la población, sino también con los edificios, y, pese a los cien años transcurridos, las heridas que entonces infligió a Kiev siguen abiertas. El objetivo principal de los bombardeos fue la zona del Museo Pedagógico, donde se reunía la Rada Central Ucraniana. También la casa del presidente de la Rada, el profesor Mijailo Hrushevski, sita en la calle Pankivska (hoy Mykilsko-Botanichna, 14), fue víctima simbólica de los ataques. Diseñado por Vasil Krichevski, el edificio se consideraba un ejemplo excepcional del modernismo ucraniano. Los bolcheviques dispararon cañonazos desde el tren blindado *Libertad o muerte,* que comandaba el jefe del comité de ocupación de Kiev, Aleksandr Polupanov. Este tren había pertenecido al Gobierno de la Rada Central con el nombre de *Slava Ucraini* («Gloria a Ucrania»). Los bolcheviques lo pararon entre la estación de mercancías y la de pasajeros, justo enfrente del edificio, a una distancia de menos de un kilómetro, y durante dos horas los artilleros, que no eran especialmente hábiles y, según algunos testigos, estaban borrachos, dispararon decenas de proyectiles incendiarios de tres pulgadas hasta que acertaron a la casa de la familia Hrushevski, que se alzaba como una torre sobre una colina.

El enorme edificio de seis plantas se vio inmediatamente envuelto en llamas. A los parlamentarios que pedían al comandante de la batería que dejaran de tirar bombas para que los enfermos, los ancianos y los niños salieran y se salvara al menos una parte de los bienes les dijeron que el objetivo era precisamente ese, destruir el edificio, que no dejarían de bombardearlo y que si acudían los bomberos a apagar el fuego también les dispararían a ellos. Los bomberos del grupo de Lybid no pudieron intervenir y mientras los oficiales que convalecían en la cercana enfermería polaca ayudaban a salvar a los niños y a los ancianos, individuos disfrazados de

bomberos y de soldados saqueaban los apartamentos, abriendo con palancas y hachas armarios, aparadores y cofres.

Además de la inestimable biblioteca de Mijailo Hrushevski, se perdió una valiosa colección de artículos etnográficos de Ucrania, que, además de pinturas, objetos de cristal y cerámicas, incluía ochenta alfombras del siglo XVIII. Mijailo Hrushevski escribió:

> El 25 de enero, mis manuscritos y mis papeles, mi biblioteca y mis cartas, la colección de antigüedades ucranianas que reuní a lo largo de tantos años, alfombras, bordados, armas, platos, porcelanas, cerámicas, pinturas, muebles y dibujos fueron pasto de las llamas... Ucrania enterró su pasado en aquellas llamas, en esta ruina. Sepultaron su gloria en la tumba de las víctimas, de las personas asesinadas por los bolcheviques, como mi madre, a la que sacaron de las llamas medio muerta y falleció pocos días después del bombardeo.

Parece ser que, tras tomar la capital ucraniana, Muraviov informó a Vladímir Lenin:

> Estamos estableciendo el poder soviético a sangre y fuego. He ocupado la ciudad, he destruido palacios e iglesias, ¡y no he tenido piedad con nadie! El 28 de enero la Duma (de Kiev) pidió una tregua. Respondí ordenando que los asfixiaran con gas. He asesinado a cientos, quizás miles de generales. Era nuestra manera de vengarnos de los ucranianos. Habríamos podido detener la ira de la venganza, pero no lo hicimos, porque nuestro lema era: «¡No tengáis piedad!».

Este asesino seguramente exagera. Debo decir que he visto citado este extracto del informe de Muraviov en veinte publicaciones distintas y ninguna de ellas citaba la fuente. No podemos descartar, pues, que se trate de una cita apócrifa. Pero he querido consignarla aquí porque el mero hecho de que se la cite constantemente es una prueba de la reputación que tenían los bolcheviques que tomaron Kiev en enero de 1918.

Desde marzo de 1918, cuando los bolcheviques se retiraron, Bulgákov vivía en su casa de Kiev, temblando de miedo y de rabia. Sus temores resultaron fundados: el 29 de enero de 1919, milicianos de Petliura fueron a buscarlo a su casa: lo detuvieron en el mismo edificio en el que los bolcheviques detuvieron a Listovnichi y más o menos de la misma manera. La diferencia es que a Listovnichi lo encarcelaron y lo asesinaron brutalmente, mientras que Bulgákov tuvo que alistarse como médico en el ejército de Petliura, logró escapar y volvió a su casa.

Bulgákov solo estuvo dos días en las filas de Petliura, pero psicológicamente fueron como dos décadas. El escritor contaba una y otra vez lo que había visto, sobre todo la famosa escena del martirio del judío en el puente de *La guardia blanca:*

> La noche del 2 al 3 de febrero, a la entrada del puente colgante del Dniéper, dos hombres arrastraban por la nieve a otro que llevaba un abrigo negro hecho jirones y la cara amoratada y cubierta de sangre, y al que un cosaco que iba a su lado golpeaba fuertemente en la cabeza con una vara. Con cada golpe, la cabeza se movía de un lado a otro, pero el hombre ya no gritaba, se limitaba a exhalar débiles ayes. La vara caía también con furia sobre el andrajoso abrigo y a cada golpe el hombre respondía con un ronco quejido.
>
> —¡Maldito judío! —gritaba furioso el de la vara—. ¡Al cadalso, a fusilarlo! ¡Yo te enseñaré a andar fisgando en la oscuridad! ¿Qué hacías ahí? ¡Espía!
>
> Pero el de la cara ensangrentada no respondía a su rabioso verdugo. Este se puso entonces delante y los que arrastraban a aquel se hicieron a un lado para evitar que les diera a ellos. El de la vara no calculó bien y descargó un terrible golpe sobre la cabeza de la víctima. Algo crujió y el del abrigo negro ya no emitió ni un ay... Encogió un brazo, dejó colgar la cabeza, cayó de rodillas, se desplomó de costado y extendió el otro brazo como si quisiera agarrarse mejor a aquella tierra pisoteada y cubierta de boñigas. Dobló los dedos como si fueran ganchos y arañó la nieve sucia. Luego, en medio del charco oscuro, dio varias sacudidas y quedó inmóvil.

Bulgákov, cuando pasaban por el puente, se quedó atrás, se escabulló detrás de unas gruesas columnas (quizás las de la iglesia de la Natividad, en la plaza de Correos) y regresó a casa.

Su primera esposa, Tatiana Lappa, le contó a Marietta Chudakova:

> A la una de la madrugada sonó el timbre. Era él, entró corriendo, iba como loco, le temblaba todo el cuerpo. Las milicias de Petliura se lo llevaban de la ciudad. Al pasar por el puente se quedó atrás y se escondió detrás de unos pilares o columnas... No se dieron cuenta. Desde aquel día mi marido estuvo enfermo, no se sostenía de pie. El doctor Iván Voskresenski venía a menudo. Mijaíl tenía mucha fiebre. Debía de ser algo nervioso. Pero heridas no tenía, eso seguro.

El episodio aparece tres veces en sus escritos. En «Las extraordinarias aventuras del médico» de 1922:

> La noche del 2 al 3 de febrero... me movilizaron. No, fue ayer. No, anteayer. Pasé veinticuatro horas en un puente helado. Por la noche hubo 15 grados bajo cero y un viento que silbó toda la noche. La ciudad se veía llena de luces. Todo el mundo corría. Nunca había visto tanta gente. Unos iban a caballo, otros a pie. Trasladaban cañones y cocinas de campaña, sobre las que iban sentadas las enfermeras. Cuando me dijeron que nos dirigíamos a Galitzia, decidí escapar. Todas las ventanas estaban cerradas, todas las puertas bloqueadas. Nos pusimos en marcha y eché a correr. Llegué a una iglesia de columnas blancas y gruesas. Me dispararon por detrás, pero no me acertaron. Entré en un patio, me escondí en un cobertizo y me quedé allí unas dos horas. Una nube tapó la luna y salí. Corrí a mi casa por las calles desiertas...

En un boceto de *La guardia blanca* titulado «El sable escarlata», del mismo año:

> Cuando pasaron por delante de la iglesia blanca con columnas, el doctor Bakaleinikov se separó de pronto del grupo de personas vestidas de negro y, con el alma en vilo y las piernas temblando, se dirigió, caminando de lado, a la iglesia. Había columnas. Estaban cerca.
>
> El médico corrió, le dispararon por detrás, pero no le dieron. Cuando llegó a casa, su familia advirtió con horror que el pelo se había puesto gris.
>
> Bakaleinikov quería decir algo más, pero, en lugar de hablar, soltó un grito, empezó a sollozar y al final rompió a llorar como una mujer, llevándose las manos a la cabeza.

En un pasaje fechado en 1922 que no figura en el texto final de *La guardia blanca:*

> Al llegar a la iglesia blanca con columnas, el doctor Turbín se apartó bruscamente del grupo de personas de negro y, con el corazón palpitante y las piernas temblando, echó a caminar de lado hacia la iglesia. Se acercaba a las columnas, se acercaba... Notaba la espalda ardiendo, como fulminada por mil miradas. Dios, todo está cortado. No se ve un alma. ¿Adónde puedo ir? Y de pronto ocurrió la cosa terrible que sabía que iba a ocurrir:
>
> —¡Alto ahí!
>
> Y entonces el doctor Turbín echó a correr tan rápido que oía silbar el viento.
>
> —¡Cogedlo! ¡Cogedlo, por amor de Dios!
>
> Se oyó un disparo. Pasó silbando. No le dio. Llegó a la tercera columna, a la cuarta, a la quinta... Desapareció por un callejón y así se salvó de milagro.

Es evidente por qué el miedo late en *La guardia blanca*. El miedo es el sentimiento dominante en la vida del autor, un miedo constante: miedo a los ucranianos, miedo a los bolcheviques, miedo a Stalin. Por eso escribía cartas a Stalin y, al final de su vida, quiso escribir una obra de teatro sobre la juventud de Stalin: *Batum*.

Tampoco sorprende que Bulgákov, por simple oportunismo, cambiara la trama de *La guardia blanca* e inventara otro final para *Los días de los Turbín*. En la obra de teatro vemos cómo los oficiales blancos deciden pasarse al bando de los bolcheviques.

También la novela tiene un innegable carácter antiucraniano. Kiev, temiendo el triunfo de la «ucranianidad», espera la llegada de los bolcheviques. ¡Que vengan los rojos, con tal que no triunfe el temible e incontrolable elemento ucraniano!

Es muy interesante lo que, en enero de 1983, le dijo la segunda esposa de Bulgákov, Liubov Belozerskaya, a Marietta Chudakova:

> Yo estaba en Kiev por la misma época, 1918 y 1919. Reinaba un gran miedo... Claro, en *La guardia blanca* todo está muy suavizado. ¡Demasiado! ¡Había mucho miedo! Yo entonces no temía nada, pero ahora que recuerdo lo que vi, que incluso sueño con eso, lo recuerdo, ¡cuánto miedo había! No se lo imagina usted.

Pero, al final, ni ser indiferente, ni huir, ni burlarnos de las víctimas nos salva. Él mismo, Bulgákov, que buscaba acomodo en Moscú,

sufrió aquí, el 7 de mayo de 1926, la humillación de que registraran su casa y le confiscaran el diario personal, que no le devolvieron, después de solicitarlo varias veces, hasta 1929.

Para evitar que lo persiguieran, registraran su casa y lo detuvieran, Bulgákov se saltó sus propias convicciones y acabó denigrando moralmente a la clase de las personas nobles y respetables a la que él mismo soñaba con pertenecer. Recurrió a hipocresías y autocensuras y cambió el final de la historia para complacer a Stalin, a quien, de hecho, le gustaba mucho *Los días de los Turbín:* parece ser que el dictador la vio quince veces y le dedicó frases que a nosotros nos suenan terribles. Por ejemplo, en la «Respuesta» que dio Stalin a Vladímir Bill-Belotserkovski del 2 de febrero de 1929:

> Respecto de la obra de teatro *Los días de los Turbín,* no está mal, es más útil que perjudicial. No olvidemos que la impresión principal que deja esta comedia en el público es favorable a los bolcheviques: si hasta personas como los Turbín se ven obligadas a deponer las armas y someterse a la voluntad del pueblo, reconociendo que su causa está definitivamente perdida, entonces los bolcheviques son invencibles, nadie puede con ellos. *Los días de los Turbín* demuestra que el poder del bolchevismo es omnipresente.

En 1923, en su ensayo *La ciudad de Kiev,* escrito poco después de abandonar su ciudad natal, donde tanto miedo y sufrimientos pasó, Bulgákov habla de Kiev de una manera sorprendentemente distante y despectiva: «Los habitantes de Kiev están lejos de Moscú y peligrosamente cerca de los lugares de donde surgen los atamanes».

La mayor parte de la elite cultural soviética consideró necesario mudarse a Moscú, donde antes de la revolución no habría querido vivir por nada del mundo. Todos ansiaban vivir en Moscú, «la capital obscena», como la llama Ósip Mandelstam.

Bulgákov regresó brevemente a Kiev en 1934, cuando la ciudad se preparaba para convertirse en la capital de la Ucrania soviética y llegaba de gira el Teatro de Arte de Moscú (MJAT) con su comedia «moscovizada» sobre la tragedia de la intelectualidad de Kiev. El frenesí constructor de los nuevos planes urbanísticos había llenado la ciudad de escombros. Kiev, con sus iglesias del siglo XII, con la catedral de San Miguel de cúpulas doradas, con el barroco cosaco de la época de Mazepa, fue en el pasado la gran capital religiosa de todo el mundo ortodoxo. El régimen bolchevique la golpeó precisamente en esa identidad. Todo lo que tenía de simbólico y religioso fue «reconfigurado» en clave laica: política y estatal. Kiev debía dejar de ser la ciudad de Vladímir el Evangelizador y convertirse en la fortaleza de los príncipes Kii y Yaroslav el Sabio.

Para preparar el traspaso de la capitalidad de Járkov a Kiev, se demolieron la iglesia de los Santos Borís y Gleb, en Podil, del siglo XII, la iglesia de la Dormición de la Virgen, en la colina de Starokyivska, la llamada Desiatina o catedral de los Diezmos, que databa de 988, el primer año de la cristianización, y la iglesia de San Demetrio de Tesalónica o de San Nicolás de Jordania. Sobre los cimientos de esta última se construyó una escuela, que en la Segunda Guerra Mundial los nazis convirtieron en campo de concentración.

Fueron demolidas la iglesia de San Jorge, de la primera mitad del siglo XVIII, construida sobre unos cimientos que databan de tiempos de Yaroslav el Sabio (siglo XI), la iglesia de la Resurrección, en Podil, y, para ampliar la estación de tren, la iglesia de San Elías, así como el maravilloso templo del Santo Sepulcro, también conocido por el nombre de Kiev-Jerusalén, en el barrio de Lukianivka, copia a tamaño natural del original de Tierra Santa.

Y en el mismo año, 1934, volaron la catedral de San Nicolás el Gran Guerrero, construida en 1690. En su lugar, entre 1962 y 1965, erigieron un edificio de tres plantas, el palacio de los Pioneros, cuyo arquitecto fue Avraham Miletski. Mi abuelo Volinski y Víktor Nekrásov participaron activamente en el proyecto. Yo iba a ese edificio para asistir a clases de zoología (que abandoné cuando me tocó diseccionar una paloma), de química (que abandoné por insistencia de mi familia, después de que me estallara por tercera vez un tubo de ensayo, lo que me causó múltiples quemaduras en las manos y me echó a perder un par de pantalones nuevos) y de lingüística (que no abandoné porque no había fuerza en el mundo que me arrancara de estas clases). Poco después, en 1935, destruyeron la iglesia de Santa Olga de la plaza Pecherska, que, a juzgar por las ilustraciones de viejos libros, era una verdadera joya del barroco ucraniano.

Pero Bulgákov nunca menciona el daño que le hacían a la que había llamado «la ciudad más bella del mundo». El 2 de marzo de 1935, en una carta que le escribe a su amigo de la infancia Gdeshinski, habla de sus sentimientos, de los sutiles movimientos de su alma, no del desastre arquitectónico que está produciéndose ni del destino de aquellos con quienes pasó sus años de formación:

> Fui a Kiev con un único objetivo: volver a pisar mi tierra natal y enseñarle a mi mujer los lugares que le había descrito. Ella quería verlos...
>
> Fui al mirador del parque del Mercante a contemplar las luces sobre el río, a recordar mi vida. Paseando por el parque una tarde, me invadió una extraña sensación. ¡Mi tierra! ¡Tristeza, dulzura, melancolía!
>
> Me gustaría volver a visitar esos lugares. Creo que lo haré este verano.

Ante tanta desvergonzada destrucción, ¡cuánto debieron de sufrir las personas que amaban y comprendían las viejas piedras! Mi abuelo Volinski solía dibujar las antiguas cúpulas y columnas en sus cuadernos de notas; se han conservado algunos bocetos que guardo en mi archivo. Puedo compararlos con los libros publicados y ver que

muchos de estos bocetos contribuyeron a su mejor y último libro, *Crónicas de piedra,* de 1969.

Y su amigo Víktor Nekrásov, arquitecto de formación, cuando, por la mañana, iba a trabajar al Instituto Politécnico de Kiev, pasaba sin duda por delante de la iglesia de la Magdalena, que desaparecía a ojos vistas. Tampoco podía dejar de ver cómo destruían la iglesia de San Elías, pues a la sazón trabajaba en la nueva estación de tren. Puedo imaginar la desesperación que sentía al ver los escombros, los antiguos ladrillos «plinfa» destrozados, los lienzos de muro desde los que el rostro pintado al fresco de algún santo lo miraba con melancolía.

Hersh Konstantinovski, mi bisabuelo, constructor e ingeniero, colega y muy probablemente conocido del ingeniero Vasil Listovnichi, seguramente habría sentido y pensado lo mismo al ver cómo destruían lo que Listovnichi había reconstruido y reforzado antes de la revolución.

Quienes, para hacer carrera, abandonaban Ucrania y, en el siglo XIX, se iban a San Petersburgo o, en el XX, a Moscú, experimentaban, como Bulgákov, sentimientos complejos. Estas personas, que emigraban de Ucrania a Rusia, empezaban, al cabo de un tiempo, a hablar de su patria, como hace Bulgákov, de forma ambigua.

Lo vemos ya en Gógol, escritor al que Bulgákov admiraba. Fue Gógol quien creó la imagen mítica, tierna y ligera, oscura e inquietante, musical y cantada de Ucrania, que fue luego la versión oficialmente reconocida en el imperio, y pocos saben hasta qué punto esta Ucrania rusificada fue en realidad invención de Gógol.

Y es que lo que Gógol sentía por su patria abandonada era una mezcla de extrañeza y nostalgia. Tras sofocar la revuelta polaca

contra el imperio zarista (1830-1831), la administración colonial rusa se propuso reformar radicalmente la cultura ucraniana y rusificarla. Con este fin se creó la Universidad de Kiev (la de las columnas rojas, delante de la cual estaba el parque infantil al que yo iba) y se decidió que los profesores que enseñaran en ella vinieran de las grandes metrópolis del norte.

Uno de estos profesores era Mijailo Maksimovich, ucraniano de nacimiento, que había emigrado muy joven a San Petersburgo y era amigo de Gógol. En 1833, el ministro de Educación, Serguéi Uvárov, nombró a Maksimovich jefe del departamento de literatura rusa de la Universidad de Kiev, de la que poco después fue rector. Maksimovich se quejó amargamente a Gógol de que lo enviaran a Kiev, donde se sentía como exiliado. Gógol le respondió el 20 de diciembre de 1833 (o poco después) desde San Petersburgo:

> ¡Sí, sí, a Kiev! ¡A la antigua y bellísima Kiev! Es nuestra, no de ellos, ¿verdad? En esa ciudad y alrededores se llevaron a cabo las grandes hazañas de la antigüedad... Sí, ojalá ocupemos tú y yo cátedras en Kiev... Podemos hacer mucho bien. ¡Eso sí, sería horrible que fuéramos solos a esa tierra, vivir allí completamente solos, no tener a nadie con quien hablar! Habrá que procurar ir en grupo, con personas conocidas, ilustradas y de corazón puro y bueno, como somos tú y yo.

Es bastante impresionante que Gógol no vea a una sola persona en Kiev con la que hablar. ¿Realmente necesitaba la compañía de unos petersburgueses para soportar una estancia en la paradisíaca Ucrania que él mismo describía o se inventaba?

Bulgákov se halló en un apuro parecido cuando, en 1934, volvió a su ciudad natal en calidad de turista moscovita y no se atrevió a cruzar el umbral del edificio del número 13 de la calle Andriyivski. Como le contó luego a su hermana, se quedó parado en los escalones del número 18 mirando las ventanas de la que fue su casa, al poco dio media vuelta y regresó a Moscú.

Comprendo los dramas personales de los que emigraron de Kiev. Al fin y al cabo, yo también emigré. Mi familia (literatos, críticos, pintores) también quería acercarse a la cultura imperial (en nuestro caso, la soviética). El gran amigo de la familia, Víktor Nekrásov, también quiso irse a vivir a Moscú, aunque a él, por disidente, lo expulsaron a Suiza y lo privaron de la nacionalidad en 1974.

No sé si, cuando hicieron las maletas, mis abuelos sabían exactamente de qué huíamos. Intentaban sin duda escapar del provincianismo y de la persecución antisemita, de los registros domiciliarios, de las detenciones que llevaba a cabo el KGB, que entonces actuaba con más rigor en Kiev que en Moscú. Pero hoy, cuando pienso en Ucrania, veo un país muy diferente del que veía en mi infancia. Por algo la revolución ucraniana de 2014 se llama de la Dignidad.

Cuando hablamos de acontecimientos que han sido fundamentales en la formación de la identidad de la Ucrania independiente, la realidad histórica y lo que cuenta Bulgákov no coinciden.

Bulgákov, por ejemplo, reúne en una sola escena dos hechos distintos: la entrada del ejército de Petliura en Kiev el 19 de diciembre de 1918 y la proclamación de la unión de la República Popular de Ucrania y la República Popular de Ucrania Occidental en la misma plaza de Santa Sofía, el 12 de enero de 1919. Marietta Chudakova da una ingeniosa explicación: Bulgákov pudo falsear las fechas para hacer coincidir la ceremonia triunfal con las saturnales romanas (17 de diciembre) y dar así al acontecimiento un carácter tragicómico, crear una atmósfera diabólica y pagana y hacer que todo pareciera el teatro fatal de la historia.

En realidad, fueron dos hechos diferentes, aunque muy parecidos a ojos de los habitantes de Kiev. Tanto el 19 de diciembre de 1918 (entrada de Petliura en la ciudad) como el 12 de enero hacía un frío glacial en la plaza de Santa Sofía. En diciembre, los miembros del Directorio redactaron el primer borrador del tratado que se firmó en un vagón blindado en Fastiv y por el que la República Popular de Ucrania Occidental y la República Popular de Ucrania se unían. En enero de 1919, los habitantes de Kiev aprobaron solemnemente la unificación en el «Maidán de Kiev», como se llamaba entonces la plaza que había delante de la de Santa Sofía y del monasterio de San Miguel, hoy plaza de la Independencia.

Bulgákov coge estos dos hechos históricos, los funde y crea la escena del mitin de *La guardia blanca,* de la que hace una descripción poderosa, épica, llena de detalles. La gran ceremonia culmina, como es típico en Bulgákov, con un espectacular asesinato, un ritual que pone un colofón sangriento al episodio. La brutal escena pasa a ser un símbolo de la violencia, la arbitrariedad y la ferocidad desenfrenada de las masas. Y es que, para Bulgákov, cualquier Maidán era una bárbara explosión de agresividad, de violencia. Pero las concentraciones a las que se refiere, según testigos oculares, no fueron ni mucho menos manifestaciones de peligroso anarquismo. El médico militar Aleksandr Ermolenko relata lo ocurrido en un tono mucho más moderado:

> 19 de diciembre de 1918. En todas las iglesias se celebra misa. Por la tarde llega el Directorio: Vinnichenko, Petliura, Shvets, Andriyivski. Las gallardas tropas de Petliura (bien vestidas, disciplinadas) desfilan por el centro de la ciudad. Hay banderas nacionales, gente por todas partes. Pero, como ayer y anteayer, nadie habla alto, todos están atentos y en silencio. Casi solo se oye hablar en ucraniano.

Las tropas de Petliura son «disciplinadas» y «gallardas», dice. ¿Qué debemos pensar? Petliura podrá gustarnos o no, pero me

parece importante que un exoficial del ejército del zar vea una situación perfectamente controlada.

Hay más pruebas de que aquel periodo, el de los Gobiernos de Petliura y Vinnichenko, no fue tan violento. El famoso escritor Iliá Ehrenburg, que vivió en Kiev del otoño de 1918 a noviembre de 1919, escribe:

> Los oficiales blancos desvalijaban sótanos, bebían, cantaban, maldecían, lloraban y disparaban contra los «sospechosos». Los milicianos de Petliura marchaban alegremente por la avenida Jreshchátyk y no se metían con nadie. Las damas estaban encantadas: «¡Qué simpáticos son!».

Levko Lukasevich, historiador ucraniano que emigró y vivía en Praga, uno de los legendarios estudiantes que participaron en la batalla de Kruty y sobrevivieron al exterminio bolchevique, cuenta las celebraciones del 22 de enero de 1919 en su libro *Recuerdos de una vida*. Llama la atención la impresión de orden y de fuerza tranquila y confiada que transmite:

> Hace frío, los árboles se ven cubiertos de escarcha. Desde esta mañana la ciudad parece hervir. Hay banderas nacionales y pancartas por todas partes. De los balcones de las casas cuelgan alfombras y telas con motivos ucranianos de vivos colores. Especialmente engalanadas están la plaza Santa Sofía y las calles adyacentes. Destacan el edificio de la Oficina Central de Telégrafos y el del Gobierno Provincial de Kiev, en cuyos balcones se exponen retratos y bustos de Tarás Shevchenko, cubiertos con cintas y banderas nacionales. En el Arco del Triunfo que hay en la esquina de la plaza Santa Sofía con la calle Volodymyrska se ven los antiguos escudos de Ucrania Oriental y Galitzia. En toda la plaza hay escudos de casi todas las provincias ucranianas y carteles en los postes.
>
> A las once de la mañana, unidades de infantería, de artillería y de vehículos blindados empezaron a marchar al son de la música y se apostaron a lo largo de los cuatro lados de la plaza. La gente seguía a las tropas y se congregó en gran número, llenando toda la plaza y las calles aledañas. Muchos se subían a los árboles para ver mejor.
>
> El encargado de recibir a las delegaciones y oficiar la ceremonia era el artista Nikolái Sadovski. Precedían las tropas grupos de estudiantes que, acompañados de sus profesores, portaban banderas del país y carteles. Entre las numerosas delegaciones, la de los ferroviarios iba en primera fila y llevaba una gran

> pancarta que decía: «¡Gloria a los héroes ucranianos!». Los seguían los delegados ministeriales y de otras instituciones y procesiones religiosas de todas las iglesias de Kiev ... El jefe del Directorio, Volodymyr Vinnichenko, pronunció un discurso. El profesor Fedir Shvets leyó el texto de la Cuarta Proclama Universal. A continuación, el arzobispo Agapito ofició una oración por el pueblo y el Estado ucranianos. Por último desfiló la Legión Galitzia de Fusileros Cosacos al mando del coronel Evhen Konovalets.

La violencia desatada vino después, y por parte no de Petliura, sino de los bolcheviques. En Kiev y en el resto de Ucrania, especialmente en la parte oriental, se produjeron hechos atroces. La violencia cundió especialmente en Járkov: por las horribles matanzas fue esta ciudad la capital soviética de Ucrania durante doce años (1922-1934).

La Unión Soviética estaba dividida como en casillas, igual que el juego de la rayuela al que yo jugaba de niña. Tres por tres casillas más la del «cielo». La Unión Soviética se componía de catorce repúblicas «sometidas» que respondían a simples estereotipos y se disponían siempre en el mismo orden decreciente de importancia: «las tierras eslavas» Bielorrusia, Ucrania y Moldavia, más las tres repúblicas caucásicas, más las cinco repúblicas de Asia central, más, por último, las tres repúblicas bálticas, de las que no había que fiarse. Estas catorce repúblicas debían subordinarse a la que ocupaba el «cielo», la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), que prevalecía sobre las demás y era la única que podía dictar leyes.

Cada rincón de la Unión Soviética tenía su propia lengua y cultura, pero el régimen había decidido minimizarla, homogeneizarla y reducirla a una pequeña cultura cómoda y obediente, que fuera fácil de manejar. Con esta voluntad de someter y limitar las culturas locales se emprendió, en los años treinta, una operación política llamada «indigenización» *(korenizatsia),* por la cual todas las repúblicas, firmemente dominadas por los intereses de la Gran Rusia

y colonizadas por la lengua rusa, no solo podían, sino que debían cultivar su propio terruño «pseudonacional», en una dimensión disciplinada y completamente controlada por la capital, Moscú.

Se llegaba así tanto a una gran nobleza como a una inmensa bajeza. Se procuraba ser listo: había quien inventaba culturas «nacionales» desde cero. El proceso se cobró muchas víctimas, entre ellas a uno de los principales «indigenizadores», el jefe del primer Gobierno soviético ucraniano, Mikola Skripnik (apodado Don Quijote). Mediante grandes componendas, intentó defender la verdadera lengua ucraniana de la burda rusificación... y se pegó un tiro en su despacho el 7 de julio de 1933. A su esposa la fusilaron, su hijo se crio en un orfanato y murió adolescente.

Recuerdo en qué consistía nuestro terruño ucraniano: productos artesanales, desfiles en trajes tradicionales, un canal de televisión en lengua ucraniana (y otros cinco en lengua rusa), una compañía de teatro folclórico, un libro de cuentos para niños, dos horas de clase a la semana, la recomendación de ir a la escuela dos veces al año con camisas bordadas... no necesariamente al estilo ucraniano, podíamos presentarnos con pantalón a rayas turcomano o con zapatillas trenzadas georgianas, dando fe del espíritu de «amistad entre los pueblos» que el Gobierno central exigía.

A la Gran Biblioteca Estatal Lenin de Moscú llegaban cada año miles de libros en turcomano, armenio, azerí y demás lenguas de la Unión Soviética. Ninguna lengua debía omitirse. Pero las celebridades locales debían tener muy presente que ocupaban siempre un lugar secundario. Como mucho podían aspirar al papel de pareja cómica de alguna gran estrella, que siempre era de cultura rusa. En toda buena película soviética había siempre un ucraniano bonachón, fuerte, leal, fiable y algo corto de entendederas. El irascible georgiano pasaba de una película a otra con la típica jarra

de vino Kindzmarauli. El tayiko siempre llevaba un melón. El uzbeko, cosas de algodón. Se parodiaban atrozmente todos los acentos vernáculos.

Vi con mis propios ojos cómo funcionaba esta famosa «indigenización». Recuerdo perfectamente las payasadas pseudoucranianas en las que me obligaban a participar en la escuela. Educada en la convicción del predominio total de la lengua rusa, veía, con todo, la evidente falsedad de aquella «pseudoucranianidad» y, por tanto, rechazaba, incluso con sarcasmo, todo lo que se definía ucraniano. El folclore ucraniano que conocía parecía cosa de opereta, los bailes eran como acrobacias absurdas, los trajes eran de colores chillones, hechos con tejidos sintéticos y con feos estampados que el fabricante quería hacer pasar por bordados.

Con todo, esta «indigenización» que los bolcheviques introdujeron en Ucrania dio al país la ocasión de autodeterminarse realmente, al menos ideológica y culturalmente, y la ocasión se aprovechó. El folclore empezó a crear un verdadero sentido de nación. Surgió un «Renacimiento ucraniano» en los años veinte y treinta, que, por desgracia, pronto hubo que llamar «Renacimiento fusilado». Pero lo que entonces germinó sigue vivo hoy, en la Ucrania independiente.

Pese a la presión de los colonizadores, Ucrania ha conseguido formar su propia identidad entre otras razones porque ya vivió en el pasado la experiencia de participar en una Europa unida *ante litteram*. Fue una de las ciudades que formaron parte de la Unión de Magdeburgo, una liga medieval que regulaba la producción artesanal, el comercio, los impuestos, las finanzas, el sistema judicial, las elecciones, el trabajo del consejo municipal y las actividades de los talleres de artesanos y comerciantes, basándose en el código feudal alemán del *Espejo Sajón* (1221). La ciudad de

Kiev recibió este conjunto de leyes en forma de manuscrito y fue autorizada a aplicarlo en 1494 (o 1497) por Alejandro I Jagellón, gran duque de Lituania. Desde ese momento se desarrolló como Vilnius (Vilna), Kaunas (Kovno) y Daugavpils (Dinaburg), y, viendo sus derechos garantizados, pudo sentirse, como estas ciudades, protegida de los caprichos del sátrapa.

El 20 de octubre de 1775, Catalina la Grande promulgó el decreto «Sobre la unión de Kiev con Malorossiya», que introducía la servidumbre de la gleba en Ucrania y privaba a Kiev de autogobierno. El único recuerdo que queda de aquellas libertades es la Columna de los Privilegios de Magdeburgo, que está junto a la estatua imperial de san Vladímir.

Tan pocos intelectuales y artistas ucranianos quedaron que, me avergüenza decirlo, no conocíamos a ninguno. Ninguno pasó nunca por nuestra casa. Buena parte de ellos emigraron. A otros los exterminaron. El régimen acabó con el verdadero mundo cultural ucraniano.

Hay que reconocer que la mayoría de los kievitas de lengua rusa, entre ellos Bulgákov, preferían ignorar la existencia de ese grupo de ucranianos cultos (cuyo número se reducía, pero que existían). Lo ocurrido con el ingeniero Vasil Listovnichi es un ejemplo perfecto. En el círculo de amigos de Bulgákov se contaban algunos amantes de la historia de Ucrania: Mikola Petrov, padrino de Mijaíl, profesor de la Academia Teológica, era autor de obras de historia de la literatura ucraniana de los siglos XVIII y XIX. Mijailo Starokadomski, en sus memorias inéditas, citadas en el libro sobre Bulgákov de Marietta Chudakova, dice que «en la Academia de Kiev había un círculo no oficial de ucranianos que defendían las ideas del movimiento nacional ucraniano, y que eran uno de los grupos de estudiantes más activos. Frecuentaban el club ucraniano Prosvita, el teatro

ucraniano, daban charlas sobre temas históricos y literarios y cantaban a coro melodiosas canciones ucranianas».

En la Kiev de tiempos de Bulgákov y en el mismo periodo (hoy lo recordamos con indignación, pero en aquel momento nadie se escandalizaba), existía un movimiento antiucraniano de personas decididas, a veces insoportablemente rusófilas. Vasili Shulgin, escritor y político, director del periódico *Kievlyanin,* que expresaba las simpatías de los oficiales del Ejército Blanco, seguía una línea chovinista: «En la larga escalera que conduce al templo de la única Rusia, Kiev es el penúltimo escalón. El último, el supremo, es Moscú, que nos llama, nos invoca y nos corona. Madre de las ciudades rusas, tierra santa de nuestros antepasados, Patria nuestra que tanto has sufrido, ¡acepta el homenaje de tus hijos!». Esta es solo una de las frases pomposas que figuran en los textos de Shulgin. En otro párrafo del mismo editorial se exalta aún más: «Esta tierra es rusa, rusa, rusa, rusa, y no la entregaremos ni a los traidores ucranianos ni a los verdugos judíos que la han empapado de sangre».

Bulgákov estaba sin duda muy lejos de Shulgin, aunque la repugnante alusión a los judíos me recuerda, entre otras cosas, algunos comentarios de Bulgákov sobre Trotski, la palabra «¡Judíos!» que pronuncia uno de los invitados al banquete de los Turbín y la imagen caricaturesca del vulgar y agresivo camarada Schwonder, personaje de *Corazón de perro*.

Una vez más, no es nada sencillo. Cuando releemos a Bulgákov, nos convencemos de que algunos pasajes suyos no los motiva el antisemitismo o el antiucranismo más primitivo, sino la intolerancia, incluso el odio, el rechazo absoluto que sentía por aquellos que estropeaban y maltrataban lo que Bulgákov más apreciaba, aquello

por lo que quizás habría dado su vida: la magnífica lengua rusa, cristalina, incisiva, armoniosa, rica, profunda, sublime, ligera.

En mi familia también divinizamos y protegimos la lengua rusa y, en cambio, el ucraniano no preocupaba a nadie. Hoy hay que decir que era verdadera ceguera cultural. Yo tuve una revelación, no empecé a comprender lo que es Ucrania realmente hasta 2014 y, de manera aún más trágica, hasta 2022. Ahora, las cartas que envío a mis amigos y conocidos de Kiev las escribo en ucraniano. Estoy descubriendo el inmenso encanto y riqueza de este idioma. Leo constantemente y escucho programas en este idioma.

Tengo el cuadro de Luba Rappoport, de 1967, colgado en casa y, por las ventanas, observo lo que ocurre en casa de Bulgákov (que, en realidad, es la de Listovnichi). La puerta guarda un secreto sorprendente: a veces se abre y salen los fantasmas del pasado. Cuando vuelven, entran por el patio, donde está la leñera y hay un pequeño porche. Esto se sabe, pero no se ve. Nikolka Turbín cuelga con cuidado las armas tras la esquina izquierda del edificio, que en la pintura no se ve, pero donde los bandidos sí las verán y las robarán.

A Listovnichi lo sacan por la puerta principal y lo llevan a pie —los coches GAZ Molotov-1 aún no se usaban para arrestar a gente— a la prisión, con las manos atadas, a patadas, puñetazos y porrazos. La puerta se cierra tras él de golpe y las lágrimas que su esposa y su hija derraman no dañan la capa pictórica del cuadro.

Los espíritus que nos han acompañado en los capítulos anteriores —Hersh Konstantinovski (que había ido a visitar a Listovnichi para hablar del proyecto del puente), mi abuelo Volinski y, por supuesto,

Víktor Nekrásov— se deslizan fuera. No se quedan a consolar a Yadwiga ni a Inna.

Otros dos caballeros salen del portal. Son auténticos caballeros. Les espera un carruaje de alquiler. Bulgákov se acomoda en el asiento principal. Su esposa, delante de él. El cochero carga dos o tres maletas. Abandonan Kiev para siempre. Tatiana mira a un lado y otro con dolor. Atrás deja sus años felices, el recuerdo de dos hijos que no nacieron: su marido la obligó a abortar dos veces. Bulgákov, en cambio, está embarazado, también de dos hijos. En él está creciendo el embrión de *La guardia blanca,* que es un grito de amor a la ciudad que traiciona, y el de *El maestro y Margarita,* que es un intento de celebrar Moscú, ciudad que al final lo aplastó y lo mató.

De este delicado momento da perfecta cuenta Milli Martinelli en su prólogo de *La guardia blanca* (1990), cuando destaca la poca convicción con la que Bulgákov elogiaba su nuevo refugio, Moscú, y la admiración indiscutible que sentía por su magnífica y europeizada ciudad natal, que se alzaba a orillas del gran río:

> Como oponiéndose a la Rusia campesina profunda y oscura, hecha de casitas de madera, pobre e ignorante («para el ruso, el honor no es más que una carga superflua»), que se corresponde con la última oscuridad de la noche, emerge, a la luz de una mañana pálida y tierna, la bella e iluminada ciudad de Kiev.

Capítulo 8

Babi Yar

Otra mujer corre por la calle Shota Rustaveli llevando a su hija de la mano. Es a finales del verano de 1941.

Tres años antes, en 1938, a los judíos emancipados, muchos de los cuales se cambiaron el nombre para que fuera más «neutro», se habían desvinculado de la cultura de sus antepasados y no hablaban yidis (como era el caso de mi familia), se les recordó de pronto que en realidad no eran más que judíos. Ocurrió en la Unión Soviética como en Italia y en Alemania. La calle, durante un tiempo llamada Málo Vasilkivska y que después llevó el nombre del sionista Ber Borojov, en la que había dos sinagogas (de las que, por cierto, echaron a las comunidades judías), pasó a llamarse Shota Rustaveli, en honor de un poeta georgiano más inofensivo del siglo XII.

Esa mujer que corre, Raya, no se caerá delante del número 23 ni morirá. Se salvará gracias a su determinación y, diez años después, se irá de vacaciones al mar Negro con su hija, ya adolescente. Su hija es Vera, mi madre. Ahí están en el puerto de Yalta, en el muelle del que, el 11 de abril de 1919, la emperatriz María Fiódorovna y su hija Olga zarparon en el navío británico *Marlborough,* de la clase *Iron Duke*.

En las fotografías que tengo de ellas dos y de la emperatriz, que mira las olas, no se ven los ojos, sino las orejas: parece que escucharan el susurro del mar. Cuando cojo las fotos, también yo

vuelvo a oír esos sonidos, como en la obra maestra de Rabelais: en la escena de *Gargantúa y Pantagruel* en la que los héroes llegan al fin del mundo, a orillas del Océano Ártico, encuentran palabras congeladas que parecen carámbanos; cuando, entre sus manos, el hielo se derrite, suenan maldiciones, relinchar de caballos, silbar de flechas, todos los ruidos de una terrible batalla.

Raya, que se diplomó en piano (así como en química), tenía una memoria maravillosa para los sonidos y, cuando contaba una historia, reproducía muy bien las voces, los ruidos, los efectos sonoros del pasado lejano. Yo no tengo ánimo para imaginar el cuerpo y el rostro de mis difuntos y no quiero pedirles que salgan de la fosa común. Dejemos que solo surjan sonidos, voces. Las voces serán suficientes.

22 de junio de 1941. Veinticinco años después, mi abuela Raya me habló de los ruidos y sonidos del primer día de la guerra, del primer bombardeo que vivió en Kiev. El ataque empezó a las cuatro de la madrugada. Siguió un día frenético. Leonid, su marido, corrió al cuartel a alistarse como voluntario. Le dijeron que volviera a la mañana siguiente con un macuto. Raya escribió en sus memorias:

> Al atardecer fuimos al teatro a recoger sus bocetos, dibujos, pinceles, pinturas. En cuanto oscureció, se oyó un leve rumor a lo lejos, como el ruido de una tormenta que se avecinaba lentamente. Este tronar amenazante fue haciéndose más fuerte y acercándose más rápido hasta que se convirtió en un estruendo que lo envolvió todo. Parecía que el cielo se desplomaba, sacudido por los aviones. No había donde esconderse, el teatro temblaba como un castillo de naipes. Los decorados de cartón temblaban con todo lo demás. Vimos que las bombas no solo estaban en nuestra imaginación, en los discursos propagandísticos, sino que existían de verdad. Se oía un aullar fuerte y amenazador, un mugido penetrante. Llegaba una escuadrilla, lanzaba su terrible carga y se marchaba, y segundos después llegaba otra.

Leonid buscaba una caja fuerte para guardar las pomposas pelucas estilo María Antonieta y la bisutería «que las utileras habían creado con tanto esfuerzo».

Situación curiosa: Leonid y Raya en el escenario de un lujoso teatro de Kiev, con las manos llenas de bisutería, viviendo el primer bombardeo como si fuera un drama teatral, un espectáculo sonoro.

Por lo que sé, en junio y julio de 1941 podía uno hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo ya solo escuchando los sonidos del mundo. A principios de julio se decretó la ley marcial en Kiev. Todos los aparatos de radio se confiscaron. No quedaron más que los altavoces de las calles. Para saber lo que ocurría, había que descifrar las voces, el estruendo de las bombas, el zumbido de los motores, el tintineo de los cristales rotos, los susurros de los vecinos, el chirriar del último tren que salía de la estación de Kiev, cargado de mercancías y con los pocos afortunados a los que se permitía escapar de la ciudad en llamas.

Aquel día de finales de agosto de 1941 en el que Raya corrió a casa después de oír las palabras esperanzadoras de un colega —puede que alguien les ayudara a ella y a su madre, Lisa (de la hija nada dijo, quizás por temor a que la rechazaran), a entrar en la estación, donde podrían encontrar sitio en algún vagón—, subió jadeando los largos tramos de escalera, llegó al cuarto piso, cogió la maleta y los documentos, le dijo a su madre que se diera prisa y recogió las cosas de Vera, ese día todo dependió de ella, Raya, de su presencia de ánimo y de su capacidad de acción. Su idea era subir a aquel tren como fuera. Metió en la maleta su mejor ropa. Y un abrigo, aunque el invierno parecía lejano. Costaba imaginar que fueran a necesitar ropa de abrigo. Metió también los objetos más valiosos: en los tres años que estuvo fuera de casa pasando hambre

nunca pensó en venderlos para comprar pan. Ahora los tengo yo en Milán.

Al salir del salón, Raya miró el piano, cerró la tapa y dejó la llave bien a la vista, para que no lo rompieran si querían tocar. ¡Parece ser que a los alemanes les encanta la música!

Raya trabajaba a la sazón en un gran laboratorio de química y, a finales de agosto, se vio prácticamente sola en su departamento. Era la única que quedaba. Los demás estaban en el frente, se habían escondido en el campo o habían conseguido huir. El ejército soviético se retiraba hacia el este. Las empresas habían terminado de evacuar. Raya no sabía a quién entregar los crisoles de platino que utilizaba en sus experimentos.

A todo esto, el 3 de julio de 1941, Stalin había exhortado al pueblo (y sus exhortaciones eran, claro está, leyes cuya violación se castigaba con el campo de concentración o el fusilamiento): «Todos los objetos de valor, así como los metales no ferrosos, reservas de cereal y combustible que no puedan transportarse, no pueden quedar en manos del enemigo y deben destruirse».

Como consecuencia de este decreto, ciudades enteras murieron de hambre tras la retirada del ejército. Cuando abandonaban una población, los bolcheviques quemaban los alimentos y todas las «reservas de cereales». En la localidad de Krivushi, cerca de Kremenchuk, pegaron fuego a un enorme almacén de cereales: 130 silos creados entre 1938 y 1939 expresamente para abastecer al Ejército Rojo en caso de guerra. Había 128.000 toneladas de trigo, 39.650 toneladas de avena, 14.500 toneladas de centeno, 8.000 toneladas de arroz, 5.000 toneladas de azúcar y 1.300 toneladas de sémola de diversos tipos (cito del último informe dado al gobierno municipal). Se necesitaron diez vagones de explosivos para destruir

aquellos depósitos, lo que dejó a la población con las despensas completamente vacías.

También se quemaron alimentos en Leningrado, en los almacenes Badaev, y, durante el asedio, la gente iba a comer tierra al lugar en el que habían quemado el azúcar, porque este se había derretido y algunas gotas habían empapado el terreno.

Por todas partes había, cómo no, especuladores que pescaban en aguas revueltas. Acapararon de todo en grandes cantidades, sabiendo que, con el nuevo régimen, el dinero soviético no valdría nada y podrían revender los productos básicos a precios inflados a los tontos que no se habían preparado. En Kiev desaparecieron todo tipo de artículos manufacturados, zapatos, vajilla, y, por supuesto, los productos alimentarios. En Demiyivka (el barrio que está junto al parque Holosiyivski), en agosto de 1941, una bomba rompió un enorme barril de melaza de una fábrica de dulces. Los saqueadores acudieron a recogerla con cubos, uno se encaramó al borde del barril, resbaló, cayó y tuvo una dulcísima muerte.

Raya no tenía reservas de alimento ni podía llevarse más cosas. Estaba en estado de shock, como la madre de la niña que quería ir al zoo. A diferencia de esa madre, ni siquiera tenía ya lista una «maleta de emergencia».

En 2022, en cambio, todas las familias tenían preparados bolsos o mochilas con todo lo necesario, según recomendaban los distintos ministerios en sus páginas web. Copias plastificadas de documentos, un móvil barato de repuesto, un cargador portátil, una linterna, medicamentos, caramelos. El Gobierno ucraniano se aseguró de avisar a todo el mundo. Muchos habían preparado hasta transportines para gatos. Cuando mis amigos se marcharon de Kiev a finales de febrero de 2022, en ese tren abarrotado en el que se prohibieron los móviles para evitar el radar de los misiles y no se

podían encender luces, todos llevaban una de esas mochilas con documentos, medicamentos y silbatos de emergencia. («Quien quede atrapado bajo los escombros de un edificio o en un tren que haya sido bombardeado, que toque el silbato para los servicios de emergencia lo localicen.») Muchos, por desgracia, no llevaban mucha agua: apenas dos botellas, a menudo menos. Tras siete horas de viaje, los pasajeros no podían más. Hasta los animales de las jaulas se quejaban de la sed. Y no podían abrir aquellas malditas latas de comida... Menos mal que en todas las estaciones subían voluntarios con agua, bocadillos y abrelatas.

La huida a Vínnitsa y a Leópolis de 2022 fue dura, pero al final los refugiados lograron evitar el terrible destino de Bucha e Irpín. Ochenta años antes, la huida de Raya, Lisa y Vera a Samara y Sarátov fue aún más infernal. Pero las tres tuvieron la suerte de escapar, porque, de lo contrario, habrían muerto a tiros como mis bisabuelos y otros miembros de mi familia que yacen desde hace ochenta y cinco años en el barranco llamado Babi Yar.

La gente rodeaba los vagones, intentaba entrar por las ventanas, descolgarse por el techo; se empujaba, gritaba, golpeaba al vecino. Eran transportes de empresa reservados para el personal que llevaba permisos y certificados. Los primeros que entraban, los altos cargos, traían consigo bastantes bultos. Cada una de esas maletas, puesta en el suelo de la *teplushka* (una especie de vagón de ganado con un agujero que hacía las veces de retrete), ocupaba el espacio de un ser humano. Había que decidir, caso por caso, si debía viajar una maleta o una persona. La esposa de un importante líder comunista golpeaba a los que llegaban con una alfombra enrollada para que se fueran.

Lo más sorprendente es que nadie advirtiera de que permanecer bajo la administración alemana supondría un peligro mortal para los judíos. Un peligro mucho mayor que para el resto de la población. El mando soviético no podía ignorar lo ocurrido el verano de 1941. Ya a finales de junio, la policía lituana había reunido a todos los judíos de Kovno (Kaunas) y los había fusilado en la Séptima Fortaleza, la antigua ciudadela, al este de la ciudad. Tres semanas después, el 19 de julio, cientos de judíos de Yitómir fueron ahorcados o fusilados. Yitómir se convirtió en el cuartel general del *Einsatzgruppe* C. Los primeros asesinatos en masa de la ciudad los cometieron sobre todo miembros del *Sonderkommando* 4, perteneciente a la primera brigada de infantería de las SS *(1.SS-Infantierie-Brigade)* y unidades de la Wehrmacht. Y en julio de 1941, en la misma ciudad, Yitómir, el SS *Standartenführer* Paul Blobel, comandante del *Sonderkommando* 4, comunicó a sus hombres —era la primera vez que ocurría— su intención de «eliminar a todos los judíos» de una ciudad.

Naturalmente, la inteligencia militar rusa lo sabía. Media Ucrania lo sabía. Los habitantes de las ciudades ocupadas presenciaban las ejecuciones. Que las atrocidades se cometían abiertamente lo atestigua el comandante del 528 regimiento de infantería, el mayor Rosler, que, impresionado, redactó el siguiente informe:

> Subimos al terraplén y vimos una imagen terrible que me asombró y me espantó, pues no me la esperaba. Habían hecho un hoyo de unos siete u ocho metros de largo por cuatro de ancho, junto al que se alzaba el montón de tierra que habían sacado. Por este montón de tierra y por el paredón que había junto a la fosa corrían ríos de sangre. La fosa estaba llena de cadáveres de hombres y de mujeres de todas las edades, en un número difícil de calcular, como difícil era calcular la profundidad de la fosa. Detrás del terraplén había apostados unos agentes de policía al mando de un oficial. El uniforme de los policías se veía manchado de sangre. Había también soldados de la guarnición, aunque habían ido más bien como espectadores, y muchos civiles, entre ellos mujeres y niños.

En agosto de 1941 se dieron a conocer al mando soviético más testimonios sobre la suerte corrida por los judíos de Yitómir. Leí estos testimonios con especial emoción, porque en Yitómir vivía casi toda la familia de Leonid y de Raya, que se conocieron en 1929, siendo adolescentes, precisamente en esa ciudad, a la que iban a visitar a sus tíos en verano.

De personas como estos tíos y tías, que en el verano de 1941 vivían en sus acogedores chalecitos rodeados de manzanos y cerezos, hablaban los militares alemanes que fueron interrogados en los juicios. Esto es lo que contaba el conductor del 6 batallón técnico del 6 ejército:

> El 7 de agosto de 1941 un vehículo militar con un altavoz recorrió Yitómir. En ese momento estábamos acuartelados en la ciudad trabajando en la central eléctrica. Por el altavoz anunciaron en alemán, ruso y ucraniano que ese día, a tal hora, iban a ejecutar a unos judíos en la plaza del mercado. Como ese día libraba, fui a ver. Había unos cincuenta o sesenta judíos (hombres, mujeres y adolescentes) vigilados por ocho miembros de las SS. Habían acudido como espectadores unos ciento cincuenta civiles. Con ellos había, por supuesto, soldados de la Wehrmacht. Los judíos estaban sentados en el suelo. Me abrí paso entre la multitud y me situé a unos dos metros de ellos. Puedo asegurar que todos los judíos vestían de civil, por lo que no podían ser prisioneros de guerra.
>
> Al poco sacaron a tres hombres del grupo de los judíos y los llevaron a la horca. De lo alto colgaban tres sogas. Los tres judíos debían quedarse de pie en el camión. Les echaron la soga al cuello y el camión arrancó. Así fueron ejecutados. Todo esto lo hicieron los miembros de las SS. A los demás judíos los subieron al camión, donde tuvieron que apretujarse. Por un altavoz anunciaron que iban a empezar los fusilamientos. Se le hacía saber al público. Había una pila de troncos que tendría unos diez metros de largo, por uno y medio o dos de alto, por uno y medio de ancho. Iban poniendo a los judíos de cara a los troncos, en grupos de cinco o de seis, y disparándoles con un rifle un tiro en la nuca. Así iba cayendo una fila tras otra. Los cadáveres se los llevaban detrás de la pila de troncos, donde había una gran fosa que yo solo veía de lejos. Habían tendido un alambre y los espectadores no podíamos acercarnos mucho.

No cabe duda de que los líderes soviéticos estaban perfectamente al corriente de lo que los alemanes hacían con los judíos que caían en sus manos. Los servicios de inteligencia no podían dejar de informar de que, en marzo de 1941, Hitler había ordenado a Himmler que organizara unidades especiales de las SS *(Einsatzgruppen)* que siguieran a las tropas alemanas avanzadas y fusilaran a cuantos judíos capturasen.

La lanza que se clavó en el cuerpo de la Unión Soviética fue el 6 ejército de la Wehrmacht. Tras los motociclistas y los soldados de infantería, tras los tanques rugientes y los camiones cargados de ametralladoras, los que habían de empapar de sangre Babi Yar avanzaban silenciosamente y sin llamar la atención. Vestidos con un uniforme gris poco llamativo, en las fotografías parecen exploradores del desierto que acompañaran una caravana. Eran tres mil hombres pertenecientes a cuatro *Einsatzgruppen:* A, B, C y D.

Leonid, ya perseguido, pero no prisionero todavía de los alemanes, conoció a alguien que había estado en Yitómir y que le contó lo que había visto. Tras superar el primer estupor, pudo, no se sabe cómo, convencer a una mujer ucraniana que iba a Kiev, pasando la línea del frente, de que fuera a ver a Raya y le contara lo que estaba ocurriendo.

Esta campesina, de cuyo nombre Raya ni se acordaba, llegó a Kiev tras mil peripecias solo un mes después. Era a finales de agosto. La mujer cumplió su promesa y fue a ver a Raya. Sé lo que le dijo. Y sé que, esa misma noche, Raya fue corriendo a hablar con los padres de Leonid, que vivían en la calle Reitarska, 32. Dos días habló, suplicó, luchó contra la obstinación de ellos. No le hicieron caso. No quisieron irse con ella. Nada podía quebrantar la férrea convicción

que tenían de que el pueblo alemán no sería capaz de hacer todo aquello. Aún se acordaban de los alemanes que ocuparon Kiev en 1918. Eran amables, educados. Los habitantes de Kiev que escribieron diarios y memorias de la revolución y de la guerra civil, coinciden: «bajo los alemanes» se vivía tranquilamente. En 1918, decían, era seguro salir, hacer la compra, caminar por las calles. Las tiendas estaban llenas de ricos manjares. Los restaurantes y teatros, abarrotados de gente. Estos recuerdos de una ocupación alemana tranquila tuvieron un efecto devastador en lo que sucedió veintidós años después, cuando un ejército alemán muy diferente tomó la ciudad.

Cuando se hacen mayores, los padres suelen ser muy cabezotas. Durante dos días, Raya trató de convencer a Nohum-Wolko Rabinowitch y a Sofia (Shifra) Kandelis y no lo consiguió. A decir verdad, tampoco Raya sabía si podría encontrarles plaza en el tren a sus dos suegros, a Feyga, la hermana de Shifra, al marido enfermo de Feyga y a sus tres hijos. Y estaban además el abuelo, Isaac Kandelis, que tenía setenta y seis años, y la cuñada...

En realidad tendría que llevárselos a todos.

No podía ser.

Sus nombres y vidas se recuerdan en el Memorial del Holocausto de Berlín y en las salas de Yad Vashem.

Al día siguiente, Raya estaba trabajando en su despacho. El frente se acercaba. Desde el alto techo del laboratorio se veían explosiones e incendios. En la zona de Holosiyiv, desde mediados de agosto, se habían intensificado los feroces bombardeos alemanes. Se rumoreaba que las tropas de Hitler se acercaban a Kiev por el sur, rodeando un vasto territorio de la orilla derecha del Dniéper. Y que las tropas soviéticas del frente suroeste vacilaban, seguramente

estaban ya atrapadas y se disponían a abandonar la ciudad y retirarse a la otra orilla del río.

La batalla de la artillería duraba ya una semana. Incluso desde su casa podía ver Raya, descorriendo un poco las mantas con las que tenía tapadas las ventanas, el resplandor de los obuses que estallaban. Era aterrador ver de lejos aquella lucha desesperada sin saber en qué situación se hallaba Leonid. Por la campesina, Raya ya sabía que había habido una derrota, un cerco, y que no estaba claro el destino no solo de Leonid, sino también de muchos combatientes como él, que estaban dispersos, sin municiones, comida, medicinas ni mandos, y no sabían qué hacer.

La noche siguiente saltaron los cristales de las ventanas. Ya no se podía dormir ni estar en el apartamento, ni podía pensarse en encender la luz, porque las mantas con las que tapaban las ventanas habían volado; sin cristales, todo el interior se estremecía con las corrientes de aire y las explosiones.

Al amanecer, Raya volvió al trabajo. Y el milagro en el que ya no creía se produjo de repente. Un joven perito encargado de examinar el material del Instituto de Transformación del Petróleo le dijo que iban a ser evacuados a los Urales y que quizás había una vacante de ayudante de investigación técnica. Eso significaba que tendría un sitio en el vagón de la empresa, quizás dos.

Raya consiguió llegar a la estación y colarse en el vagón con su madre y su hija, y hasta pudo acomodarse en el suelo. Aquellos días el cerco alemán se estrechaba sobre Leonid, al que capturaron, golpearon, encerraron en el campo de deportes, llevaron al paredón, dejaron con vida e hicieron pasar hambre y sed. Como hambre y sed pasaron también su esposa Raya, su suegra y su hija, encerradas en el vagón de mercancías, porque no se habían llevado provisiones. Dos semanas después, las tropas soviéticas se batían en retirada e

incendiaban el puente que había diseñado Hersh Konstantinovski, y ningún tren pudo ya salir de la ciudad.

Mientras el tren, por el puente ferroviario, bajaba de la orilla alta del Dniéper a la orilla baja, la de la izquierda, el sentimiento de miedo insoportable por su hija del que Raya había sido presa las últimas semanas dio paso a una gran angustia por quienes quedaban en Kiev.

Unos cuatro años después supo lo que les ocurrió.

Feyga salía todos los días a hacer la cola para comprar pan, que estaba racionado. Así se enteraba de las últimas noticias. El 14 de septiembre, las autoridades de la ciudad se marcharon. El 17, todas las unidades del Ejército Rojo abandonaron Kiev. En las calles reinaba un silencio sepulcral. Muchedumbres de ciudadanos sombríos y taciturnos se congregaban al pie de los altavoces que habían instalado en las calles para oír las últimas noticias. Uno de esos altavoces colgaba de un poste delante del número 32 de la calle Reitarska. Los alemanes interferían las transmisiones de Radio Moscú y, entre los ruidos y parásitos, no se entendía nada. Al final, todos intuyeron que lo mejor era esconderse en sus casas como animales en sus madrigueras.

De repente se oyó un zumbar de motores. Feyga levantó la manta y miró fuera. Eran motociclistas alemanes que entraban en Kiev. El cielo estaba plomizo. Había un olor acre y picante. Partículas de ceniza caían sobre el alféizar de las ventanas. Kiev ardía, no cabía duda; el humo se elevaba, llevado por un viento que cada vez soplaba más fuerte. Las llamas iluminaban los ominosos cúmulos de nubes que se desgarraban y se arremolinaban. Al anochecer, el bombardeo había cesado y apenas se oían explosiones. Nadie

dormía. La noche del 19 de septiembre de 1941 la pasaron en el patio o sentados en los troncos de los árboles caídos delante del edificio. Las llamas se elevaban del barrio de Podil y de la estación de tren. El viento impetuoso arreciaba, aullaba y silbaba, arrastraba las llamas y teñía de rojo los jirones de nubes negras.

Es difícil decir qué los aterrorizaba más, si el enemigo o el fuego. ¿Cómo iban a apagar el fuego? Apenas quedaba arena. No había agua corriente: en su huida, el Ejército Rojo había volado las cañerías precisamente para que el enemigo no pudiera apagar los incendios.

Pasaron así dos días y tres noches. La radio volvió a funcionar. En alemán. Y empezaron a emitir música, también alemana, muy animada: danzas campestres y marchas militares. Solo una vez oyeron mis bisabuelos una mazurca polaca, que presentaron como ejemplo de «música ucraniana».

Y cuando parecía que los bomberos por fin extinguían los incendios de algunas zonas y en otras las llamas se apagaban por sí solas, y los alemanes terminaban de acuartelarse en los mejores barrios de la ciudad y empezaban a sacar brillo a las nuevas placas de latón que pondrían en el despacho del comandante, en la gendarmería y en el cuartel general de la Gestapo, escritas en letra gótica, en alemán y en ucraniano, llegó el 24 de septiembre y se representó el penúltimo acto de aquella función fatal.

Desde la calle Reitarska solo se oían ruidos lejanos, vagos, por los cuales intentaban adivinar lo que ocurría. Todo comenzó a las 14:00 horas, cuando un fortísimo estruendo hizo tintinear los vasos de todos los aparadores, vibrar las cuerdas de todos los pianos y crispar los nervios de miles de personas que se escondían en sus casas, encogidas de miedo.

Feyga se sacudió el entumecimiento y bajó corriendo la escalera, a cuyos rellanos, uno tras otro, iban asomándose los inquilinos. La explosión provenía del centro de la ciudad, de la avenida Jreshchátyk.

Hoy sabemos que lo causaron los explosivos que el ejército soviético había colocado en muchos edificios. Han salido a la luz los planes secretos de los mandos supremos, según los cuales, al retirarse, las tropas debían disponer explosivos por todas partes para volar los edificios junto con los altos mandos alemanes. Los encargados del ejército soviético y de los servicios especiales volaron dieciséis edificios a la vez activando por radio un detonador. Los inmuebles de la avenida Jreshchátyk estaban muy cerca unos de otros, tenían techos de madera y en los sótanos se guardaba carbón y queroseno. Los alemanes tuvieron que intervenir y derribar algunos edificios para detener el avance del fuego. Pero este se propagaba imparable, devorando y destruyendo edificio tras edificio. Ardieron los cinco mejores cines de la ciudad, el teatro de la juventud, el teatro radiofónico, el conservatorio y la escuela de música, la oficina central de correos, la casa consistorial, dos grandes almacenes, cinco de los mejores restaurantes y cafés, el circo y la casa de empeños, cinco grandes hoteles, la sucursal de la mayor agencia de viajes, el club de arquitectos y el de científicos, dos galerías comerciales, una imprenta, la fábrica de calzado número 8, una escuela secundaria y más de cien tiendas de categoría. Y las bibliotecas, que ahora me parece la pérdida más grave. Muchas ediciones raras desaparecieron para siempre. En los sótanos del conservatorio, donde se guardaban grabaciones originales, solo quedaron discos carbonizados. Hechos ceniza, conservaron su forma redonda y al menor contacto, con un ligero susurro, se deshacían.

En general, la música de fondo de la tragedia de Kiev debió de ser muy curiosa. Por ejemplo, en el conservatorio de Kiev ardieron un gran órgano y unos doscientos pianos. ¿Nos imaginamos el ruido que debió de producir el romperse de las cuerdas, el chisporrotear de los tubos y el crujir de la madera de tantos instrumentos?

También en Dresde, tras el intenso bombardeo del 13 al 15 de febrero de 1945, las tuberías de cobre de la red del agua sonaron al derretirse. Cuando, tiempo después, Leonid Volinski fue a Dresde en busca de los cuadros antiguos que habían escondido en túneles y sótanos, le contaron que, los días siguientes al incendio total de la ciudad, cuando la temperatura de las ruinas descendió, vieron cuerpos calcinados que aún conservaban su forma y se deshacían al tocarlos. Ragna Enking, que guardó las estatuas del museo Albertinum, le contó que encontró el cuerpo de su padre y lo puso en una palangana. El cuerpo se desintegró con un ruidito casi imperceptible.

Los atentados de los saboteadores soviéticos destruyeron las infraestructuras que hacían posible la vida en Kiev: la central eléctrica, las tuberías de agua, los edificios administrativos. Raya me dijo que de la avenida Jreshchátyk de su juventud no quedó casi nada. Cuando las tropas soviéticas reconquistaron Kiev en 1943, bombardearon lo poco que quedaba en pie tras los incendios de septiembre de 1941.

El 25 de septiembre de 1941 desembarcaban en Kiev el Reichsführer Heinrich Himmler y Adolf Eichmann. El 26 de septiembre se celebró una reunión de los más altos oficiales del ejército, a la que asistieron el general Eberhard, alto mando de las SS, y el general Jeckeln. También estaban presentes el doctor Rasch, comandante del

Einsatzgruppe C, y el comandante del *Einsatzkommando* 4, Paul Blobel.

Al principio pensaron atribuir la responsabilidad de lo sucedido a los judíos de Kiev, tomar como rehenes a mil seiscientas personas y ejecutarlas. La tarea se encomendó a Paul Blobel. Pero durante la reunión recibieron una llamada telefónica de Berlín y cambiaron el plan. Se propusieron extender la «acción» a toda la población judía de Kiev.

Cuenta el historiador Yuri Scheglov:

> «Me ha dicho un amigo», le dije un día a Víktor Nekrásov, «que los alemanes organizaron lo de Babi Yar en respuesta a los incendios.» «¡Tonterías!», me contestó él, muy serio. «Esos incendios no fueron más que una excusa para justificar su nueva estrategia. Querían ver cómo organizar mejor las acciones de masas. Tan pronto anunciaban que iban a evacuar a los judíos al campo como que los pondrían a hacer trabajos para la comunidad o los deportarían a Norteamérica o a Argentina. Por eso les decían que llevaran consigo objetos de valor y dinero... Los nazis sabían muy bien que no fueron los judíos quienes volaron ni el Continental, ni el Grand Hotel, ni el Spartacus, ni L'International, ni L'Europa. Lo que creo es que los mandos destinados en Kiev querían echarles la culpa de todo a los judíos para excusarse ante el alto mando de la Wehrmacht y ante Hitler por sus propios errores. La administración ocupante —un Estado Mayor corrupto y perezoso, unos servicios de seguridad cobardes, una Gestapo ineficaz y un departamento económico de las SS que se enriquecía con bienes robados— no fue capaz de impedir el sabotaje bolchevique. ¡Con decirte que enviaron aviones a Alemania para que se trajeran mangueras porque dejaron que los bolcheviques se llevaran todo el equipo antiincendios! No tenían con qué bombear agua del Dniéper. Los hoteles en los que se alojaban los altos mandos del ejército y la administración no estaban bien vigilados. Podía entrar cualquiera. Y después del desastre, los jefes, temiendo por su carrera, quisieron aplacar la ira de Hitler y llevaron a cabo aquella operación contra los judíos de Kiev.»

Estaba claro que se necesitaban más recursos, tanto de personal como de equipamiento. Y con el *Einsatzkommando* 4 de Blobel (ciento cincuenta hombres de las SS y de la Gestapo) colaboraron los batallones de policía 45, 118 y 303, el Bukovina Kuryn, la policía

auxiliar ucraniana, y voluntarios reclutados en el lugar. Entre el 29 de septiembre y el 3 de octubre de 1941, mil doscientas personas participaron en la matanza de los judíos de Kiev.

Eligieron Babi Yar porque en esa zona había profundos barrancos a los que se podían arrojar miles y miles de cadáveres y estaba cerca de la estación de tren de Lukianivka, con lo que podían transportar fácilmente a las víctimas al lugar de la ejecución, lo que hacían después de convencerlas de que no iban a matarlas, sino a llevarlas a una nueva residencia.

La operación tenía también un carácter «experimental»: en Babi Yar se probó por primera vez a exterminar a todos los judíos de una ciudad directamente en el lugar, sin las complicaciones que suponía deportarlos. Y la prueba resultó bien, porque convenció a los nazis de que matar a los judíos de Europa del Este *in situ,* sin gastos, sin tener que crear guetos y campos de concentración, era algo que se podía hacer fácilmente.

El 27 de septiembre, mil seiscientos presos judíos fueron fusilados en Babi Yar como represalia. Allí, en la misma maraña de trincheras, barrancos y fosas, y ese mismo día, asesinaron también a muchos gitanos y, con ellos, a los pacientes del hospital psiquiátrico (entre ellos Mark Rogol, el verdugo que mató a mi bisabuelo Hersh Konstantinovski). Había un grupo especial de miembros de la resistencia ucraniana.

El 28 de septiembre, al salir de casa, Feyga vio un bando que habían pegado en la puerta del edificio. Habían pegado el mismo aviso en todos los inmuebles, muros, vallas. El texto estaba en tres idiomas, ruso, ucraniano y alemán:

> Se hace saber a todos los judíos de Kiev y alrededores que el lunes, 29 de septiembre de 1941, a las 8 de la mañana, deben acudir a la esquina de la calle Melnikov con la calle Dekhtiarivska, cerca del cementerio. Se pide que lleven documentos, objetos de valor, ropa de abrigo, ropa interior, etcétera. Los judíos

que no obedezcan esta orden y se los encuentre en otro lugar serán fusilados. Cualquier ciudadano que entre en una casa que los judíos hayan abandonado y se apropie de bienes será fusilado.

El portero Tijon, al que Feyga fue a ver para preguntarle por Raya y Leonid, le dio una copia de este bando y le enseñó otra circular que le habían pasado:

Comandancia de la policía ucraniana de la ciudad de Kiev. Decreto 5. A todos los encargados de edificios y casas de vecinos de Kiev, porteros y conserjes.

Se les ordena que, en un plazo de veinticuatro horas, denuncien a todos los judíos, agentes del NKVD y miembros del Partido Comunista que se alojen en los edificios. Entréguense las listas en la comisaría y en el comando de la policía ucraniana de la calle Korolenko, 15, primer piso. Quienes den cobijo a estas personas serán condenados a muerte. Los encargados y empleados de edificios pueden denunciar por su cuenta a los judíos en el campo de prisioneros de guerra de la calle Kerosinna.

El comandante de la policía ucraniana de la ciudad de Kiev, Orlik.

Feyga seguramente pegó un salto del susto y se apresuró a salir de la garita del portero, esperando que este no la persiguiera ni le preguntara dónde estaban los padres de Leonid. ¡Qué absurdo, pienso ahora, tener miedo de Tijon aquel 28 de septiembre! Al día siguiente, todos, empezando por Feyga, fueron a la muerte por su propio pie.

Me parece estar viendo la escena: a Nohum-Wolko y a Shifra, a los que echaban de su casa de la calle Reitarska, 32, en la que iban a alojarse unos médicos militares del Reich, destrozados, abatidos, respirando con sofoco, con la mirada perdida, sin ver ni comprender lo que pasaba, se los llevó Feyga a su casa, en la calle Gorki, donde todos se sentaron a la mesa. ¡Cuántos *matzá,* sopa de habichuelas, muslos de pollo, *hamantaschen,kreplaj* y hasta crepes fritas nada *kosher* había visto desfilar la pantalla de pompones de la lámpara en las muchas fiestas familiares que habían celebrado allí! Se apoyan con los codos. Shifra y Nohum, Feyga y los chicos seguramente

pasaron sentados a la mesa aquella última noche del 28 al 29 de septiembre. En medio de la mesa estaba aquel trozo de papel: «Se hace saber a todos los judíos de Kiev y alrededores que han acudir... con ropa de abrigo, ropa interior, etcétera. Los judíos que no obedezcan esta orden...».

¿Qué se decían a propósito de aquella serie de palabras surrealistas? ¿Cómo las interpretaban? Los judíos no pueden evitar hacer previsiones: ¿qué previsiones hicieron? ¿Se preguntarían por qué tenían que llevar ropa de abrigo, «etcétera»? ¿Cómo había que empaquetar aquel «etcétera»? ¿En maletas, en fardos? Palabras congeladas que intento derretir con el calor de mis emociones y pensamientos.

Del 29 de septiembre en adelante, todos los días se representó el último acto de la misma obra, cuyos protagonistas eran civiles normales y corrientes. Mujeres y ancianos, adolescentes y niños. Seguramente nunca sabremos el número, pero sin duda supera las cien mil personas.

En la entrada del cementerio, junto a la puerta Bratski, los judíos eran obligados a entregar su dinero, objetos de valor y documentos, y a quitarse los abrigos. Luego les hacían correr entre dos filas de soldados alemanes con perros, que los golpeaban con palos y les gritaban blasfemias para asustarlos y vencer su resistencia. Por último, frente a una profunda fosa, les ordenaban que se desnudaran, bajaran a la fosa y se tumbaran boca abajo sobre los cadáveres ensangrentados, formando una nueva capa. Los verdugos recorrían la fosa disparándoles sistemáticamente un tiro en la nuca.

Siempre me impresiona el hecho de que a mis tres bisabuelos los asesinaran exactamente de la misma manera: a uno los verdugos de

Stalin, a los otros dos los de Hitler, y yo no sé dónde están hoy sus cráneos, cada uno con un orificio en la parte de atrás.

Cabía esperar que en 1945, al terminar la guerra, se erigiera un memorial en aquel lugar. Pero, veinte años después, seguía sin haber monumento, placa ni señal alguna. El Gobierno soviético se resistía a reconocer cualquier tragedia que no había podido o querido evitar. El culto a la personalidad de Stalin no admitía que nada triste pudiera ocurrir en el imperio a él encomendado. Y no solo eso: todo lo bueno que ocurría en la Unión Soviética era mérito de los rusos, pero si era algo malo, la culpa era de la población local, por lo que lo de Babi Yar había que achacarlo al antisemitismo de los ucranianos. Encima, la misma Moscú, en la posguerra y hasta la muerte de Stalin, adoptó una política cada vez más abiertamente antisemita: en el «complot de los médicos» se condenó a muerte a muchos galenos, entre ellos no pocos judíos, acusados de ser «envenenadores» al servicio de Estados Unidos (hasta los comunistas estadounidenses acusaron oficialmente al Partido Comunista de Stalin de «claros actos antisemitas», como dice Howard Fast); en todas las repúblicas soviéticas se fichó a los ciudadanos de origen judío, aunque se hubieran asimilado perfectamente y fueran laicos: los que adoptaban un pseudónimo eran «desenmascarados» y, en cambio, los que llevaban un apellido claramente judío se veían obligados a adoptar un pseudónimo.

Conservo (y he depositado en los archivos de la Universidad de Columbia) un papel con el membrete del diario *Pravda:* «Si se imprime este artículo, pedimos al tipógrafo que cambie urgentemente el nombre Rabinowitch». Mi abuelo pasó a llamarse Volinski, pseudónimo derivado de la región de Volinia, donde vivió el trance más difícil y peligroso de su vida. Del mismo modo, mi tía abuela Elena Kahan, autora de libros sobre los últimos días de

Goebbels y de Hitler que se han publicado en muchos países, entre ellos Italia, adoptó el pseudónimo de Rzhevskaya en honor a la batalla de Rzhev: intérprete de guerra del cuartel general del mariscal Zhúkov, fue una de las pocas personas que sobrevivieron.

Tras la muerte de Stalin, las detenciones y encarcelamientos de judíos cesaron, pero el clima de hostilidad y desconfianza continuó hasta la perestroika de Gorbachov, en 1985. Recuerdo muy bien el ambiente que se respiraba. La palabra «judío» causaba malestar. Recuerdo, por supuesto, el silencio que existía sobre el tema del exterminio de judíos por los nazis. Y, naturalmente, la sociedad no parecía tener deseo alguno de conmemorar nada.

La voluntad de conmemorar lo ocurrido en Babi Yar precisamente ese día, el 29 de septiembre, se convirtió casi en una forma de disidencia y oposición al régimen soviético. Yevgueni Yevtushenko, el gran poeta joven de la época del «deshielo», visitó el lugar en 1961, en vísperas del vigésimo aniversario, y cuenta la experiencia en su *Autobiografía precoz:*

> Hace tiempo que quería escribir sobre antisemitismo. Pero no hallé inspiración poética hasta que fui a Kiev y vi con mis propios ojos ese lugar terrible, Babi Yar. Allí nacieron los primeros versos de mi poema:
>
> *No hay tumbas en Babi Yar.*
> *Un precipicio, cual lápida sin labrar.*
> *Tengo miedo. Hoy cumplo tantos años*
> *como cumple el pueblo judío.*
>
> *Siento que soy un judío*
> *que vaga por el antiguo Egipto.*
> *Crucificado, me retuerzo de dolor,*
> *tengo en el cuerpo heridas, clavos, llagas.*[1]

Estos versos se publicaron el 19 de septiembre de 1961 en la revista *Literaturnaya Gazeta* y la tirada se agotó enseguida. Yevtushenko se convirtió en un día en el héroe de todos los lectores. Recibió felicitaciones, llamadas telefónicas, cartas, telegramas. Pero unos meses después, la misma *Literaturnaya Gazeta* publicó un artículo cuyo contenido era muy diferente. De pronto llamaban a Yevtushenko «enano que se había olvidado de su pueblo ruso» y lo acusaban de no respetar la «política nacional de Lenin».

Estas oleadas de odio e «ira proletaria» alcanzaron también a Shostakóvich. En junio de 1962, cuando, basándose en la banda sonora de la película sobre mi abuelo, compuso su *Decimotercera sinfonía,* en la que incluía los versos de Yevtushenko, Shostakóvich le escribió una carta al cantante Boris Gmyrya en la que le pedía que «pensara un poco en mi nueva obra». En julio fue a visitar al cantante en su dacha de las afueras de Kiev con la esperanza de que Gmyrya participara como solista. Pero en agosto recibió una carta en la que rechazaba la propuesta: «Me dicen que los dirigentes ucranianos se oponen categóricamente a que cante el poema de Yevtushenko "Babi Yar". Dadas las circunstancias, es evidente que no puedo aceptar».

«Cuando se publicó "Babi Yar"», recuerda Yevtushenko, «los chovinistas me criticaron porque el poema no hablaba de los rusos y ucranianos a los que fusilaron en el mismo lugar... Cantantes y directores de orquesta huían de la *Decimotercera sinfonía* como ratas de un barco que se hunde.» Shostakóvich despreciaba todo aquello y declaró que «mentir sobre los muertos es empezar a mentir sobre los vivos».

Estaba claro, pues, que nadie quería dedicar monumentos a la comunidad judía exterminada en Kiev. Cuando yo vivía en Kiev, de

niña, la voluntad del ayuntamiento de ocultar aquella tragedia bajo un espeso manto de mentiras parecía inquebrantable.

Yo conocía la verdad de aquel lugar, desde luego. Mis bisabuelos yacían allí. Pero para la Kiev oficial, para los niños de mi escuela, el hecho mismo de la matanza era desconocido. Nuestros maestros, como muchos habitantes de Kiev, no pensaban en aquello y les daba igual ver que lo ocurrido en Babi Yar caía en el olvido.

En cierto momento apareció en Babi Yar un cartel que decía: «No tirar basura». Como era de esperar, aquello se convirtió en un basurero.

A finales de los años cincuenta, con la expansión de la ciudad, se decidió rellenar los barrancos de Babi Yar y construir sobre los cadáveres un estadio y unos bloques de viviendas. Empezaron las obras de cimentación.

La mañana del 13 de marzo de 1961 diríase que los mismos barrancos se rebelaron contra aquel atropello moral. Cuando los kievitas corrían al trabajo, pesadas masas de arena y piedra se abatieron sobre la ciudad arrastrando coches y tranvías y barriendo manzanas enteras. Se había hundido una presa y unos seiscientos mil metros cúbicos de barro cayeron sobre el barrio de Kurenivka, el más cercano a Yar. El barro formó una ola de entre ocho y diez metros de altura. El balance fue de al menos dos mil muertos. Babi Yar quedó convertido en una llanura. Escribe Yuri Scheglov:

> La última vez que vi a Víktor Nekrásov fue en Babi Yar, a mediados de los años sesenta. Ese día había nevado, soplaba viento. Fuimos por la calle Frunze y subimos por senderos cubiertos de hielo. Costaba caminar. Las obras han dejado heridas abiertas. Donde antes de la catástrofe se caminaba libremente, ahora había montones de barro, troncos de árboles y lápidas del antiguo cementerio.
>
> Vimos a unos chavales afilando largos palos alrededor de una hoguera: metían la punta en el fuego para endurecerla y sacaban los cráneos que

asomaban de la tierra. Les pregunté por qué lo hacían y me contestaron tan tranquilos: «¡Para asustar a nuestras abuelas por la noche!».

Víktor Nekrásov, el más famoso de los escritores «de trinchera», era una verdadera autoridad moral. El año del vigésimo quinto aniversario de la matanza, 1966, hubo una manifestación espontánea en la que un indignado Nekrásov pronunció un discurso sobre la inhumanidad del poder, que se niega a recordar el exterminio de unos ciudadanos, no respeta los huesos insepultos y permite que los niños jueguen con ellos. Estas opiniones le valieron años después la expulsión del país. Pero él no dejó de hablar del caso: el 29 de septiembre de 1976, día del trigésimo quinto aniversario, estando ya emigrado, viajó a Israel y tomó la palabra en la manifestación que hubo en el *moshav* de Almagor.

Mientras tanto, no solo los niños, sino también los adultos seguían rebuscando en el devastado Yar los objetos que pudiera haber entre los esqueletos: anillos, dentaduras postizas... Entraban también en los sótanos en los que los alemanes habían guardado los objetos robados a los judíos.

No me cabe ninguna duda de que hasta hace poco los *diggers* siguieron entrando en esos sótanos y escarbando en los parterres del Yar, allí donde aún no había llegado el cemento, con la esperanza de encontrar algo que luego pudieran vender a coleccionistas y «nostálgicos» de la Segunda Guerra Mundial. Puede que la calculadora portátil marca Felix de mi bisabuelo Nohum-Wolko y el pequeño estuche de la *mezuzá* del que mi tatarabuelo Isaac Kandelis nunca se separaba se hayan vendido en eBay.

Pero el lugar de trabajo de los excavadores se reducía cada vez más. Poco a poco las autoridades se dieron cuenta de la escandalosa situación. Aunque Nekrásov y los que hablaron con él en el lugar de los hechos en 1966 (entre ellos mi abuelo, por supuesto) fueron

difamados y perseguidos, ese mismo año el ayuntamiento de Kiev y la dirección del Partido colocaron una lápida conmemorativa en Babi Yar en la que decía: «Aquí se erigirá un monumento al pueblo soviético, víctima de los crímenes del fascismo durante la ocupación de la ciudad de Kiev entre 1941 y 1943».

No «a los judíos asesinados por motivos racistas», sino «al pueblo soviético». En cualquier caso, se trataba de un cambio radical en el contexto de la época.

Se convocó un concurso en el que participaron el arquitecto Avraham Miletski (a cuya madre y abuela asesinaron en Babi Yar), el arquitecto ucraniano más famoso, Iósip Karakis y otros. Los escultores de Miletski eran Ada Ribachuk y Volodymyr Melnichenko, figuras destacadas de la Ucrania de entonces. Ribachuk y Melnichenko no son judíos. El proyecto de muro de las lamentaciones que presentaron, en clara alusión al Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, del que queda una foto, lo rechazó la comisión por ser «demasiado judío». Ada Ribachuk dedicó un poema a este proyecto:

A vosotros, que no caísteis en el campo de batalla
ni arma en mano,
que no pudisteis defenderos,
que moristeis absurdamente,
hermanos y hermanas nuestros,
madres y padres nuestros,
amigos de infancia nuestros,
a los que no conocimos,
los vivos os erigen este monumento,
por vuestros pensamientos, talentos y sueños,
por los libros que no escribisteis,
por las sinfonías que no nos tocasteis,

por lo que no nos descubristeis,
por el trabajo de vuestras manos,
que no pudimos estrechar.[2]

Las autoridades aprobaron un proyecto mucho más convencional. Contra la lógica y el sentido histórico, es un monumento de bronce «triunfalista» con varias figuras: un obrero, un soldado, un marinero, una mujer con una blusa bordada al estilo ucraniano. Los autores (M. Lisenko y otros), siguiendo las instrucciones de las autoridades, fingieron ignorar quiénes fueron la mayoría de las víctimas. El monumento se inauguró casi a escondidas el 2 de julio de 1976 en la plaza de las calles Melnikov (hoy Ilienko) y Dorohozhitska, en plenas vacaciones. Pero las radios extranjeras dieron a conocer el acto al mundo.

En el extranjero, Víktor Nekrásov reaccionó inmediatamente. «Han tenido que pasar treinta y cinco años para que veamos los bíceps de bronce de los forzudos combatientes en lugar de los cuerpos destrozados de los viejos judíos, como sería más justo», escribió.

Tanto cuidado ponían las autoridades en que no hubiera asomo alguno de lo judío que inspeccionaron el lugar desde todos los lados. Mucho buscaron, pero no vieron la estrella de David por ninguna parte. Lo que sí los alarmó fue la configuración misma del terreno. La disposición de los barrancos recordaba una *menorá,* el candelabro judío de siete brazos. Rellenaron, pues, cuatro barrancos y los cubrieron de cemento, dejando solo tres, lo que acabó con la posibilidad de recuperar algún día los huesos o de honrar con una sepultura digna al menos un fémur de Nohum-Wolko, una costilla de Shifra, un diente de Isaac Kandelis.

He vuelto a visitar el lugar recientemente. He visto nuevos monumentos, muchos. Hay una sinagoga con forma de libro, obra de unos arquitectos suizos. Hay una instalación de Marina Abramović, *El muro de cristal del llanto,* con cristales de roca brasileños, que, entre otros, Davide Lerner criticó en *La Repubblica* en 2022. Hay un gran candelabro, instalado en 1991. Hay una cruz dedicada a los nacionalistas ucranianos, de 1992. Hay también una (sorprendente) iglesia ortodoxa dedicada al icono de la Madre de Dios, alegría de todos los afligidos. Hay un monumento a los niños asesinados. Hay una lápida en memoria de los que fueron deportados a Alemania y condenados a trabajos forzados. Hay una cruz en memoria de los prisioneros de guerra alemanes. Hay un monumento a los gitanos asesinados, con forma de tartana.

No forman un conjunto coherente. Se ve que cada categoría de ciudadanos se ocupa de una clase de muertos.

Hay también un monumento al principio de la calle de la Muerte. Marca el punto en el que cayó un misil que la Federación Rusa lanzó en marzo de 2022. ¿No es simbólico empezar la guerra bombardeando Kiev a las cuatro de la madrugada (como Hitler con su operación Barbarroja) y luego disparar a los muertos de Babi Yar?

Lo que hoy está desarrollándose sobre el sustrato judío del territorio ucraniano es un judaísmo libre, rayano en lo ecuménico. El rabino Reuven Asman, el rabino supremo, cita la Biblia y cuenta chistes y refranes ucranianos en sus sermones. Organiza grandes proyectos de voluntariado. Conduce furgonetas y entra sin dudarlo con ayuda humanitaria en las zonas bombardeadas...

Mi casa de la calle Rustaveli linda con su sinagoga, la sinagoga coral de Kiev. Construida en 1898 por el arquitecto Schleifer y costeada por Lazar Brodski, comerciante, desde el primer día fue un

perfecto ejemplo de templo teatral, que se alza sobre altos escalones: es el escenario ideal de las tragedias de Kiev.

Y estas tragedias no se hicieron esperar. Con la revolución, el templo fue profanado. Los que trabajaban en él fueron arrestados y, los que tuvieron suerte, deportados. Mejor no pensar en lo que les pasó a los que no la tuvieron. La antigua sinagoga coral albergó una escuela de ciencias políticas y un círculo militar. En la Segunda Guerra Mundial, los alemanes la convirtieron en establo.

Entre 1949 y 1954, durante la Guerra Fría, fue sede del Teatro de Variedades, luego del Teatro de los Jóvenes Espectadores y, a partir de 1955, del Teatro de Marionetas, en el que Leonid, mi abuelo, trabajó de director artístico. Una de las actrices, Dina Proniceva, fue herida y enterrada viva en un barranco de Babi Yar, del que salió por la noche arrastrándose. Testificó contra el genocidio nazi en el gran juicio de la posguerra. La recuerdo bien, venía a casa a tomar té y relajarse, entre representación y representación.

Asman, el rabino, siempre está al pie del cañón, entre cajas de ayuda humanitaria y planos urbanísticos metidos en tubos como rollos de la Torá. Son proyectos de nuevos asentamientos que los voluntarios construyen en las inmediaciones de Kiev para acoger a los desplazados del este de Ucrania (de todas las etnias, no necesariamente judíos). Estos desplazados, que en enero de 2025 pasan sus días en los sótanos de la sinagoga, por las continuas alarmas, al caer la noche salen tímidamente de su refugio con la esperanza de que los rusos dejen, al menos por unas horas, de bombardear nuestra hermosa calle Shota Rustaveli con sus mortíferos misiles Kalibr y Kinzhal.

En aquellos días de mayo de 2025 que pasé en Kiev hubo de hecho una pausa: la ciudad no era bombardeada ni golpeada por los misiles. Apenas partí para regresar a Milán, la furia satánica de los rusos regresó y por las noches aumentaba su ferocidad. Así que no he visto los bombardeos con mis propios ojos. Solo a través de Youtube o por Zoom. Veo que los kievitas salen, medio entumecidos, felices de estirar las piernas. Saludan a las sombras de mis antepasados, con quienes han conversado en los sótanos. Esos antepasados que, como otros habitantes del barrio judío, se escondían los peligrosos días de 1905 huyendo de las turbas que querían lincharlos. En los pogromos, la sinagoga gozaba de la protección de los gendarmes. Así el Gobierno zarista creaba la leyenda de que «defendía a sus súbditos de la ira de las bárbaras poblaciones indígenas».

En 1905, no solo saquearon las casas de los judíos pobres, sino también las mansiones de los ricos comerciantes del barrio señorial de Lipki. Como escribió el senador Eugene Thurau, enviado expresamente por el Gobierno de San Petersburgo, en su «Informe sobre las causas de los disturbios ocurridos en Kiev el mes de octubre de 1905»: «El pogromo no cesó hasta que todas las tiendas y casas de los judíos fueron saqueadas y destrozadas».

Mis mayores ya piensan en huir en tren a Odesa y luego, en barco, al Nuevo Mundo; irá el hermano de Lisa, Isaac. Miran alrededor para cerciorarse de que no hay nadie agazapado en la esquina de la sinagoga Brodski. Han pasado varios días bajo tierra, tapándose con viejos sacos malolientes.

Mi bisabuela me contó otro pogromo que tuvo lugar la primera semana de octubre de 1919. Lo organizaron los blancos, el ejército de Denikin. Como explica en su tesis doctoral Aleksandr Puchenkov, los blancos tenían muchos problemas de disciplina y aún más de

abastecimiento e incitaron a la población a cometer una matanza. Entonces intervinieron y, con el pretexto de «restablecer el orden en la ciudad», aprovecharon para saquear las casas de los judíos, considerando que era un «botín de guerra legítimo». Fue el pogromo que, aterrorizados, escondidos cerca de nuestra casa, vivieron Ósip Mandelstam e Iliá Ehrenburg, como cuenta este último en su famoso *Gente, años, vida*.

Lisa y la pequeña Raya pasaron dos días en el sótano de la sinagoga. Al final no pudieron soportar más el barro, las ratas y las telarañas. El rabino bajaba regularmente a llevarles comida y agua a las personas allí escondidas y las informaba de lo que ocurría fuera. Según él, la situación se había calmado. Unos soldados que pasaron por la calle le confirmaron, aunque poco convencidos, de que no creían que hubiera motivos para seguir en el sótano. Uno de ellos sonrió y dijo: «¿Creéis que habéis engañado a todos? Pues hay gente que os espera a la vuelta de la esquina, porque también tiene mucha paciencia».

Lisa no sabía si era una broma o lo decía en serio. Estaban a menos de cien pasos de su casa. Parecía que las hordas de saqueadores se habían calmado. Si lograban llegar al apartamento, al menos estarían en un lugar normal, donde podrían esperar unos días más o incluso semanas.

El escritor Konstantín Paustovski cuenta estos mismos hechos (en aquella época, la calle Shota Rustaveli se llamaba Vasilkivska):

> El primer pogromo nocturno de la calle Vasilkivska. Los bandidos habían rodeado uno de los apartamentos, pero no llegaron a entrar. En aquella casa oscura y aterrorizada, rompiendo el silencio ominoso de la noche, una mujer, presa del miedo y de la desesperación, empezó a gritar. No podía hacer otra cosa para proteger a sus hijos: era el grito continuo, incesante, del miedo y de la impotencia. Al grito solitario de la mujer respondió de pronto todo el edificio, de la planta baja al último piso. Los asaltantes no pudieron soportar los gritos y se fueron. Todos los edificios de la calle Vasilkivska y todos los callejones

adyacentes gritaron horas y horas. Los gritos crecían como el viento, llegando cada vez a nuevos barrios. Lo más terrible era que aquellos gritos salían de casas oscuras y aparentemente deshabitadas, y que las calles estaban desiertas, sin vida. Solo unas pocas y macilentas farolas alumbraban la calle en la que resonaban los gritos, temblando y parpadeando... El barrio de Podil gritaba, gritaba el barrio de Bessarabka. Gritaban el dolor, la desesperación de la gran ciudad.

Escribe la doctora Zinaida Ignatovich:

Todas las noches se oían gritos y alaridos tremendos, y había quienes golpeaban, como si fueran tambores, objetos metálicos, cubos y palanganas: ¡era una auténtica orquesta! Por la mañana, la plaza Bessarabka amanecía cubierta de plumas, vajilla rota y otros restos de aquellos monstruosos asesinatos y robos.

Esos gritos lejanos los oyen Lisa y su hija tan pronto como salen del sótano de la sinagoga. Esas voces asustadas les traspasan el corazón, la piel, las entrañas, todo el cuerpo les tiembla de miedo.

Corren en la oscuridad. Los escalones están resbaladizos. Han echado algo en ellos. ¿Es pintura? ¿Aceite? ¿Sangre? La madre resbala en el escalón del número 23, nuestra casa, y se golpea la cabeza. Pierde el conocimiento unos segundos, medio minuto. La hija, Raya, la reanima sacudiéndola y susurrándole cosas que nunca sabremos. Por la esquina creen oír de pronto ruido de botas. Se acerca no sabemos qué gente. Ver sangre seguramente despertará en aquellos desconocidos sed de más sangre. La llave cae tintineando de la mano húmeda de Lisa. La hija se agacha, la recoge, se la da a su madre. Abren, entran corriendo al vestíbulo y cierran la puerta. La mano de Lisa no atina a correr el pestillo. Alguien resopla al otro lado de la puerta. Puñetazos. Luego, nada. El desconocido se aleja con pasos pesados que resuenan.

La mujer y la niña, agotadas, tardan casi media hora en subir la escalera oscura hasta el cuarto piso. Unas horas después, Lisa se arma de valor y enciende la lámpara de gas. Ha comprobado que las

pesadas cortinas tapen bien las ventanas. La casa vuelve a vivir, una luz tenue ilumina las estancias, arde una lámpara bajo una sencilla pantalla de seda. Mi futura abuela Raya yace tumbada en su camita, a la izquierda de la ventana, en mi futura habitación, y, fuera, la oscuridad inquietante aún no se ha disipado del todo en nuestra castigada Kiev.

Capítulo 9

El Maidán - La voz de Nyshchuk - La lengua ucraniana

El Maidán (21 de noviembre de 2013-23 de febrero de 2014) fue como una espectacular *jam session* en la que se puso el micrófono a disposición de cualquier persona que viniera de cualquier parte del país y quisiera dirigirse a los demás. Se montó un buen escenario, con focos y altavoces potentes, al que subían a hablar políticos y escritores, artesanos e intelectuales, en el que actuaban grupos musicales y cantantes profesionales o aficionados, y cientos de miles de personas asistieron a aquel espectáculo, que duró tres meses sin interrupción, día y noche. En la plaza ocupada, el público de aquel enorme Woodstock dormía en tiendas de campaña, como los cosacos de Zaporiyia, con un frío invernal que llegaba a temperaturas de entre diez y veinticinco grados bajo cero: había personas llegadas de toda Ucrania.

El 20 de enero de 2014, el Gobierno decidió desalojar la plaza y envió tropas que abrieron fuego contra la población. Siguió una revolución. La ciudadanía, desarmada, reaccionó defendiéndose de los matones, los despiadados asesinos del llamado Bérkut, la policía antidisturbios. El Maidán se enfrentó a las tropas gubernamentales. Los combates duraron un mes. La verdadera batalla tuvo lugar la noche del 18 de febrero. Murieron un centenar de personas (a las que inmediatamente llamaron la Centuria Celeste; su solemne funeral, el día 22, constituyó la apoteosis del drama). Siguieron

batallas nocturnas con hogueras, tiroteos y un levantamiento popular. El 23 de febrero de 2014, el Gobierno de Yanukóvich se rindió y comenzó una nueva historia de Ucrania.

La expresión *Slava Ucraini,* «Gloria a Ucrania», que se remonta a tiempos de la guerra de Independencia de 1917-1921, se hizo viral aquellas noches de sangre y fuego. Andreas Umland sostiene que fue el presentador del Maidán, Evhen Nyshchuk, quien la convirtió en el lema del movimiento de protesta, al repetirla desde el escenario, como un mantra, cientos y miles de veces esos meses. La metáfora «centuria celeste», otra poderosa expresión que acuñó Tetiana Domashenko en el poema que escribió con motivo del funeral de las víctimas, también se hizo famosa gracias a Evhen Nyshchuk y se convirtió en una frase hecha.

A Nyshchuk se debe en gran medida que una multitud de personas, reunidas espontáneamente, sin ningún plan de acción ni sometidos a coacción alguna, en lugar de convertirse en una masa salvaje, se dedicara a actos llenos de belleza y armonía. No se trataba solo de una protesta popular, con la agresividad y rabia que inevitablemente conlleva, sino de un fenómeno político civil largamente esperado: una gran concentración de gente en la que se pronunciaron discursos inteligentes, se leyeron poemas y se tocó buena música, y de la que surgió una nueva Ucrania.

Así lo recuerda Nyshchuk siete años después, en un artículo publicado en Facebook en 2021 (el ataque de Rusia a Ucrania aún no se había producido):

> Aquella noche hacía frío, como hoy, pero no lo sentíamos.
>
> Esta noche no he podido dormir. Intentaba leer, pero me asaltaba un tropel de recuerdos, como en un caleidoscopio: el frío, el olor a humo y a neumáticos quemados, cientos, miles de pancartas con nombres de ciudades: Sumy, Ivano-

Frankivsk, Leópolis, Kiev, Odesa...; un mar rojo y negro que se pierde en el océano amarillo y azul de las banderas...

«El destino nos sonreirá, hermanos ucranianos...», digo, y me interrumpen el silbido de las balas, los gritos de la gente, el crepitar de la madera en llamas... «El edificio sindical está ardiendo. ¡Hay gente atrapada! ¡Salvadlos! ¡Hay que sacarlos de allí!» Y en medio del humo y del fuego veo a mucha gente, gente bella, con el rostro radiante, iluminado por el mismo cielo. Veo vuestros ojos: están cansados, enrojecidos del humo, pero brillan llenos de amor...

Recuerdo que uno de los presentes me dijo: «¡El mundo entero te ve! ¡Alza la voz!».

Recordad, haced películas, pintad cuadros y escribid libros, contad a los jóvenes los hechos de la Revolución de la Dignidad y de los héroes del Maidán.

En el Maidán, en una Kiev rusófona, se oía sobre todo hablar en lengua ucraniana. Muchas personas, como yo, no estaban acostumbradas. Muchas personas, como yo, no sabían hablarla. Muchos la aprendían sobre la marcha.

No había vano patetismo en los discursos de los oradores. Por lo que sé, el ucraniano, con su intrínseca ironía, no es compatible con la retórica pomposa, ni con la ira grosera, por lo que todos los discursos sonaban suaves, conciliadores. Sería efecto de los muchos sufijos diminutivos y afectuosos que el orador sabía encontrar en la gramática ucraniana. Y eso que eran momentos durísimos.

La mayoría de las frases que se dicen en el estilo ucraniano actual (como el de los discursos del presidente Zelenski) contienen una nota de humor y complicidad. Como aquella con la que se convocó el Maidán: «Acudid a las 22:30 al monumento de la Independencia. ¡Traed paraguas, jerséis gruesos, té, café, buen humor y muchos amigos!».

También se emplearon tonos más elevados: el de los poemas y las canciones. Se cantaron y recitaron cientos de poemas. Tarás Shevchenko, a todo color, en medio del escenario, miraba socarrón al público con sus párpados hinchados.

Yo no podía apartar la vista ni un minuto de aquel escenario, que era a la vez pista de circo, puente tendido al futuro y santuario de todas las religiones; en el que cinco veces al día se cantaba misa y Evhen Nyshchuk, al micrófono, dirigía el espectáculo día y noche. Yo sabía que no era un político, sino un actor del teatro Suzirye («Constelación»), y que lo habían invitado porque era un buen presentador. Bueno, pues la ocasión le exigió mucho: pasarse noventa días en el escenario. Merece sin duda figurar en las enciclopedias de Ucrania y no solo de Ucrania, pues con él entró en escena uno de los principales protagonistas del Maidán: la lengua ucraniana. Evhen es un excelente embajador de ella, pues es oriundo de Ivano-Frankivsk (la antigua Stanislavov), ciudad que conserva la cultura tradicional y la lengua clásica.

Entre incendios y balas, funerales y muertos, hablaba de una manera que aún me resuena en los oídos. Dirigía a la gente indicando quién debía moverse y hacia dónde. Anunciaba cuándo venía la policía y cuándo se retiraban las *Sturmtruppen.* Informaba de lo que pasaba en el mundo. Refería lo que decía la prensa y lo que se escribía en las redes sociales sobre el Maidán. Muchas veces, sin interrumpir al orador, Nyshchuk le hacía señas para que terminara, resumiera, porque tenía que comunicar algo urgente, relacionado, por ejemplo, con medicamentos o logística. Organizaba oraciones colectivas por los combatientes y los defensores de la libertad.

Cuando era necesario, sabía dar órdenes como un general, pero también regañar a un adolescente que llevaba dos días sin llamar a su madre.

> ¡Pavlo Soroka! ¡Llama ahora mismo a tu madre, que está buscándote! ¡No toquéis aquellas granadas que hay junto a los altavoces, son un regalo del Bérkut y pueden explotar en cualquier momento! Hay un chaval de Lutsk que

quiere recitarnos unos poemas muy largos, ¿le dejamos? ¿Qué os parece? ¿Queréis escucharlo? ¿Sí? El público dice sí. Adelante, chaval.

Acabamos de saber que la señora que esta mañana nos leyó ese precioso mensaje que enviaban desde Zaporiyia ha resultado herida en la barricada de la calle Institutska. Se necesita sangre para hacer transfusiones. Quien pueda donar, que vaya a la iglesia de San Miguel, hay un punto de recogida de sangre. Un momento, claro, a los que no sean de Kiev y no sepan cómo llegar, ¿hay alguien que pueda acompañarlos? A ver, kievitas, ¿quién los lleva? Encended la linterna. Ahora os veo. Mirad donde señalo. ¿Os habéis visto? Perfecto. Muy bien. Sigamos.

Se necesitan diez hombres en la barricada de la calle Prorizna. A ver, haced señales intermitentes. Vale, listo. Los demás irán a la siguiente barricada. Ahora quedaos aquí que nos alegramos mucho de teneros.

Otra cosa. Por aquí dicen que va a comenzar el asalto. La policía lleva balas de combate. Será dentro de hora u hora y media. Voy a hablar seriamente a todos los hombres del Maidán. Todos los hombres nos quedamos, pero que las mujeres y los niños se vayan de las barricadas. Esto va a ponerse feo. Los chavales de quince o dieciséis años son demasiado jóvenes, no deben exponerse al fuego. Ellos van a protestar, les hierve la sangre, lo entiendo, todos lo entendemos, pero esto no es para ellos. Esto es para hombres adultos. ¿De acuerdo? Lo dicho, los hombres se quedan, las mujeres y los chicos se van de las barricadas. Así lo decide el Maidán. Maidán, ¿me oyes? Maidán, ¿estás de acuerdo? ¡Los que estén de acuerdo que digan sí! Muy bien, os he oído. Los participantes del Maidán mandan. Que así sea.

¿De verdad hablan así quienes arriesgan su vida en directo por la tele? ¿De quienes tienen detrás llamas en lugar de decorados? ¿De quienes ven cómo les arrojan chorros de agua fría cuando el termómetro marca veinte grados bajo cero?

Están lanzándoles agua a nuestros chavales, se creen que queremos ducharnos... Por favor, pasadles impermeables. Aquí hay gente que ha conseguido algunos, ¡dádselos que se cubran!

Bajo estos chorros de agua aguantaba la gente durante horas y seguía siendo capaz de moverse y plantar cara a los asaltantes.

Recuerdo muchas voces diferentes: voces de personas, voces de armas, pero también la voz de la antigüedad de Kiev, la voz de la campana del antiguo monasterio. La noche del 11 de diciembre de

2013, las campanas del monasterio de San Miguel, el de las cúpulas doradas, tocaron «a rebato» por primera vez desde hacía casi ocho siglos; la última vez fue en 1240, con motivo de la invasión de mongoles y tártaros. Por esa ancestral alarma de campanas corrieron los kievitas a ayudar a los manifestantes que eran atacados.

Escuché las voces del Maidán, sobre todo las del 15 y el 16 de febrero de 2014, y las de la terrible noche del 18 de febrero. Vi los funerales solemnes. La noche del 18 de febrero todo ardía: fuego, humo, ir y venir de bultos grises que parecían misteriosos y amenazadores. Solo las voces se distinguían claramente.

Y de pronto asistí al gran momento de Evhen Nyshchuk. Los defensores del Maidán se rendían y empezaban a huir. Sobre el fondo de llamas solo se veían bultos negros. Junto a la piedra de los Fundadores de Kiev, los policías pateaban a una persona caída. Y de repente resonó por el micrófono el grito de Nyshchuk: «¡Los del Bérkut! ¡Parad! ¿Qué estáis haciendo? ¿No veis que son personas como vosotros? ¡Y, vosotros, muchachos, no corráis, paraos, daos la vuelta, miradlos a la cara! ¡Miraos todos a la cara!».

Y los muchachos se detuvieron. Y los policías retrocedieron unos metros.

En el año 2022, el sentido de aquel eslogan, *«Slava Ucraini!»,* cambió radicalmente. Hoy significa que Ucrania «existe».

El 4 de abril de 2016, y luego en una larga serie de discursos, el expresidente ruso Medvédev proclamó que «Ucrania no existe», repitiendo lo que Putin, ya en 2008, en el discurso que dio en la cumbre de la OTAN celebrada en Bucarest, dijo por primera vez: que Ucrania era «una formación estatal antinatural». La idea putiniana

de «mundo ruso» o «universo ruso» *(ruski mir)* no es un invento del dictador. Se basa en escritos de Aleksandr Solzhenitsyn, como, por ejemplo, *El colapso de Rusia* de 1998, en las teorías belicistas de Aleksandr Duguin y en la idea de que existe una conspiración histórica occidental contra Rusia (la «nueva cronología» de Fomenko y Nosovski). He analizado estas teorías en una monografía que publicó la editorial Nave di Teseo en 2022. Son un peligroso conjunto de información pseudohistórica con la cual Putin y sus acólitos quieren convencerse a sí mismos primero y luego convencer a la población rusa y hasta a sus interlocutores internacionales de que Ucrania no existe y Rusia debería apropiarse de «nuestras tierras».

Que las regiones oriental y occidental de Ucrania difieren significativamente, sobre todo en el porcentaje de población que habla ruso y simpatiza (o, mejor dicho, simpatizaba) con Rusia, es un hecho que no contradice la sustancial unidad de las distintas partes, cada una con su historia, que forman el país.

El 22 de enero de 1919, el Parlamento ucraniano aprobó, después de que los ciudadanos lo celebraran en la plaza Santa Sofía (el Maidán de entonces), el texto de la nueva Constitución del país reunificado. Con motivo del aniversario de esta Unidad *(Sobornost)* en 2023, cuando ya Ucrania estaba en guerra, el presidente Zelenski dijo, sabiendo muy bien lo que decía:

> La Unidad reúne a Santa Sofía [de Kiev, basílica de origen bizantino ortodoxo], a la catedral de San Jorge [de Leópolis, el principal santuario del catolicismo ucraniano], a la gran mezquita del Kan de Bajchisarái y a la sinagoga de Dnipró [Dnipró es la antigua Ekaterinoslav, ciudad que cuenta con la sinagoga más grande de Europa, llamada Rosa de Oro]. Con la Unidad nació la nación política moderna de Ucrania. Hoy vivimos su segundo nacimiento. Lo que no se hizo en 1991, se ha hecho en 2022. Muchas de las cuestiones que eran difíciles de resolver se han resuelto. Y todos nosotros usamos ahora el ucraniano, nuestra lengua nacional común. Nuestra Unidad abarca todo el país, desde Járkov y Mariúpol hasta Leópolis.

Ucrania es, hoy más que nunca, una sinfonía de diversas voces, un auténtico concierto multicultural: en Odesa, en Leópolis, en Chernivtsi, los barrios armenio, polaco, judío y alemán son auténticos crisoles culturales y las calles siguen llamándose calle de los Armenios, calle de la Vieja Judía, calle de los Lituanos...

En unos años en los que se decide el destino de la Ucrania libre, en los que todo está en juego, hay un factor que desempeña un papel decisivo. Este factor operó contra Ucrania hace cien años. Es un factor lingüístico, étnico y político a la vez.

A principios del siglo xx, en el periodo en el que Ucrania fue libre e independiente (1917-1920), la actitud de la elite rusófona de Kiev debilitó la nación y los líderes del país tuvieron que rendirse a los rusos. En los setenta años que Ucrania fue parte de la Unión Soviética, la elite de la Ucrania soviética se formó al margen de la lengua ucraniana y con la vista puesta en Rusia y en la cultura rusa. Creó así la plataforma perfecta para difundir la idea del *ruski mir*. Con eso justifica la propaganda rusa sus ataques.

Pero lo de distinguir a las personas por su etnia y raza es prerrogativa de Putin y algo ajeno al «ucranianismo». Uno de los factores que determinan la unidad política profunda de Ucrania, y que la emparenta con las democracias europeas, es su carácter inclusivo, que une a todos los ciudadanos del país con independencia de su origen étnico.

«Entre los primeros que cayeron en el Maidán figuraban un armenio y un bielorruso, y con el Sector Derecho luchaban muchachos de la asociación judía», escribe Massimiliano Di Pasquale, uno de los máximos expertos en Ucrania y autor de *Ucraina terra di confine* (Ucrania, tierra fronteriza), que explica que

el nacionalismo de estos rebeldes, hoy celebrados como héroes, no tiene para nada en cuenta la pureza étnica.

Y, tras la invasión rusa, abundan en las redes sociales vídeos en los que vemos a gentes de todas las etnias formando parte de las fuerzas armadas ucranianas. En marzo de 2023, en Járkov, muchos ciudadanos de origen ucraniano y ruso se refugiaron de los bombardeos en el almacén subterráneo del restaurante Navruz de la comunidad uzbeka. Todos los días laborables los cocineros les preparaban ricas sopas uzbekas y los viernes una enorme olla de *pilaf*. El dueño del restaurante, Shakhobiddin Yusupov, dice: «Sacrificamos nuestras cuatrocientas sesenta ovejas para defender con los ucranianos nuestro país de los invasores».

La lengua, como ocurre en los periodos de formación de las naciones, se ha convertido estos años en un símbolo de unidad, en una fuerza aglutinadora y, en medida nada desdeñable, en un arma con la que el Estado consigue desbaratar los planes destructivos de sus enemigos. En el Maidán se hablaba ucraniano, pero estaban todos los pueblos de Ucrania, con pleno respeto de la *Sobornost*.

Nadie tiene miedo de equivocarse. Se puede improvisar. Se pueden cometer errores, confundirse, hablar en el dialecto macarrónico del este de Ucrania. Lo único que importa es demostrar que uno quiere hablar ucraniano, que no ignora del todo su fonética.

A veces, para averiguar el origen de una persona, los ucranianos recurren a lo que antiguamente se llamaba *shibboleth*. Cito de Wikipedia:

> Un *shibboleth* es cualquier rasgo de una lengua que indique o ponga de manifiesto el origen social o regional de una persona. Puede servir para que las personas de cierto grupo se reconozcan entre sí como miembros de ese grupo, y, al contrario, para que personas de otro grupo las identifiquen como ajenas a él. La forma más típica de *shibboleth* es la pronunciación de cierto fonema, pero puede ser cualquier otro elemento lingüístico: una palabra, una construcción sintáctica, etcétera.

En ucraniano, como *shibboleth,* se usa la palabra *palianitsia,* que tiene el simpático significado de «hogaza de pan». Me pregunto si todos los *shibboleth* tienen que ver con la comida.

Muchas personas que están aprendiendo ucraniano con pasión proponen (y es una idea que, lo confieso, no me parece mal) que, como hicieron los moldavos en 1989 e hicieron los ciudadanos de Azerbaiyán, Uzbekistán, Turkmenistán y Kazajistán, se use el alfabeto latino en lugar del cirílico.

Los usuarios y operadores de YouTube y otros expertos dan tres razones principales a favor de esta idea: 1. alejarse del «mundo ruso» y acercarse más al mundo occidental; 2. la lengua de la programación informática, de internet, de la ciencia, de la tecnología, del espacio informativo mundial está en alfabeto latino; 3. les vendrá bien a los empresarios extranjeros y, por tanto, facilitará las inversiones; también beneficiará a los turistas, que ahora no saben dónde está el metro, dónde hay un cajero automático ni dónde ir a comer.

Otro estado ha nacido siguiendo un proceso igualmente difícil y trágico y todo lo debe a la enorme energía que ha desplegado en medio de guerras, sufrimiento y luchas. Me refiero al Estado de Israel. También esta nación se construyó con la decisiva introducción de una lengua estatal basada en la tradición. Todos los inmigrantes que hablaban yidis, polaco, ruso, alemán, árabe o inglés americano aprendieron hebreo, la única lengua del sistema público israelí. En esta lengua, que muchos ciudadanos conocían vagamente, se celebraron desde el primer día las sesiones de la Knesset, con errores gramaticales y de comunicación, pero con el máximo compromiso.

En Ucrania, el primer Gobierno posterior al Maidán, el de Arseni Yatseniuk, constituido en 2014, tuvo que celebrar sus primeras

reuniones en ruso. Nadie sabía hablar ucraniano. Hoy, claro está, todos los miembros del Parlamento han aprendido la lengua oficial.

Una de las tareas más difíciles y arriesgadas ha sido conseguir que el ejército hable ucraniano. Al fin y al cabo, si los soldados no entienden las órdenes e instrucciones que les dan, mal asunto.

Desde el 24 de febrero de 2022 se han producido cambios en la vida de muchas familias de Kiev, Járkov, Odesa y Dnipró. Oleksiy Antipovych, director del centro de estudios sociológicos Rating, afirma: «Los matrimonios que llevan muchos años hablando ruso en casa están pasándose al ucraniano. En los últimos diez años, el número de ciudadanos ucranianos que solo hablan ruso descendió del 40 al 26 por ciento a finales del año pasado, y desde el comienzo de la guerra es del 18 por ciento. El número de personas que hablan tanto ucraniano como ruso en su vida cotidiana ha aumentado considerablemente, pasando del 15 al 32 por ciento».

El 5 de abril de 2023, Yulia Zhukova, corresponsal en Kiev de Current Time TV (Nastoyascee Vremya), la cadena en lengua rusa de Radio Free Europe/Radio Liberty, en colaboración con Voice of America, publicaba un vídeo titulado *How to learn ukrainian: war sparks interest in language* en el que muestra métodos realmente curiosos y creativos de abordar el difícil pero estimulante proceso de aprender una lengua que muchas personas nunca consideraron necesaria; personas que siempre hablaron ruso y de repente se dan cuenta de que nunca más podrán ser sinceras, cariñosas, amables e ingeniosas en ese idioma. En 2022, la aplicación Duolingo tuvo dos millones de nuevos usuarios que se apuntaron a aprender ucraniano. En Alemania y Polonia, ese número aumentó un 1.600 por ciento. Canales de YouTube creados en ruso por, digamos, profesores de

yoga o por personas que saben cómo quitar las manchas pasan de pronto a estar en ucraniano.

Tras los bombardeos salvajes, tras lo ocurrido en Bucha, tras el exterminio de civiles y los intentos de destruir infraestructuras vitales, los ucranianos están unidos por un deseo común, el más importante, el más vehemente: diferenciarse de los rusos. En *Hadji-Murat,* Lev Tolstói describió lo que los chechenos sentían por los invasores rusos, que en sus tiempos, en Chechenia, empleaban más o menos los mismos métodos que emplean hoy:

> Nadie decía que odiaba a los rusos. Lo que todos los chechenos, del más pequeño al más grande, sentían era más fuerte que el odio. No era odio, era no reconocer que aquellas bestias rusas eran seres humanos, y tanta repugnancia, tanto asco, tanto malestar sentían ante la absurda crueldad de aquellos seres, que el deseo de exterminarlos, como si fueran ratas, arañas venenosas o lobos, era tan natural como el instinto de conservación.

«Entendemos mucho mejor a Boris Johnson, que habla inglés, que a los asesinos, violadores y saqueadores que hablan ruso», dice a menudo Zelenski. Y ya he recordado cómo, en uno de sus discursos, se dirigió a los ciudadanos de la Federación Rusa en ruso, pero sin emitir voz, solo moviendo los labios, es decir, hablando en ruso y, al mismo tiempo, no hablándolo.

Las actuales autoridades ucranianas se han propuesto una misión: procurar que las instituciones culturales de todo el mundo ofrezcan información en ucraniano, además de en inglés, español y chino. Es una cuestión formal, pero de gran valor moral, porque le reconoce un estatus especial al idioma ucraniano, en un momento en el que Ucrania defiende los valores y la cultura europeos de la barbarie. La primera dama ucraniana, Olena Zelenska, que aprendió el idioma en un año, siendo rusófona, está muy comprometida con esta labor de difusión. En este caso, observamos un proceso de crecimiento, de enriquecimiento. Pero el curso de la historia está relegando al olvido

muchas otras cosas. Desaparece la Ucrania rusófona en la que nací, en la que nacieron mis abuelos y bisabuelos. Nada puede hacerse. Nada debe hacerse. No es para alegrarse, pero es imposible parar el proceso. El pasado no puede volver. Jamás podrán restablecer la «cárcel de los pueblos» (expresión de Lenin), pese a los ataques de Putin y a las ideas de los politólogos que, por alguna razón, lo escuchan. Ni el imperio ruso ni la Unión Soviética pueden volver.

El hecho de que, nada más comenzar la guerra, los protagonistas de la última etapa histórica de la Unión Soviética fallecieran en cuestión de semanas, adquiere casi un valor simbólico. El 3 de mayo de 2022 murió Stanislav Shushkévich, presidente del Sóviet Supremo de Bielorrusia (1991-1994), quien en 1991, en el bosque de Belovézhskaya, firmó los acuerdos que permitieron la disolución de la Unión Soviética. El 10 de mayo de 2022 falleció Leonid Kravchuk, primer presidente de Ucrania y otro de los firmantes de los acuerdos. El 19 de junio de 2022 fallecía Gennadi Búrbulis, secretario de Estado y viceprimer ministro de la Unión Soviética, que participó en la firma de esos acuerdos en representación de la República Rusa. Mijaíl Gorbachov murió el 30 de agosto de 2022. Podrán organizar un congreso del partido soviético de los fantasmas en el más allá. Pero ¿quién los escuchará? ¿Quién querrá sentarse en esos asientos mohosos? ¿Quién querrá seguir viviendo con los ojos puestos en el pasado?

Debemos pensar en el futuro. En el futuro de Ucrania y en el nuestro. En estos tiempos oscuros, debemos seguir creyendo que, por duras y cruentas que sean las pruebas que pase el país en el futuro, Ucrania ya se ha ganado la gloria —*slava*— por su valentía y su unión. Y aunque, por culpa de la miopía política, cobardía, debilidad y vileza ajenas, las cosas no salgan de la mejor manera, nadie le quitará a Ucrania la «gesta» que ya ha logrado. Mientras, el

imperio trata por todos los medios de llevarse el bocado que, a saber por qué, dice que es «suyo». Si no se atraganta, podrá hincarles el diente a nuevas presas. Podrá emplazar armas letales en los territorios conquistados de Ucrania y apuntar esas armas contra el mundo occidental, utilizar las grandes riquezas de Ucrania para reforzar su potencial militar (el Tercer Reich ya esperó lo mismo en su día), esclavizar a los valientes soldados ucranianos y obligarlos a combatir contra el mundo libre.

Planes terribles. Europa sabe bien que no tiene garantías reales contra esta catástrofe. En realidad, Ucrania es como una fortaleza para Europa, que se eleva sobre el abismo de mentiras y cinismo. La altura de Kiev es también una altura moral.

Y aunque ocurriera una catástrofe y fuera objeto de manipulaciones, cayera en una trampa política —esperemos que no —, no perdería la gloria que conquistó en el Maidán durante la Revolución de la Dignidad y luego en los años de lucha contra las fuerzas de un agresor diez veces más fuerte que ella.

Para que todos podamos vivir normalmente, unir nuestras fuerzas a las de la nueva Ucrania y fortalecernos con ella, se necesitará tanta energía como la que ha acumulado este país a lo largo de los siglos y volcó en el Maidán. Se necesitará la energía de todos nosotros. La fuente de esta energía es la ciudad que nos mueve a todos a actuar, la más antigua del país, pero que siempre produce algo nuevo: la indestructible, teatral, invencible Kiev.

Apéndice

Bibliografía

ABRAMSON, H., «Should We Tear Down Statues of Khmelnytsky and Petliura?», conferencia por el centenario de la Revolución de Ucrania y de la proclamación de la independencia de Ucrania, Ukrainian Institute, Nueva York, 21 de enero de 2018.

ALLENDE, I.,*La casa de los espíritus,* Plaza y Janés, Barcelona, 1982.

ANTIPOVICH, A., «La contraseña es Palyanitsya. ¿Qué está sucediendo con el idioma ruso en Ucrania?» [Пароль «Паляниця». Что происходит с русским языком в Украине, encuesta sociológica, 12 de julio de 2022].

APPLEBAUM, A. y GOLDBERG, J., «Liberation without Victory», *The Atlantic,* 15 de abril de 2022.

BAMMÉS, A.,*Die russische Hysterie. Wladimir W. Putin als Symptom,* Metropolis, Marburgo, 2023.

BATTISTINI, F.,*Fronte Ucraina. Dietro la guerra che minaccia l'Europa,* Neri Pozza, Vicenza, 2022.

BEECHER STOWE, H.,*La cabaña del tío Tom,* Cátedra, Madrid, 2007.

BULGÁKOV, M.,*Batum* [Батум, 1939].

—, *Los días de los Turbín,* Asociación de directores de escena, 2010 [Дни Турбиных, 1926].

—, «El lago de la luz de la luna» [Самогонное озеро. Накануне, Berlín-Moscú, 29 de junio de 1923].

—, «La ciudad de Kiev» [Киев-Город, Накануне, Berlín-Moscú, 6 de julio de 1923].

—, *La guardia blanca,* Bruguera, Barcelona, 1980 [Белая гвардия, 1922-1924].

—, *Diario de un joven médico,* Alianza, Madrid, 2019 [Необыкновенные приключения доктора, «Рупор», n.º 2, M.

1922].
—, Carta a Gdeshinsky del 2-6 marzo 1935 [Письмо Гдешинскому от 2-6 марта 1935. Творчество Михаила Булгакова, кн. 1, Л. 1991, pp. 235-236].
—, Carta a su hermana Nadia de 31 de diciembre de 1917 [Письмо сестре Наде от 31 декабря 1917. Собрание сочинений, Худ. Лит., Moscú 1990, V. 5, p. 390].
—, *Los huevos fatales,* La casa de las palabras, Madrid, 2024 [Роковые яйца, 1925].
CATALINA II, «Instrucciones secretas escritas por Aleksandr Vyazemsky el día de su nominación como procurador general del Senado», 1764 [Тайная инструкция князю Александру Алексеевичу Вяземскому при его назначении прокурором Сената, «Вяземский Александр Алексеевич» Энциклопедический словарь Брокгауз, под ред. проф. И. Е. Андреевского. Т. 7а. San Petersburgo, 1892, p. 718].
CHUDAKOVA, M.,*Michail Bulgakov. Cronaca di una vita,* Odoya, Bolonia, 2013 [Жизнеописание Михаила Булгакова, 1988].
CHURCHILL, W.,*Never Give in! The Best of Winston Churchill's Speeches,* W.S. Churchill (ed.), Random House UK, Londres, 2003.
COLEMAN, A., «Ukraine Conflict: Further False Images Shared Online», en BBC, 25 de febrero de 2022.
CORTÁZAR, J.,*Rayuela,* Debolsillo, Madrid, 2016.
CORTI, M.,*L'Ucraina e la vetrina delle distorsioni. Diario di guerra in poltrona 2022-2023,* Gaspari, Udine, 2023.
DE CUSTINE, A.,*Lettere dalla Russia. La Russia nel 1939,* Adelphi, Milán, 2015, cap. V *[La Russie en 1839,* 1843].
DI PASQUALE, M., *Ucraina terra di confine. Viaggi nell'Europa sconosciuta,* Editrice il Sirente, Fagnano Alto, 2012.
DIMAROV, A., «Sobrevivir para contarlo» [Прожити й розповісти, Folio, Járkov, 2017].
EFIMOV, B., «Coetáneo del siglo» [Ровесник века, Советский художник, Moscú, 1987, p. 26].
EHRENBURG, I.,*Gente, años, vida,* Acantilado, Barcelona, 2014 [Люди, годы, жизнь, 1960].

ERMOLENKO, A., «Recuerdos» [Военный врач, Воспоминания, Военно-медицинский музей МО СССР, Отдел фондов n. ОФ – 60024/4, л. 48-48 об], citado de Marietta Chudakova, que ha utilizado el documento del archivo del Museo Médico-militar del Ministerio de Defensa de la URSS, copiado a mano por el investigador sénior Valentin Gritzkevich.

EVTUSHENKO, E., «Babi Yar, 1961» [Бабий Яр, «Литературная газета», 1961: / Над Бабьим Яром памятников нет. / Крутой обрыв, как грубое надгробье. / Мне страшно. / Мне сегодня столько лет, / как самому еврейскому народу. / Мне кажется сейчас – я иудей. / Вот я бреду по древнему Египту. / А вот я, на кресте распятый, гибну, / и до сих пор на мне – следы гвоздей].[1]

—, «Biografía prematura» *[Vorzeitige Biographie*, Stern, Düsseldorf, 1962].

FABRITSYEVA-ANDRYEVSKY, T., en ANDRYEVSKY, L., «Páginas del diario. 1934-1941» [Странички из дневника. 1934-1941, Издательско-полиграфический комплекс «Нива», СПб. 2006].

FAST, H.,*Being Red,* Routledge, Londres-Nueva York, 1995.

GILLEY, CH., «Was Symon Petliura "An Antisemite Who Massacred Jews During a Time of War?"», *OpenDemocracy,* 13 de febrero de 2019.

GÓGOL, N., Carta a Mijailo Maksimovich, tras el 20 diciembre de 1833 [Письмо Михаилу Максимовичу, после 20 декабря 1833. Полное собрание сочинений, ИАН СССР, Moscú, 1952, T. X, p. 288].

—, «Una mirada a la creación de la Pequeña Rusia» [Взгляд на составление Малороссии, 1832. Полное собрание сочинений, ИАН СССР, Moscú, 1952, T. VIII, pp. 44-45].

—, «Una terrible venganza», en *Veladas en un caserío de Dikanka,* Akal, Madrid, 2025 [Страшная месть, 1831].

GOLDENWEISER, ALEKSANDR y GOLDENWEISER, ALEKSÉI, «Memorias de Kiev (1917-1921)» [Киевские воспоминания 1917-1921, Архив русской революции, 1922, T. VI, p. 195].

GUBIANURI, L., «Una herencia controvertida» [Контроверсійна спадщина: М. Булгаков та Україна, «Київ і кияни. Матеріали

щорічної науково-практичної конференції. Київ, 16-17 листопада 2023», Kiev, 2003, pp. 76-81].

HOFSTETTER, G., «On the Eve of Christmas, the World-Famous Light Artist Gerry Hofstetter Lit Up the Buildings of the Ukrainian Capital», Ministerio de Cultura y Política Informativa de Ucrania, 23 de diciembre de 2022.

HRUSHEVSKY, M., «Recuerdos» [Спомини, Підг. тексту і комент. С. Білоконя. Kiev, 1988].

HRYTSAK, Y.,*Storia dell'Ucraina. Dal Medioevo a oggi,* Il Mulino, Bolonia, 2023 [Hrycak, Jarosław, Historia Ukrainy, 1772-1999. Narodziny nowoczesnego narodu, 2000].

IGNATOVICH, Z., «Memorias» [Воспоминания, Военно-медицинский музей Мин. Обороны СССР, Отдел фондов, documento inédito de archivo, ОФ- 73662/7].

IVANOVA, A., «¿Un agente del KGB? ¿Qué ha descubierto Suiza sobre el patriarca Kirill?» [Агент КГБ? Что именно узнали в Швейцарии о патриархе Кирилле?, Deutsche Welle, 7 de febrero de 2023].

JUNGE, M., VIOLA, L., y ROSSMAN, J., «Chequistas en el banquillo» [Чекисты на скамье подсудимых, Moscú, 2017].

KERSNOVSKAYA, E.,*Quanto vale un uomo,* edición de E. Kostioukovitch, Bompiani, Milán, 2009 [Сколько стоит человек, 1991].

KHOROSHUNOVA, I., «Primer año de guerra: notas de Kiev» [Первый год войны: киевские записи, Альманах Егупец, Художественная проза, выпуск 9, 2001, en gordonua.com].

KLÍMOV, G., «El Kremlin en Berlín» [Берлинский Кремль, Посев, Frankfurt, 1953].

KOSHYTZ, O., «Memorias» [Спогади, част. 1. Вінніпег, Ukrainian Cultural and Educational Centre, Winnipeg, 1947].

KOSTIOUKOVITCH, E.,*Nella mente di Vladimir Putin,* La nave di Teseo, Milán, 2022.

—, *Sette notti,* Bompiani, Milán, 2014.

— (ed.), *Racconti e storielle degli ebrei. Testi inediti della tradizione yiddish, raccolti da E.S. Rajze,* postfacio de G. Limentani, Bompiani, Milán, 2002.

KRASOVITSKY, O., «El primer mes de guerra. Discurso del presidente de Ucrania Volodymyr Zelenski» [Місяць війни. Промови та звернення Президента України Володимира Зеленського, Хроніку подій підготував доктор історичних наук В. М. Воронін. Фолио, Járkov, 2022].

KUCHMA, L., «Putin quería destruir Ucrania, pero obtendrá nuestro segundo renacimiento» [Путин хотел уничтожить Украину, а получит наше второе рождение, en BBC News, Russian Service, 4 de agosto de 2022].

KUDRYAVTSEVA, E., «Recuerdos de Ekaterina Kudryavtseva acerca de su padre, Petr Kudryavtsev, exprofesor de la Academia Teológica de Kiev» [Воспоминания Екатерины Петровны Кудрявцевой о ее отце, бывшем профессоре Киевской духовной академии Петре Павловиче Кудрявцеве, публикация и примечания В.В. Буреги и М.Л. Ткачук. Київ, Труди Київської Духовної Академії, 2017, n.º 27, pp. 178-199, en ekmair].

KULIK, V., «La tradición rusa y Bulgákov. Por qué deberíamos olvidarnos de él, al menos hasta nuestra victoria» [Скрепы и Булгаков. Почему о нем нужно забыть хотя бы до нашей победы, en focus.ua, 3 de septiembre de 2022].

KUPRIKOV, S., «"Hemos vencido a Rusia en la batalla por las mentes". El presidente de Ucrania, en un discurso ante el Congreso de Estados Unidos, prometió que su país jamás se rendirá ante Rusia» [«Мы победили Россию в битве за умы всего мира. Президент Украины, выступая в Конгрессе США, поклялся, что его страна никог да не сдастся России», en Deutsche Welle, 22 de diciembre de 2022].

LAMI, G., *L'Ucraina in 100 date. Dalla Rus' di Kyiv ai nostri giorni,* Della Porta Editori, Pisa, 2022.

LERNER, D., «La "Disneyland della Shoah": come ricordare Babi Yar?», *La Repubblica,* 21 de enero de 2022.

LÉVY, B.-H., «Da Woody Allen ad Allende: la metamorfosi di Zelensky», *La Repubblica,* 27 de febrero de 2022.

LINKA (GEPPENER), N., «Recuerdos» [Воспоминания, За 7 сентября 1946 г. НИОР РГБ. Ф. 743 (Коллекция единиц постоянных

архивных материалов). Картон n.º 20. Ед. хр. 27. Машинопись, en *Forgotten Heritage].*

LUKASEVYCH, L., «Reflexiones al final de la vida» [Роздуми на схилку життя (Reflections at the Twilight of Life), St Sophia Ukrainian Orthodox Publishers, St Bound Book, Nueva York, 1982].

MAKOHON, N., «En caso de ataque ruso, la función principal del metro de Kiev sería transportar a los pasajeros desde las zonas peligrosas» [В случае нападения РФ основной функцией киевского метро будет перевозка пассажиров из опасных районов, – заместитель начальника Киевского метрополитена, en Цензор. нет, 12 de febrero de 2022].

MANDELSTAM, O., «Por las calles de Kiev...» [Как по улицам Киева-Вия, 1937: / Не гадают цыганочки кралям, / Не играют в Купеческом скрипки, / На Крещатике лошади пали, / Пахнут смертью господские Липки...].[2]

—, «Todo nos resulta ajeno en la obscena capital...» [Все чуждо нам..., 1918: / Все чуждо нам в столице непотребной: / Ее сухая черствая земля, / И буйный торг на Сухаревке хлебной, / И страшный вид разбойного Кремля. / Она, дремучая, всем миром правит. / Мильонами скрипучих арб она / Качнулась в путь — и пол-вселенной давит / Ее базаров бабья ширина[3]].

MANSTEIN, E. VON,*Vittorie perdute. Memorie di guerra del miglior Generale di Hitler,* Italia Storica, Génova, 2017 *[Verlorene Siege,* 1955].

MENGDEN, Z., «Memorias» [Воспоминания. Наше наследие, 2002, n.º 62].

MINAKOV, M.,KASIANOV, G., y ROJANSKY, M. (eds.), *From «the Ukraine» to Ukraine: A Contemporary History,* Wilson Center, Ibidem Verlag, Stuttgart, 1991-2021.

MISCHENKO, D., «El batallón de las chaquetas negras» [Батальйон необмундированих, Вітчизна, Kiev, 1964].

MOGILYANSKY, N., «La tragedia de Ucrania (los desastres que he visto en Kiev en 1918)» [Трагедия Украины (из пережитого в Киеве в 1918 году), Архив русской революции, 1923, Т. 11].

Nekrásov, V., «La casa de de los Turbin» [Дом Турбиных, Новый мир, 1967, n.º 8, pp. 132-142].
—, *En las trincheras de Stalingrado*, Automática Editorial, Madrid, 2022 [В окопах Сталинграда, 1946].
—, «Un aspecto sin pretensiones» [Взгляд и нечто: мемуарные записки (часть I), Континент, París, 1976, n. 10, pp. 11-85].
Ohrimenko, O., «La vida continúa: una mujer ha dado a luz en el metro de Kiev, convertido en refugio antiaéreo» [Життя триває: у київському метро, яке стало бомбосховищем, прийняли пологи. Факти, en fakty.ua, 26 de febrero de 2022].
Orlova, R., «La búsqueda que me abrió los ojos, o Nekrásov se ríe» [Обыск, который во многом мне открыл глаза, или Некрасов смеется, Знамя, Moscú, 2021, n.º 12].
Pasternak, B., «Una enfermedad sublime» [Высокая болезнь, Новый мир, Moscú, 1928: / И уставал орел двуглавый, / По Псковской области кружа, / От стягивавшейся облавы / Неведомого мятежа. / О если бы им мог попасться / Путь, что на карты не попал! / Но быстро таяли запасы / Нанесенных на карту шпал...], fragmento sobre Nicolás II].[4]
—, «Balada» [Баллада (из Второе рождение): / Потоп зарниц, гроза в разгаре, / Недвижный Днепр, ночной Подол. / Удар, другой, пассаж, – и сразу / В шаров молочный ореол / Шопена траурная фраза / Вплывает, как больной орёл. / Под ним – угар араукарий, / Но глух, как будто что обрёл, / Обрывы донизу обшаря, / Недвижный Днепр, ночной Подол...].[5]
Paustovsky, K., «Recuerdos de 1919 en Kiev» [Повесть о жизни. Далекие годы, Издательство Стрельбицкого, Kiev, 2017].
Popadiyk, F. y Romaniyk, R., «Los tres días más largos de febrero. Cómo comenzó una gran guerra en la que nadie creía» [Три найдовші дні лютого. Як почалася велика війна, в яку ніхто не вірив, Українська правда, en pravda.com.ua, 5 de septiembre de 2022].
—, «El gabinete de Zaluzhny, las reuniones de Zelenski, la evacuación del Consejo de Ministros. 24.02: Reconstrucción» [Кабінет Залужного, наради у Зеленського, ева- куація

Кабміну. 24.02: Реконструкція, Українська правда, en pravda.com.ua, 10 de abril de 2023].
PORTNIKOV, VITALY, «Judíos y Maidán» [Евреи и Майдан, en solonin.org, 29 de marzo de 2014].
POZZATO, M.P., «L'analisi semiotica della foto del presidente Zelensky e della moglie pubblicata da *VogueW»,* en rai News, 29 de julio de 2022.
PUCHENKOV, A., «La cuestión nacional en la ideología y en la política del Movimiento blanco de Rusia meridional durante la Guerra Civil» [Национальный вопрос в идеологии и политике южнорусского Белого движения в годы Гражданской войны. 1917-1919 гг, Из фондов Российской государственной библиотеки, Диссертация канд. ист. наук. Специальность 07.00.02. – Отечественная история. – 2005].
RIBACHUK, A., «A las víctimas de Babi Yar. Citado de: Nekrásov, Víktor Platonovich, "Babi Yar, 45 years", en *Novoe Russkoe Slovo* (Nueva York), 28 de septiembre de 1986, n.º 27.214» [Жертвам Бабьего Яра, Цит. по: Некрасов, Виктор Платонович, «Бабий Яр, 45 лет», en «Новое Русское Слово» (Нью-Йорк), 28 сентября 1986, n. 27214: / Вам, павшим не на поле боя и не с оружием в руках, / лишенным возможности защищать и защищаться, / вам, погибшим безвинно и бессмысленно, / нашим братьям и сестрам, матерям и отцам, / друзьям детства, / вам, которых мы не встретили, / вашим жизням – вашей жизни / памятник поставили живые, / вашим мыслям, вашим талантам и способностям, / ненаписанным книгам, не сыгранным для нас симфониям, / не сделанным для нас открытиям, / вашей любви и вашим надеждам, / трудам ваших рук, которые мы не успели пожать].[6]
ROMÁNOV, A. M., «Libro de recuerdos» [Книга воспоминаний, Гл. XVIII, «Война и революция», «Иллюстрированная Россия», París, 1933].
ROMÁNOVA, M.F., «Desde lo alto del trono. Los archivos de la emperatriz María Fiódorovna (1847-1928)» [С высоты престола.

Из архива императрицы Марии Федоровны (1847-1928), «Наше наследие», 2002, n.º 62, en librebook. Me].

RZHEVSKAYA, E.,*Memorie di una interprete di guerra,* Voland, Roma, 2015 [Berlín, май, 1945, 1965].

SABBATINI, M.,*Viktor Nekrasov e l'Italia. Uno scrittore sovietico nel dibattito culturale degli anni Cinquanta,* Universitas Studiorum, Mantua, 2018.

SALOMONI, A.,*Le ceneri di Babij Jar. L'eccidio degli ebrei di Kiev,* Il Mulino, Bolonia, 2019.

SAYN UND WITTGENSTEIN, E., «Diario 1914-1918» [Дневник 1914-1918, pp. 49-50, p. 109].

SCHEGLOV, Y., «Víktor Nekrásov, Kiev, Babi Yar...» [Виктор Некрасов, Киев, Бабий Яр..., Континент, París 2002, n.º 111].

SCHULMEISTER, J., «El hitlerismo en la historia de los judíos» [Гитлеризм в истории евреев, Политиздат Украины, Киев, 1990].

SERGUEYTSEV, T., «Qué debería hacer Rusia con Ucrania» [Что Россия должна сделать с Украиной, РИА Новости, 3 de abril de 2022].

—, «¿Qué Ucrania no necesitamos?» [Какая Украина нам не нужна, РИА Новости, 10 de abril de 2021].

SHATERNIKOVA, M., «Por qué a Stalin le gustaba la obra de teatro *Los días de Turbín»* [Почему Сталин любил спектакль «Дни Турбиных», «Seagull Magazine» (Чайка), 15 de octubre de 2006].

SHOSTAKÓVICH, D., Carta a Isaak Glikman sobre el *Cuarteto n.º 8* [Шостакович, Дмитрий Дмитриевич, Письма к другу. Дмитрий Шостакович – Исааку Гликману, DSCH – СПб.-Композитор-Москва 1993, pág. 157] / *Engl. Story of a Friendship: The Letters of Dmitry Shostakovich to Isaak Glikman, 1941-1975,* Cornell University Press, Ithaca (Nueva York) 2001.

SHULGHIN, V., «Ciudadano de Kiev» [Киевлянин. Редакционная статья, 4/17 сент. 1919].

SHUSTER, S., «Inside Zelensky's World», *Time,* 28 de abril de 2022.

—, «How Volodymyr Zelensky defended Ukraine and united the world», *Time,* 3 de marzo de 2022.

Skrypnyk, M., «Por la literatura ucraniana» [За українське літературознавство. – Статті й промови. Т. 5: Література й мистецтво. Укр. ін-т марксизму-ленінізму, Каф. нац. питання, Держвидав України, Járkov, 1930].
Smelyansky, I., «Cuarenta días después del hundimiento del crucero ruso *Moskva,* la Compañía de Correos de Ucrania (Ukrposhta) lanza el sello *Adiós al buque de Guerra ruso*» [40 дней, как затонул крейсер «Москва». «Укрпочта» запускает в продажу марку «Русский военный корабль... Всьо!», en strana.ua, 23 de mayo de 2022].
Smelyansky, I. y Sukhan, R., «Cien mil ejemplares al día. El sello *Buque de guerraruso*, el más vendido de la Compañía de Correos de Ucrania» [100.000 штук в день. Марка «Русский военный корабль, иди...» – главный бестселлер Укрпочты, en *Current Time,* 20 de abril de 2022].
Smirnova, M., «Inside the Week from Ucraine», *The Insider,* 26 de diciembre de 2022.
Snyder, T.,*La formazione dell'Ucraina moderna,* serie de 23 vídeos.
—, «Ukraine Holds the Future: The War Between Democracy and Nihilism», *Foreign Affairs*, 6 de septiembre de 2022.
Solzhenitsyn, A., «El colapso de Rusia» [Россия в обвале, Русский путь, Moscú, 1998].
Sonne, P., Khurshudyan, I., Morgunov, S., y Khudov, K., «Battle for Kyiv: Ukrainian Valor, Russian Blunders Combined to Save the Capital», *The Washington Post,* 24 de agosto de 2022.
Stalin, I., «Respuesta a Bill-Belotserkovsky» [Ответ Билль-Белоцерковскому, Собр.соч, ОГИЗ, Moscú 1949, Т. 11, pp. 326-329].
Steinmaier, F.W., «Alles stärken, was uns verbindet», en Schloss Bellevue, 28 de octubre de 2022.
Stepun, F., «El pasado y lo que no sucedió» [Бывшее и несбывшееся: (мемуары), послесл. Р. Гергеля, 2-е изд., доп., Алетейя, Sa Petersburgo, 1994. Т. 1, pp. 621-622].
Sychenko, M., «Signos del trauma psicológico de la guerra y del crecimiento postraumatico en la vida y la obra de Mijaíl Bulgákov» [Ознаки психологічних травм війни та посттравматичного

зростання у житті й творах Михаїла Булгакова. Київ і кияни. Матеріали щорічної науково-практичної конференції. Київ, 16-17 листопада 2023, Kiev, 2003, pp. 83-88].

THURAU, E., «Informe sobre la investigación de las causas de los disturbios ocurridos en Kiev en octubre de 1905» [К истории Киевского погрома. Всеподданнейший отчет о произведенном по высочайшему повелению сенатором Е. Ф. Турау исследовании причин беспорядков, бывших в г. Киеве в окт. 1905 г., С.М.].

TIPPELSKIRCH, K. VON,*Geschichte des zweiten Weltkrieges,* Athenaeum, Bonn, 1951.

TOLSTÓI, L.,*Jadzhi Murat,* Nórdica, Madrid, 2023 [Хаджи-Мурат, 1893-1894].

UMLAND, A., «¿Tyahnybok es un patriota?» [Патриот ли Тягнибок?, en lb.ua, 31 de diciembre de 2013].

VOLYNSKY, L., «A través de la noche» [Сквозь ночь. Советский писатель, Moscú, 1966].

—, «Siete días» [Семь дней, Детгиз, Moscú, 1958].

WELLS, H.G.,*Russia in the Shadows,* 1920.

—, *El mundo se libera,* Aguilar, Madrid, 1926 [Освобожденный мир, пер. М. Ликиардопуло, Польза, Moscú, 1914].

YAKOVLEV, A., sitio del archivo personal, https://media.alexanderyakovlev.org.

YAVORNYTSKY, D., «Historia de los cosacos de Zaporiya. Génesis de la comunidad de Zaporiya» [История запрожских казаков. Быт запорожской общины, тома 1-3, Центрполиграф, Moscú, 2017].

ZABUZHKO, O., «El maldito problema del alojamiento» [Цей проклятий «квартирный вопрос», en Radio Liberty, 18 de junio de 2015].

—, *Il viaggio più lungo. La cecità dell'Occidente e l'imperialismo russo nel racconto di una scrittrice ucraina,* Einaudi, Turín, 2022.

ZELENSKI, V., «Como presidente del país, no tengo derecho a tener miedo» [Як президент країни, я не маю права боятися!, Прес-конференція Зеленського з іноземними журналістами], conferencia de prensa de Zelenski con periodistas extranjeros, 3 de marzo de 2022.

—, «Elecciones de mitad del mandato en Estados Unidos, armas para Ucrania y deportación de niños a Rusia», la pareja presidencial Zelenski habla para la CNN [Проміжні вибори у США, зброя для України та депортація дітей до РФ, Президентське подружжя України Володимир та Олена Зеленські дали інтерв'ю для американського телеканалу cnn, en mrpl.city, 12 de noviembre 2022].

Otros documentos

«Biden shares "serious concern" for U.S. democracy in Oval Office interview with Lawrence O'Donnell», en MSNBC, 16 de enero de 2025.

«Casi 5000 por 16.000 millones de dólares: Forbes estima cuántos misiles ha lanzado Rusia contra Ucrania» [Почти 5 тыс. на $16 млрд: Forbes подсчитал, сколько ракет выпустила РФ по Украине, en fakty.com.ua, 6 de abril de 2023].

«Comienzan los ocho días de la Janucá. La primera vela de la Menorá se enciende en Kiev» [У Києві запалили першу свічку на менорі, *New Voice,* 18 de diciembre de 2022].

«Diario de una estudiante de Kiev, 1918» [Дневник киевской студентки, 1918, Архив русской революции, 1924, т. XV. p. 227].

«Kiev y la Universidad de San Vladimir» [Кіевъ и Университетъ Св. Владиміра при Императорѣ НиколаѢ I. 1825-1855. Издание Университета св. Владимира, типография С.В. Кульженко, Kiev, 1896].

«Pogrom: los pogromos de Kiev y Odesa en los informes de los senadores Thurau y Kuzminski» [Киевский и Одесский погромы в отчетах сенаторов Турау и Кузминского, Летописец, San Petersburgo, 1907].

«Testimonio del conductor del 6.º batallón técnico sobre el exterminio de los judíos de Zhytomyr el 7 de agosto de 1941» [Так был расстрелян ряд за рядом... Из показаний шофера 6-

го технического батальона об уничтожении евреев Житомира 7 августа 1941 г., en yadvashem.org.].
«The Insider y Bellingcat revelan los nombres de empleados del Centro de Computación secreto del Estado Mayor ruso, que realiza pruebas de misiles en Ucrania» [The Insider и Bellingcat назвали имена сотрудников секретного Главного вычислительного центра российского Генштаба, наводящих ракеты по Украине, en meduza.io, 24 de octubre de 2022].
«Tras los pasos de Churchill: discurso de Zelenski ante el Congreso norteamericano» [По стопам Черчилля: выступление Зеленского перед Конгрессом США, 2022].
Ucraina, Assedio alla democrazia. Alle radici della guerra, a cura di Memorial Italia, Cds, Milán, 2022.
«"Un ucranófobo convencido". La Unión de Escritores Ucranianos pide el cierre del Museo Mijaíl Bulgákov de Kiev. El personal del museo considera que constituye "acoso a visitantes no deseados"» [Убежденный украиноскептик. Украинский союз писателей требует закрыть музей Михаила Булгакова в Киеве. Сотрудники музея уверены, что это «травля неугодных», en meduza.io, 19 de septiembre de 2022].

Notas

Capítulo 1

1. Véase el original ruso en página 271 de la bibliografía final. *(N. del E.)*

Capítulo 2

1. Véase el texto original ruso en página 270. *(N. del E.)*

Capítulo 4

1. Véase el texto original ruso en la página 271 de la bibliografía final. *(N. del E.)*

Capítulo 8

1. Véase el texto original ruso en la página 267. *(N. del E.)*
2. Véase el texto original en ruso en la página 272. *(N. del E.)*

Bibliografía

1. Véase traducción en página 235. *(N. del E.)*
2. Véase traducción en página 60. *(N. del E.)*
3. Todo nos resulta ajeno en la obscena capital. / Su tierra seca e insensible. / Su regateo desenfrenado de los estafadores en la plaza Sukharevka... / Y la terrible silueta del Kremlin bandolero. / Ella, la ignorante, lo rige todo. / A modo

de un millón de carros chirriantes / se balanceó y ya está en marcha, y medio universo es aplastado / por la anchura escandalosa de sus bazares. *(N. del E.)*

4. Véase traducción en página 45. *(N. del E.)*
5. Véase traducción en página 117. *(N. del E.)*
6. Véase traducción en página 240. *(N. del E.)*

Kiev
Una fortaleza sobre el abismo
Elena Kostioukovitch

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Kyiv. Una fortezza sopra l'abisso*

Fotografía de la cubierta: Palacio Mariyinski protegido con alambrado de defensa. Distrito gubernamental de Kiev, mayo de 2025. Fotografía de la autora. © Elena Kostioukovitch
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Elena Kostioukovitch, todos los derechos reservados
Publicado por acuerdo con ELKOST International Literary Agency

Traducción: © Juan Manuel Salmerón Arjona, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-1107-724-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta